DE LA

IMITACION DE CRISTO

Y MENOSPRECIO DEL MUNDO,

en cuatro libros

TRADUCIDOS DEL LATIN

POR

EL V. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Novísima edicion,

En la cual en vista del original latino se han corregido y ajustado muchos de sus conceptos al sentido literal de los del autor,

POR EL Rdo. Dr. D. JOSÉ PALAU,

catedrático de Sagrada Escritura, etc.

CON LICENCIA.

BARCELONA

IMPRENTA DE PONS Y C.ª CALLE DE COPONS, N.º 2.

1849.

AL ILMO. Y RMO. SR. DR. D. FLORENCIO LORENTE Y MONTON, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE GERONA, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, ETC., ETC.

Ilmo. Sr.

Ciertamente pequeño es el obsequio, pequeño el ofrecimiento que nuestra gratitud hace á V. S. I. en esta nueva edicion del precioso libro de la IMITACION DE CRISTO, *corregida y arreglada nuevamente en vista del original latino por el presbítero doctor D. José Palau; porque bien sea por el valor material del libro, bien por las personas que lo ofrecen, todo es bien insignificante, ora se atienda al mérito de V. S. I., ora al respeto á que nos obliga su alta dignidad de príncipe de la Iglesia, ora á la benevolencia y especial proteccion que sin ningun mérito de nuestra*

parte ha dispensado á nuestro estableci-miento esencialmente católico.

Pero si pequeña es la entidad del don con respecto al trabajo en él empleado, grande y de incomparable valor es por la materia que entraña, porque es la palabra de Dios la que se contiene en el inestimable libro, llamado bien justamente de los antiguos, el libro de los perfectos.

Cediendo pues V. S. I. á los impulsos de la bondad que le caracterizan, dígnese acoger bajo su generoso patrocinio la publicacion presente, pidiendo al cielo que prospere y dilate su vida y bendiga sus trabajos apostólicos los que tienen la honra de suscribirse y ofrecerse

Ilmo. Sr.

De V. S. I. atentos y respetuosos servidores.

Q. B. L. M. de V. S. I.

Los editores

Pons y C.ª

PRÓLOGO.

El venerable Tomás de Kempis, gran contemplativo y piadoso canónigo reglar de san Agustin en el monasterio de Sta. Inés, manifestó desde sus primeros años una inclinacion estraordinaria á la virtud y á las letras. Siendo todavía muy jóven, sus padres lo llevaron á Devenster donde entonces florecian los estudios. Habia allí un sacerdote llamado Florencio, célebre por su virtud y sabiduría, el cual era padre y maestro de una hermandad clerical donde muchos sacerdotes y los que se educaban para serlo, vivian en santa comunidad. En ella ingresó el jóven Tomás, dedicándose allí con sumo aprovechamiento al cultivo de la virtud y al estudio de las ciencias religiosas, y como hacia escelente letra, ayudaba al gasto comun de sus compañeros trasladando libros; porque entonces aun no se conocia el arte de la imprenta.

Por espacio de mas de dos siglos, Tomás de Kempis fué universalmente considerado como autor de la Imitacion; pero posteriormente hubo algunos que quisieron disputarle

esta honra suponiéndole mero copista de aquel libro, y sosteniendo á este propósito las mas acaloradas disputas con los defensores de la opinion opuesta. Empero, esta cuestion, hija, como otras muchas, de la humana vanidad, es por demás inútil é inoportuna, puesto que todos convienen en reconocer la santidad y escelencia de la obra. Este libro inestimable, llamado antiguamente *El libro de la interior consolacion*, y tambien *El libro de los perfectos*, ha sido siempre el compañero inseparable de las personas verdaderamente devotas y sirvió de ejemplo á los varones mas eminentes en santidad. La justa celebridad de que goza no perecerá nunca, porque es un compendio de las verdades eternas, una verdadera efusion del espíritu cristiano; es en suma, como dice Fontenelle, el libro mas escelente que salió jamás de mano de hombres, siendo las Escrituras santas su divino original.

Si el trasladar de una lengua á otra, considerado esto en general, es una tarea difícil y escabrosa, lo es sin comparacion mucho mas la de dar en lengua vulgar el libro de la Imitacion de Cristo, porque en ella mas que en otra alguna se tocan las dificultades que ofre-

ce una buena version. Para que una copia sea fiel ha de parecerse al original y representarle perfectamente, conservando aquellos ligeros rasgos que, por decirlo así, constituyen la fisonomía de una obra. Por esta razon hemos adoptado la escelente traduccion del padre Nieremberg, tan recomendable por su exactitud literal con el texto latino; pero como las frecuentes reimpresiones que de dos siglos á esta parte se han hecho de esta version, han dado lugar á gran número de incorrecciones que oscurecen el sentido de muchos de sus párrafos, hemos procurado enmendarlos en vista del original latino, ciñendo y ajustando á la letra muchos conceptos que á nuestro modo de ver no espresaban con entera fidelidad los del autor. Al mismo tiempo, teniendo en consideracion la época bastante remota ya, en que escribia el padre Nieremberg, hemos adoptado algunas pequeñas traslaciones que hace necesarias el actual estado de la lengua.

Por lo demás, podemos asegurar á nuestros lectores que nos ha costado mucho mas trabajo traducir segun el rigor de la letra que si nos hubiésemos permitido la libertad de añadir, ó quitar, ó mudar palabras, limitán-

donos á dejar parecida solamente la copia al original. En prueba de esto citaremos las traducciones que del libro de la Imitacion hicieron los RR. PP. Fr. Luis de Granada y Eusebio de Nieremberg. Ciertamente, ninguno de estos célebres escritores ignoraba la lengua castellana; mas sin embargo, cotéjense las indicadas versiones con las demás obras originales de los mismos, y se echará de ver desde luego la diferencia que va de unas á otras; diferencia nacida de la dificultad de traducir con pureza y elegancia muchísimas sentencias de la Imitacion sin alterar el admirable sabor bíblico que se nota en toda la obra.

Deseosos de mejorar la edicion que ofrecemos al público cristiano, hemos añadido al fin una devotísima oracion para antes y despues de la misa, sacada de las obras del autor de la Imitacion, un devoto devocionario sacado de las obras de S. Ligorio, el cual comprende un *Metodo para asistir al santo sacrificio de la Misa*, y *Oraciones para confesar y comulgar*, y una *Tabla de materias* con cuyo auxilio los fieles puedan hallar fácilmente las lecturas que mejor se acomoden á las necesidades de cada uno. Felices nosotros si con nuestros pobres trabajos contribuyéremos á formar algunos nuevos imitadores de Jesucristo!

A JESUCRISTO, MESIAS,
GUIA, DOCTOR Y SEÑOR
del hombre cristiano:
Que es

EL BUEN PASTOR,
Que da la vida por sus ovejas:
Y las conduce á los pastos de la vida.

LUZ DEL MUNDO
Al cual quien sigue,
No anda en tinieblas.

PUERTA
Por el cual quien entrare,
Será salvo.

CAMINO, VERDAD Y VIDA:
CAMINO en el ejemplo
VERDAD en la promesa
VIDA en el premio.

CAMINO
De los que comienzan,

VERDAD

De los que adelantan.

VIDA

De los perfectos.
A quien el cristiano
sigue seguro:
Porque es CAMINO,
no teme ser seducido;
Porque es VERDAD,
no puede ser engañado;
Porque es VIDA,
no teme morir.

O dichoso el cristiano con tal Guia ! *Dichoso, si como este anduvo, así anduviere tambien aquel.*

Estranjeros y peregrinos somos todos los que vivimos desterrados léjos de los confines de la patria, en un país remoto y en tierra yerma; por cuya patria sin embargo (*porque no tenemos aquí ciudad permanente*, *Hebr*. xiii. 14.) suspiran á menudo nuestros votos. Nos queda pues un largo y difícil camino : por tanto, ¿quién negará que necesitamos de un guia fiel y práctico en el camino? Mas he aquí que está presente, no algun hijo del grande Azarías, no el ángel Rafael que desde el cielo haya de guiar á Tobías, sino el Señor de los ángeles, el Unigénito del Eterno Padre : Tú, digo, JESUS MIO, que eres el mismo CAMINO, la misma verdad y la misma vida ; que eres maestro venido de Dios y enseñas el CAMINO de Dios en la verdad, y, aun mas, con el ejemplo conduces á la vida. Pues en verdad tu vida es para nos-

otros la regla de vivir, y el que quiere tenerse por cristiano, debe seguir tus pisadas, como lo atestigua el discípulo á quien amabas. *El que dice, que está en Cristo, este debe andar como él anduvo.* Por qué pues no te seguimos, si no con iguales pasos, á lo menos de léjos, en cuanto lo permite nuestra debilidad. Porque *grande gloria es seguir al Señor.*

Mas tú, fidelísimo GUIA, que llamas á cada uno de nosotros diciendo: SÍGUEME, *porque el que me sigue no anda en tinieblas* (*Joann.* VIII. 12), haz que podamos; concédenos lo que mandas. Pues ves cuanta languidez se apodera de nosotros; cuantos halagos nos distraen; cuantos impedimentos y obstáculos nos retienen. ¡O cuán pocos son los que te siguen con todo el corazon, aun entre aquellos que parece te siguen, todavía mas, hacen profesion de seguirte mas de cerca! No hablo de aquellos que se apartan del camino recto y real, esto es, de tus pisadas; siguen dioses ajenos y van en pos de las concupiscencias de su corazon; de aquellos que

no quieren la ciencia de tus caminos (*Job* XXI. 14), *y no conocen el camino de la paz* (*Ps.* XIII. 3) por ser duro y estrecho al principio, ni *tus caminos hermosos* (*Prov.* III. 17); y por esto escogen aquel camino ancho y espacioso que se presenta ameno por sus flores y delicias, y agrada á muchos. Mas, ¡ay! la penitencia tardía condena el error, cuando hallan que se han *cansado* en vano *en el camino de la iniquidad.* (*Sap.* V. 7.)

Nos espantan sus pisadas, por mas que al principio parezcan agradables; porque ¿qué hay *en los caminos de ellos* sino *quebranto y calamidad* (*Ps.* XIII. 3)? Este mismo camino al principio *parece real; mas su fin conduce á la muerte.* (*Prov.* XIV. 12.) Por eso te queremos á Tí por Guia, ó Señor, que has ido delante de nosotros: ¿y qué quieres Tú sino que te sigamos? Mas no podemos sin Tí; á menos que Tú que muestras el camino, nos alargues tambien la mano.

Tráenos en pos de tí y correremos al olor de tus ungüentos. (*Cant.* I. 3.) *Guia-*

nos, Señor, *á la senda de tus mandamientos: porque esa queremos.* (*Ps.* CXVIII. 35.) Mas *aparta* léjos *de nosotros el camino de la iniquidad.* (*Ps.* CXVIII. 29.) Guíanos por donde Te agradare: seguirémos seguros: siendo Tú el Guia, no podemos ser engañados. Por mas que sea arduo, áspero y angosto el camino, seguirémos de buena voluntad, con tal que Tú nos guies. Muy necio y cobarde es el soldado que no quiere seguir por donde ve que el guia va delante.



La Caridad.

DE LA

IMITACION DE CRISTO.

LIBRO PRIMERO.

AVISOS PROVECHOSOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL.

CAPITULO I.

De la imitacion de Cristo y desprecio de todas las vanidades del mundo.

1. *El que me sigue, no anda en tinieblas*, dice el Señor. (*Joan.* VIII. 12.) Palabras son estas de Cristo, con las cuales nos exhorta á imitar su vida y costumbres, si queremos ser verdaderamente iluminados y libres de toda ceguedad del corazon.

Sea, pues, nuestro principal estudio meditar en la vida de Jesucristo.

2. La doctrina de Cristo es superior á la de todos los Santos y el que poseyese su espíritu hallaria en ella maná escondido.

Pero sucede que muchos, aunque á menudo oigan el Evangelio, se enfervorizan poco, porque no tienen el espíritu de Cristo.

El que deseáre, pues, entender con perfeccion y complacencia las palabras de Cristo, procure conformar con él toda su vida.

3. ¿De qué te aprovecha disputar sutilmente acerca de la Trinidad, si falto de humildad le desagradas?

Ciertamente los conceptos sublimes no hacen al hombre santo y justo; mas la vida virtuosa le hace agradable á Dios.

Mas quiero sentir la compuncion que saber definirla.

Aun cuando supieras literalmente toda la Biblia y las sentencias de todos los filósofos ¿de qué te aprovecharia todo sin caridad y gracia de Dios?

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad (*Eccles.* 1. 2.) sino amar y servir solamente á Dios.

La suprema sabiduría consiste en aspirar al reino de los cielos por medio del desprecio del mundo.

4. Luego, vanidad es buscar riquezas perecederas y poner en ellas su confianza.

Vanidad es tambien ambicionar honores y ensalzarse en puestos eminentes.

Vanidad es seguir los apetitos de la carne y desear aquello por lo cual hemos de ser despues rigorosamente castigados.

Vanidad es desear larga vida y no cuidar de que sea buena.

Vanidad es pensar solo en la presente vida y cerrar los ojos al porvenir.

Vanidad es amar lo que tan presto pasa y no apresurarse por llegar adonde el gozo es eterno.

5. Acuérdate con frecuencia de aquel proverbio: *No se harta el ojo de ver, ni el oido de oir.* (*Eccles.* I. 8.)

Procura, pues, desviar tu corazon de las cosas visibles y dedicarte á las invisibles. Porque los que siguen la sensualidad, manchan su conciencia y pierden la gracia de Dios.

CAPITULO II.

Del humilde juicio de sí mismo.

1. Todo hombre naturalmente desea saber; mas ¿de qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios?

Ciertamente el rústico humilde que sirve á Dios es muy superior al soberbio filósofo que, olvidándose de sí mismo, contempla el curso de los astros.

El que bien se conoce, tiénese por vil y no se deleita en las humanas alabanzas.

Si yo supiese cuanto hay que saber en el mundo y no tuviese caridad, ¿de qué me serviria delante de Dios que me juzgará segun mis obras?

2. Refrena los deseos inmoderados de saber; porque ellos acarrean gran disipacion y engaño.

Los eruditos gustan de ser vistos y tenidos por sabios.

Muchas cosas hay cuyo conocimiento poco ó nada importa al alma, y muy necio es el que atiende á lo que no aprovecha para su salvacion.

Las muchas palabras no satisfacen al al-

ma; pero una vida santa y una conciencia pura dan tranquilidad de ánimo y suma confianza en Dios.

3. Cuanto mas grandes y sublimes sean tus conocimientos, con tanta mayor severidad serás juzgado, si no vivieres mas santamente.

No te envanezcas, pues, á causa de la ciencia ó arte que poseas, antes bien teme la instruccion que has adquirido.

Si te parece que sabes mucho y bien, entiende que es aun mucho mas lo que ignoras.

No te engrias por eso (*Rom.* XI. 20.), antes confiesa tu ignorancia.

¿Por qué quieres anteponerte á otros, cuando hay muchos mas doctos que tú, y mas entendidos en la ley de Dios?

Si quieres aprender y saber algo provechosamente, procura ser desconocido y tenido en nada.

4. La mas útil y sublime de las ciencias es el perfecto conocimiento y desprecio de sí mismo.

Gran perfeccion y sabiduría es tenerse en poco á sí propio y juzgar siempre favorablemente á los demás.

Si vieres que otro peca manifiestamente

ó comete culpas graves, no por esto debes juzgarte mejor que él; porque no sabes hasta cuando podrás perseverar en el bien.

Todos somos frágiles; mas tú á nadie tengas por mas frágil que tú mismo.

CAPITULO III.

De la doctrina de verdad.

1. Bienaventurado aquel á quien la verdad enseña por sí misma, no por medio de figuras y palabras pasajeras, sino tal cual ella es.

Nuestro juicio y nuestros sentidos ven poco y á menudo nos engañan.

¿De qué sirve la mucha meditacion sobre cosas oscuras y ocultas por cuya ignorancia no se nos reprenderá en el dia del juicio?

Gran necedad es descuidar lo útil y necesario por dedicarse con ahinco á cosas dañosas y de pura curiosidad. Verdaderamente tenemos ojos y no vemos.

2. ¿Y qué nos importa á nosotros de los géneros y especies de los dialécticos?

Aquel á quien habla el Verbo eterno, líbrase de muchas opiniones.

Todas las cosas emanan de este Verbo único y todas proclaman su unidad: *él es el Principio, el mismo que nos habla*. (*Joan*. VIII. 25.)

Sin él nadie entiende ni juzga con rectitud.

Aquel para quien una sola cosa lo es todo, que todo lo refiere á una sola cosa y que en una cosa sola lo ve todo, puede ser firme de corazon y permanecer tranquilamente en Dios.

¡O verdad que eres Dios! haz que viva unido contigo por medio de una perpetua caridad!

Enójame á menudo ver y oir muchas cosas: en tí se comprende cuanto quiero y deseo.

Enmudezcan los doctores, no me hablen las criaturas en tu presencia: tú solo háblame.

3. Cuanto mas se concentráre en sí mismo el hombre y mas sencillo fuere de corazon, tantas mas y mayores cosas entenderá sin trabajo, porque recibirá de arriba la luz de inteligencia.

El alma pura, sencilla y constante no se distrae con las muchas ocupaciones; porque todo lo hace en honra de Dios, y pro-

cura estar desembarazada de la nimia atencion hácia sí propia.

¿Quién te embaraza y molesta mas que las afecciones no mortificadas de tu corazon?

El hombre bueno y piadoso empieza disponiendo en su interior las obras que ha de ejecutar esteriormente.

Y léjos de dejarse llevar por ellas á los deseos de una inclinacion viciosa, las somete al arbitrio de la recta razon.

¿Quién sostiene mayor combate que el que se esfuerza en vencerse á si mismo?

He aquí en lo que debiera cifrarse nuestra principal ocupacion: en vencernos á nosotros mismos y hacernos cada dia mas fuertes contra nuestras inclinaciones y aprovechar algun tanto en el bien.

4. Toda perfeccion en esta vida lleva consigo cierta imperfeccion, y todos los ejercicios de nuestro entendimiento van envueltos en cierta oscuridad.

El humilde conocimiento de tí mismo es mas seguro camino para llegar á Dios, que las profundas investigaciones de la ciencia.

No es de condenar la ciencia ni el simple conocimiento de lo que es bueno en sí

y ordenado por Dios; solo sí debemos preferir siempre á ello una conciencia pura y una vida virtuosa.

Pero como muchos cuidan mas de saber que de vivir bien, de aquí es que yerran con frecuencia y sacan poco ó ningun fruto de su trabajo.

5. ¡Oh! si se dedicasen con tanto empeño á desarraigar los vicios y sembrar virtudes como á promover vanas cuestiones, no ocurrieran tantos males y escándalos en el pueblo, ni tanta relajacion en los monasterios.

Ciertamente en el dia del juicio no se nos preguntará qué leimos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos, sino cuán santamente vivimos.

Dime, ¿donde están ahora todos aquellos señores y maestros que conociste mientras vivian y florecian en los estudios?

Otros ocupan ya sus puestos y ni aun sé si hay quien de ellos se acuerde.

Mientras vivieron parecieron ser algo, y ahora nadie habla de ellos.

¡O cuán pronto pasa la gloria del mundo! ¡Ojalá que su vida hubiese correspondido á su ciencia! Entonces hubieran leido y estudiado con fruto.

¡Cuántos perecen en el mundo por su vana ciencia y por su descuido en el servicio de Dios!

Y por querer mas ser grandes que humildes, se desvanecen en sus pensamientos.

Verdaderamente es grande el que tiene gran caridad.

Verdaderamente es grande el que se juzga pequeño y tiene en nada la mas encumbrada honra.

Verdaderamente es grande aquel que por ganar á Jesucristo tiene por basura todas las cosas terrenales.

Verdaderamente es sabio aquel que cumple la voluntad de Dios y renuncia á la suya propia.

CAPITULO IV.

De la prudencia en el obrar.

1. No se ha de creer toda palabra, ni obedecer á todo movimiento interior; mas débese pesar cada cosa segun Dios, con cuidado y detencion.

¡O dolor! muchas veces creemos y decimos mas fácilmente el mal que el bien

con respecto al prójimo: á tal punto llega nuestra debilidad.

Mas los hombres perfectos no creen con facilidad todo lo que se les cuenta; porque conocen la debilidad del hombre, inclinado al mal y muy deleznable en las palabras.

2. Es gran sabiduría no obrar con precipitacion, ni adherirse obstinadamente al propio modo de sentir.

Asimismo lo es no dar crédito á cuanto dicen los hombres, ni comunicar luego á otros lo que se ha oido ó creido.

Toma consejo del hombre sabio y recto, y prefiere ser instruido por otro mejor que tú, á seguir tus propios designios.

La vida buena hace al hombre sabio segun Dios, y esperimentado en muchas cosas.

Cuanto mas humilde sea uno y sumiso á Dios, tanto mas sabio y pacífico será en todo.

CAPITULO V.

De la leccion de la Escritura sagrada.

1. En las santas Escrituras se ha de buscar la verdad y no la elocuencia.

Toda la Escritura debe leerse con el

mismo espíritu con que fué escrita.

En ella debemos buscar mas bien el provecho, que la sutileza del lenguaje. Con la misma complacencia debemos leer los libros sencillos y piadosos, que los sublimes y profundos.

No te dejes alucinar por la reputacion del que escribe, sea poca ó mucha su erudicion; mas muévate á leer el amor de la pura verdad.

Considera lo que se te dice, y no quién lo dice.

2. *El hombre pasa, y la verdad del Señor permanece eternamente.* (*Psalm.* XXXVIII. 7. *et* CXVI. 2.)

Dios nos habla de varios modos, sin acepcion de personas.

La curiosidad nos perjudica á menudo en la lectura de las Escrituras, por cuanto queremos penetrar y discutir donde debiéramos pasar sencillamente.

Si quieres aprovechar, lee con fe, humildad y sencillez; jamás quieras pasar por sabio.

Pregunta de buena voluntad, y oye en silencio las palabras de los santos: no te disgusten las sentencias de los ancianos, pues no las profieren en vano.

CAPITULO VI.

De los afectos desordenados.

1. Siempre y cuando el hombre apetece algo desordenadamente, al punto pierde la tranquilidad.

El soberbio y el avaro jamás sosiegan; mas el pobre y el humilde de espíritu viven en la abundancia de la paz.

El hombre que no ha muerto aun enteramente á sí mismo, fácilmente es tentado, y vencido en las mas pequeñas y viles cosas.

El flaco de espíritu é inclinado á lo carnal y sensible, con dificultad se abstrae enteramente de los deseos terrenos.

De aquí es que cuando se abstiene de ellos, se entristece, y fácilmente se enoja si alguno le contradice.

2. Mas si consigue lo que desea, atorméntale luego el remordimiento, porque se abandonó á su pasion que de nada aprovecha para alcanzar la paz que buscaba.

Resistiendo, pues, á las pasiones y no entregándose á ellas, es como se halla la verdadera paz del corazon.

No hay paz en el corazon del hombre carnal, que se dedica á las cosas esteriores; solo el hombre fervoroso y espiritual la disfruta.

CAPITULO VII.

Como se ha de huir la vana esperanza y la soberbia.

1. Vano es el que pone su esperanza en los hombres ó en cualquiera de las criaturas.

No te avergüences de servir á los demás ni de parecer pobre en este mundo, por amor de Jesucristo.

No confies en tí mismo, mas pon tu esperanza en Dios.

Haz cuanto esté de tu parte, y Dios secundará tu buena voluntad.

No confies en tu ciencia ni en la sagacidad de ninguno de los vivientes; sino en la gracia de Dios que ayuda á los humildes y humilla á los presuntuosos.

2. No te glories en las riquezas si las tienes, ni en los amigos aunque sean poderosos, sino en Dios que todo lo da, y que sobre todo desea darse á sí mismo.

No te engrias de la belleza ó lozanía de tu cuerpo, que con una ligera enfermedad se desfigura y corrompe.

No te complazcas en tu habilidad ó talento; no sea que desagrades á Dios de quien provienen todos los dotes naturales que recibiste.

3. No te tengas por mejor que los demás, no sea que valgas menos á los ojos de Dios, que sabe lo que hay en el hombre.

No te envanezcas por tus buenas obras, porque los juicios de Dios son muy distintos de los juicios de los hombres; porque frecuentemente lo que agrada á los hombres desagrada á Dios.

Si algo bueno hay en tí, piensa que son mejores los otros, á fin de conservar la humildad.

Nada pierdes en posponerte á los demás; al paso que pierdes mucho anteponiéndote á uno solo.

El humilde goza de continua paz: la envidia y la ira emponzoñan á menudo el corazon del soberbio.

CAPITULO VIII.

Del modo de evitar la demasiada familiaridad.

1. *No manifiestes tu corazon á todo hombre* (*Eccli.* VIII. 22.); mas en tus negocios, toma consejo del hombre sabio y temeroso de Dios.

No trates mucho con los jóvenes y estraños.

No halagues á los ricos, ni desees parecer en presencia de los grandes.

Busca la compañía de los humildes y sencillos, de los piadosos y morigerados, y trata con ellos de materias edificantes.

No te familiarices con mujer alguna; mas encomienda á Dios en general á todas las virtuosas.

No desees familiarizarte sino con Dios y sus ángeles, y procura no ser conocido de los hombres.

2. Conviene tener caridad para con todos; mas no conviene la familiaridad.

Sucede algunas veces que apreciamos á una persona desconocida, solo por su buena reputacion; y sin embargo, al verla, queda destruida la opinion que de ella habíamos formado.

A veces pensamos agradar á los demás con nuestro trato; cuando muy al contrario, empezamos á desagradarles por las malas costumbres que observan en nosotros.

CAPITULO IX.

De la obediencia y sumision.

1. Muy grande cosa es estar en obediencia y vivir sujeto á prelado y renunciar á la voluntad propia.

Es mucho mas seguro obedecer, que mandar.

Muchos obedecen mas bien por necesidad que por amor; de aquí es que están afligidos, y fácilmente se entregan á la murmuracion. Estos no poseerán la libertad de espíritu, si no se someten de todo corazon por Dios.

Donde quiera que vayas, no hallarás sosiego sino en la humilde sujecion al gobierno de un superior. La idea de cambiar de lugares, ha engañado á muchos.

2. Verdad es que cada uno gusta de obrar segun su voluntad, y se inclina mas á los que piensan como él.

Mas si Dios está entre nosotros, preciso es que renunciemos algunas veces á nuestra opinion, por el bien de la paz.

¿Quién es tan sabio, que lo sepa todo enteramente?

No fies pues demasiado en tu propia opinion; mas oye gustoso el parecer ajeno.

Si tu parecer es cabal, y lo abandonas por causa de Dios para seguir el ajeno, todavía ganarás con ello.

3. Muchas veces he oido decir que es mas seguro oir y tomar un consejo, que darlo.

Puede tambien suceder que el parecer de cada uno sea acertado; pero el no querer condescender con los demás, cuando así lo pide la razon ó las circunstancias, es señal de soberbia y terquedad.

CAPITULO X.

Como se han de evitar las conversaciones inútiles.

1. Huye cuanto puedas del bullicio de los hombres, pues mucho estorba el tratar de las cosas del siglo, aun cuando se haga con pureza de intencion.

Porque la vanidad nos mancha y nos cautiva fácilmente.

Muchas veces quisiera haber callado, y no haber estado entre los hombres.

Mas ¿por qué somos tan aficionados á hablar y conversar unos con otros, cuando raras veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia?

La razon es porque por medio de la conversacion procuramos consolarnos mutuamente, y deseamos aliviar nuestro corazon fatigado por diversos pensamientos.

Gustamos mucho de hablar y pensar en aquellas cosas que amamos ó deseamos, y aun en las que se oponen á nuestros sentimientos.

2. Mas ¡ó dolor! con frecuencia todo es inútil; porque aquel consuelo esterior, perjudica no poco al consuelo interior y divino.

Por tanto, es necesario que velemos y oremos, para que no se nos pase el tiempo inútilmente.

Si es permitido, y conviene hablar, habla de materias edificativas.

Los malos hábitos y el descuido de nuestro aprovechamiento, ocasionan la licencia de nuestra lengua.

Sin embargo, las piadosas conferencias sobre cosas espirituales, mayormente entre personas igualmente animadas por el espíritu divino, sirven no poco para nuestro provecho espiritual.

CAPITULO XI.

Del modo de adquirir la paz y del amor al aprovechamiento espiritual.

1. De mucha paz pudiéramos gozar si no nos cuidáramos de los dichos y hechos ajenos que no son de nuestro cargo.

¿Como puede estar mucho tiempo en paz el que se mezcla en cuidados ajenos, y el que se ocupa en las cosas esteriores, y se recoge poco ó raras veces interiormente? Bienaventurados los sencillos, porque ellos gozarán mucha paz.

2. ¿Por qué razon fueron algunos Santos tan perfectos y contemplativos?

Porque procuraron mortificarse enteramente en todos sus deseos terrenos, pudiendo así unirse á Dios en lo mas íntimo de su corazon, y atender libremente á sí mismos.

Nosotros atendemos mucho á nuestras

pasiones y nos ocupamos demasiado en las cosas transitorias.

Como raras veces vencemos perfectamente un solo vicio, y no nos animamos á aprovechar diariamente en la virtud, por eso permanecemos frios y tibios.

3. Si estuviésemos enteramente muertos á nosotros mismos, y libres de toda interior preocupacion, pudiéramos entonces gustar de las cosas divinas, y esperimentar algun tanto la contemplacion celestial. El mayor, el único obstáculo consiste en que, sometidos á nuestros apetitos y pasiones, no intentamos entrar en el camino de los Santos.

Cuando nos sucede algun ligero contratiempo, nos abatimos demasiado pronto, y acudimos á los consuelos humanos.

4. Si como varones fuertes, procurásemos permanècer firmes en el combate, ciertamente veríamos bajar sobre nosotros desde el cielo el auxilio divino.

Pues el que nos da ocasiones de pelear, para que salgamos victoriosos, está pronto á ayudar á los que pelean confiados en su gracia.

Si ciframos el aprovechamiento de la vida religiosa en las solas observancias

esteriores, pronto se acabará nuestra devocion.

Apliquemos pues la segur á la raíz, para que una vez purgados de las pasiones, tengamos tranquila el alma.

5. Si cada año estirpásemos un solo vicio, pronto seríamos perfectos.

Mas léjos de esto, esperimentamos muchas veces que mejores y mas puros éramos al principio de convertidos que despues de muchos años de profesion.

Nuestro aprovechamiento y fervor debiera ir cada dia en aumento; mas ahora tiénese por mucho el conservar una parte del fervor primitivo.

Si al principio hiciésemos algun esfuerzo, pudiéramos despues hacerlo todo con facilidad y placer.

Es duro renunciar á la costúmbre; pero mas duro es aun ir contra la propia voluntad.

Mas, si no sabes vencer las cosas pequeñas y fáciles, ¿como vencerás las dificultosas?

Resiste desde el principio á la inclinacion, y abandona toda mala costumbre, no sea que poco á poco te lleve á mayores dificultades.

¡Oh! si supieses cuanto sosiego gozarias, y que alegría causarias á los demás, portándote bien, no dudo que serias mas solícito en el aprovechamiento espiritual.

CAPITULO XII.

De la utilidad de las adversidades.

1. Bueno es que de vez en cuando suframos algunos pesares y contratiempos; porque ellos suelen hacer entrar en sí al hombre, y le dan á conocer que está desterrado, y que no debe poner su esperanza en cosa alguna de este mundo.

Bueno es que algunas veces esperimentemos contradicciones, y que se piense mal, ó poco favorablemente de nosotros, aun cuando pensemos y obremos con rectitud. Con frecuencia contribuye esto á hacernos humildes y á defendernos de la vanagloria. Porque nunca acudimos tan solícitos á Dios que ve el interior de nuestro corazon, como cuando en lo esterior los hombres nos desprecian y no quieren darnos crédito.

2. Por esto deberia el hombre fortalecerse de tal modo en Dios, que no ne-

cesitase buscar tantos consuelos humanos.

Cuando el hombre de buena voluntad está atribulado, ó tentado, ó afligido por malos pensamientos, entonces conoce lo mucho que necesita de Dios, sin cuyo auxilio no puede nada bueno.

Entonces se entristece y gime y ruega, por las miserias que padece.

Entonces le molesta la larga vida, y desea que llegue la muerte, para ser desatado de este cuerpo, y unirse con Cristo.

Entonces conoce tambien que en este mundo no puede haber entera seguridad ni perfecta paz.

CAPITULO XIII.

Como se ha de resistir á las pasiones.

1. Mientras vivimos en el mundo, no podemos estar sin trabajos y tentaciones.

Por esto escrito está en el libro de Job: *Tentacion es la vida del hombre sobre la tierra*. (*Job* VII. 1.)

Debiéramos pues estar muy prevenidos contra las tentaciones, velando y orando para no dar lugar á las asechanzas del demonio que nunca duerme, mas *anda al*

rededor buscando á quien tragar. (1. *Petr.* v, 8.)

Nadie hay tan perfecto y santo, que algunas veces no padezca tentaciones; y no podemos estar del todo libres de ellas.

2. Mas, aunque sean molestas y penosas, no dejan de ser á menudo muy útiles al hombre; porque le humillan, le purifican é instruyen.

Todos los santos tuvieron que sufrir muchos trabajos y tentaciones, y por su medio adelantaron en la perfeccion.

Y los que no pudieron sostener las tentaciones, se hicieron réprobos, y desfallecieron.

No hay órden tan santo, ni lugar tan retirado donde no se encuentren tentaciones y adversidades.

3. El hombre, mientras vive, jamás está seguro de no sufrir tentaciones: porque, nacidos en la concupiscencia, tenemos en nosotros mismos el gérmen de ellas.

No bien ha pasado una tentacion ó tribulacion, cuando ya sobreviene otra; y siempre tendremos algo que padecer, pues perdimos el bien de nuestra felicidad primitiva.

Muchos procuran huir de las tenta-

ciones, y caen mas gravemente en ellas.

Para vencer no basta huir; mas con la paciencia y la verdadera humildad, nos hacemos más fuertes que todos nuestros enemigos.

4. El que sin arrancar el mal de raíz, se contenta con evitar las ocasiones esteriores, poco aprovechará; antes bien las tentaciones le asaltarán nuevamente y con mas violencia.

Mas fácilmente vencerás poco á poco, con paciencia y constancia (mediante el favor divino) que obrando con obstinacion y dureza.

Toma á menudo consejo en la tentacion y no trates con aspereza al que está tentado, antes procura consolarle como desearias que á tí te consolasen.

5. El orígen de todas las tentaciones es la inconstancia de ánimo y la poca confianza en Dios.

Pues cual nave sin timon impelida de una á otra parte por las olas; así el hombre descuidado é inconstante en sus propósitos, divaga á merced de las tentaciones.

El fuego prueba al hierro, y la tentacion al hombre justo.

A veces ignoramos lo que podemos; mas la tentacion descubre lo que somos.

Debemos pues velar sobre todo al principio de la tentacion; porque es mas fácil vencer al enemigo si no se le deja penetrar en el alma y si se le rechaza al punto mismo que se presenta.

Por esto dijo un autor antiguo : *Procura atajar el mal desde el principio, porque si se acrecienta con largas dilaciones, tarde llegará el remedio.*

Primeramente se ofrece un simple pensamiento, despues la importuna imaginacion, luego la delectacion, el movimiento desordenado y el consentimiento.

Así, poco á poco se introduce enteramente el maligno enemigo, cuando no se le resiste desde un principio.

Y cuanto mas tardo y perezoso fuere uno en resistir, tanto mas se debilitará cada dia, y mas fuerte se hará contra él el enemigo.

6. Algunos padecen mayores tentaciones al principio de su conversion; otros al fin.

Otros empero, las padecen casi toda su vida.

Algunos son tentados con bastante sua-

vidad, segun el juicio y la sabiduría de Dios, que mide el estado y los méritos de los hombres, y lo dispone todo para la salvacion de sus escogidos.

7. Por eso no debemos desconfiar cuando somos tentados; antes bien debemos rogar á Dios con mas fervor para que se digne ayudarnos en toda tribulacion, pues como dijo el Apóstol: *Hará que saqueis provecho de la misma tentacion, para que podais perseverar.* (1. *Corinth.* x. 13.)

Humillemos, pues, nuestras almas bajo la mano de Dios en toda tentacion y tribulacion, porque él salvará y exaltará á los humildes de espíritu.

8. En las tentaciones y tribulaciones se ve lo que ha aprovechado el hombre, porque entonces es mayor el mérito y resplandece mas la virtud.

No es de admirar que el hombre sea devoto y fervoroso cuando no sufre pesar alguno; mas si se mantiene resignado al tiempo de la adversidad, da esperanzas de grande aprovechamiento.

Algunos se libran de las grandes tentaciones, y son vencidos á menudo por las pequeñas de cada dia, para que hu-

millados de verse tan débiles en las menores ocasiones, no confien de sí mismos en las mayores.

CAPITULO XIV.

Como han de evitarse los juicios temerarios.

1. Vuelve los ojos hácia tí mismo, y guárdate de juzgar las acciones de tu prójimo.

Juzgando á los demás, el hombre trabaja en vano, yerra muchas veces y peca fácilmente; mas examinándose y juzgándose á sí mismo, siempre trabaja con fruto.

Ordinariamente juzgamos de las cosas segun las inclinaciones de nuestro corazon, porque el amor propio con facilidad nos quita la rectitud del juicio.

Si Dios fuese siempre el único objeto de nuestros deseos, no nos perturbarian tan pronto las contradicciones de la sensualidad.

2. Mas con frecuencia hay dentro ó fuera de nosotros, algo que nos arrastra.

Muchos, en lo que hacen, buscan se–

cretamente su propia comodidad, y lo ignoran.

Mientras todo se hace segun quieren y entienden, parece que están en paz; mas si en algo ven contrariados sus deseos, al punto se alteran y entristecen.

Por la diversidad de sentimientos y opiniones se promueven á menudo disensiones entre los amigos y ciudadanos, entre los religiosos y devotos.

3. Con dificultad se abandona la antigua costumbre, y nadie se aparta con gusto de su propio modo de pensar.

Si te apoyas mas en tu razon é ingenio que en la virtud de sumision á Jesucristo, rara vez y tarde serás iluminado; porque Dios quiere que le seamos enteramente sumisos, y que nos hagamos superiores á toda razon por medio de un amor ardiente.

CAPITULO XV.

De las obras de caridad.

1. Por ninguna cosa del mundo, ni por amor de hombre alguno se ha de hacer lo que es malo; no obstante, puédese diferir

una buena obra ó sustituirla por otra mejor en beneficio de algun necesitado.

Porque de esta suerte, en vez de perder la obra su mérito, cámbiase en otra mejor.

Sin caridad, de nada aprovechan las obras esternas; mas cuanto se practica por caridad, por pequeño y despreciable que sea, se hace todo fructuoso.

Porque Dios atiende mas á la intencion del que obra, que á la obra misma.

2. Mucho hace el que mucho ama. Mucho hace el que en todo hace bien.

Bien hace el que antepone el interés comun, á su voluntad propia.

Muchas veces parece caridad lo que es obra de la carne; porque la inclinacion natural, la propia voluntad, la esperanza de la recompensa y las miras de nuestra utilidad, rara vez nos abandonan.

3. El que tiene verdadera y perfecta caridad, no se busca á sí mismo en cosa alguna, y sí solo desea que Dios sea glorificado en todas las cosas.

De nadie tiene envidia, porque no ama ningun placer particular; ni quiere gozarse en sí mismo, sino en Dios, y desea la bienaventuranza como el mayor de todos los bienes.

A nadie atribuye bien alguno, mas todo lo refiere á Dios, del cual como de primera fuente emanan todas las cosas, y en quien todos los Santos descansan finalmente con entero gozo.

¡Oh! quien tuviese una centella de verdadera caridad! Ciertamente, conoceria entonces que todas las cosas terrenales están llenas de vanidad.

CAPITULO XVI.

Como se han de soportar los defectos ajenos.

1. Lo que el hombre no puede corregir en sí mismo ó en los demás, débelo soportar con paciencia, hasta que Dios lo disponga de otro modo.

Piensa que tal vez conviene esto para probar tu paciencia, sin la cual son de poco valor nuestros méritos.

Con todo debes suplicar por razon de tales impedimentos para que Dios se digne auxiliarte, y puedas sobrellevarlos con resignacion.

2. Si alguno, amonestado una ó dos veces, no se enmendáre, no porfies con él, mas encomiéndalo todo á Dios que sa-

be convertir el mal en bien, para que se cumpla su voluntad, y sea glorificado en todos sus siervos.

Procura sufrir con paciencia los defectos y flaquezas de tu prójimo; porque tú tambien das mucho que sufrir á los demás.

Si no puedes hacerte á tí mismo cual quisieras, ¿como podrás alcanzar que los demás se conformen á tus deseos?

Queremos que los demás sean perfectos, y no enmendamos nuestras faltas.

3. Queremos que se corrija severamente á los otros, y no queremos ser corregidos.

Desagrádanos la escesiva condescendencia con los demás, y no queremos que se nos niegue nada de cuanto pedimos.

Queremos que los demás sean reprimidos por medio de los estatutos, y no permitimos que se nos refrene en lo mas mínimo.

Así se manifiesta cuan raras veces amamos al prójimo como á nosotros mismos.

Si todos fuesen perfectos, ¿qué tendriamos entonces que sufrir por Dios de parte de nuestros hermanos?

4. Mas así lo ha ordenado Dios, para que aprendamos á llevar mutuamente

nuestras cargas; porque nadie está exento de defectos y molestias, nadie se basta á sí mismo, nadie es bastante sabio para gobernarse por sí solo; sino que es necesario que nos soportemos, consolemos, ayudemos, instruyamos y amonestemos unos á otros.

Al tiempo de la adversidad es cuando mejor se descubren en cada uno sus grados de virtud.

Porque las ocasiones no hacen frágil al hombre; mas dan á conocer lo que es.

CAPITULO XVII.

De la vida monástica.

1. Conviene que aprendas á reprimirte en muchas cosas, si quieres conservar la paz y la concordia con otros.

No es poco morar en monasterios ó en congregacion, y vivir en ellos sin quejarse, y perseverar fielmente hasta la muerte.

Bienaventurado el que vive allí bien, y acaba dichosamente.

Si quieres permanecer como es debido, y aprovechar, mírate como desterrado y peregrino sobre la tierra.

Si quieres seguir la vida religiosa, conviene que te hagas simple por Jesucristo.

2. El hábito y la tonsura de poco sirven; pues lo que constituye el verdadero religioso es la mudanza de costumbres y la entera mortificacion de las pasiones.

El que busca algo fuera de Dios y de la salvacion de su alma, no hallará sino tribulacion y dolor.

No puede estar mucho tiempo en paz quien no procura ser el menor, y someterse á todos.

3. Veniste á servir, no á mandar; entiende que fuiste llamado para padecer y trabajar, no para hablar y holgarte.

Pues aquí se prueban los hombres como el oro en el crisol.

Nadie puede permanecer aquí, si no quiere humillarse de todo corazon por amor de Dios.

CAPITULO XVIII.

De los ejemplos de los Santos Padres.

1. Considera los esclarecidos ejemplos de los santos Padres en los cuales resplan-

ció la verdadera perfeccion y religion, y verás cuan poco ó casi nada es lo que hacemos.

¡Ay! ¿qué es nuestra vida comparada con la suya?

Los Santos y amigos de Cristo sirvieron al Señor en hambre y sed, en frio y desnudez, en trabajos y fatigas, en vigilias y ayunos, en oraciones y santas meditaciones, en muchas persecuciones y oprobios.

2. ¡Oh! ¡cuántas y cuán graves tribulaciones padecieron los Apóstoles, los Mártires, los Confesores, las Vírgenes y todos los que quisieron seguir las huellas de Jesucristo!

Aborrecieron sus almas en este mundo, para poseerlas en la vida eterna.

¡Oh! ¡qué vida tan austera y abnegada hicieron los santos Padres en el desierto! ¡cuán largas y graves tentaciones sufrieron! ¡con cuánta frecuencia fueron atormentados por el enemigo! ¡cuán continuas y fervorosas oraciones ofrecieron á Dios! ¡cuán rigurosas abstinencias practicaron! ¡cuán grande celo y fervor mostraron por el aprovechamiento espiritual! ¡cuán fuertes combates sostuvieron para refrenar los

vicios! ¡cuán pura y recta intencion tuvieron para con Dios!

Trabajaban de dia, y ocupaban la noche en larga oracion; y ni aun trabajando dejaban de orar mentalmente.

3. Empleaban útilmente todo el tiempo, y las horas les parecian cortas para dedicarse á Dios.

Erales tan dulce la contemplacion, que por ella olvidaban la necesidad del alimento corporal.

Renunciaban á todas las riquezas, dignidades y honores, á los amigos y parientes; no deseaban cosa alguna de este mundo; apenas tomaban lo necesario para la vida, y sentian tener que atender al cuerpo, aun en las cosas necesarias.

Eran pobres en cosas terrenas, pero muy ricos en gracia y virtudes.

Esteriormente todo les faltaba, mas en lo interior eran sustentados con la gracia y el consuelo divino.

4. Eran estraños al mundo, pero muy allegados y familiares amigos de Dios.

Teníanse en nada á sí mismos, y parecian despreciables al mundo; mas eran amados y preciosos á los ojos de Dios.

Conservábanse en la verdadera humil-

dad, vivian en sencilla obediencia, caminaban por el sendero de la paciencia y caridad, y por eso aprovechaban cada dia en espíritu y alcanzaban delante de Dios abundante gracia.

Fueron dados por modelo á todos los religiosos; y mas deben ellos escitarnos á aprovechar en la virtud, que la multitud de los tibios á relajarnos.

5. ¡Oh! ¡cuan grande fué el fervor de todos los religiosos al principio de su santa institucion!

¡Cuanto fervor en la oracion! ¡cuanto celo en la virtud! ¡cuanto rigor en la disciplina! ¡cuanto respeto y obediencia á la regla del fundador floreció en todos!

Los vestigios que de ellos nos quedan, atestiguan aun que fueron verdaderamente varones santos y perfectos, y que peleando tan valerosamente, pusieron al mundo bajo sus pies.

Mas ahora ya se tiene en mucho aquel que no quebranta la regla, y que puede llevar con paciencia lo que aceptó voluntariamente.

6. ¡O tibieza y negligencia de nuestro estado, pues tan pronto decaemos del primitivo fervor, y nos es ya molesta la vida

á causa de nuestra gran lasitud y tibieza!

¡ Ojalá que despues de haber visto con frecuencia tantos ejemplos de varones piadosos, no estuviese en tí del todo amortiguado el deseo de aprovechar en las virtudes!

CAPITULO XIX.

De los ejercicios que debe practicar todo buen religioso.

1. La vida del buen religioso debe resplandecer en toda suerte de virtudes, para que sea interiormente tal, como parece esteriormente á los hombres.

Y con razon ha de ser interiormente mas perfecta de lo que aparece en lo esterior; porque el que nos mira es Dios á quien debemos reverenciar en gran manera, en cualquier parte que estuviéremos, y ante el cual nos hemos de presentar tan puros como los Angeles.

Cada dia debemos renovar nuestro propósito, y escitarnos al fervor como si fuese el primero de nuestra conversion, diciendo:

Ayúdame, Señor Dios, en mi buen propósito y en tu santo servicio, y dame gracia para que comience hoy perfectamente, porque es nada cuanto hice hasta aquí.

2. Segun es nuestro propósito, así será tambien nuestro aprovechamiento, y el que quiere aprovechar necesita de mucha diligencia.

Si el que hace firmes propósitos desmaya muchas veces, ¿qué hará el que no se propone algo sino raramente, ó con poca firmeza?

De varios modos abandonamos nuestro propósito, y la menor omision en los ejercicios, casi nunca deja de causar algun daño.

El propósito de los justos depende mas de la gracia de Dios que de la propia sabiduría; y en él confian siempre que emprenden alguna obra.

Porque el hombre propone, mas Dios dispone, *y no es del hombre su camino.* (*Jer.* x. 23.)

3. Si alguna vez se omiten los acostumbrados ejercicios por motivos de piedad ó para utilidad del prójimo, fácil será reparar despues esta omision.

Mas el omitirlos fácilmente por fastidio ó negligencia, es un acto culpable que redundará en nuestro propio daño.

Por mucho que nos esforcemos, aun así caerémos con facilidad en muchas faltas.

No obstante, debemos proponernos siempre algun fin determinado, sobre todo en lo tocante á aquellas cosas que mas impiden nuestro aprovechamiento.

Debemos examinar y ordenar nuestros actos tanto esteriores como interiores, porque unos y otros convienen para el aprovechamiento espiritual.

4. Si no puedes estar continuamente recogido, recógete siquiera de cuando en cuando, ó á lo menos una vez al dia, por la mañana ó por la noche.

Por la mañana forma tus propósitos, y por la noche examina cual fué durante el dia tu conducta en palabras, obras y pensamientos; porque tal vez ofendiste con ellos muchas veces á Dios y á tu prójimo.

Prepárate como varon fuerte contra las maldades del demonio. Refrena la gula, y refrenarás mas fácilmente toda inclinacion de la carne.

No estés nunca enteramente ocioso, mas

lee, escribe, reza, medita, ó haz algo de provecho para la comunidad.

Sin embargo, en los ejercicios corporales debe procederse con discrecion, porque no todos deben practicarlos igualmente

5. Los ejercicios particulares no deben hacerse en público, porque se hacen con mas seguridad en secreto.

Empero, guárdate de ser remiso en los ejercicios comunes y diligente en los particulares; mas si despues de haber cumplido entera y fielmente con los deberes prescritos, te sobráre algun tiempo, vuélvete á tí, siguiendo los impulsos de tu devocion.

No todos pueden practicar los mismos ejercicios, porque unos convienen mas á uno, y otros á otro.

Además, agrádanos variarlos segun la conformidad de los tiempos, pues que unos parecen mejor para los dias festivos, y otros para los dias de labor.

De unos necesitamos en tiempo de tentacion, y de otros en tiempo de paz y sosiego. En unas cosas nos gusta pensar cuando estamos tristes, y en otras cuando estamos alegres en el Señor.

6. En las fiestas principales, debemos

renovar los buenos ejercicios é implorar con mas fervor los sufragios de los Santos.

Durante el intermedio de las fiestas, debemos proponernos vivir como si entonces hubiésemos de salir de este mundo para llegar á la fiesta eterna.

Por eso debemos prepararnos con cuidado, en los tiempos de devocion, viviendo entonces mas devotamente y guardando con mas rigor toda observancia, como si en breve debiésemos recibir de Dios el premio de nuestros trabajos.

7. Y si se dilatase aquel instante, pensemos que no estamos aun bastante preparados, y que todavía somos indignos de tanta gloria como se nos revelará cuando llegue el tiempo señalado, y procuremos prepararnos mejor para la muerte.

Bienaventurado aquel siervo, dice el evangelista S. Mateo, *á quien halláre su señor así haciendo, cuando viniere. En verdad os digo, que le pondrá sobre todos sus bienes.* (*Matth.* XXIV. 46 *et* 47.)

CAPITULO XX.

Del amor á la soledad y al silencio.

1. Busca algun tiempo á propósito para dedicarte á tí mismo, y piensa á menudo en los beneficios de Dios.

Deja las cosas de pura curiosidad: lee aquellas materias que mas dan compuncion que ocupacion.

Si te abstuvieres de conversar inútilmente y de divagar sin objeto, no menos que de dar oido á los rumores y novedades, hallarás tiempo suficiente y á propósito para dedicarte á las buenas meditaciones.

Los mas grandes Santos evitaban cuanto podian la compañía de los hombres, y preferian servir á Dios secretamente.

2. Cierto escritor dijo: Cuantas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre.

Esto es lo que esperimentamos todos los dias cuando hablamos mucho.

Mas fácil es callar absolutamente, que dejar de escederse en las palabras.

Mas fácil es ocultarse en casa, que poder guardarse lo bastante fuera de ella.

Así pues, el que aspira á la vida interior y espiritual, preciso es que se aparte de la multitud con Jesus.

Nadie aparece con seguridad, sino el que se esconde voluntariamente.

Nadie habla con acierto, sino el que calla con gusto.

Nadie preside dignamente, sino el que se somete sin repugnancia.

Nadie manda con razon sino el que aprendió á obedecer sin réplica.

3. Nadie se goza con seguridad, sino tiene en sí mismo el testimonio de la buena conciencia.

Por eso la seguridad de los Santos estuvo siempre llena de temor de Dios.

Y aunque resplandecieron en grandes virtudes y en la gracia de Dios, no por eso fueron menos solícitos y humildes.

Pero la seguridad de los malos nace de la soberbia y presuncion, y al fin se convierte en su propio engaño.

Nunca te prometas seguridad en esta vida, aunque parezcas buen religioso ó devoto eremita.

4. Muchas veces los que fueron mejores en el concepto de los hombres, se es-

pusieron á mayores peligros, por su demasiada confianza.

Por lo que, es utilísimo á muchos el no carecer enteramente de tentaciones, y el ser á menudo combatidos, para que no sean escesivamente confiados, ni se ensoberbezcan, ni se entreguen con demasiada libertad á los consuelos esteriores.

¡Oh! quien nunca buscase la alegría transitoria, ni jamás se ocupase en los negocios del mundo, cuán pura tendria la conciencia!

¡Oh! ¡de cuanta paz y sosiego disfrutaria el que apartando de sí todo vano cuidado, pensase únicamente en las cosas saludables y divinas, y pusiese en Dios toda su confianza!

5. Nadie es digno del consuelo celestial, sino el que se ejercita con diligencia en la santa compuncion.

Si quieres arrepentirte de corazon, entra en tu retrete y apártate del bullicio del mundo, segun está escrito: *Compungíos en vuestros lechos* (*Ps.* IV. 5.) En la celda hallarás lo que fuera perderás muchas veces.

La celda se hace agradable habitándola

continuamente, y desagrada abandonándola con frecuencia.

Si al principio de tu conversion habitares en ella y la guardares bien, será despues tu querida amiga y tu mas grato consuelo.

6. En el silencio y sosiego se aprovecha el alma devota, y penetra los secretos de las Escrituras.

Allí encuentra arroyos de lágrimas con que lavarse y purificarse todas las noches, para hacerse tanto mas familiar á su Criador, cuanto mas léjos vive del bullicio del mundo.

Pues al que se separe de los amigos y conocidos, Dios se le aproximará con los santos Angeles.

Mejor es ocultarse, y cuidar de sí mismo, que con descuido propio hacer milagros.

Es cosa laudable que el hombre religioso salga pocas veces, que huya de ser visto, y que no quiera ver á los hombres.

7. ¿Por qué quieres ver lo que no es lícito poseer? *El mundo se pasa y con él sus deleites*. (1. *Joan*. II. 17.)

Los deseos sensuales nos inclinan al ocio; mas pasada aquella hora, ¿qué es lo que te queda sino pesadumbre de conciencia y disipacion del corazon?

La partida alegre ocasiona muchas veces una triste vuelta, y la tarde placentera de la víspera, entristece la mañana.

Así todo placer carnal se introduce blandamente, mas al fin hiere y mata.

¿Qué puedes ver en otra parte, que no lo veas aquí? He aquí el cielo y la tierra y todos los elementos; pues de ellos fueron hechas todas las cosas.

8. ¿Qué puedes ver en parte alguna, que permanezca mucho tiempo debajo del sol?

Piensas tal vez saciarte, mas no lo conseguirás.

Si vieses todas las cosas delante de tí, ¿qué seria esto sino una vana ilusion?

Levanta los ojos á Dios en los cielos, y ruega por tus pecados y omisiones.

Deja lo vano á los vanos; tú empero, atiende á lo que Dios te manda.

Cierra tu puerta sobre tí, y llama á tu amado Jesus.

Permanece con él en tu celda, porque en ningun otro lugar hallarás tanta paz.

Si no salieses, ni oyeses ninguno de los rumores del mundo, permanecerias mejor en santa paz. Mas como algunas veces te complaces en oir novedades, preciso

es que sufras despues turbaciones del corazon.

CAPITULO XXI.

De la compuncion del corazon.

1. Si algo quieres aprovechar, consérvate en el temor de Dios y no seas demasiado libre; mas refrena todos tus sentidos por medio de la disciplina, y no te entregues á la vana alegría.

Entrégate al arrepentimiento, y hallarás la devocion.

La compuncion produce muchos bienes que la relajacion suele perder prontamente.

Es de admirar que pueda el hombre alegrarse completamente en esta vida, si considera con atencion su destierro y los muchos peligros de su alma.

2. La liviandad de nuestro corazon y el descuido de nuestros defectos, son causa de que no sintamos los males de nuestra alma; mas con frecuencia en vano reimos, cuando en realidad debiéramos llorar.

No hay verdadera libertad ni cabal ale

gría sino en el temor de Dios con buena conciencia.

Dichoso el que puede desechar todo objeto de distraccion, y recogerse á lo interior de un santo arrepentimiento.

Dichoso el que aleja de sí cuanto puede manchar ó agravar su conciencia.

Pelea con valor : una costumbre vence á otra.

Si sabes prescindir de los hombres, ellos te dejarán hacer buenamente tus obras.

3. No te ocupes en los negocios ajenos, ni te mezcles en los asuntos de los superiores.

Primeramente pon los ojos en tí, y amonéstate especialmente á tí mismo, antes de amonestar á todos los que quieres bien.

Si no gozas del favor de los hombres, no te entristezcas por esto, mas afligete de ver que no obras con tanta rectitud y circunspeccion, cual conviene á un siervo de Dios, y á un devoto religioso.

Con frecuencia es mas útil y seguro que el hombre no tenga en esta vida muchos consuelos, mayormente de los que provienen de la carne.

Sin embargo, culpa nuestra es si carecemos de los consuelos divinos, ó si los

esperimentamos raras veces; porque no buscamos la compuncion del corazon, ni desechamos enteramente los consuelos esteriores.

4. Reconócete indigno del consuelo divino, y mas bien digno de muchas tribulaciones.

Cuando el hombre está del todo arrepentido, el mundo entero le es amargo y molesto.

El hombre virtuoso halla siempre bastante materia para dolerse y llorar.

Pues ya sea que se considere á sí mismo ó á su prójimo, sabe que nadie vive aquí bajo sin tribulaciones.

Y cuanto mas atentamente se considera, tanto mas profundo es su dolor.

Objeto de justo pesar y de interior compuncion son nuestros vicios y pecados, en los cuales estamos de tal modo sumergidos, que apenas podemos contemplar las cosas celestiales.

5. Si pensases con mas frecuencia en la muerte que en la duracion de la vida, sin duda te enmendarias con mas fervor.

Si considerases cordialmente las penas futuras del infierno ó del purgatorio, creo que soportarias con gusto el trabajo y el

dolor y no temerias ninguna austeridad.

Mas como estas verdades no penetran hasta nuestro corazon, y amamos todavía los regalos, nos quedamos frios y perezosos.

6. Muchas veces la falta de espíritu, es causa de que nuestro miserable cuerpo se queje tan fácilmente.

Ruega pues humildemente á Dios para que te dé espíritu de contricion, y dí con el Profeta: *Aliméntame, Señor, con pan de lágrimas, y dame bebida de lágrimas con abundancia.* (*Psalm.* LXXIX. 6.)

CAPITULO XXII.

De la consideracion de la miseria humana.

1. Miserable serás donde quiera que fueres, y á cualquier parte que te volvieres, si no te conviertes á Dios.

¿Por qué te turbas, si no te suceden las cosas segun quieres y deseas? ¿Quién es el que lo tiene todo á medida de su voluntad? Ni yo, ni tú, ni hombre alguno sobre la tierra.

Nadie hay en el mundo sin tribulacion ó angustia, aunque sea rey ó papa.

¿Pues quién es el que está mejor? Ciertamente aquel que puede padecer algo por Dios.

2. Dicen muchos imbéciles y flacos: ¡Mirad cuan dichosa vida tiene aquel hombre! ¡cuan rico es, cuan grande, cuan poderoso y escelso!

Mas tú atiende á los bienes del cielo, y verás que todos los bienes temporales nada son; antes al contrario son muy inciertos y molestos, porque nunca se gozan sin cuidado y temor.

No consiste la felicidad del hombre en poseer bienes temporales en abundancia; bástale la medianía.

En realidad, miseria es vivir sobre la tierra.

Cuanto mas espiritual quiere ser el hombre, tanto mas amarga se le hace la vida presente, porque conoce mejor y ve mas claramente los defectos de la corrupcion humana.

Puesto que el comer, el beber, el velar, el dormir, el descansar, el trabajar, y estar sujeto á las demás necesidades naturales, es en verdad grande miseria y afliccion para el hombre devoto, que quisiera estar desatado del cuerpo, y libre de todo pecado.

3. Porque el hombre interior está muy oprimido en este mundo con necesidades corporales.

Por esto el Profeta ruega devotamente que se le libre de ellas, diciendo: *Sácame, Señor, de mis angustias.* (*Ps.* XXIV. 17.)

Mas ¡ay de aquellos que no conocen su miseria! y con mayor razon ¡ay de aquellos que aman esta vida miserable y corruptible!

Porque hay algunos tan apegados á ella, que aun cuando apenas puedan alcanzar lo necesario, trabajando ó mendigando, ni siquiera se acordarian del reino de Dios, si pudiesen vivir siempre aquí bajo.

4. ¡O locos, é infieles de corazon, tan profundamente encenagados en lo terreno, que solo gustan de las cosas carnales!

Mas al fin conocerán por su desgracia cuan despreciable, vil y vano fué lo que amaron.

Los santos de Dios y todos los piadosos amigos de Cristo, no hicieron cuenta de lo que agradaba á la carne, ni de lo que florecia en esta vida temporal; mas toda su esperanza é intencion se dirigia á los bienes eternos.

Todos sus deseos se elevaban á las co-

sas duraderas é invisibles, para que el amor á lo visible no les arrastrase hácia lo ínfimo.

5. No pierdas, hermano, la esperanza de adelantar en la vida espiritual: todavía tienes tiempo para ello.

¿Por qué difieres tu propósito? Levántate y empieza al instante, y dí: Ahora es tiempo de obrar, ahora es tiempo de pelear, ahora es tiempo conveniente para enmendarme.

Cuando estás afligido y atribulado, entonces es tiempo de merecer.

Conviene que pases por fuego y por agua antes que llegues al descanso.

Si no te haces violencia, no vencerás el vicio.

Mientras permanecemos en este frágil cuerpo, no podemos estar enteramente libres de pecado, ni vivir sin tedio y dolor.

Grato nos seria descansar de toda miseria; mas como con el pecado perdimos la inocencia, perdimos tambien la verdadera felicidad.

Por eso, conviene que tengamos paciencia y esperemos la misericordia de Dios, *hasta que pase esta iniquidad, y lo que es*

mortal, se lo sorba la vida. (*Ps.* LVI. 2. II. *Cor.* V. 4.)

6. ¡Cuan grande es la humana fragilidad, siempre inclinada á los vicios!

Hoy confiesas tus pecados, y mañana los cometes nuevamente.

Ahora propones guardarte, y al cabo de una hora obras como si nada hubieses propuesto.

Con razon pues, podemos humillarnos, y no pensar jamás de nosotros cosa grande, porque somos tan frágiles y tan mudables.

En un instante puede perderse por negligencia lo que difícilmente y con mucho trabajo pudo alcanzarse por la gracia.

7. ¿Qué será de nosotros en el fin de la vida, ya que tan pronto nos entibiamos?

Ay de nosotros, si de este modo queremos ir al descanso, como si ya tuviésemos paz y seguridad, cuando todavía no se descubre señal alguna de santidad en nuestra conducta.

Bien seria necesario que, como á buenos novicios, fuésemos instruidos en las buenas costumbres, si por ventura hubiese alguna esperanza de enmienda y de mayor aprovechamiento espiritual.

CAPITULO XXIII.

De la meditacion de la muerte.

1. Muy pronto vendrá para tí la muerte: mira pues como te hallas. Hoy existe el hombre y mañana desaparece.

Y en quitándolo de los ojos, presto se borra tambien de la memoria.

¡O estupidez y dureza del corazon humano, que solo atiende á lo presente sin cuidar de lo venidero!

De tal modo debieras conducirte en todos los pensamientos y acciones, cual si hoy debieses morir.

Si tuvieses buena conciencia, no temerias mucho la muerte.

Mas valiera evitar los pecados, que huir de la muerte.

Si hoy no estás preparado, ¿cómo lo estarás mañana?

El dia de mañana es incierto, y ¿sabes tú si amanecerás otro dia?

2. ¿De qué aprovecha vivir largo tiempo, si tan poco nos enmendamos?

¡Ah! la larga vida no siempre corrige, antes á menudo aumenta nuestras culpas.

¡Ojalá que hubiésemos vivido bien un solo dia en este mundo!

Muchos cuentan los años de su conversion, mas con frecuencia es muy poco el fruto de la enmienda.

Si es terrible el morir, acaso es mas peligroso el vivir por mas tiempo.

Dichoso el que tiene siempre presente la hora de la muerte, y se prepara cada dia para morir.

Si alguna vez viste morir á un hombre, piensa que tú tambien pasarás por el mismo camino.

3. Por la mañana, piensa que no llegarás á la noche; y por la noche, no te prometas llegar á la siguiente mañana.

Vive pues siempre preparado, y vive de modo que la muerte nunca te halle desprevenido.

Muchos mueren repentina é impensadamente.

Porque á la hora que no se piensa, vendrá el Hijo del hombre.

Cuando llegáre aquella hora postrera, empezarás á discurrir muy diversamente de toda tu vida pasada, y te dolerás mucho de haber sido tan negligente y tibio.

4. ¡Cuan feliz y prudente es aquel que

procura ser tal en vida, cual desea hallarse en la hora de la muerte!

Porque el entero desprecio del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en la virtud, el amor á la disciplina, el trabajo de la penitencia, la prontitud en la obediencia, la abnegacion de sí mismo y la paciencia en toda adversidad por amor de Cristo, le infundirán gran confianza de morir felizmente.

Mientras gozas de salud puedes hacer muchas obras buenas, mas si llegas á enfermar, no sé lo que podrás.

Pocos mejoran de vida con la enfermedad; así como rara vez son santificados los que hacen frecuentes romerías.

5. No confies en amigos y allegados, ni difieras para lo venidero el cuidado de tu salvacion; porque los hombres se olvidarán de tí mas pronto de lo que piensas.

Mejor es prevenirte ahora con tiempo, y enviar delante algunas obras buenas, que esperar en el auxilio de otros.

Si ahora no cuidas de tí mismo, ¿quién cuidará de tí en lo venidero?

El tiempo es ahora muy precioso. *He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí*

ahora el dia de la salud. (II. *Cor.* VI. 2.)

Mas, ¡ó dolor! que no lo emplees mas útilmente, cuando por su medio puedes merecer la vida eterna!

Tiempo vendrá en que desearás tener un dia ó una hora para enmendarte, y no sé si lo alcanzarás.

6. ¡Ah! querido hermano, de que peligros podrias librarte, de cuan grande temor pudieras sustraerte, si temieses siempre á la muerte y recelases de ella!

Procura vivir ahora de modo que en la hora de la muerte tengas mas motivo de alegrarte que de temer.

Aprende ahora á morir al mundo, á fin de que empieces entonces á vivir con Cristo.

Aprende ahora á despreciarlo todo, para que entonces puedas dirigirte libremente á Cristo.

Castiga ahora tu cuerpo por medio de la penitencia, para que puedas entonces tener segura confianza.

7. ¡Ah! insensato! ¿como piensas vivir largo tiempo, no teniendo aquí un solo dia seguro?

¡Cuantos han sido engañados y separados inesperadamente de su cuerpo!

¿Cuantas veces oiste referir que uno murió á estocadas, otro se ahogó, otro cayó de lo alto y se rompió la cabeza, otro comiendo se quedó yerto, otro acabó su vida jugando?

Uno murió á fuego, otro á hierro, otro de peste, otro á manos de ladrones? y así la muerte es el fin de todos, y la vida del hombre pasa súbitamente como una sombra. (*Job* XIV. 2. *Ps*. CXLIII. 4.)

8. ¿Quién se acordará de tí despues de tu muerte? ¿quién rogará por tí?

Trabaja, querido hermano, trabaja ahora cuanto puedas, porque no sabes cuando morirás, ni lo que será de tí despues de la muerte.

Mientras tienes tiempo, atesora riquezas inmortales.

Piensa únicamente en tu salvacion, y cuida solo de las cosas de Dios.

Gánate ahora amigos, venerando los santos de Dios é imitando sus obras, *para que cuando fallezcas te reciban en las eternas moradas*. (*Luc*. XVI. 9.)

9. Vive en la tierra como peregrino y huésped, á quien no interesan los negocios del mundo.

Conserva tu corazon libre, y elevado á

Dios, porque *no tienes aquí ciudad permanente*. (*Heb*. XIII. 14.)

Dirige cada dia al cielo tus ruegos, tus gemidos y tus lágrimas, para que despues de la muerte, tu espíritu merezca pasar felizmente al Señor.

CAPITULO XXIV.

Del juicio y de las penas de los pecadores.

1. En todas las cosas atiende al fin, y considera de qué modo te presentarás delante de aquel Juez severo, á quien nada se oculta; que no se aplaca con regalos, ni admite escusas; sino que juzgará segun justicia.

¡O miserable y necio pecador! ¿qué responderás á Dios que sabe todas tus maldades, tú que algunas veces tiemblas á la vista de un hombre airado?

¿Por qué no te previenes para el dia del juicio en que nadie podrá ser disculpado ni defendido por otro, sino que cada uno tendrá harto trabajo para sí?

Ahora tu trabajo es fructuoso, tu llanto aceptable, tus gemidos son oidos y tu dolor es satisfactorio y purificante.

2. Grande y saludable purgatorio tiene el hombre sufrido que, al recibir las injurias, se duele mas de la malicia del ofensor que de su propia ofensa; que ruega gustoso por los que le contradicen, y perdona de corazon los agravios; que no tarda en pedir perdon á los que ofende; que mas fácilmente se compadece que se enoja; que á menudo se hace violencia á sí mismo, y se esfuerza en sujetar enteramente la carne al espíritu.

Mas vale purgar ahora los pecados, y estirpar los vicios, que no dejar su espiacion para lo venidero.

En realidad nos engañamos á nosotros mismos con nuestro desordenado amor á la carne.

3. ¿Qué es lo que devorará aquel fuego, sino tus pecados?

Cuanto mas ahora te perdonas y sigues las inclinaciones de la carne, tanto mas severamente serás despues castigado, pues vas acumulando mas materia para quemarte.

El hombre será castigado mas rigorosamente en lo que mas habrá pecado. Allí los perezosos serán punzados con aguijones ardientes y los golosos estarán ator-

mentados por grandísima sed y hambre.

Allí los lujuriosos y amadores de los deleites serán bañados con pez ardiente y fétido azufre; y los envidiosos, en medio de su dolor, aullarán como perros rabiosos.

4. No habrá vicio que no tenga su particular tormento.

Allí los soberbios estarán llenos de confusion; y los avaros se verán reducidos á la mas miserable indigencia.

Será allí mas terrible una hora de tormento, que aquí cien años de la mas amarga penitencia.

Allí no hay sosiego ni consuelo para los condenados; mas aquí á veces cesan los trabajos y se disfruta del consuelo de los amigos.

Teme pues ahora por tus pecados y arrepiéntete de ellos, para que en el dia del juicio llegues á estar seguro con los bienaventurados.

Porque entonces *estarán los justos con grande constancia contra los que los angustiaron y oprimieron.* (*Sap.* v. 1.)

Entonces estará allí para juzgar el que aquí se sujeta humildemente al juicio de los hombres.

Entonces el pobre y el humilde tendrán grande confianza, y el espanto rodeará por todas partes al soberbio.

5. Entonces se verá que fué sabio en este mundo el que aprendió á ser ignorante y despreciado por Cristo.

Entonces toda tribulacion sufrida con paciencia causará placer, *y toda iniquidad cerrará su boca*. (*Ps*. CVI. 42.)

Entonces se regocijarán los devotos y se entristecerán los irreligiosos.

Entonces la carne mortificada se alegrará mas que si se hubiese sustentado siempre con deleites.

Entonces resplandecerá el vestido despreciable y el traje precioso perderá toda su brillantez.

Entonces la pobre casilla será mas celebrada que el dorado palacio.

Entonces será de mas utilidad la constante paciencia que todo el poder del mundo.

Entonces será mas ensalzada la simple obediencia que toda la sagacidad del siglo.

6. Entonces causará mas alegría la pura y recta conciencia que la docta filosofía.

Entonces valdrá mas el desprecio de las

riquezas que todo el tesoro de los ricos de la tierra.

Entonces te servirá de mas consuelo el haber orado con devocion que el haber comido delicadamente.

Entonces te holgarás mas de haber guardado silencio que de haber hablado mucho.

Entonces serán de mas valor las obras santas que las muchas palabras floridas.

Entonces agradará mas la vida estrecha y la rigurosa penitencia que todos los placeres terrenos.

Aprende ahora á padecer en lo poco, para que puedas entonces librarte de mayores padecimientos.

Prueba aquí primero lo que podrás padecer despues.

Si ahora puedes sufrir tan poco, ¿cómo podrás sufrir los tormentos eternos?

Si los menores padecimientos te impacientan ahora tanto, ¿qué harán los suplicios del infierno?

En verdad no puedes tener dos gozos; deleitarte en este mundo y reinar despues con Cristo.

7. Si hasta hoy hubieses vivido en medio de los honores y deleites, ¿de qué te aprovecharia todo esto si hubieses de morir en este instante?

Porque todo es vanidad menos amar á Dios, y servirle á él solo.

Pues el que ama á Dios de todo corazon, no teme la muerte ni el castigo, ni el juicio, ni el infierno; porque el amor perfecto nos asegura la comunicacion con Dios.

Mas nada tiene de estraño que tema la muerte y el juicio el que se deleita aun en pecar.

No obstante, bueno será que si el amor no basta para apartarte del mal, á lo menos el temor del infierno te contenga.

Pero el que desprecia el temor de Dios, no podrá perseverar mucho tiempo en el bien; antes caerá pronto en los lazos del demonio.

CAPÍTULO XXV.

De la fervorosa enmienda de toda nuestra vida.

1. Sé vigilante y solícito en el servicio de Dios, y piensa con frecuencia á que has venido, y porque has dejado el siglo.

¿No fué con el objeto de vivir para Dios, y convertirte en hombre espiritual?

Inflámate pues en deseos de aprovechar,

porque en breve recibirás la recompensa de tus trabajos, y entonces no habrá mas temor ni dolor en tus confines.

Trabajarás ahora un poco, y hallarás despues gran descanso; aun mas, alegría perpetua.

Si te mantienes fiel y fervoroso en el obrar, Dios será sin duda fiel y generoso en recompensarte.

Conviene que tengas firme esperanza de alcanzar el triunfo; mas no conviene que tengas seguridad, para que no te entibies ó ensoberbezcas.

2. Vacilaba con frecuencia uno lleno de congoja, entre el temor y la esperanza, cuando cierto dia, agobiado de tristeza, postróse en la iglesia, delante de un altar, y orando hizo la siguiente reflexion, y dijo: ¡Oh! si supiese que habia de perseverar! Y al punto oyó en su interior esta divina respuesta: ¿Qué harias si lo supieses? Haz ahora lo que harias entonces, y estarás bien seguro.

Y al punto, consolado y confortado, se entregó á la divina voluntad, y cesó su angustiosa turbacion.

Y no quiso escudriñar curiosamente para saber lo que habia de sucederle, sino

que procuró inquirir con mayor cuidado cual era la voluntad de Dios agradable y perfecta, para comenzar y acabar toda buena obra.

3. *Espera en el Señor*, dice el Profeta, *y haz obras buenas: y habitarás en la tierra, y te sustentarás con las riquezas de ella.* (*Ps.* XXXVI. 3.)

Una cosa retrae á muchos del aprovechamiento y de la fervorosa enmienda: el temor de las dificultades ó el trabajo de la pelea.

Ciertamente los que progresan mas que todos en la virtud son aquellos que hacen mayores esfuerzos para vencer lo que mas les molesta y repugna.

Porque el hombre aprovecha mas y se hace merecedor de mayor gracia donde mas se vence á sí mismo y se mortifica en el espíritu.

4. Pero no todos tienen igual valor para vencer y morir á sí mismos.

No obstante, el hombre diligente y celoso, estará mejor dispuesto para el aprovechamiento, aun cuando tenga muchas pasiones, que otro bien morigerado pero menos fervoroso, para las virtudes.

Dos cosas contribuyen especialmente á

la perfecta enmienda; á saber: apartarse con esfuerzo de toda viciosa propension de la naturaleza, y trabajar con fervor por el bien, de que uno mas necesita.

Procura tambien evitar y vencer lo que mas frecuentemente te desagrada en otros.

5. No pierdas ocasion alguna de aprovechar; y si vieres, ú oyeres referir buenos ejemplos, anímate á imitarlos.

Si observas alguna cosa digna de reprension, guárdate de hacerla; y si alguna vez la hiciste, procura enmendarte luego.

Así como tú observas á los demás, los demás te observan á tí.

¡Cuan agradable y dulce es ver á unos hermanos fervorosos y devotos, bien morigerados y observadores de la regla!

¡Cuan triste y penoso es ver á otros que viven desordenadamente y que no cumplen aquello á que han sido llamados!

¡Cuan perjudicial es despreciar el propósito de la vocacion, y ocuparse en lo que no está mandado!

6. Acuérdate del propósito que hiciste, y pon á tu vista la imágen del Crucificado.

Bien puedes avergonzarte al contemplar la vida de Jesucristo, porque aun no has

procurado conformarte mas con él despues de tanto tiempo que estás en el camino de Dios.

El religioso que se ejercita intensa y devotamente en la santísima vida y pasion del Señor, hallará en ella con abundancia cuanto le sea útil y necesario: y no tiene que buscar cosa mejor fuera de Jesus.

¡Ah! si Jesus crucificado viniese á nuestro corazon, cuan pronta y cumplidamente seríamos instruidos!

7. El religioso fervoroso recibe y lleva con paciencia cuanto se le manda.

El religioso negligente y tibio padece tribulacion sobre tribulacion, y en todas partes está angustiado, porque carece de consolaciones interiores, y se le prohibe buscar las esteriores.

El religioso que abandona la observancia, se espone á caer gravemente.

El que busca vivir con anchura y flojedad, estará siempre angustiado; porque le disgustará ó una cosa ú otra.

8. ¿Cómo lo practican tantos otros religiosos, que viven con suma estrechez bajo la observancia del claustro?

Salen pocas veces, viven retirados, comen pobremente, visten ropa basta, tra-

bajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, madrugan mucho, hacen larga oracion, leen á menudo, y observan en todo la disciplina.

Mira como los cartujos, los cistercienses y los monges y monjas de diversas órdenes, se levantan cada noche para cantar alabanzas al Señor.

Seria pues vergonzoso para tí que emperezases en obra tan santa, cuando tantos religiosos comienzan á alabar á Dios.

9. ¡Oh! sino se hubiese de hacer otra cosa que alabar á nuestro Señor Dios de todo corazon y con la boca!

¡Oh! si nunca tuvieses necesidad de comer, de beber, ni de dormir, sino que pudieses alabar siempre á Dios y ocuparte únicamente en los ejercicios espirituales! Entonces serias mucho mas feliz que ahora que estás sujeto á las necesidades de la carne.

Ojalá no hubiese estas necesidades, sino solamente las espirituales refacciones del alma, las que, ¡oh dolor! rarísima vez gustamos.

10. Cuando el hombre llega al punto de no buscar consolacion de criatura alguna, entonces empieza primero á gustar

perfectamente de Dios; y entonces tambien estará contento de cuanto le suceda.

Entonces, ni se alegrará por lo grande, ni se entristecerá por lo pequeño; mas se pondrá entera y confiadamente en Dios, que para él lo es todo en todo, para quien nada perece ni muere, sino que todas las cosas viven para él, y le obedecen sin tardanza alguna.

11. Acuérdate siempre del fin, y de que el tiempo perdido jamás vuelve. Sin solicitud y diligencia, nunca alcanzarás las virtudes.

Si comienzas á entibiarte, comenzarás á hallarte mal.

Pero si te dieres al fervor, hallarás mucha paz, y te será mas ligero el trabajo, por la gracia de Dios y por el amor de la virtud.

El hombre fervoroso y diligente para todo está dispuesto.

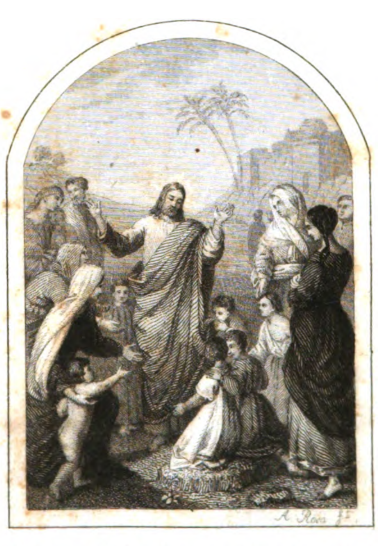
Mayor trabajo es resistir á los vicios y pasiones, que sudar en los trabajos corporales.

El que no evita los defectos pequeños, poco á poco cae en mayores.

Te alegrarás siempre por la noche, si empleas útilmente el dia.

Vela sobre tí mismo; escítate y amonéstate á tí propio, y sea lo que fuere de los demás, no te olvides de tí.

Cuanto mas te violentares, tanto mas aprovecharás. (Amen.)



Sino os volviereis como niños no entra-
reis en el reino de los cielos.

LIBRO SEGUNDO.

AVISOS PARA LA COMUNICACION Y TRATO INTERIOR.

CAPITULO I.

De la conversacion interior.

1. *El reino de Dios está dentro de vosotros* (*Luc*. XVII. 21.), dice el Señor. Conviértete á Dios de todo corazon y abandona este miserable mundo, y tu alma hallará reposo.

Aprende á despreciar las cosas esteriores y á dedicarte á las interiores, y verás venir á tí el reino de Dios.

Porque *el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo* (*Rom*. XIV. 17.), que no se concede á los impíos.

Cristo vendrá á tí y te dará á conocer su consolacion, si le preparas en tu interior una morada digna de él.

Toda su gloria y hermosura es de dentro, y allí se complace.

Él visita con frecuencia al hombre interior, le habla con dulzura, es grata su consolacion, abundante su paz, y admirable en gran manera su familiaridad.

2. Ea pues, alma fiel, prepara tu corazon á este esposo para que se digne venir á tí y morar contigo.

Porque él dice: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendrémos á él, y haremos morada en él.* (*Joann.* XIV. 23.)

Dá, pues, lugar á Cristo, y cierra la entrada á todo lo demás.

Teniendo á Cristo, eres rico, y te basta.

El velará por tí, y cuidará fielmente de todo, de modo que no necesites esperar en los hombres.

Porque los hombres se mudan con facilidad y desfallecen prontamente; pero Jesucristo permanece para siempre, y está firme hasta el fin.

3. No se ha de poner mucha confianza en el hombre frágil y mortal, aunque sea útil y querido: ni debemos entristecernos mucho si alguna vez nos contradice ó se nos muestra contrario.

Los que hoy están de tu parte, mañana

te pueden contradecir, y al contrario; porque á menudo cambian como el viento.

Pon toda tu confianza en Dios: y sea él tu temor y tu amor.

El responderá por tí, y hará lo que mas convenga.

Porque no tienes aquí ciudad permanente (*Heb.* XIII. 14.); y donde quiera que estuvieres; serás estranjero y peregrino: ni tendrás jamás reposo, si no estuvieres íntimamente unido con Cristo.

4. ¿Qué miras á tu alrededor, si no es este el lugar de tu descanso?

Tu morada ha de ser en los cielos, y como de paso has de mirar todo lo terrestre.

Todas las cosas pasan, y tú pasas tambien con ellas.

Guárdate de apegarte á cosa alguna, para que no seas preso, y perezcas.

Pon tu pensamiento en el Altísimo, y dirige sin cesar tus ruegos á Cristo.

Si no sabes contemplar las cosas altas y celestiales, descansa en la pasion del Redentor, y mora gustoso en sus sagradas llagas.

Porque si te acoges devotamente á las llagas y preciosas heridas de Jesus, esperi-

mentarás gran fortaleza en la tribulacion; harás poco caso de los desprecios de los hombres, y tolerarás fácilmente las palabras de los maldicientes.

Tambien Cristo fué despreciado en el mundo por los hombres, y abandonado de amigos y conocidos en la mayor necesidad en medio de los oprobios.

Cristo quiso padecer y ser despreciado, ¿y tú te atreves á quejarte de cosa alguna?

Cristo tuvo enemigos y detractores, ¿y tú quieres tener á todos por amigos y bienhechores?

¿Como merecerá ser coronada tu paciencia, si no tienes que sufrir adversidad alguna?

Si no quieres padecer ninguna contrariedad, ¿como serás amigo de Cristo?

Padece con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo.

6. Si una sola vez penetrases perfectamente en lo interior de Jesus, y gustases un poco de su ardiente amor, entonces no te acordarias de tu provecho ó daño, antes bien te holgarias de las injurias que te hiciesen, porque el amor de Jesus hace que el hombre se desprecie á sí mismo.

El amador de Jesus y de la verdad; el verdaderamente interior y libre de afectos desordenados, puede dirigirse fácilmente á Dios, y elevarse sobre sí mismo en espíritu, y descansar fruitivamente.

7. El que aprecia todas las cosas por lo que son y no por lo que se dice ó se opina de ellas, es verdaderamente sabio y enseñado por Dios mas que por los hombres.

El que sabe vivir interiormente, y tener en poco las cosas esteriores, no busca lugares ni aguarda tiempos para dedicarse á los ejercicios devotos.

El hombre interior presto se recoge, porque nunca se derrama todo en cosas esteriores.

No le estorba el trabajo esterior, ni las ocupaciones necesarias en determinados tiempos; sino que tal como se presentan las cosas, se acomoda á ellas.

El que está bien dispuesto y ordenado interiormente, no hace caso de los hechos miserables y perversos de los hombres.

Tanto mas se embaraza y distrae el hombre, cuanto mas se aficiona á las cosas del mundo.

8. Si fueses recto y puro, todo contri-

buiria á tu adelantamiento y provecho.

Empero, muchas cosas te desagradan y perturban á menudo, porque aun no estás perfectamente muerto á tí mismo, y segregado de todo lo terreno.

No hay cosa que manche y embarace tanto el corazon del hombre como el impuro amor á las criaturas.

Si rehusas los consuelos esteriores, podrás contemplar las cosas celestiales, y gozarte muchas veces interiormente.

CAPITULO II.

De la humilde sumision.

1. No hagas gran caso de que alguien esté por tí ó contra tí; mas haz por manera y procura que sea Dios contigo en todo lo que haces.

Ten buena conciencia, y Dios te defenderá.

Al que Dios quisiere ayudar, no le podrá dañar la malicia de hombre alguno.

Si sabes callar y sufrir, obtendrás sin duda el favor de Dios.

El sabe el tiempo y el modo de librarte, y por lo mismo debes abandonarte á él.

A Dios pertenece ayudarnos, y librarnos de toda confusion.

A veces aprovecha mucho para guardar mayor humildad, que otros sepan nuestros defectos, y los reprendan.

2. Cuando el hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca á los otros, y satisface sin trabajo á los que están enojados contra él.

Dios protege y libra al humilde; ama al humilde y le consuela; inclínase al hombre humilde, le prodiga sus gracias, y despues de su abatimiento lo eleva á la gloria.

Descubre sus secretos al humilde, y le atrae dulcemente á sí, y le convida.

El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque descansa en Dios y no en el mundo.

No pienses haber aprovechado algo si no te tienes por inferior á todos.

CAPITULO III.

Del hombre bueno y pacífico.

1. Ponte primero á tí mismo en paz, y despues podrás pacificar á los otros.

El hombre pacífico aprovecha mas que el muy instruido.
El hombre apasionado, aun el bien convierte en mal, y con facilidad cree lo malo.
El hombre bueno y pacífico lo echa todo á buena parte.
El que está en buena paz, de ninguno sospecha; mas el descontento y alterado, se agita con diversas sospechas; ni él sosiega, ni deja sosegar á los demás.
Dice muchas veces lo que no debiera, y omite lo que mas le convendria hacer.
Piensa en lo que otros deben practicar, y descuida él de sus propias obligaciones.
Sé primero zeloso contigo mismo, y podrás despues ser justamente zeloso con tu prójimo.
2. Tú bien sabes escusar y disimular tus faltas, y no quieres admitir las escusas ajenas.
Mas justo seria que te acusases á tí, y escusases á tu hermano.
Si quieres que te sufran, sufre tú á los demás.
Mira cuan léjos estás aun de la verdadera caridad y humildad, la cual no sabe airarse ni indignarse sino contra sí.

No es mucho portarse bien con los buenos y mansos; porque esto naturalmente á todos gusta, y cada uno desea estar en paz, y ama mas á los que son de su modo de pensar.

Mas el vivir en paz con los hombres duros y perversos ó indisciplinados, ó con los que nos contrarian, grande gracia es, y accion laudable y magnánima.

3. Hay algunos que tienen paz consigo mismos y la tienen tambien con los otros.

Hay otros que ni tienen paz, ni permiten que otros la tengan: molestos para los otros, lo son aun mas para sí mismos.

Y otros hay que se mantienen en paz, y trabajan para poner en paz á los demás.

Así toda nuestra paz en esta miserable vida mas se ha de fundar en el humilde sufrimiento que en no sentir contrariedades.

El que mejor sabe padecer, tendrá mas paz: este es vencedor de sí mismo y señor del mundo, amigo de Cristo y heredero del cielo.

CAPITULO IV.

De la pureza de espíritu y sencillez de intencion.

1. Con dos alas se levanta el hombre sobre las cosas terrenas, con la sencillez y la pureza.

La sencillez ha de estar en la intencion, y la pureza en el afecto.

La sencillez pone la intencion en Dios, la pureza le abraza y gusta de él.

Ninguna obra buena te será embarazosa, si estuvieres interiormente libre de todo afecto desordenado.

Si nada quieres ni buscas sino el beneplácito divino y el provecho del prójimo, gozarás de libertad interior.

Si tu corazon fuese recto, entonces cada criatura seria para tí un espejo de la vida y un libro de santa doctrina.

No hay criatura tan pequeña y vil que no dé á conocer la bondad de Dios.

2. Si fueses bueno y puro en tu interior, entonces lo verias y comprenderias todo sin ningun obstáculo.

El corazon puro penetra en el cielo y en el infierno.

Segun es cada uno en su interior, así juzga de las cosas esteriores.

Si hay alegría en el mundo, esta la tiene el hombre puro de corazon.

Y si en alguna parte hay tribulacion y angustia, esto mas lo esperimenta la mala conciencia.

Así como el hierro metido en el fuego pierde la herrumbre, y se pone del todo resplandeciente; así el hombre que se convierte enteramente á Dios, se despoja de su entorpecimiento y se muda en nuevo hombre.

Cuando el hombre comienza á entibiarse, entonces teme el mas ligero trabajo y recibe con gusto la consolacion eterna.

Mas cuando comienza á vencerse perfectamente, y á andar varonilmente en el camino de Dios, tiene por ligeras las cosas que antes tenia por pesadas.

CAPITULO V.

De la consideracion de sí mismo.

1. No debemos confiar demasiado en

nosotros mismos, porque muchas veces nos falta la gracia y el discernimiento.

Poca luz hay en nosotros, y esta la perdemos prontamente por nuestra negligencia.

Muchas veces no advertimos cuan ciegos somos en nuestro interior.

A menudo obramos mal y nos escusamos peor.

A veces nos mueve la pasion y pensamos que es el celo.

Reprendemos en los demás las pequeñas faltas y nos disimulamos á nosotros mismos las mas grandes.

Muy presto sentimos y ponderamos lo que de otro sufrimos; y no advertimos cuanto otros tienen que sufrir de nosotros.

El que pesase bien y rectamente sus obras, no juzgaria con severidad las ajenas.

El hombre interior antepone el cuidado de sí mismo á todos los demás cuidados; y el que solo cuida de sí mismo, poco habla de otros.

Nunca serás recogido y devoto si no callares las cosas ajenas, y especialmente atendieres á tí mismo.

Si atiendes enteramente á Dios y á tí,

poco te moverá lo que sientas de fuera.

¿Donde estás cuando no estás presente á tí mismo? Y despues de haber discurrido por todas partes, ¿qué has adelantado, si de tí te olvidaste?

Si deseas tener paz y union verdadera, conviene que pospongas todo lo que á tí no atañe, y solo á Dios tengas á la vista, y siempre de tí rezeles.

3. Mucho aprovecharás, si te conservas libre de todo cuidado temporal.

Mucho desaprovecharás, si apreciares alguna cosa temporal.

Nada tengas por grande, ni elevado, ni agradable ni digno de estimacion, sino puramente á Dios, ó lo que sea de Dios.

Ten por cosa vana toda consolacion que venga de alguna criatura.

El alma que ama á Dios, desprecia todas las cosas inferiores á Dios.

Solo Dios, eterno é inmenso, que todo lo llena, es el consuelo del alma y la verdadera alegría del corazon.

CAPITULO VI.

De la alegría de la buena conciencia.

1. La gloria del hombre bueno, es el testimonio de la buena conciencia.

Ten buena conciencia, y tendrás siempre alegría.

La buena conciencia puede sufrir muchas cosas, y está muy alegre en las adversidades.

La mala conciencia siempre está temerosa é inquieta.

Dulcemente descansarás si nada te reprendiere tu corazon.

No te alegres sino cuando hicieres algun bien.

Los malos nunca tienen verdadera alegría ni gozan de paz interior, porque *no hay paz para los impíos* (*Is.* LVII. 21.), dice el Señor.

Y si dijeren: En paz estamos, no vendrán sobre nosotros los males, ¿y quién se atreverá á dañarnos? no los creas; porque de repente se levantará la ira de Dios, y sus obras serán reducidas á la nada, y perecerán sus pensamientos.

2. Gloriarse en la tribulacion, no es dificultoso al que ama; porque gloriarse de esta suerte es gloriarse en la cruz del Señor.

Breve es la gloria que se da y recibe de los hombres.

La gloria del mundo va siempre acompañada de tristeza.

La gloria de los buenos está en su conciencia, y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos es de Dios y está en Dios, y su gozo es la verdad.

El que desea la verdadera y eterna gloria, no hace caso de la temporal.

Y el que busca la gloria temporal, ó no la desprecia de corazon, prueba que ama poco la celestial.

Gran tranquilidad de corazon tiene el que no hace caso de las alabanzas ni de los vituperios.

3. Fácilmente estará contento y sosegado el que tiene la conciencia pura.

No eres mas santo porque te alaben, ni mas vil porque te vituperen.

Lo que eres eso eres; ni puedes decirte mayor de lo que Dios sabe que eres.

Si atiendes á lo que eres dentro de tí, nada te importará lo que hablen de tí los hombres.

El hombre ve lo que aparece, mas Dios ve el corazon. (*L. 1. de los Reyes*, XVI. 7.) El hombre considera las obras, y Dios pesa las intenciones.

El obrar siempre bien, y tenerse en poco, es señal de un alma humilde.

El no querer consuelo de criatura alguna, señal es de gran pureza y de íntima confianza.

4. El que no busca la aprobacion de los hombres, claramente muestra que se entregó del todo á Dios.

Porque como dice S. Pablo: *No el que se alaba á sí mismo el tal es aprobado; sino aquel á quien Dios alaba.* (2. *Cor.* X. 18.)

Andar interiormente con Dios y no tener aficion á cosa alguna esterior, es el estado del hombre espiritual.

CAPITULO VII.

Del amor de Jesus sobre todas las cosas.

1. Bienaventurado el que conoce lo que es amar á Jesus y despreciarse á sí mismo por Jesus.

Conviene dejar un amor por otro amor,

porque Jesus quiere ser amado él solo sobre todas las cosas.

El amor de la criatura es falaz y mudable; el amor de Jesus es fiel y constante.

El que se llega á la criatura, caerá con lo caedizo; el que abraza á Jesus, perseverará firme para siempre.

Ama y conserva por amigo á aquel, que, aunque todos te desamparen, no te abandonará ni te dejará perecer en el fin.

Quieras, ó no quieras, algun dia tendrás que separarte de todo.

2. Unete á Jesus en vida y en muerte, y entrégate á su fidelidad, porque solo él puede ayudarte cuando todos te falten.

Tu amado es de tal naturaleza que no quiere admitir á otro; pues quiere poseer él solo tu corazon, y estar en él como un rey en su propio trono.

Si supieses desprenderte enteramente de toda criatura, Jesus se complaceria en morar contigo.

Ciertamente lo perderás todo cuanto fundares en los hombres y no en Jesus.

No confies ni te apoyes en la débil caña, porque *toda carne es heno, y toda su gloria caerá como flor de heno.* (*Is.* XL. 6.)

3. Si atiendes únicamente á la apa-

riencia esterior de los hombres, pronto serás engañado.

Porque si buscas en los demás tu consuelo y utilidad, con frecuencia esperimentarás daño.

Si buscas á Jesus en todas las cosas, hallarás á Jesus en todas partes.

Y si te buscas á tí mismo, tambien te hallarás, pero será para tu ruina.

Pues mas se daña el hombre á sí mismo, si no busca á Jesus, de lo que puede dañarle todo el mundo y todos sus enemigos.

CAPITULO VIII.

De la familiar amistad de Jesus.

1. Cuando Jesus está presente, todo es bueno y nada parece difícil; mas cuando Jesus está ausente, todo es duro.

Cuando Jesus no habla interiormente, todo consuelo es despreciable; mas si Jesus habla una sola palabra, siéntese gran consuelo.

¿No se levantó al instante María Magdalena del lugar en que lloraba, cuando le

dijo Marta: *El maestro está aquí, y te llama?* (*Joann.* XI. 28.)

Dichosa la hora en que Jesus llama de las lágrimas al gozo del espíritu.

¡Cuan árido y duro eres sin Jesus! ¡Cuan necio y vano si algo deseas fuera de Jesus!

¿No es este mayor daño que si perdieses el mundo entero?

2. ¿Qué puede darte el mundo sin Jesus?

Estar sin Jesus es terrible infierno; estar con Jesus es dulce paraíso.

Si Jesus estuviere contigo, ningun enemigo podrá dañarte.

El que halla á Jesus halla un inestimable tesoro, y el mejor de todos los bienes.

Y el que pierde á Jesus, pierde muy mucho, y mas que si perdiese todo el mundo.

Pobrísimo es el que vive sin Jesus, y riquísimo el que está bien con Jesus.

3. Grande arte es saber conversar con Jesus, y gran prudencia saber tener á Jesus.

Sé humilde y pacífico, y Jesus estará contigo.

Sé devoto y reposado, y permanecerá contigo Jesus.

Pronto apartarás de tí á Jesus y perderás su gracia, si te inclinas á las cosas esteriores.
Y si le apartas de tí y le pierdes, ¿en quién te refugiarás, y á quién buscarás por amigo?
Sin amigo no puedes vivir contento, y si no fuere Jesus tu mayor amigo, estarás muy triste y desolado.
Luego neciamente obras, si en otro confias ó te alegras.
Mas se debe preferir tener todo el mundo contrario que á Jesus ofendido.
Así pues, entre todas las cosas amadas, ama sola y especialmente á Jesus.
4. Amense todos por Jesus, y Jesus sea amado por sí mismo.
Solo á Jesucristo se ha de amar singularmente; porque solo él se halla ser el mejor y mas fiel de todos los amigos.
Por él y en él debes amar tanto á los amigos, como á los enemigos; y rogarle por todos para que todos le conozcan y amen.
Jamás desees ser alabado ni amado singularmente, porque esto solo pertenece á Dios que no tiene igual.
Ni quieras que alguno ocupe contigo su

corazon, ni tú te ocupes en el amor de alguno; mas sea Jesus contigo y con todo hombre bueno.

5. Sé puro y libre en lo interior, sin apego á criatura alguna.

Es necesario que te despojes de todo, y que ofrezcas á Dios un corazon puro, si quieres estar libre y probar cuan suave es el Señor.

Y ciertamente no llegarás á esto, si no fueres prevenido y atraido por su gracia, para que dejadas y echadas todas las cosas, seas unido solo con él solo.

Pues cuando la gracia de Dios viene al hombre, entonces se hace poderoso para todo; y cuando se retira, entonces será pobre y débil, y como abandonado solamente al castigo.

En semejante estado, no debe el hombre abatirse ni desesperar, sino conformarse tranquilamente con la voluntad de Dios y sufrir por la gloria de Jesucristo todo lo que le aconteciere; porque despues del invierno viene el verano; despues de la noche vuelve el dia, y despues de la tempestad la calma y el buen tiempo.

CAPITULO IX.

De la privacion de todo consuelo.

1. No es cosa grave despreciar el consuelo humano cuando se tiene el divino.

Gran cosa es, y muy grande, resignarse á carecer de consuelo divino y humano, y querer sufrir gustosamente la sequedad del corazon por la honra de Dios, y no buscarse á sí mismo en cosa alguna, ni atender al propio merecimiento.

¿Qué tiene de admirable que estés alegre y seas devoto cuando llega la gracia? Esta hora todos la desean.

Muy suavemente camina aquel á quien conduce la gracia de Dios.

¿Y qué mucho que no sienta la carga el que es conducido por el Omnipotente y guiado por el supremo Conductor?

2. Gustosamente tomamos cualquier cosa por consuelo, y con dificultad se desnuda el hombre de sí mismo.

El mártir S. Lorenzo venció al siglo y aun el afecto á su sacerdote, porque despreció todo lo que en el mundo parecia deleitable, y llevó con paciencia por amor de

Jesucristo su separacion de Sixto, sumo sacerdote de Dios, á quien amaba entrañablemente.

Pues con el amor del Criador venció el amor del hombre, y en lugar del humano consuelo prefirió el beneplácito divino.

Así aprende tú tambien á dejar por el amor de Dios á algun íntimo y querido amigo.

Ni te aflijas mucho cuando tu amigo te abandonare, sabiendo que nos hemos de separar al fin unos de otros.

3. Es necesario que el hombre pelee mucho y de continuo consigo mismo antes que aprenda á vencerse enteramente y poner en Dios todo su afecto.

Cuando el hombre se fija sobre sí, fácilmente desliza en las consolaciones humanas.

Mas el verdadero amador de Cristo, y cuidadoso imitador de sus virtudes, no se arroja á las consolaciones, ni busca dulzuras sensibles; antes bien procura hacer ejercicios de fortaleza, y sufrir duros trabajos por Cristo.

4. Así, pues, cuando Dios te da la consolacion espiritual, recíbela con accion de gracias; mas entiende que es

don de Dios y no merecimiento tuyo.

No te engrias por ello, ni te alegres demasiado, ni presumas vanamente; antes bien sé mas humilde por el don recibido, y mas cauto y timorato en todas tus acciones, porque pasará aquella hora, y seguirá la tentacion.

Cuando se te quitáre el consuelo, no desconfies desde luego, sino espera con humildad y paciencia la visitacion celestial; porque Dios puede volver á darte mucha mayor consolacion.

Esto no es cosa nueva ni estraña para los esperimentados en el camino de Dios, porque en los grandes Santos y antiguos Profetas acaeció muchas veces semejante alternativa.

5. Por esto uno de ellos, sintiendo la presencia de la gracia, decia: *Yo dije en mi abundancia: No tendré jamás mudanza.* (*Ps.* XXIX. 7.)

Ausente empero la gracia, añade lo que esperimentó en sí mismo, diciendo: *Apartaste de mí tu rostro y quedé conturbado.* (*Ibid.* 8.)

En semejante estado, léjos de desesperar ruega á Dios con mas instancia, y dice: *A ti, Señor, clamaré: y á mi Dios rogaré.* (*Ibid.* 9.)

Finalmente alcanza el fruto de su oracion, y atestigua que fué oido, diciendo: *Oyó el Señor, y se apiadó de mí: el Señor se hizo mi ayudador.* (*Ibid.* 11.)

¿Y en qué? *Me mudaste*, dice, *mi llanto en gozo, y me rodeaste todo de alegría.* (*Ibid.* 12.)

Si esto sucedió con los grandes Santos, no debemos desesperar nosotros débiles y pobres, si unas veces estamos fervorosos y otras estamos frios; porque el espíritu viene y se va, segun la divina voluntad.

Por esto dice el bienaventurado Job: *Le visitas de madrugada, y de repente le pruebas.* (*Job* VII. 18.)

6. Pues ¿en qué puedo esperar, ó en qué debo poner mi confianza, sino solo en la gran misericordia de Dios y en la esperanza de la gracia celestial?

Porque ya sea que esté rodeado de hombres buenos, de hermanos devotos ó de amigos fieles; ya que lea libros santos, ó tratados escelentes; ya que entone dulces cánticos é himnos; todo esto me aprovecha y agrada poco cuando estoy abandonado de la gracia y dejado en mi propia pobreza.

Entonces no hay para mí mejor remedio que la paciencia y la conformidad con la voluntad de Dios.

7. Jamás encontré un hombre tan religioso y devoto, que alguna vez no haya tenido intermision de la gracia, ó no haya esperimentado diminucion del fervor.

Ningun Santo hubo tan altamente arrebatado ó iluminado que antes ó despues no haya sido tentado.

Pues no es digno de la sublime contemplacion de Dios, el que por Dios no ha sido ejercitado en alguna tribulacion.

Porque suele ser la tentacion precedente señal de la siguiente consolacion.

Porque á los que han sido probados con tentaciones, les está prometido el consuelo celestial: *Al que venciere*, dice el Señor, *daré á comer del árbol de vida.* (*Apoc.* II. 7.)

8. Se da tambien la consolacion divina para que el hombre sea mas fuerte para sufrir las adversidades.

Y sigue despues la tentacion para que no se ensoberbezca del bien.

El demonio no duerme, ni la carne está muerta aun; por tanto no dejes de prepararte para el combate; porque á diestra y

á siniestra están los enemigos que nunca descansan.

CAPITULO X.

Del agradecimiento por la gracia de Dios.

1. ¿Por qué buscas el descanso, habiendo nacido para el trabajo? Disponte mas para la paciencia, que para los consuelos, y mas para llevar la cruz que para la alegría.

Pues ¿que hombre del mundo no recibiria con gusto la consolacion y la alegría espiritual, si siempre la pudiese alcanzar?

Porque los consuelos espirituales esceden á todas las delicias del mundo y placeres de la carne.

Porque todos los deleites mundanos son vanos ó torpes; mas los deleites espirituales son los únicos agradables y honestos, nacidos de las virtudes, é infundidos por Dios en los corazones puros.

Mas ninguno puede gozar siempre de estas consolaciones á medida de su deseo, porque el tiempo de la tentacion solo cesa por intervalos.

2. La falsa libertad del alma y la gran confianza de sí mismo son muy contrarias á la visitacion divina.

Bien hace Dios concediendo la gracia de la consolacion; mas el hombre hace mal no atribuyéndolo todo á Dios, y no dándole gracias.

Y por esto no pueden abundar mas en nosotros los dones de la gracia, porque somos ingratos á su Autor, y no lo atribuimos todo á su primer orígen.

Porque siempre se da la gracia al que es dignamente agradecido; y se quita al soberbio lo que se suele dar al humilde.

3. No quiero consuelo que me quite la compuncion, ni deseo la contemplacion que conduce á la soberbia.

Porque no todo lo elevado es santo; ni todo lo dulce es bueno; ni todo deseo es puro; ni todo lo que se ama es agradable á Dios.

Gustoso recibo la gracia que me hace mas humilde y timorato, y me dispone mejor para renunciarme á mí mismo.

El hombre enseñado con el don de la gracia y avisado con el escarmiento de haberla perdido, no osará atribuirse bien alguno; antes confesará ser pobre y desnudo.

Da á Dios lo que es de Dios, y atribúyete á tí lo que es tuyo; esto es, da gracias á Dios por la gracia, y atribúyete á tí solo la culpa: y conoce que por la culpa te es debida justamente la pena.

4. Ponte siempre en lo mas bajo, y se te dará lo mas alto; porque no está lo mas alto sin lo mas bajo.

Los santos mas grandes delante de Dios, son los mas pequeños á sus propios ojos; y cuanto mas gloriosos, tanto mas humildes son.

Llenos de verdad y de gloria celestial, no son codiciosos de gloria vana.

Fundados y fortalecidos en Dios, de ningun modo pueden ser soberbios.

Y los que atribuyen á Dios todo el bien que reciben, no buscan el mutuo ensalzamiento, sino que quieren la gloria que de solo Dios viene, y desean que Dios sea alabado sobre todas las cosas, en sí mismo y en todos los Santos, y se dirigen siempre á este fin.

5. Sé pues agradecido por lo poco, y serás digno de recibir mayores gracias.

Ten en mucho lo poco, y por especial don la cosa mas despreciable.

Si se atiende á la dignidad del dador, ningun don parecerá pequeño ó despreciable; pues no es pequeño lo que da el soberano Dios.

Y aunque nos diere penas y castigos, se lo debemos agradecer; porque cuanto permite que nos suceda, lo dirige á nuestra salvacion.

El que desee conservar la gracia de Dios, agradézcale la que le ha dado, y resígnese si se la quitáre. Ore para que le sea restituida, y sea cauto y humilde para no perderla.

CAPITULO XI.

Cuan pocos son los que aman la cruz de Cristo.

1. Tiene ahora Jesus muchos amadores de su Reino celestial; pero pocos que lleven su cruz.

Tiene muchos que desean la consolacion; pero pocos la tribulacion.

Muchos compañeros halla para la mesa; pero pocos para la abstinencia.

Todos desean gozarse con él; pocos quieren padecer algo por él, ó con él.

Muchos siguen á Jesus hasta la fraccion del pan; pero pocos hasta beber el cáliz de la Pasion.

Muchos veneran sus milagros; pocos siguen la ignominia de su cruz.

Muchos aman á Jesus mientras no suceden adversidades.

Muchos le alaban y bendicen en tanto que reciben de él algunas consolaciones.

Mas si Jesus se oculta ó los abandona por un instante, al punto se quejan, ó se abaten escesivamente.

2. Pero los que aman á Jesus por él mismo, y no por algun consuelo suyo propio, tanto le bendicen en toda tribulacion y angustia como en el mayor consuelo.

Y aunque nunca mas les quisiese dar consuelo, con todo siempre le alabarian y quisieran siempre darle gracias.

3. ¡Oh! cuanto puede el amor puro de Jesus, sin mezcla de interés ó amor propio!

¿No deben llamarse mercenarios los que siempre buscan las consolaciones?

¿No dan pruebas de que son mas bien amadores de sí mismos que de Cristo los

que continuamente piensan en su utilidad y ganancia?

¿Donde se hallará alguno que quiera servir á Dios desinteresadamente?

4. Rara vez se halla alguno tan espiritual, que esté desnudado de todas las cosas.

Pues ¿quién hallará al verdadero pobre de espíritu, y que esté desnudo de toda criatura? *Léjos, y de los últimos confines de la tierra su precio.* (*Prov.* XXXI. 10.)

Si diere el hombre toda su sustancia (*Cant.* VIII. 7.), aun es nada.

Y si hiciere gran penitencia, aun es poco.

Y si poseyere todas las ciencias, aun está léjos.

Y si tuviere gran virtud y muy fervorosa devocion, todavía le falta mucho, esto es, una cosa que le es sumamente necesaria.

¿Y cual es ésta? Que dejadas todas las cosas, se deje á sí mismo, y salga de si enteramente, y nada retenga de amor propio.

Y cuando haya hecho cuanto conozca que ha de hacer, piense que aun no ha hecho nada.

No tenga en mucho que pueda ser tenido por grande, mas llámese con sinceridad siervo inútil, como dice la Verdad: *Cuando hiciereis todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos inútiles somos.* (*Luc.* XVII. 10.)

Entonces podrá ser verdaderamente pobre y desnudo de espíritu, y decir con el profeta: *Porque yo soy solo y pobre.* (*Ps.* XXIV. 16.)

Sin embargo, ninguno es mas rico, ninguno mas poderoso, ninguno mas libre, que el que sabe dejarse á sí mismo y todas las cosas, y ponerse en el último lugar.

CAPITULO XII.

Del camino real de la santa Cruz.

1. A muchos parecen duras estas palabras: *Niégate á tí mismo, toma tu cruz, y sigue* á Jesus. (*Luc.* IX. 23.)

Pero mas duro será oir aquella postrer palabra: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno.* (*Matth.* XXV. 41.)

Pues los que ahora oyen y siguen de buena voluntad la palabra de la Cruz, no

temerán entonces al oir la palabra de la eterna condenacion.

Esta señal de la Cruz estará en el cielo cuando el Señor vendrá para juzgar.

Entonces todos los siervos de la Cruz que en esta vida se conformaron con el Crucificado, se llegarán á Cristo Juez con gran confianza.

2. ¿Pues por qué temes tomar la Cruz por la cual se va al Reino?

En la Cruz está la salud; en la Cruz está la vida; en la Cruz está la proteccion contra los enemigos; en la Cruz está la infusion de la suavidad celestial; en la Cruz está la fortaleza del corazon; en la Cruz está la alegría del espíritu; en la Cruz está la suma virtud; en la Cruz está la perfeccion de la santidad.

No está la salud del alma, ni la esperanza de la vida eterna, sino en la Cruz.

Toma pues tu Cruz, y sigue á Jesus, é irás á la vida eterna.

Él vino primero, llevando su Cruz, y murió en la Cruz por tí, para que tú tambien lleves tu Cruz, y desees morir en tu Cruz.

Porque si con él murieres, vivirás tam-

bien con él; y si fueres compañero de sus penas, lo serás tambien de su gloria.

3. Mira que todo está en la Cruz, y que todo consiste en morir. Y que no hay otro camino para la vida, ni para la verdadera paz interior, sino el camino de la santa Cruz y de la continua mortificacion.

Anda por donde quieras, busca lo que quisieres, y no hallarás camino mas alto arriba, ni mas seguro abajo que el camino de la santa Cruz.

Dispónlo y ordénalo todo segun tu querer y parecer, y no hallarás sino que siempre has de padecer algo de grado ó por fuerza; y así siempre hallarás la Cruz.

Pues, ó sentirás dolor en el cuerpo, ó padecerás tribulacion en el espíritu.

4. Unas veces te dejará Dios, y otras te mortificará el prójimo, y lo que es mas, muchas veces te serás molesto á tí mismo: y no habrá remedio ni consuelo alguno que baste para confortarte ó aliviarte; sino que será preciso que sufras hasta cuando Dios quiera.

Porque Dios quiere que aprendas á sufrir la tribulacion sin consuelo, y que te

sujetes del todo á él, y te hagas mas humilde con la tribulacion.

Ninguno siente tan de corazon la Pasion de Cristo, como aquel á quien le haya cabido padecer penas semejantes.

Así que, la Cruz está siempre preparada, y te espera en todas partes.

No puedes huir de ella á cualquier parte que fueres; porque á cualquier parte que fueres, llevas á tí mismo contigo, y siempre hallarás á tí mismo.

Vuélvete arriba, vuélvete abajo, vuélvete afuera, vuélvete adentro, en todo hallarás la Cruz; y es necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres gozar la paz interior, y merecer la corona eterna.

5. Si de buena voluntad llevas la Cruz, ella te llevará y te conducirá al fin deseado, en donde será el fin de padecer, aunque aquí no lo sea.

Si contra tu voluntad la llevas, te la haces mas pesada, y te agravas mas á tí mismo; y no obstante es preciso que la lleves.

Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y tal vez mas pesada.

6. ¿Piensas tú escapar de lo que no ha podido ninguno de los mortales?

¿Que Santo ha habido en el mundo sin Cruz ni tribulacion?

Pues que ni Jesucristo, Señor nuestro, estuvo una sola hora sin dolor mientras vivió en este mundo.

Era menester, dijo, *que el Cristo padeciese y resucitase al tercero dia de entre los muertos, y que así entrase en su gloria.* (*Luc.* XXIV. 26, 46.)

¿Y como buscas tú otra senda sino este camino real que es el de la santa Cruz?

7. Toda la vida de Cristo fué Cruz y martirio; ¿y tú buscas para tí descanso y gozo?

Yerras, yerras, si algo buscas que no sea sufrir tribulaciones; porque toda esta vida mortal está llena de miserias y rodeada de Cruces.

Y cuanto mas aprovecháre alguno en el espíritu, tanto mas pesadas Cruces halla muchas veces; porque con el amor se aumenta mas la pena de su destierro.

8. No obstante, este tal así afligido de tantos modos, no está sin el alivio de la consolacion; porque por el sufrimiento de su Cruz siente que va creciendo para él mayor fruto.

Porque cuando se sujeta á ella de bue-

na voluntad, todo el peso de la tribulacion se convierte en confianza del consuelo divino.

Y cuanto mas se quebranta la carne por medio de la afliccion, tanto mas se fortifica el espíritu por la gracia interior.

Y algunas veces, se conforta tanto con el afecto á la tribulacion y adversidad, por el deseo de conformarse con la Cruz de Cristo, que no quisiera estar sin dolor y sin tribulacion; porque se cree tanto mas agradable á Dios, cuanto mayores y mas graves cosas pudiere sufrir por él.

No es esto virtud del hombre, sino la gracia de Cristo, que puede y obra tanto en la carne frágil, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo emprenda y ame con fervor de espíritu.

9. No es propio de la humana condicion llevar y amar la Cruz, castigar el cuerpo y sujetarlo á servidumbre: huir los honores, sufrir con gusto las afrentas, despreciarse á sí mismo y desear ser despreciado: tolerar todo lo adverso con daño, y no desear prosperidad alguna en este mundo.

Si miras á tí mismo, por ti nada podrás de todo esto.

Mas si confias en el Señor, del cielo se te dará la fortaleza, y el mundo y la carne se sujetarán á tu voluntad.

Y ni aun temerás á tu enemigo el diablo, si estuvieres armado con la fe, y señalado con la Cruz de Cristo.

10. Disponte pues como á bueno y fiel siervo de Cristo, para llevar varonilmente la Cruz de tu Señor, crucificado por amor tuyo.

Prepárate á sufrir muchas adversidades y diversas molestias en esta miserable vida, porque así te sucederá en cualquiera parte donde estuvieres, y así puntualmente lo hallarás en cualquier parte donde te escondieres.

Conviene que sea así, y no hay otro remedio para evadirse de la tribulacion, de los males y del dolor, sino padecer.

Bebe con afecto el cáliz del Señor, si deseas ser su amigo y tener parte con él.

Deja á Dios las consolaciones: haga él con ellas como mas le pluguiere.

Tú, empero, prepárate para sufrir las tribulaciones y estímalas por muy grandes consuelos: *porque no son equivalentes los trabajos de este tiempo para merecer la*

gloria venidera (Rom. VIII. 18.*)*; aun cuando tú solo pudieses sufrirlo todo.

11. Cuando llegares á tal punto, que la tribulacion te sea dulce y agradable por amor de Cristo, entonces piensa que eres dichoso, porque hallaste el paraíso en la tierra.

Mientras te sea penoso el padecer, y busques medio de evitarlo, te hallarás siempre mal, y la tribulacion te seguirá á todas partes por mas que huyas de ella.

12. Si te preparas para hacer lo que debes, esto es, para padecer y morir, pronto te irá mejor, y hallarás la paz.

Y aunque fueres arrebatado hasta el tercer cielo, como S. Pablo, no estarás por eso seguro de no sufrir contrariedad alguna. *Yo le mostraré*, dice Jesus, *cuantas cosas le es necesario padecer por mi nombre. (Act.* IX. 16.*)*

Luego solo te queda padecer, si quieres amar á Jesus y servirle siempre.

13. Ojalá que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesus. ¡Cuan grande seria entonces tu gloria! ¡Cuanta la alegría de todos los Santos de Dios! ¡Cuanta tambien la edificacion del prójimo!

Porque todos alaban la paciencia, aunque pocos quieren padecer.

Con razon debieras sufrir algo de buena voluntad por Cristo, cuando hay tantos que padecen mucho mas por el mundo.

14. Ten por cierto que te conviene vivir muriendo; y que cuanto mas muere uno á sí mismo, tanto mas empieza á vivir en Dios.

Ninguno es apto para comprender las cosas celestiales, si no se sujeta á sufrir las adversidades por Cristo.

Nada hay mas acepto á Dios, y nada mas saludable para tí en este mundo, que padecer con gusto por Jesucristo.

Y si te diesen á escoger, debieras desear mas padecer adversidades por Cristo, que ser recreado de muchas consolaciones; porque serias mas semejante á Cristo y mas conforme á todos los Santos.

Pues nuestros méritos y la perfeccion de nuestro estado no consisten en disfrutar de muchas dulzuras y consuelos, sino en sufrir grandes penalidades y tribulaciones.

15. Porque si alguna cosa hubiese mejor y mas útil para la salvacion de los hombres que el padecer, ciertamente lo

hubiera manifestado Jesucristo con su palabra y ejemplo.

Pues que manifiestamente exhorta á llevar la Cruz á los discípulos que le seguian y á todos los que desean seguirle, y les dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. (Matth.* XVI. 24.)

Leidas pues, y consideradas todas estas cosas, debemos concluir diciendo: *Que por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios. (Act.* XIV. 21.)

pa-

lle-
nian
les
mí,
, *y*

stas
Que
rio
21.)



La Esperanza.

LIBRO III.

DE LA CONSOLACION INTERIOR.

CAPITULO I.

Del modo con que Cristo habla interiormente al alma fiel.

1. *Oiré lo que el Señor Dios me hable. (Ps.* LXXXIV. 9.*)*

Bienaventurada el alma que oye al Señor que le habla interiormente, y recibe de su boca palabra de consolacion.

Bienaventurados los oidos que perciben lo sutil de la inspiracion divina, y ningun caso hacen de las murmuraciones de este mundo.

Bienaventurados ciertamente los oidos que escuchan, no la voz que se oye afuera, sino la verdad que enseña adentro.

Bienaventurados los ojos que cerrados á las cosas esteriores solo están atentos á las interiores.

Bienaventurados los que penetran las

cosas interiores, y con ejercicios diarios procuran prepararse mas y mas para entender los secretos celestiales.

Bienaventurados los que desean vivamente ocuparse en Dios, y se desembarazan de todo impedimento del mundo.

Considera esto, ó alma mia, y cierra las puertas de tu sensualidad, para que puedas oir lo que hable en tí el Señor tu Dios.

2. Esto dice tu amado: Yo soy tu salud, tu paz y tu vida.

Consérvate en mí, y hallarás la paz. Deja todo lo transitorio y busca lo eterno.

¿Qué es todo lo temporal sino cosas engañosas? ¿Y de qué te sirven todas las criaturas si fueres abandonada del Criador?

Abandonado pues todo, hazte grata y fiel á tu Criador, para que puedas alcanzar la verdadera bienaventuranza.

CAPITULO II.

El siervo ruega á Dios cuando le habla interiormente.

1. *El siervo. Habla, Señor, que tu siervo oye.* (I. *Reg.* III. 10.)

Siervo tuyo soy yo: dame entendimiento, para que sepa tus verdades. (Ps. CXVIII. 125.*)*

Inclina mi corazon á las palabras de tu boca, derrámese tu habla como rocío.

En otro tiempo los hijos de Israél decian á Moisés: *Háblanos tú, y oirémos: no nos hable el Señor, no sea que muramos. (Exod.* XX. 19.*)*

No así, Señor, no así ruego; antes bien, con el profeta Samuel, te suplico con humildad y vivo deseo, diciendo: *Habla, Señor, que tu siervo oye. (*1. *Reg.* III. 10.*)*

No me hable Moisés, ú otro de los Profetas; mas háblame tú, Señor Dios, inspirador é iluminador de todos los Profetas; porque tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente, mas ellos sin tí nada aprovecharán.

2. Pueden en verdad pronunciar palabras; mas no comunican espíritu.

Hablan perfectamente; pero callando tú, no encienden el corazon.

Esponen la letra; pero tú abres el sentido.

Anuncian misterios; mas tú declaras la inteligencia de lo oculto.

Publican mandamientos; pero tú ayudas á cumplirlos.

Muestran el camino; mas tú das fuerza para andarlo.

Ellos solo obran por defuera; mas tú instruyes é iluminas los corazones.

Ellos riegan la superficie; pero tú das la fertilidad.

Ellos claman con palabras; pero tú das inteligencia al oido.

3. No me hable pues Moisés, sino tú, Señor Dios mio, eterna verdad, para que no muera, y quede sin fruto, si solo fuere avisado por defuera, y no fuere encendido por adentro.

No sea para mi condenacion la palabra oida y no obrada, conocida y no amada, creida y no guardada.

Habla, pues, *Señor, que tu siervo oye: pues tienes palabras de vida eterna.* (I. *Reg.* III. *Joann.* VI. 69.)

Habla para que yo logre alguna consolacion de mi alma y la enmienda de mi vida; y á tí resulte alabanza y gloria y perpetuo honor.

CAPITULO III.

Que las palabras de Dios se han de oir con humildad, y que muchos no las consideran.

1. *Jesucristo*. Oye, hijo mio, mis palabras, palabras suavísimas, superiores á toda la ciencia de los filósofos y sabios de este mundo.

Mis palabras son espíritu y vida (Joann. VI. 64.), y no se han de examinar con el sentido humano.

En ellas no se ha de buscar la vana complacencia; mas deben oirse en silencio y recibir con toda humildad y grande afecto.

2. *El siervo*. Y dijo: *Bienaventurado á quien tú instruyeres, Señor, y le enseñares tu ley; para que le suavices en los dias malos* (*Ps*. XCIII. 12, 13), y no quede desolado en la tierra.

3. *Jesucristo*. Yo, dice el Señor, enseñé á los Profetas desde el principio, y no ceso de hablar á todos hasta ahora; mas muchos son duros y sordos á mi voz.

Muchos oyen con mas gusto al mundo que á Dios, y siguen mas fácilmente el

apetito de su carne, que la voluntad divina.

El mundo promete cosas temporales y pequeñas, y se le sirve con grande ansia; Yo prometo cosas grandes y eternas, y los corazones de los mortales se entorpecen.

¿Quién me sirve y obedece á mí en todo con tanto cuidado como se sirve al mundo y á sus señores? *Avergüénzate, Sidon, dice el mar.* (*Is.* XXIII. 4.) Y si preguntas la causa, oye el por qué.

Por una pequeña dignidad andan los hombres largo camino; mas por la vida eterna, muchos apenas levantan el pié del suelo.

Buscan una vil ganancia, pleitean á veces vergonzosamente por una moneda, y no temen fatigarse dia y noche por una cosa frívola y una insignificante promesa.

4. Mas ¡ó vergüenza! que emperezan de fatigarse hasta un poco por el bien que no se muda, por el galardon que no tiene precio, por el sumo honor y gloria sin fin.

Avergüénzate, pues, siervo perezoso y quejicoso, de que aquellos se hallen mas dispuestos para la perdicion que tú para la vida.

Gózanse ellos mas en la vanidad que tú en la verdad.

Ciertamente algunas veces ven frustradas sus esperanzas; mas mi promesa á nadie engaña, ni deja vacío al que confia en mí.

Daré lo que prometí, cumpliré lo que dije, si alguno perseveráre fiel en mi amor hasta el fin.

Yo soy remunerador de todos los buenos, y rígido examinador de todos los devotos.

5. Graba mis palabras en tu corazon, y medítalas con cuidado; porque en el tiempo de la tentacion serán muy necesarias.

Lo que no entiendes cuando lees, lo entenderás en el dia de la visitacion.

De dos maneras acostumbro visitar á mis elegidos, á saber: con la tentacion y con la consolacion.

Y dos lecciones les doy cada dia: una reprendiendo sus vicios; y otra exhortándolos á adelantar en la virtud.

El que tiene mis palabras, y las desprecia, tiene quien lo juzgue en el postrero dia.

ORACION

para pedir la gracia de la devocion.

El siervo. Señor Dios mio, tú eres todos mis bienes; ¿y quién soy yo para que me atreva á hablarte?

Yo soy el mas pobre de tus siervos, y un despreciable gusanillo, mucho mas pobre y despreciable de lo que yo sé y me atrevo á decir.

Mas acuérdate, Señor, que nada soy, nada tengo y nada valgo.

Solo tú eres bueno, justo y santo: tú lo puedes todo, lo das todo, y lo llenas todo, y solo dejas vacío al pecador.

Acuérdate de tus misericordias (*Ps.* XXIV. 6.), y llena mi corazon de tu gracia; pues tú no quieres que queden vacías tus obras.

6. ¿Como me podré sufrir en esta miserable vida, si no me confortáre tu misericordia y tu gracia?

No apartes de mí tu rostro; no difieras tu visitacion; no me quites tu consuelo, para que no sea *mi alma á tí como una tierra sin agua.* (*Ps.* CXLII. 6.)

Señor, *enséñame á hacer tu voluntad*

(*Ps*. CXLII. 10.): enséñame á portarme digna y humildemente en tu presencia; porque tú eres mi sabiduría, que en verdad me conoces, y me conociste antes que el mundo se hiciese, y antes que yo naciese en el mundo.

CAPITULO IV.

Que hemos de conversar delante de Dios con verdad y humildad.

1. *Jesucristo*. Hijo, anda delante de mí en verdad, y búscame siempre con sencillez de tu corazon.

El que camina delante de mí en verdad, será preservado de los malos encuentros, y la verdad le librará de los seductores y de las calumnias de los inicuos.

Si la verdad te libráre, serás verdaderamente libre, y no cuidarás de las vanas palabras de los hombres.

El discípulo. Señor, es verdad: como lo dices así ruego que se haga conmigo.

Tu verdad me instruya, ella me guarde y me conserve hasta el fin saludable.

Ella tambien me libre de toda mala aficion y de todo amor desordenado, y an-

daré contigo con gran libertad de corazon.

2. *Jesucristo.* Yo te enseñaré, dice la Verdad, las cosas que son rectas y agradables á mis ojos.

Piensa en tus pecados con gran disgusto y pesar, y nunca creas valer algo por tus buenas obras.

En verdad eres pecador, y estás espuesto y sujeto á muchas pasiones.

De tí siempre caminas á la nada, luego caes, luego eres vencido, pronto te turbas, pronto desfalleces.

Nada tienes de que puedas gloriarte, antes tienes muchos motivos para envilecerte; porque mas flaco eres de lo que puedes pensar.

3. Así pues, nada te parezca grande de todo cuanto haces.

Nada tengas por grande, ni precioso: nada por admirable ni digno de consideracion: nada por elevado, ni verdaderamente laudable ó apetecible, sino lo que es eterno.

Agrádete sobre todo la eterna verdad, y desagrádete siempre tu gran bajeza.

Nada temas, ni repruebes, ni huyas tanto como tus vicios y pecados, los cuales deben disgustarte mas que cualquier daño temporal.

Algunos no andan con sinceridad delante de mí, sino que, llevados de cierta curiosidad y arrogancia, quieren descubrir mis secretos y entender los altos misterios de Dios, no cuidando de sí mismos ni de su salvacion.

Estos caen con frecuencia en grandes tentaciones y pecados, á causa de su soberbia y curiosidad, porque yo les niego mis auxilios.

4. Teme los juicios de Dios; tiembla al pensar en la ira del Omnipotente.

Guárdate de sondear las obras del Altísimo, mas escudriña tus iniquidades, las ocasiones en que pecaste, y las muchas obras buenas que dejaste de hacer por tu negligencia.

Algunos hacen consistir toda su devocion en los libros, otros en las imágenes, otros en señales y figuras esteriores.

Unos me tienen en la boca; pero muy poco de mí hay en su corazon.

Hay otros que, iluminados en el entendimiento y purificados en el afecto, suspiran siempre por las cosas eternas, oyen con disgusto hablar de las terrenas, satisfacen con dolor á las necesidades de la naturaleza, y estos entienden lo

que el espíritu de verdad habla en ellos.

Porque éste les enseña á despreciar las cosas terrenas, y amar las celestiales: á desechar el mundo y desear el cielo dia y noche.

CAPITULO V.

Del maravilloso afecto del divino amor.

1. *El siervo.* Bendígote, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, porque te dignaste acordarte de mí, pobre.

¡*O Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion* (II. *Cor.* I. 3.), yo te doy gracias, porque á mí, indigno de todo consuelo, me recreas algunas veces con tu consolacion!

Yo te bendigo y glorifico con tu Unigénito Hijo, y con el Espíritu Santo consolador, por todos los siglos de los siglos.

O Señor Dios, santo amador mio, cuando tú vinieres á mi corazon, se regocijará todo mi interior.

Tú eres mi gloria y la alegría de mi corazon. Tú eres mi esperanza y mi refugio en el dia de mi tribulacion.

2. Mas porque soy todavía débil en el amor, é imperfecto en la virtud, por eso tengo necesidad de ser fortalecido y consolado por tí; visítame pues con frecuencia é instrúyeme con santas doctrinas.

Líbrame de malas pasiones, y purifica mi corazon de todos los afectos desordenados; á fin de que sanado y bien purgado en lo interior, me haga apto para amar, fuerte para padecer y firme para perseverar.

3. Grande cosa es el amor, y el mayor de todos los bienes: él solo hace ligero todo lo pesado, y sufre con igualdad de ánimo todo lo desigual.

Porque lleva la carga sin fatiga y hace dulce y sabroso todo lo amargo.

El noble amor de Jesus nos anima á hacer grandes cosas, y nos escita á desear siempre lo mas perfecto.

El amor quiere estar en lo mas alto, y no ser detenido por cosas bajas.

El amor quiere ser libre, y ajeno de toda aficion mundana, para que no se impida su afecto interno, ni sufra embarazo alguno por cualquiera comodidad temporal, ni por incomodidades sucumba.

Nada hay mas dulce que el amor; nada mas fuerte, nada mas alto, nada mas es-

tenso, nada mas agradable, nada mas cumplido, ni mejor en el cielo y en la tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede descansar sino en Dios, sobre todas las cosas criadas.

4. El que ama, vuela, corre y se alegra; es libre, y no es detenido.

Lo da todo por todo, y todo lo tiene en todo; porque descansa en el único sumo Bien sobre todas las cosas, del cual viene y procede todo bien.

No atiende á los dones, sino que, sobre todos los bienes, se vuelve al dador.

El amor muchas veces no sabe modo, sino que se inflama sobre todo modo.

El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos: desea mas de lo que puede: no se queja de lo imposible, porque cree que en Dios todo lo puede.

Pues tiene poder para todo, y ejecuta y pone en obra muchas cosas en las cuales el que no ama desfallece y cae.

5. El amor vela, y durmiendo, no dormita.

Fatigado, no se cansa; apurado, no se apura; espantado, no se espanta; sino que cual viva llama, y ardiente antorcha, sube á lo alto, y penetra sin obstáculo.

Si alguno ama, sabe lo que esta voz clama.

Gran clamor es en los oidos de Dios el mismo ardiente afecto del alma que dice: Dios mio, amor mio, tú eres todo mio, y yo todo tuyo. Dilátame en el amor, para que aprenda á gustar en el fondo de mi corazon cuan suave es amar, y derretirse y nadar en amor.

Sea yo cautivo del amor, elevándome sobre mí por el escesivo fervor y asombro.

Cante yo cánticos de amor, sígate yo, amado mio, á lo alto, desfallezca en tu alabanza mi alma, trasportada de amor.

Amete yo mas que á mí, y no me ame á mí sino por tí; y ame en tí á todos los que de verdad te aman, como manda la ley del amor, que por tí resplandece.

6. El amor es veloz, sincero, piadoso, alegre y ameno; fuerte, sufrido, fiel, prudente, constante, magnánimo, y que nunca se busca á sí mismo.

Porque desde el momento que alguno se busca á sí mismo, cae del amor.

El amor es circunspecto, humilde y recto: no es blando ni liviano, ni atiende á cosas vanas; es sobrio, casto, fir-

me, tranquilo, y recatado en todos sus sentidos.

El amor es sumiso y obediente á los prelados, vil y despreciable para sí, devoto y agradecido para con Dios, en quien confía y espera siempre, aun cuando no esperimenta sus consuelos; porque ninguno vive en amor sin dolor.

7. El que no está preparado para sufrirlo todo, y para conformarse con la voluntad del amado, no es digno de llamarse amador.

Al que ama conviene que abrace de buena voluntad por el amado todo lo duro y amargo, y que no se aparte de él por cualquier accidente contrario.

CAPITULO VI.

De la prueba del verdadero amador.

1. *Jesucristo*. Hijo, no eres aun fuerte y prudente amador.

El siervo. ¿Por qué, Señor?

Jesucristo. Porque á la menor contrariedad dejas lo comenzado, y buscas con demasiada ansia la consolacion.

El constante amador se mantiene firme

en las tentaciones, y no da crédito á las maliciosas persuasiones del enemigo. Así como Yo le agrado en la prosperidad, así no le desagrado en la adversidad.

2. El amador discreto, no tanto considera el don del que ama, como el amor del que da.

Atiende mas al afecto que al sentido, y pospone todos los dones al amado.

El noble amador no descansa en el don, sino en Mí sobre todo don.

Si alguna vez piensas de Mí ó de mis Santos menos bien de lo que quisieras, no por eso está todo perdido.

Aquel tierno y dulce afecto que percibes algunas veces, es obra de la gracia presente, y como una anticipada fruicion de la Patria celestial; en lo cual no has de apoyarte mucho, porque va y viene.

Pero el pelear contra los malos movimientos del ánimo, y desechar las sugestiones del demonio, señal es de virtud y de gran merecimiento.

3. No te turben pues las imaginaciones ajenas, de cualquier materia que provengan.

Guarda el firme propósito y la recta intencion á Dios.

No es ilusion el que algunas veces te arrebates de repente á lo alto, y tornes luego á los acostumbrados delirios del corazon.

Porqué mas los sufres contra tu voluntad, que los causas; y mientras te dan pena y los contradices, mérito es y no pérdida.

4. Atiende que el antiguo enemigo se esfuerza de todos modos en impedir tu deseo en lo bueno, y privarte de todo ejercicio devoto, á saber, del culto de los Santos, de la piadosa memoria de mi Pasion, del útil recuerdo de los pecados, de la vigilancia del corazon, y del firme propósito de aprovechar en la virtud.

Sugiere muchos malos pensamientos para causarte tedio y horror, para apartarte de la oracion y de la lectura sagrada. Le desagrada la humilde confesion, y si pudiese, haria que te abstuvieses de la comunion.

No le creas, ni hagas caso de él, aunque á menudo te arme lazos para engañarte.

Cuando te inspire cosas malas y torpes, atribúyelas á él: dile entonces: Vete de aqui, espíritu inmundo: avergüénzate, des-

venturado; muy inmundo eres tú que me traes tales cosas á la imaginacion.

Apártate de mí, infame seductor, no tendrás parte alguna en mí; mas Jesus estará conmigo como fuerte guerrero, y tú quedarás confuso.

Mas quiero morir y sufrir toda pena, que consentir contigo.

Calla y enmudece (*Marc.* IV. 39.); ya no te oiré por mas que me importunes. *El Señor es mi iluminacion y mi salud, ¿á quién temeré?* (*Ps.* XXVI. 1.)

Si se asentaren campamentos contra mí, no temerá mi corazon. (*Ps.* XXVI. 3.) *Señor, ayudador mio, y Redentor mio.* (*Ps.* XVIII. 15.)

5. Pelea como buen soldado, y si alguna vez cayeres por fragilidad, recobra fuerzas mayores que las primeras, confiando de mayor gracia mia; y guárdate mucho de la vana complacencia y de la soberbia.

Por esto muchos quedan engañados, y caen algunas veces en una ceguedad casi incurable.

Séate aviso, y para perpetua humildad, esta caida de los soberbios, que locamente presumen de sí.

CAPITULO VII.

Como se ha de ocultar la gracia bajo la custodia de la humildad.

1. *Jesucristo.* Hijo, es mas útil y seguro para tí ocultar la gracia de la devocion y no ensalzarte, ni hablar mucho de ella, ni ponderarla mucho; sino mas bien despreciarte á tí mismo, y temer, como dada á un indigno.

No hay porque apegarse tenazmente á un afecto que tan pronto puede mudarse en contrario.

Piensa, cuando estás en gracia, cuan miserable y pobre sueles estar sin la gracia.

El aprovechamiento en la vida espiritual no consiste únicamente en que tengas la gracia de la consolacion; sino que sufras humilde, y resignada y pacientemente la privacion de ella; de modo que no aflojes del ejercicio de la oracion, ni permitas queden sin practicarse del todo las demás obras tuyas que tienes de costumbre; sino que, segun mejor pudieres y entendieres, hagas de buena gana cuanto

esté de tu parte, y ni por aridez ni sequedad que esperimentes descuides del todo de tí mismo.

2. Pues hay muchos que cuando las cosas no les suceden bien, luego se impacientan ó se entregan á la desidia.

Porque no siempre está en la mano del hombre su camino; mas á Dios pertenece dar y consolar cuando quiere, y cuanto él quiere, y á quien quiere, segun á él le place, y no mas.

Algunos incautos se destruyeron por la gracia de devocion, porque quisieron hacer mas de lo que pudieron, no mirando la medida de su pequeñez, sino siguiendo mas el deseo del corazon que el juicio de la razon.

Y porque aspiraron á mas de lo que Dios quiso, por esto perdieron prontamente la gracia.

Pobres se hicieron y quedaron viles los que pusieron en el cielo su nido, para que humillados y empobrecidos aprendan á no volar con sus alas, sino á esperar debajo de las mias.

Los que todavía son nuevos y sin esperiencia en el camino del Señor, si no se gobiernan por consejo de personas prudentes

pueden fácilmente engañarse y perderse.

3. Y si quieren seguir mas su parecer que creer á los esperimentados, tendrán un fin peligroso, si no quisieren apartarse de su propio juicio.

Rara vez los que presumen de sabios, se dejan gobernar humildemente por otros.

Mejor es saber poco con humildad y poca inteligencia, que grandes tesoros de ciencias con vana complacencia.

Mas vale que tengas poco, que mucho, donde podrias ensoberbecerte.

No obra con bastante discrecion el que se entrega enteramente á la alegría, olvidándose de su anterior miseria y del casto temor de Dios, que teme perder la gracia concedida.

Ni entiende mucho de virtud el que en tiempo de adversidad y de cualquier tribulacion se desalienta con esceso, y piensa y siente de Mí con menos confianza de lo que conviene.

4. El que en tiempo de paz quisiere estar demasiado seguro, se hallará muchas veces en tiempo de guerra demasiado abatido y medroso.

Si supieses siempre permanecer humilde y pequeño en tí, y moderar y regir bien

tu espíritu, no caerias tan presto en el peligro y pecado.

Buen consejo es que cuando te halles con fervor de espíritu, medites en lo que ha de suceder, apartándose la luz.

Y cuando esto sucediere, piensa que de nuevo puede volver la luz que te quité por algun tiempo, para seguridad tuya y para gloria mia.

5. Muchas veces es mas útil esta prueba, que si todo te saliese siempre próspero segun tu voluntad.

Porque los merecimientos no se han de juzgar por si alguno tiene muchas visiones ó consolaciones, ó por si está instruido en las Escrituras, ó colocado en mas alta dignidad.

Sino si estuviere fundado en la verdadera humildad y lleno de la caridad divina; si buscare siempre puramente y en todo la honra de Dios; si se tuviere en nada á sí mismo, y en verdad se despreciare, y se alegrare mas de ser despreciado y humillado de otros, que de verse honrado.

CAPITULO VIII.

De la vil estimacion de sí mismo á los ojos de Dios.

1. *El siervo. ¿Hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza? (Gen.* XVIII. 27.*)* Si me tuviere en mas, tú al instante estás contra mí, y mis iniquidades dan un verdadero testimonio, y no lo puedo contradecir.

Mas si me envileciere y anonadáre, y renunciáre á toda estimacion propia, y me tornáre polvo, como lo soy, me será propicia tu gracia, y cercana á mi corazon tu luz; y toda estimacion por pequeña que sea, se hundirá en el abismo de mi nada y perecerá eternamente.

Allí me mostrarás á mí mismo lo que soy, lo que he sido y adonde he venido á parar; porque nada soy, y no lo entendí.

Si me abandono á mí mismo, he aquí que nada soy y todo flaqueza; mas si de pronto me miras, luego quedo fortalecido y lleno de nuevo gozo.

Y es muy maravilloso que tan de repente me levantes, y tan benignamente me abra-

ces, cuando por mi propio peso siempre soy inclinado á lo bajo.

2. Esto es obra de tu amor, que gratúitamente me previene, y me socorre en tantas necesidades, me guarda tambien de graves peligros, y me libra (á decir verdad) de inumerables males.

Pues que yo amándome desordenadamente me perdí; y solo buscando y amando puramente á Tí, he hallado á mí y á Tí: y por el amor me he reducido mas profundamente á la nada.

Porque tú, dulcísimo Señor, haces conmigo mas de lo que merezco, y mas de lo que me atrevo á esperar ó pedir.

3. Bendito seas, Dios mio; porque aunque soy indigno de todo bien, con todo, tu grandeza y bondad infinita nunca cesan de hacer bien aun á los ingratos y á los que están muy léjos de Tí.

Conviértenos á Tí, para que seamos agradecidos, humildes y devotos; porque Tú eres nuestra salud, nuestra virtud y nuestra fortaleza.

CAPITULO IX.

Todas las cosas han de referirse á Dios como á último fin.

1. *Jesucristo.* Hijo, Yo debo ser tu supremo y último fin, si verdaderamente deseas ser bienaventurado.

Con este propósito se purificará tu afecto, que muchas veces se inclina malamente á sí mismo y á las criaturas.

Porque si en algo te buscas á tí mismo, al punto desfalleces y te secas.

Refiérelo pues todo principalmente á Mí, porque Yo soy el que te lo he dado todo.

Así, considera cada cosa como emanada del sumo Bien; y por eso todas las cosas deben referirse á Mí, como á su orígen.

2. De Mí, como de fuente viva, sacan agua viva el pequeño y el grande, el pobre y el rico; y los que me sirven de buena voluntad y libremente, recibirán gracia por gracia.

Mas el que quisiere gloriarse fuera de Mí, ó deleitarse en algun bien particular, no será confirmado en el verdadero gozo, ni

se ensanchará su corazon; sino que será impedido y angustiado de muchas maneras.

Por eso no debes apropiarte cosa buena, ni atribuir la virtud á hombre alguno; mas refiérelo todo á Dios, sin el cual nada tiene el hombre.

Yo lo dí todo; Yo todo quiero recobrarlo; y con gran severidad exijo que se me den gracias.

3. Esta es la verdad con la que se ahuyenta la vanagloria.

Y si entráre la gracia celestial y la caridad verdadera, no habrá envidia, ni contradiccion del corazon, ni prevalecerá el amor propio.

Porque la caridad divina todo lo vence, y dilata todas las fuerzas del alma.

Si discurres bien, te gozarás en Mí solo, y en Mí solo esperarás; porque *ninguno es bueno sino solo Dios (Marc.* x. 18.*)*, que ha de ser alabado sobre todas las cosas, y en todas bendito.

CAPITULO X.

Que es dulce servir á Dios despreciando al mundo.

1. *El siervo.* Otra vez hablaré ahora, Señor, y no callaré: diré en los oidos de mi Dios, de mi Señor y de mi Rey que está en el cielo:

¡Ó cuan grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen! (Ps. XXX. 20.*)* ¿Pues qué eres para los que te aman? ¿Qué para los que te sirven de todo corazon?

Verdaderamente es inefable la dulzura de tu contemplacion, que das á los que te aman.

En esto especialmente me has mostrado la dulzura de tu caridad, porque cuando yo no era, me criaste; y cuando andaba perdido léjos de Tí, me tornaste á camino, para que te sirviese, y me mandaste que te ame.

2. ¡O fuente de amor eterno! ¿Qué diré de Tí? ¿Cómo podré olvidarme de Tí, que te dignaste acordarte de mí, aun despues que yo me hube entibiado y perecí?

Has usado misericordia con tu siervo mas allá de toda esperanza, y le has favorecido con tu gracia y amistad mas allá de todo merecimiento.

¿Qué te retornaré yo por esta gracia? Porque no á todos es dado, que dejándolo todo, renuncien al siglo, y abracen la vida monástica.

¿Es por ventura gran cosa que yo sirva á Tí, á quien toda criatura está obligada á servir?

No debe parecerme cosa grande el servirte; mas lo que me parece grande y admirable es que á mí, tan pobre é indigno, te dignes recibirme por siervo y unirme á tus amados siervos.

3. He aquí que tuyas son todas las cosas que tengo, y con las que te sirvo.

¡Sin embargo, cuan al contrario sucede! mas me sirves Tú á mí, que yo á Tí.

He aquí que el cielo y la tierra, que criaste para el servicio del hombre, están prontos y hacen diariamente cuanto Tú les has mandado.

Y aun esto es poco; pues hasta los Angeles destinaste para servir al hombre.

Pero escede á todas estas maravillas, que

Tú mismo te dignaste servir al hombre y le prometiste darte todo á él.

4. ¿Qué te daré yo por tantos millares de beneficios? ¡Ojalá pudiese servirte todos los dias de mi vida!

¡Ojalá pudiese hacerte, siquiera un solo dia, un digno servicio!

Verdaderamente Tú eres digno de todo servicio, de toda honra y de alabanza eterna.

Verdaderamente Tú eres mi Señor, y yo un pobre siervo tuyo, que estoy obligado á servirte con todas mis fuerzas, y que jamás debo cansarme de alabarte.

Así lo quiero, así lo deseo; y Tú dígnate suplir todo lo que me falta.

5. Grande honor, grande gloria es servirte, y despreciar todas las cosas por Tí.

Pues tendrán abundante gracia los que de buena voluntad se sujetaren á tu santísimo servicio.

Hallarán la suavísima consolacion del Espíritu Santo los que por tu amor desecharen todo deleite carnal.

Alcanzarán gran libertad de espíritu los que por tu nombre entraren en el camino estrecho, y olvidaren todo cuidado mundano.

6. ¡O agradable y gustosa servidumbre de Dios, con la cual se hace el hombre verdaderamente libre y santo!

¡O sagrado estado del servicio religioso, que hace al hombre igual á los Angeles, acepto á Dios, terrible á los demonios y recomendable á todos los fieles!

¡O servicio digno de ser abrazado, y deseado sin cesar, con el cual se merece el sumo Bien, y se adquiere el gozo que durará eternamente!

CAPITULO XI.

Se deben examinar y moderar los deseos del corazon.

1. *Jesucristo.* Hijo mio, conviene que aprendas muchas cosas que aun no has aprendido bien.

El siervo. Señor, ¿qué cosas son estas?

Jesucristo. Que conformes enteramente tu deseo con mi beneplácito, y no seas amador de tí mismo, sino afectuoso celador de mi voluntad.

Los deseos te encienden muchas veces, y te impelen con vehemencia; pero consi-

dera si te mueves mas por mi honra ó por tu propia comodidad.

Si soy Yo la causa, bien te contentarás de cualquier modo que Yo lo ordenáre; mas si algo tienes escondido de ganancia propia, esto es lo que te impide y agrava.

2. Guárdate, pues, de apoyarte demasiado en el deseo que concebiste, sin consultarlo conmigo; no sea que despues te arrepientas ó te disguste lo que antes te agradó, y como cosa mejor vivamente deseaste.

Porqué no se ha de seguir luego todo deseo que parece bueno; ni tampoco se ha de huir al punto de todo deseo contrario.

Conviene que uses á veces de moderacion, aun en los buenos ejercicios y deseos; para que por falta de oportunidad no caigas en distraccion de entendimiento, ni escandalices á otros por indiscrecion, ó por la resistencia de otros repentinamente te turbes y deslices.

3. Y otras veces conviene usar de violencia y resistir varonilmente al apetito sensitivo, y no atender á lo que quiere ó no quiere la carne; sino procurar ante todo que esté sujeta al espíritu, aunque no quiera.

Y debe ser mortificada y enfrenada hasta que esté preparada para todo; y aprenda á contentarse con poco, y deleitarse con lo sencillo, y no murmurar contra cualquier inconveniente.

CAPITULO XII.

De la paciencia y lucha del espíritu contra los apetitos.

1. *El siervo.* Señor Dios, á lo que veo, me es muy necesaria la paciencia; porque acaecen en esta vida muchas adversidades.

Pues de cualquier modo que yo ordenáre mi paz, no puede estar mi vida sin guerra y sin dolor.

Jesucristo. Así es, hijo; mas yo no quiero que busques una paz que carezca de tentaciones, ó que no esperimentes contrariedades; sino que pienses que has hallado la paz, aun cuando fueres ejercitado con varias tribulaciones, y probado con muchas contrariedades.

2. Si dijeres que no puedes padecer mucho, ¿cómo sufrirás el fuego del Purgatorio?

De dos males, siempre se ha de escoger el menor.

Luego, para que puedas librarte de los futuros tormentos eternos, procura sufrir con igualdad de ánimo por Dios los males presentes.

¿Piensas tú acaso, que poco ó nada tienen que sufrir los hombres del mundo? Esto no lo hallarás aun cuando buscares los que viven con mas regalo.

3. Pero ellos, dices, tienen muchos deleites, y hacen en todo su voluntad, y por esto sienten poco el peso de sus tribulaciones.

Pues bien, aunque fuese así, que tengan todo cuanto quisieren; ¿y cuanto piensas que durará?

He aquí que los ricos del siglo serán deshechos como humo, y no quedará memoria de los gozos pasados.

Pero aun mientras viven no descansan en ellos sin amargura, sin tedio y sin temor.

Porque de aquello mismo de que consiguen deleite, reciben con frecuencia la pena del dolor.

Y esto con justicia; pues ya que buscan y siguen desordenadamente los deleites,

no los disfrutan sin confusion y amargura.

4. ¡Oh! cuán breves son todos, cuán falsos, cuán desordenados y torpes!

Mas por falta de juicio y por ceguedad no lo entienden, sino como bestias sin razon, por un poco de deleite de esta corruptible vida, incurren en la muerte del alma.

Por eso tú, hijo mio, *no vayas en pos de tus concupiscencias, y apártate de tu propia voluntad. — Ten tu deleite en el Señor, y te otorgará las peticiones de tu corazon.* (*Eccli.* XVIII. 30. *Ps.* XXXVI. 4.)

Porque si quieres gozar de verdadero deleite, y ser consolado por Mí mas abundantemente, atiende que en el desprecio de todo lo mundano y en la renuncia de todos los flacos deleites, hallarás la bendicion y se te dará copiosa consolacion.

Y cuanto mas te apartares de todo consuelo de las criaturas, tanto mas suaves y poderosas consolaciones hallarás en Mí.

Pero en primer lugar no las alcanzarás sin alguna tristeza, y sin trabajo de combate.

Se opondrá la costumbre inusitada; pero la vencerás con otra costumbre mejor.

Se opondrá tambien la carne; pero

la enfrenarás con el fervor del espíritu.

La antigua serpiente te instigará y te provocará; pero la ahuyentarás con la oracion, y á mas con un trabajo útil le cerrarás la puerta.

CAPITULO XIII.

De la obediencia del súbdito humilde á ejemplo de Jesucristo.

1. *Jesucristo.* Hijo mio, el que procura apartarse de la obediencia, se aparta de la gracia; y el que quiere tener cosas propias, pierde las comunes.

El que no se sujeta voluntariamente y con gusto á su superior, da á conocer que su carne no esta aun del todo sujeta, sino que frecuentemente se rebela y murmura.

Aprende, pues, á sujetarte pronto á tu superior, si deseas tener tu carne sujeta.

Porque es mas pronto vencido el enemigo esterior, si el hombre interior no estuviere disipado.

No hay enemigo mas dañoso ni peor para tu alma, que tú mismo, si no vas de acuerdo con el espíritu.

Es del todo necesario que tengas un

verdadero desprecio de tí mismo, si quieres prevalecer contra la carne y la sangre.

Porque aun te amas desordenadamente, por eso temes sujetarte del todo á la voluntad de otros.

2. Pero ¿qué grande cosa es que tú, que eres polvo y nada, te sujetes al hombre por Dios, cuando Yo, Omnipotente y Altísimo, que crié todas las cosas de la nada, me sujeté humildemente al hombre por tí?

Híceme el mas humilde é ínfimo de todos, para que con mi humildad vencieses tu soberbia.

¡Polvo! aprende á obedecer: ¡tierra y lodo! aprende á humillarte, y á postrarte á los pies de todos.

Aprende á quebrantar tu voluntad, y rendirte á toda sujecion.

3. Enójate contra tí mismo, ni permitas que viva en tí el orgullo; mas hazte tan sujeto y pequeño, que todos puedan andar sobre tí y pisarte como el lodo de las plazas.

¿De qué puedes quejarte, hombre vano? ¿Qué puedes contestar, despreciable pecador, á los que te zahieren, tú que tantas veces ofendiste á Dios y mereciste muchas veces el infierno?

Pero te *perdonó mi ojo*, porque tu alma fué preciosa en mi presencia; para que conocieses mi amor y fueses siempre agradecido á mis beneficios; y para que te dieses continuamente á la verdadera sujecion y humildad, y sufrieses con paciencia el propio desprecio.

CAPITULO XIV.

Como se han de considerar los secretos juicios de Dios, para que no nos envanezcamos en lo bueno.

1. *El siervo.* Señor, tú haces tronar sobre mí tus juicios, y haces estremecer de temor y temblor todos mis huesos, y mi alma se espanta en gran manera.

Estoy atónito al considerar que *ni los cielos son limpios en tu presencia.* (*Job* xv. 15.)

Si en los Angeles hallaste maldad, y no los perdonaste, ¿qué será de mí?

Cayeron del cielo las estrellas; yo que soy polvo ¿qué presumo?

Aquellos, cuyas obras parecian dignas de alabanza, cayeron á lo bajo; y á los que

comian pan de Angeles, vi deleitarse con las mondaduras de los puercos.

2. No hay pues santidad, si tú, Señor, retiras tu mano.

Ninguna sabiduría aprovecha, si tú dejas de gobernar.

Ninguna fortaleza ayuda, si tú dejas de conservar.

No hay castidad segura, si tú no la proteges.

Ninguna guarda propia aprovecha, si no hay tu sagrada vigilancia.

Porque abandonados, nos hundimos y perecemos; pero visitados, nos levantamos y vivimos.

Porque mudables somos; pero tú nos das firmeza: nos entibiamos, mas tú nos enfervorizas.

3. ¡Oh! cuan humilde y bajamente he de pensar de mí mismo! ¡Cuan poco he de apreciar lo que parezca bueno en mí!

¡O Señor! cuan profundamente debo someterme á tus insondables juicios, donde hallo que no soy otra cosa que nada y pura nada!

¡O peso inmenso! ¡O piélago innavegable! en donde nada hallo de mí sino nada en todo!

¿Donde pues hay escondrijo para la gloria? ¿donde confianza en la virtud adquirida?

Anegóse toda gloria vana en la profundidad de juicios sobre mí.

4. ¿Qué es toda carne en tu presencia? ¿Por ventura podrá gloriarse el barro contra el que lo labra?

¿Como se puede engreir con vanas alabanzas aquel cuyo corazon está verdaderamente sujeto á Dios?

Todo el mundo no levantará á aquel á quien tiene sujeto la verdad; ni se moverá, por mas que todos le alaben, aquel que ha fijado en Dios toda su esperanza.

Porque todos los que hablan son nada, pues que fallecerán con el sonido de las palabras : Mas *la verdad del Señor permanece eternamente*. (*Ps*. CXVI. 2.)

CAPÍTULO XV.

Como debe uno portarse y qué ha de decir en todo lo que deseáre.

1. *Jesucristo*. Hijo, dí así en cualquier cosa : Señor, si fuere tu voluntad, hágase esto así.

Señor, si fuere honra tuya, hágase esto en tu nombre.

Señor, si vieres que me conviene y hallares serme útil, entonces concédeme que use de ello á honra tuya.

Mas si conocieres que me ha de ser dañoso, y nada provechoso á la salvacion de mi alma, aparta de mí tal deseo.

Porque no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque parezca justo y bueno al hombre.

Difícil es juzgar con certeza si es bueno ó malo el espíritu que te induce á desear esto ó aquello, ó si te mueves por tu propio espíritu.

Muchos han sido engañados al fin, que al principio parecia eran movidos por el espíritu bueno.

2. Por eso se ha de desear y pedir siempre con temor de Dios y humildad de corazon, cuanto ocurriere al entendimiento digno de desearse, y principalmente ha de encomendarse todo á Mí, renunciando á la propia voluntad, y diciendo:

Señor, tú sabes lo que es mejor; hágase esto ó aquello, como quisieres.

Dame lo que quieras, y cuanto quieras, y cuando quieras.

Haz conmigo como conoces, y como mas te pluguiere y fuere mayor honra tuya.

Ponme donde quisieres y obra libremente conmigo en todas las cosas.

En tu mano estoy; vuélveme y revuélveme al rededor.

Ve aquí á tu siervo preparado para todo; porque no deseo vivir para mí, sino para Tí: ojalá sea digna y perfectamente.

ORACION

para cumplir la voluntad de Dios.

3. Concédeme, benignísimo Jesus, tu gracia para que *esté conmigo, y conmigo trabaje (Sap.* IX. 10.*)*, y conmigo persevere hasta el fin.

Dame que desee y quiera siempre lo que te es mas acepto y mas te agrada.

Tu voluntad sea la mia, y mi voluntad siga siempre la tuya y se conforme bien con ella.

Tenga yo un mismo querer y no querer contigo, y que no pueda querer ó no querer sino lo que Tú quieres y no quieres.

4. Dame que yo muera á todo lo que

hay en el mundo, y que por Tí ame ser despreciado y olvidado en el siglo.

Dame que descanse en Tí sobre todo lo que se puede desear, y que mi corazon halle en Tí la paz.

Tú eres la verdadera paz del corazon: Tú su único descanso: fuera de Tí todo es duro é inquieto.

En esta *paz*, esto es, en tí, único, sumo, eterno bien, *dormiré juntamente y reposaré. (Ps.* IV. 9.*)* Amen.

CAPITULO XVI.

En solo Dios se ha de buscar el verdadero consuelo.

1. *El siervo.* Cuanto puedo desear ó pensar para mi consuelo, no lo espero aquí sino en la vida venidera.

Pues aunque yo solo tuviese todos los consuelos del mundo, y pudiese disfrutar de todos sus deleites, es cierto que no podria permanecer así mucho tiempo.

Por lo que, no podrás, alma mia, consolarte plenamente, ni perfectamente recrearte, sino en Dios, consolador de los pobres, y amparador de los humildes.

Espera un poco, alma mia, espera la divina promesa, y tendrás en el cielo abundancia de todos los bienes.

Si deseas con demasiado afan los bienes presentes, perderás los eternos y celestiales.

Sean los temporales para usar, los eternos para desear.

No puedes quedar satisfecha de bien alguno temporal, porque no has sido criada para gozar de estas cosas.

2. Aunque tuvieres todos los bienes criados, no podrias ser feliz y bienaventurada; sino que en Dios, que crió todas las cosas, consiste toda tu bienaventuranza y felicidad.

No cual parece, y es alabada por los necios amadores del mundo, sino cual esperan los buenos siervos de Cristo, y como la gozan anticipadamente algunas veces los espirituales y limpios de corazon, cuya conversacion está en los cielos.

Vano es y breve todo consuelo humano.

El bienaventurado y verdadero consuelo es el que la verdad hace esperimentar interiormente.

El hombre devoto en todo lugar lleva consigo á Jesus su consolador, y le dice:

Ayúdame, Señor Jesus, en todo lugar y tiempo.

Sea este mi consuelo, querer gustosamente carecer de todo consuelo humano.

Y si faltáre tu consolacion, séame el sumo consuelo tu voluntad y tan justa prueba.

Pues *no estarás enojado para siempre, ni* amenazarás *eternamente. (Ps.* CII. 9.)

CAPITULO XVII.

Todo nuestro cuidado se ha de poner en Dios.

1. *Jesucristo.* Hijo, déjame hacer contigo lo que yo quiero: Yo sé lo que te conviene.

Tú piensas como hombre: tú juzgas en muchas cosas segun te lo persuade el afecto humano.

2. *El siervo.* Señor, verdad es lo que dices: mayor es tu solicitud por mí, que todo el cuidado que yo puedo tener por mí.

Pues muy á peligro de caer está el que no pone sobre Tí toda su solicitud.

Señor, con tal que mi voluntad permanezca recta y firme en Tí, haz de mí lo que te agradare.

Porque no puede ser sino bueno todo lo que Tú hicieres de mí.

Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas; y si quieres que esté en luz, seas otra vez bendito.

Si te dignas consolarme, bendito seas; y si quieres atribularme, seas tambien bendito para siempre.

3. *Jesucristo.* Hijo, así conviene que obres si deseas andar. Tan pronto debes estar para padecer como para gozar. Tan gustosamente debes ser desvalido y pobre, como abundante y rico.

4. *El siervo.* Señor, por Tí padeceré gustoso cuanto quisieres que venga sobre mí.

Quiero recibir de tu mano indistintamente lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste; y darte gracias por todo lo que me sucediere.

Guárdame de todo pecado, y no temeré la muerte ni el infierno.

Con tal que no me apartes de Tí para siempre, ni me borres del libro de la vida, no me dañará cualquier tribulacion que viniere sobre mí.

CAPITULO XVIII.

Se han de llevar con igualdad de ánimo las miserias temporales á ejemplo de Cristo.

1. *Jesucristo.* Hijo, yo bajé del cielo; por tu salud tomé tus miserias, no por necesidad, sino por caridad, para que tú aprendieses la paciencia y sufrieses sin enojo las miserias temporales.

Porque desde la hora en que nací, hasta mi muerte en la cruz, no me faltaron dolores que sufrir.

Tuve gran falta de cosas temporales: oí con frecuencia muchas quejas contra Mí: sufrí con mansedumbre las confusiones y afrentas: recibí ingratitud por beneficios, blasfemias por milagros, y acriminaciones por mi doctrina.

2. *El siervo.* Señor, ya que Tú fuiste paciente en tu vida, cumpliendo principalmente en esto la voluntad de tu Padre, justo es que yo, miserable pecador, me sufra con paciencia segun tu voluntad, y que mientras tú quisieres, lleve por mi salud la carga de esta corruptible vida.

Pues aunque es pesada la vida presente,

con todo, se ha hecho ya muy meritoria por tu gracia, y mas tolerable y esclarecida para los flacos, con tu ejemplo y el de tus Santos.

Y es aun mucho mas consoladora que en otro tiempo lo habia sido en la antigua ley, cuando estaba cerrada la puerta del cielo, y el camino se presentaba tambien mas oscuro, porque muy pocos cuidaban de buscar el reino de los cielos.

Pero ni aun los que entonces eran justos, y se habian de salvar, podian entrar en el reino celestial antes de tu Pasion y el sacrificio de tu muerte.

3. ¡Oh cuántas gracias debo darte, porque te has dignado mostrarme á mí y á todos los fieles el camino rēcto y seguro para tu reino eterno!

Porque tu vida es nuestro camino; y por la santa paciencia, caminamos á Tí, que eres nuestra corona.

Si Tú no fueras delante y no enseñases, ¿quién cuidára de seguirte?

¡Ay! cuántos quedarian léjos y muy atrás, si no mirasen tus esclarecidos ejemplos!

Y si despues de haber oido tantos milagros tuyos é instrucciones, aun estamos

tibios, ¿qué seria si no tuviésemos tanta luz para seguirte?

CAPITULO XIX.

Del sufrimiento de las injurias y como se prueba el verdadero paciente.

1. *Jesucristo.* ¿Qué es lo que dices, hijo? Cesa de quejarte, considerando mi Pasion y la de los Santos.

Aun no has resistido hasta derramar sangre.

Poco es lo que tú padeces en comparacion de aquellos que padecieron tanto, que fueron tan fuertemente tentados, tan gravemente atribulados, probados y ejercitados de tan diversas maneras.

Conviene pues que traigas á tu memoria las grandes penas de otros, para que sufras mas fácilmente tus ligeros trabajos.

Y si no te parecen ligeros, mira no lo cause esto tu impaciencia.

Pero sean pequeños ó sean grandes, procura llevarlos todos con paciencia.

2. Cuanto mejor te dispones para padecer, tanto mas cuerdamente obras y mas mereces: y los llevarás tambien mas lige-

ramente bien preparado para esto tu ánimo fortalecido con la costumbre.

No digas: No puedo sufrir esto de tal hombre, ni es razon que yo sufra de este modo, pues me ha causado grave daño y me imputa cosas en que nunca habia pensado; mas de otro lo sufriré con gusto, y segun me pareciere que debe sufrirse.

Necio es tal modo de pensar, que no considera la virtud de la paciencia, ni por quién habrá de ser remunerada, sino que mas atiende á las personas y á las injurias que se le han hecho.

3. No es verdadero paciente el que no quiere sufrir sino cuanto le pluguiere y de quien le pluguiere.

Mas el verdadero paciente no mira que hombre le ejercita, si es su prelado, ó un igual, ó un inferior; ni si es un varon bueno y santo, ó un perverso é indigno.

Sino que sin diferencia de personas todo cuanto le sucediere y cuantas veces le sobreviniere alguna adversidad, todo lo recibe de la mano de Dios con alegría, y lo estima por mucha ganancia.

Porque nada delante de Dios, por pequeño que sea, si se ha padecido por él, podrá quedar sin mérito.

4. Aparéjate pues para el combate, si quieres tener victoria.

Sin pelear no puedes alcanzar la corona de la paciencia.

Si no quieres padecer, rehusa ser coronado.

Mas si deseas ser coronado, pelea varonilmente, y sufre con paciencia.

Sin trabajo no se consigue el descanso, y sin pelear no se alcanza la victoria.

5. *El siervo.* Señor, séame posible por la gracia, lo que me parece imposible por la naturaleza.

Tú sabes cuan poco puedo padecer, y cuan pronto desfallezco á la menor adversidad.

Hágaseme amable y apetecible por tu nombre cualquier ejercicio de tribulacion; porque padecer y ser maltratado por Tí, es muy saludable para mi alma.

CAPITULO XX.

De la confesion de la propia flaqueza y de las miserias de esta vida.

1. *El siervo. Confesaré contra mí mi*

injusticia (Ps. xxxi. 5.*)*; á tí, Señor, confesaré mi flaqueza.

Muchas veces es pequeña cosa la que me abate y entristece.

Propongo que obraré con fortaleza; mas en viniendo una ligera tentacion, apodérase de mí grande angustia.

A veces muy vil cosa es de la que proviene tentacion grave.

Y mientras creo estar un poco seguro, cuando menos lo pienso me hallo á veces casi vencido de un leve soplo.

2. Mira pues, Señor, mi humildad y mi flaqueza, que te es bien conocida.

Ten misericordia de mí, y *sácame del lodo, para que no quede atollado (Psalm.* lxviii. 15.*)*, ni quede abatido en gran manera.

Esto es lo que frecuentemente me encoge y confunde delante de Tí: ser yo tan deleznable y flaco para resistir á las pasiones.

Y aunque no me lleve del todo al consentimiento, no obstante, me es muy molesta y pesada su persecucion, y me fastidia mucho vivir así en continua lucha.

De aquí conozco yo mi flaqueza, porque las abominables imaginaciones siem-

pre mas fácilmente me acometen que se apartan.

3. ¡Ojalá, fortísimo Dios de Israel, celador de las almas fieles, mires el trabajo y el dolor de tu siervo, y le asistas en todos los pasos que diere!

Esfuérzame con fortaleza celestial, para que no prevalezca el hombre viejo, ni la carne miserable, aun no bien sujeta al espíritu; contra la cual conviene pelear mientras se vive en esta vida llena de miserias.

¡Ay de mí! cual es esta vida en la cual no faltan tribulaciones y miserias, y en la cual todo está lleno de lazos y de enemigos!

Porque en faltando una tribulacion ó tentacion, viene otra, y aun durando el primer combate, sobrevienen otros muchos é inopinadamente.

4. ¿Y cómo puede ser amada una vida llena de tantas amarguras, sujeta á tantas calamidades y miserias?

¿Y cómo aun se llama vida la que engendra tantas muertes y pestes?

Y con todo es amada, y de muchos buscada para deleitarse en ella.

Con frecuencia se reprende al mundo de falaz y vano; no obstante no se abandona

fácilmente, porque los apetitos de la carne dominan demasiado.

Unas cosas nos incitan á amar, y otras á despreciar.

Incitan al amor del mundo *la concupiscencia de carne, la concupiscencia de ojos y la soberbia de vida (1. Joan. II. 16.)*; pero las penas y miserias que de esto justamente se siguen, producen odio y fastidio.

5. Mas ¡ oh dolor ! que vence el placer desordenado al alma que está entregada al mundo, y tiene por delicia estar sujeta á los sentidos, porque no ha conocido ni gustado la suavidad de Dios, ni la interior dulzura de la virtud.

Mas los que perfectamente desprecian al mundo, y procuran servir á Dios con una santa observancia, estos no ignoran que está prometida la divina dulzura á los que con verdad se renunciaren; y distinguen con mas claridad cuan gravemente yerra el mundo y se engaña de mil maneras.

CAPITULO XXI.

Se ha de descansar en Dios sobre todos los bienes y dones.

1. *El siervo.* Descansa siempre, alma mia, en el Señor sobre todas y en todas las cosas, porque él es el eterno descanso de los Santos.

Concédeme, dulcísimo y amantísimo Jesus, que descanse en tí sobre todas las cosas criadas; sobre toda salud y hermosura; sobre toda gloria y honor; sobre todo poder y dignidad; sobre toda ciencia y sutileza; sobre todas las riquezas y artes; sobre toda alegría y gozo; sobre toda fama y alabanza; sobre toda suavidad y consolacion; sobre toda esperanza y promesa; sobre todo merecimiento y deseo; sobre todos los dones y dádivas, que puedes dar é infundir; sobre todo gozo y júbilo que el alma puede recibir y sentir.

En fin, sobre todos los Angeles y Arcángeles; y sobre todo el ejército celestial; sobre todo lo visible é invisible; y sobre todo lo que tú, Dios mio, no eres.

2. Porque tú, Señor Dios mio, eres bue-

no sobre todo: tú solo altísimo: tú solo potentísimo: tú solo suficientísimo y plenísimo: tú solo suavísimo y dulcísimo: tú solo hermosísimo y amantísimo: tú solo nobilísimo y gloriosísimo sobre todo, en quien están junto y perfectamente todos los bienes, y estuvieron siempre y estarán.

Y por eso cuanto me das fuera de Tí, ó descubres ó prometes de Tí mismo, es poco y no me basta, si no puedo verte y poseerte cumplidamente.

Porque no puede mi corazon descansar verdaderamente, ni contentarse del todo, si no descansa en Tí y no se eleva sobre todos los dones y sobre toda criatura.

3. ¡O Esposo mio, amantísimo Jesucristo, amador purísimo, Señor de todas las criaturas! ¿quién me dará alas de verdadera libertad para volar y descansar en Tí?

¡Oh cuando me será concedido ocuparme en Tí cumplidamente, y ver cuán suave eres, Señor Dios mio!

¿Cuando me recogeré del todo en Tí, que por tu amor no me sienta á mí, sino á Tí solo, sobre todo sentido y modo, y de un modo que no todos conocen?

Pero ahora gimo con frecuencia, y llevo con dolor mi infelicidad.

Porque en este valle de miserias ocurren muchos males que á menudo me turban, me entristecen y ofuscan: muchas veces me impiden y distraen, me halagan y embarazan para que no me acerque libremente á Tí, y no goce de los dulces abrazos que continuamente concedes á los espíritus bienaventurados.

Muévante mis suspiros, y la gran desolacion que hay sobre la tierra.

4. O Jesus, *resplandor de la eterna gloria*, consolacion del alma que anda peregrinando! delante de Tí está mi boca sin voz, y mi silencio te habla.

¿Hasta cuando tarda en venir mi Señor?

Venga á mí, pobrecito suyo, y lléneme de alegría. Estienda su mano, y libre á mí, miserable, de toda angustia.

Ven, ven, porque sin Tí no habrá dia ni hora alguna alegre; pues Tú eres mi alegría, y sin Tí está vacía mi mesa.

Miserable soy, y en cierto modo encarcelado y preso con grillos, hasta que Tú me reanimes con la luz de tu presencia, y me dés libertad, y muestres tu amigable rostro.

5. Busquen otros en lugar de Tí lo que quisieren; que á mí ninguna otra cosa me agrada ni agradará sino tú, Dios mio, esperanza mia, y salud eterna.

No callaré, ni cesaré de rogar, hasta que vuelva tu gracia, y Tú me hables interiormente.

6. *Jesucristo.* Aquí estoy: vengo á tí porque me llamaste. Tus lágrimas y el deseo de tu alma, tu humillacion y el arrepentimiento de tu corazon, me han inclinado y conducido á tí.

7. *El siervo.* Y yo dije: Señor: yo te llamé, y deseé gozarte, dispuesto á despreciarlo todo por Tí.

Pues Tú primero me escitaste á buscarte.

Bendito seas, Señor, que has usado de esta bondad con tu siervo, segun la muchedumbre de tu misericordia.

¿Qué mas tiene que decir tu siervo delante de Tí, sino humillarse mucho en tu presencia, acordándose siempre de su propia iniquidad y vileza?

Porque nada hay semejante á Tí en todas las maravillas del cielo y de la tierra.

Tus obras son perfectísimas, tus juicios verdaderos, y por tu providencia se gobiernan todas las cosas.

¡Alabanza, pues, y gloria á tí, ó Sabiduría del Padre! á tí alabe y bendiga mi boca, mi alma y juntamente todo lo criado.

CAPITULO XXII.

De la memoria de los multiplicados beneficios de Dios.

1. *El siervo.* Abre, Señor, mi corazon acerca de tu ley, y enséñame á andar en tus mandamientos.

Concédeme que conozca tu voluntad, y que con gran reverencia y atenta consideracion recuerde tus beneficios, así generales como especiales, para que pueda en adelante darte dignamente gracias.

Mas yo sé, y lo confieso, que ni aun de lo mas mínimo puedo darte las debidas alabanzas.

Yo soy menor que todos los bienes que me has dado; y cuando considero tu nobilísimo sér, desfallece mi espíritu á causa de su grandeza.

2. Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuanto poseemos en lo esterior ó en lo interior, natural ó sobre-

naturalmente, son beneficios tuyos, y te engrandecen como bienhechor piadoso y bueno, de quien recibimos todos los bienes.

Aunque uno haya recibido mas, otro menos, sin embargo, todo es tuyo; y sin Tí no se puede alcanzar la menor cosa.

El que mas recibió, no puede gloriarse de su merecimiento, ni elevarse sobre los demás, ni desdeñar al que recibió menos: porque aquel es mayor y mejor que menos se atribuye á sí mismo; y es mas humilde y devoto en el agradecimiento.

Y el que se tiene por mas vil que todos, y se juzga por mas indigno, está mas dispuesto para recibir mayores dones.

3. Mas el que recibió menos, no se debe entristecer ni indignarse, ni tener envidia del que tiene mas; antes debe atender á Tí y engrandecer tu bondad, porque tan copiosa, gratúita y liberalmente repartes tus beneficios sin acepcion de personas.

Todo procede de Tí, y por eso, en todo debes ser alabado.

Tú sabes lo que conviene darse á cada uno; y porque tiene éste menos y aquél mas, no toca á nosotros discernirlo, sino

á Ti, que sabes determinadamente los méritos de cada uno.

4. Por eso, Señor Dios, tengo tambien por gran beneficio no tener muchas cosas, por las cuales aparece esteriormente y segun los hombres la alabanza y la gloria; de modo que cualquiera que considere la pobreza y vileza de la persona, léjos de sentir pesadumbre ó tristeza ó abatimiento, mas bien sienta consolacion y grande alegría; porque tú, Dios, escogiste por familiares y domésticos á los pobres y humildes, y á los menospreciados de este mundo.

Testigos son tus mismos Apóstoles, á quienes estableciste *príncipes sobre toda la tierra. (Ps.* XLIV. 17.*)*

Y con todo vivieron en él mundo sin quejarse, tan humildes y sencillos, sin malicia ni engaño, que aun *estaban gozosos de sufrir afrentas por tu nombre* (*Act.* V. 41.) y abrazaban con grande afecto lo que el mundo aborrece.

5. Nada pues ha de alegrar tanto al que te ama y reconoce tus beneficios, como tu voluntad para con él, y el beneplácito de tu eterna disposicion.

Lo cual le ha de contentar y consolar de

manera que quiera tan de grado ser el menor, como otro desearia ser el mayor; y que tan tranquilo y contento esté en el último lugar como en el primero, y que de tan buena gana sufra verse despreciado y abatido, y no tener nombre y fama, como si fuese el mas honrado y mayor del mundo.

Porque tu voluntad y el amor de tu honra deben esceder á todas las cosas, y consolarle y agradarle mas que todos los beneficios recibidos ó que puede recibir.

CAPÍTULO XXIII.

De cuatro cosas que producen grande paz.

1. *Jesucristo.* Hijo, ahora te enseñaré el camino de la paz y de la verdadera libertad.

2. *El siervo.* Haz, Señor, lo que dices, porque oir esto me es agradable.

3. *Jesucristo.* Procura, hijo, hacer antes la voluntad de otro que la tuya.

Escoge siempre tener menos que mas.

Busca siempre el lugar inferior, y estar sujeto á todos.

Desea siempre y ruega que se haga enteramente en tí la voluntad de Dios.

Este tal entra en los términos de la paz y del descanso.

4. *El siervo.* Señor, este tu breve discurso contiene en sí mucha perfeccion.

Pequeño es en las palabras; mas lleno en el sentido y copioso en el fruto.

Porque, si pudiese yo guardarlo fielmente, no deberia turbarme con tanta facilidad.

Pues cuantas veces me siento desasosegado y pesado, hallo que me he apartado de esta doctrina.

Mas tú que lo puedes todo, y deseas siempre el provecho del alma, acrecienta en mí mayor gracia, para que pueda cumplir tu palabra, y conseguir mi eterna salud.

ORACION

contra los malos pensamientos

5. Señor *Dios* mio, *no te alejes de mí: Dios mio, vuelve tus ojos en mi auxilio* (*Ps.* LXX. 12.); porque se han levantado contra mí varios pensamientos, y

grandes temores, que afligen mi alma.

¿Como pasaré por ellos sin ser dañado? ¿como los desecharé?

6. *Jesucristo. Yo iré delante de tí y abajaré á los poderosos de la tierra.* (*Is.* XLV. 2.) Abriré las puertas de la cárcel, y te revelaré los secretos de las cosas escondidas.

7. *El siervo.* Hazlo, Señor, como lo dices, y huyan de tu presencia todos los malos pensamientos.

Esta es mi esperanza y único consuelo, acudir á tí en cualquiera tribulacion mia, confiar en tí, invocarte de lo íntimo de mi alma, y esperar con paciencia tu consolacion.

ORACION

para iluminar el entendimiento.

8. Alúmbrame, buen Jesus, con la claridad de tu luz interior, y disipa de la morada de mi corazon todas las tinieblas.

Refrena mis muchas distracciones, y destruye las tentaciones que me hacen violencia.

Pelea fuertemente por mí, y rinde las

malas bestias, que son los apetitos seductores, para *que haya paz* en tu *virtud* (*Ps*. CXXI. 7.), y la abundancia de tu alabanza resuene en el santuario, esto es, en la conciencia pura.

Manda á los vientos y á las tempestades: dí al mar: sosiégate; y al aquilon: no soples; y seguirá una grande bonanza.

9. *Envia tu luz y tu verdad* (*Ps*. XLII. 3.) para que resplandezcan sobre la tierra; porque tierra vana y vacía soy, hasta que tú me ilumines.

Derrama tu gracia desde lo alto; baña mi corazon con el rocío celestial; suministra las aguas de la devocion para regar la faz de la tierra, á fin de que produzca fruto bueno y sazonado.

Levanta el espíritu oprimido con el peso de los pecados, y eleva todo mi deseo á las cosas celestiales, para que, despues de gustada la dulzura de la felicidad del cielo, me desdeñe de pensar en las cosas de la tierra.

10. Apártame y líbrame de toda consolacion fugaz de las criaturas; porque ninguna cosa criada puede aquietar de lleno, ni satisfacer mi deseo.

Uneme á Tí con el inseparable vínculo del amor, porque solo Tú bastas al que te ama, y sin Tí vanas son todas las cosas.

CAPITULO XXIV.

Se ha de evitar la curiosidad de averiguar vidas ajenas.

1. *Jesucristo*. Hijo, no quieras ser curioso, ni ocuparte en vanos cuidados.

En esto ó en aquello *¿qué te va á tí? tú sígueme*. (*Joan*. XXI. 22.)

¿Pues qué te va á tí que aquél sea tal ó cual, ó que éste obre ó hable de esta ó de aquella manera?

Tú no necesitas responder por los demás; de tí solo tendrás que dar cuenta. Pues, ¿por qué te enredas?

Mira que yo á todos conozco, y veo cuanto se hace debajo del sol, y sé de que manera está cada uno, lo que piensa, lo que quiere y á que fin se dirige su intencion.

Por eso todo se ha de encomendar á Mí: pero tú consérvate en santa paz y deja al bullicioso agitarse cuanto quisiere.

Sobre él vendrá cuanto hiciere ó dijere, porque no me puede engañar.

2. No tengas cuidado de la sombra de un gran nombre, ni de la familiaridad de muchos, ni del amor particular de los hombres.

Porque esto causa distracciones y oscuridades grandes en el corazon.

Con gusto te hablaria mi palabra y te revelaria mis secretos, si tú aguardáses con ansia mi venida, y me abrieses la puerta del corazon.

Sé prudente, y vela en las oraciones, y humíllate en todas las cosas.

CAPITULO XXV.

En qué consiste la firme paz del corazon, y el verdadero aprovechamiento.

1. *Jesucristo.* Hijo, yo he dicho: *La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy yo como la da el mundo.* (*Joan.* XIV. 27.)

Todos desean la paz; mas no todos cuidan de lo que pertenece á la verdadera paz.

Mi paz está con los humildes y mansos de corazon. Tu paz estará en la mucha paciencia.

Si me oyeres, y siguieres mi voz, podrás gozar de mucha paz.

2. *El siervo.* ¿Qué haré pues?

3. *Jesucristo.* Atiende en todo á lo que haces y á lo que dices; y dirige toda tu intencion á agradarme á Mí solo, y á no desear ni buscar cosa alguna fuera de Mí

Ni tampoco juzgues temerariamente de los dichos ó hechos ajenos, ni te entremetas en lo que no te está encomendado; y así, podrá ser que poco ó raras veces seas turbado.

Porque nunca sentir turbacion alguna, ni sufrir molestia en el corazon ni en el cuerpo, no es de esta vida, sino del estado de eterna bienaventuranza.

Así pues, no creas haber hallado la verdadera paz, porque no sintieres pesar alguno; ni que todo sea bueno porque no tienes ningun contrario; ni que hayas alcanzado la perfeccion, aun que todo te suceda segun tu deseo.

Ni tampoco te reputes por grande, ni por especialmente amado de Dios, si esperimentares gran devocion y dulzura; porque en esto no se conoce el verdadero amador de la virtud, ni en esto consiste el aprovechamiento y la perfeccion del hombre.

4. *El siervo.* ¿Pues en qué consiste, Señor?

5. *Jesucristo.* En ofrecerte de todo tu corazon á la voluntad divina, no buscando tu propio interés ni en lo pequeño, ni en lo grande, ni en el tiempo, ni en la eternidad; de manera que pesándolo todo en una justa balanza, con igualdad de ánimo perseveres en dar gracias así en las cosas prósperas como en las contrarias.

Si fueres tan fuerte y constante en la esperanza, que quitada la consolacion interior, preparares aun tu corazon para sufrir cosas mayores, ni te justificares como que no debieses padecer tanto, sino que me justificares á Mí en todas mis disposiciones, y me alabares por santo; entonces andas por el verdadero y recto camino de la paz, y tendrás esperanza cierta que has de ver otra vez mi rostro con júbilo.

Y si llegares á menospreciarte del todo á tí mismo, sabe que entonces gozarás de abundancia de paz, segun la posibilidad de tu peregrinacion.

CAPITULO XXVI.

De la escelencia del alma libre, la cual mas se merece por la humilde oracion que por la lectura.

1. *El siervo.* Señor, esta es obra de varon perfecto, nunca aflojar el ánimo de la intencion de las cosas celestiales; y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado: y no como suele hacerlo el flojo ó tibio, sino por prerogativa propia del alma libre no apegarse á criatura alguna con desordenado afecto.

2. Ruégote, piadosísimo Dios mio, que me preserves de los cuidados de esta vida, para que no me embaracen las muchas necesidades del cuerpo, ni me cautive el deleite: presérvame tambien de todos los impedimentos del alma, para que no sucumba quebrantado por las molestias.

No hablo de las cosas que la vanidad mundana desea con todo el afecto; sino de las miserias que, á consecuencia de la maldicion del género humano, afligen gravemente el alma de tu siervo y la detienen

que no pueda entrar en la libertad del espíritu siempre que quisiere.

3. O Dios mio, dulzura inefable, conviérteme en amargura todo consuelo carnal, que me aparta del amor de lo eterno, y que con la apariencia de un bien, que momentáneamente deleita, me atrae á sí con daño mio.

No me venza, Dios mio, no me venza la carne y la sangre; no me engañe el mundo y su gloria pasajera; no me haga caer el diablo y su astucia.

Dame fortaleza para resistir; paciencia para sufrir; constancia para perseverar.

Dame por todas las consolaciones del mundo, la suavísima uncion de tu espíritu; y por el amor carnal infúndeme el amor de tu nombre.

4. Porque la comida, la bebida, el vestido, y todo lo necesario que pertenece al sustento del cuerpo, es penoso al alma fervorosa.

Concédeme usar con templanza de tales auxilios, y que no los desee con demasiado afan.

No es lícito desecharlos todos, porque se ha de sustentar la naturaleza; pero la ley santa prohibe buscar lo supérfluo, y

lo que mas deleita, porque de otro modo la carne se rebelaria contra el espíritu.

Ruégote, por tanto, que tu mano me dirija y me enseñe, para que no caiga en esceso alguno.

CAPITULO XXVII.

El amor propio nos estorba mucho de llegar al sumo bien.

1. *Jesucristo.* Hijo, conviene que tú dés todo por todo, y que nada seas de tí mismo.

Sabe que el amor propio te daña mas que cualquiera otra cosa del mundo.

Tanto mas ó menos se te apegarán las cosas cuanto es el amor y afecto que tienes.

Si tu amor fuere puro, sencillo y bien ordenado, no serás esclavo de cosa alguna.

No codicies lo que no es lícito tener, ni quieras tener lo que puede impedirte y quitarte la libertad interior.

Es de admirar que no te encomiendes á Mí de lo mas profundo de tu corazon, con todo lo que puedes desear ó tener.

2. ¿Por qué te consumes con vana tris-

teza? ¿Por qué te fatigas con supérfluos cuidados?

Sométete á mi voluntad, y no sufrirás daño alguno.

Si buscas esto ó aquello, y quieres estar aquí ó allí por tu provecho y para hacer mas tu propia voluntad, nunca tendrás quietud ni estarás libre de cuidado, porque en todas las cosas hallarás algun defecto, y en todo lugar habrá quien te contradiga.

3. Por tanto, no aprovecha cualquiera cosa alcanzada ó multiplicada esteriormente, sino mas bien la despreciada y arrancada de raiz del corazon.

No entiendas eso únicamente de la posesion de dinero y de riquezas, sino tambien de la ambicion de honores y del deseo de vanas alabanzas, todo lo cual pasa con el mundo.

Poco hace el lugar, si falta el espíritu de fervor; ni durará mucho la paz que se busca por defuera, si falta el verdadero fundamento al estado del corazon, esto es, si no estuvieres en Mí; puedes mudarte, mas no mejorarte.

Porque en llegando la ocasion, y aceptándola, hallarás aquello de que huiste, y aun mas.

ORACION

para alcanzar la purificacion de corazon y la sabiduría celestial.

4. *El siervo*. Confírmame, Dios mio, por la gracia del Espíritu Santo.

Dame virtud para fortalecerme en el hombre interior, y desocupar mi corazon de toda inútil solicitud y congoja, y no ser arrastrado por los varios deseos de cualquier cosa ya vil ya preciosa, sino que las mire todas como cosas que pasan, y que yo pasaré juntamente con ellas.

Porque nada hay permanente debajo del sol, donde todo es vanidad y afliccion de espíritu. ¡Oh! ¡cuan sabio es el que así piensa!

5. Dame, Señor, la sabiduría celestial, para que aprenda á buscarte y hallarte sobre todo, á gustarte y amarte sobre todo, y á entender todo lo demás como es, segun el órden de tu sabiduría.

Concédeme que me aparte con prudencia del lisonjero, y que sufra con paciencia al adversario.

Porque esta es gran sabiduría, no de-

jarse mover por todo viento de palabras, ni dar oido á la sirena que halaga perniciosamente, porque así se prosigue con seguridad el camino comenzado.

CAPITULO XXVIII.

Contra las lenguas de los maldicientes.

1. *Jesucristo.* Hijo, no lleves á mal si algunos pensaren mal de tí, y dijeren lo que tú no quisieras oir.

Tú debes pensar de tí mismo lo peor, y no tener á nadie por mas flaco que tú.

Si andas dentro de tí, no harás gran caso de palabras que se lleva el viento.

No es poca prudencia callar en tiempos contrarios, y convertirse á Mí de corazon, y no turbarse por el juicio humano.

2. No sea tu paz en la boca de los hombres, pues ya pensaren bien ó mal de tí, no eres por esto otro hombre.

¿Donde está la verdadera paz y la verdadera gloria? ¿Por ventura no están en Mí?

Y el que no desea agradar á los hombres, ni teme desagradarlos, gozará de mucha paz.

Del amor desordenado y del vano temor nace todo desasosiego del corazon y la distraccion de los sentidos.

CAPITULO XXIX.

Como se ha de invocar y bendecir á Dios cuando amenaza la tribulacion.

1. *El siervo.* Señor, sea tu nombre por siempre bendito, porque quisiste que esta tentacion y tribulacion viniese sobre mí.

No puedo huirla, mas tengo necesidad de recurrir á Tí, para que me ayudes, y la conviertas en mi provecho.

Señor, ahora estoy atribulado, y no le va bien á mi corazon: y esta pasion me atormenta en gran manera.

Y ahora, *¿qué diré, Padre amado?* (*Joann.* XII. 27.) Me hallo rodeado de angustias. *Sálvame de esta hora.* (*Ibid.*)

Mas por eso he venido á esta hora (*ibid.*), para que seas tú glorificado, cuando yo fuere muy humillado, y librado por tí.

Agrádete, Señor, el librarme (*Ps.* XXIX. 14.); porque yo, pobre, ¿qué puedo hacer, y adonde iré sin Tí?

Dame paciencia, Señor, aun esta vez: ayúdame, Dios mio, y no temeré, por mas atribulado que me vea.

2. Y ahora, en semejante congoja ¿qué diré? Señor, *hágase tu voluntad.* (*Matthæi* VI. 10.) Yo bien he merecido ser atribulado y angustiado.

Conviene pues que yo sufra, y ¡ojalá sufra con paciencia, hasta tanto que pase la tempestad y suceda la bonanza!

Pues poderosa es tu mano omnipotente para apartar de mí esta tentacion, y mitigar su violencia, para que no sucumba enteramente; así como ya antes lo has hecho muchas veces conmigo, Dios mio, misericordia mia.

Y esta mudanza de la diestra del Altísimo (*Ps.* LXXVI. 11.) cuanto para mí es mas difícil, tanto es mas fácil para Ti.

CAPITULO XXX.

Como se ha de pedir el auxilio divino, y de la confianza de recobrar la gracia.

1. *Jesucristo.* Hijo, Yo soy el *Señor que conforta en el dia de la tribulacion.*

(*Nah*. I. 7.) Ven á Mí, cuando no te hallares bien.

Esto es lo que impide mas la consolacion celestial, que demasiado tarde vuelves á la oracion.

Porque antes de rogarme con fervor, buscas primero muchas consolaciones, y te recreas en las cosas esteriores.

Y por eso te sucede que todo te aprovecha poco, hasta que conozcas, que Yo soy el que salvo á los que esperan en Mí; y fuera de Mí no hay auxilio que valga, ni consejo útil, ni aun remedio durable.

Mas ya recobrado el espíritu despues de la tempestad, esfuérzate con la luz de las misericordias mias; porque cerca estoy, dice el Señor, para reparar todo lo perdido, no solo cumplida, sino abundante y colmadamente.

2. *¿Pues hay cosa alguna difícil para Mí?* (*Jer*. XXXII. 27.) ¿ó seré Yo semejante al que dice y no hace?

¿En donde está tu fe? Está firme, y persevera. Sé magnánimo y varon fuerte; á su tiempo te vendrá la consolacion.

Espérame: Yo vendré y te curaré.

La tentacion es la que te atormenta, y el vano temor el que te espanta.

¿Qué aprovecha la solicitud de un porvenir incierto, sino para tener tristeza sobre tristeza? *Bástale al dia su propio afan. (Matth.* VI. 34.*)*

Es vano é inútil entristecerse ó alegrarse de lo venidero, que quizá nunca sucederá.

3. Pero cosa humana es ser engañado con tales ilusiones; y tambien es señal de un espíritu pequeño dejarse llevar tan fácilmente de cualquiera sugestion del enemigo.

Pues él no cuida si se burla de nosotros y nos engaña con lo verdadero ó lo falso: y si nos derriba con el amor de lo presente ó con el temor de lo venidero.

No se turbe, pues, *tu corazon*, *ni se acobarde. (Joan.* XIV. 27.*)* Cree en Mí, y ten confianza en mi misericordia.

Cuando tú piensas estar mas léjos de Mí, estoy Yo muchas veces mas cerca.

Cuando tú crees que casi todo está perdido, entonces muchas veces está mas cerca la ganancia del merecer.

No está todo perdido, cuando te sucede algo en contrario.

No debes juzgar segun lo que sientes al presente, ni abandonarte á una tribulacion

de cualquier parte que venga, ni considerarla tal como que no hubiese esperanza alguna de remedio.

4. No te creas del todo abandonado, aunque de tiempo en tiempo te envie alguna tribulacion, ó te prive del consuelo que deseas; pues así se pasa al reino de los cielos.

Y esto sin duda conviene mas á tí y á los demás siervos mios, que seais ejercitados con adversidades, que si todo os sucediese conforme á vuestro gusto.

Yo penetro los pensamientos ocultos, porque conviene mucho para tu salud dejarte á veces sin consolacion, para que tal vez no te ensoberbezcas en los sucesos prósperos, ni te complazcas en tí mismo en aquello que no eres.

Lo que Yo te dí, te lo puedo quitar: y volvértelo cuando quisiere.

5. Cuando te lo diere, mio es; cuando te lo quitáre, no tomo cosa tuya; porque mia es toda buena dádiva, y mio todo don perfecto.

Si te enviáre alguna afliccion, ó cualquiera contrariedad, no te enojes, ni desfallezca tu corazon: Yo puedo levantarte al instante, y mudar cualquier pena en gozo.

Con todo, soy justo, y muy digno de ser alabado cuando lo hago así contigo.

6. Si juzgas con rectitud, y miras las cosas con ojos de verdad, nunca debes entristecerte con tanto abatimiento por las adversidades, sino antes bien alegrarte y dar gracias.

Y aun tener por único gozo, que afligiéndote con dolores, no te dejo sin castigo.

Como el Padre *me amó*, *así tambien Yo os amo* (*Joan.* XV. 9.), dije á mis amados discípulos; á los cuales no envié por cierto á gozos temporales, sino á grandes combates; no á honras, sino á desprecios; no al ocio, sino al trabajo; no al descanso, sino á *llevar* abundante *fruto en paciencia.* (*Luc.* VIII. 15.) Hijo mio, acuérdate de estas palabras.

CAPITULO XXXI.

Del desprecio de toda criatura, para que pueda hallarse el Criador.

1. *El siervo.* Señor, bien necesito aun de mayor gracia, si he de llegar adonde nadie ni criatura alguna me pueda impedir.

Porque mientras alguna cosa me detiene, no puedo volar libremente á Tí.

Deseaba volar libremente el que decia: *¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? (Ps.* LIV. 7.*)*

¿Qué cosa hay mas tranquila que el ojo *sencillo?* ¿y qué cosa mas libre que el que nada desea en la tierra?

Por eso conviene elevarse sobre todo lo criado, y desprenderse enteramente de si mismo, y en un rapto de la mente ver que Tú, Criador de todas las cosas, nada tienes semejante con las criaturas.

Y el que no estuviere desembarazado de toda criatura, no podrá dedicarse con libertad á las cosas divinas.

Pues por eso se hallan pocos contemplativos, porque pocos saben desasirse del todo de lo perecedero y de lo criado.

2. Para eso se requiere gran gracia, que levante el alma y la suba sobre sí misma.

Y si el hombre no estuviere levantado en espíritu, y libre de toda criatura, y todo unido á Dios, de poca estima es cuanto sabe, y cuanto tiene.

Mucho tiempo será pequeño, y no se levantará de lo terreno el que estima algu-

na cosa por grande, fuera del solo, único, inmenso y eterno bien.

Y todo lo que no es Dios, es nada, y por nada se debe tener.

Gran diferencia hay entre la sabiduría del hombre iluminado y devoto, y la ciencia del clérigo docto y aplicado al estudio.

Mucho mas nóble es la doctrina que viene de arriba por la influencia divina, que la que se adquiere con trabajo con el ingenio humano

3. Muchos se hallarán que desean la contemplacion; mas no procuran ejercitarse en los medios que para ella se requieren.

Es grande impedimento fijarse mucho en las señales y cosas sensibles, y hacer poco aprecio de la perfecta mortificacion.

No sé qué es, ni qué espíritu nos lleva, ni qué pretendemos los que parece somos llamados espirituales, que tanto trabajo y cuidado ponemos por las cosas transitorias y viles, y apenas rara vez pensamos en nuestras cosas interiores, con entero recogimiento de los sentidos.

4. ¡O dolor! que despues de un corto recogimiento luego nos salimos afuera, y no examinamos detenidamente nuestras obras.

No miramos donde están fijos nuestros afectos, y no lloramos cuan impuras son todas nuestras cosas.

Porque toda carne habia corrompido su camino (Gen. VI. 12.*)*, y por eso se siguió el gran diluvio.

Pues estando nuestro afecto interior muy corrompido, es necesario que se corrompa la obra que sigue, señal cierta de la privacion de la fuerza interior.

Del corazon puro procede el fruto de la buena vida.

5. Se atiende á cuanto hace cada uno; mas no se considera con tanto cuidado de cuanta virtud procede.

Con gran diligencia se averigua si uno es valiente, rico, hermoso y capaz; ó si es buen escritor, buen cantor, buen oficial; pero cuan pobre sea uno de espíritu, cuan paciente y manso, cuan devoto é interior, muchos lo callan.

La naturaleza mira lo esterior del hombre; la gracia solo se dirige al interior: aquélla se engaña con frecuencia; ésta espera en Dios, para que no sea engañada.

CAPITULO XXXII.

De la abnegacion de sí mismo, y renuncia de todo deseo desordenado.

1. *Jesucristo.* Hijo, no puedes poseer la libertad perfecta, si no te niegas del todo á tí mismo.

Aprisionados están todos los propietarios y amadores de sí mismos, los codiciosos y curiosos, los vagabundos, que buscan siempre las cosas delicadas, y no las que son de Jesucristo; antes inventan y componen muchas veces lo que no ha de ser permanente.

Porque perecerá todo lo que no procede de Dios.

Conserva en tu memoria esta breve y perfectísima sentencia: *Déjalo todo y lo hallarás todo;* deja el deseo, y hallarás el descanso.

Reflexiona esta sentencia, y cuando la cumplieres, lo entenderás todo.

2. *El siervo.* Señor, esto no es obra de un dia, ni juego de niños; antes en esas breves palabras se encierra toda la perfeccion religiosa.

3. *Jesucristo.* Hijo, no debes retroceder, ni abatirte luego al oir cual es el camino de los perfectos; sino esforzarte mas para cosas mas sublimes, ó á lo menos aspirar á ellas con el deseo.

¡Ojalá así sucediese contigo, y hubieses llegado á esto, que no fueses amador de tí mismo, sino que estuvieses enteramente á mi disposicion y á la de aquel que te dí por prelado! Entonces me agradarias mucho, y toda tu vida se pasaria en gozo y paz.

Aun tienes muchas cosas que dejar, que si no las renunciares enteramente por Mí, no alcanzarás lo que pides.

Yo te aconsejo que compres de Mí oro afinado en fuego, para que seas rico (*Apoc.* III. 18.); esto es, la sabiduría celestial, que huella todo lo bajo.

Desprecia la sabiduría terrena, y toda humana y propia complacencia.

4. Te he dicho que en las cosas humanas debes comprar las mas viles por preciosas y altas.

Porque muy vil y pequeña, y casi olvidada parece la verdadera sabiduría celestial, que no presume cosas altas de sí, ni busca ser ensalzada en la tierra; la que

muchos tienen solo en los labios, pero que en sus obras andan muy apartados de ella: con todo ella es una perla preciosa para muchos escondida.

CAPÍTULO XXXIII.

De la inconstancia del corazon, y como se ha de dirigir la intencion final á Dios.

1. *Jesucristo*. Hijo, no creas á tu deseo: pues el que ahora tienes, presto se mudará en otra cosa.

Mientras vivieres, estarás sujeto á la mudanza, aunque no quieras; porque te hallarás ahora alegre, ahora triste; ahora sosegado, ahora turbado; ahora devoto, ahora indevoto; ahora aplicado, ahora perezoso; ahora pesado, ahora ágil.

Mas el sabio y bien instruido en el espíritu, está sobre estas mudanzas: no atiende á lo que siente en sí, ni de qué parte sopla el viento de la inconstancia; sino que solo procura que toda la intencion de su espíritu se encamine al debido y deseado fin.

Porque así podrá permanecer siempre el mismo é inmoble, dirigiendo á Mí sin ce-

sar el ojo sencillo de la intencion entre tantos y tan varios accidentes de la vida.

2. Cuanto mas puro fuere el ojo de la intencion, con tanta mas constancia se pasa entre diferentes tempestades.

Pero en muchas cosas se oscurece el ojo de la pura intencion, pues al instante mira al primer objeto deleitable que se presenta.

Porque muy rara vez se halla alguno totalmente libre del defecto de buscar su propio interés.

Así los judíos en otro tiempo vinieron á Betania, á casa de Marta y de María, *no solamente por causa de Jesus, sino tambien por ver á Lázaro.* (*Joann.* XII. 9.)

Ha de ser, pues, purificado el ojo de la intencion, para que sea sencillo y recto, y ha de ser dirigido á Mí sin atender á ninguno de los otros varios objetos.

CAPÍTULO XXXIV.

El que ama á Dios, gusta de él en todo, y sobre todas las cosas.

1. *El siervo.* He aquí á mi Dios y mi

todo. ¿Qué mas quiero, y qué mayor felicidad puedo desear?

¡O sabrosa y dulce palabra! pero tal para el que ama, no al mundo, ni á lo que hay en el mundo.

¡O Dios mio y mi todo! basta lo dicho para el que entiende; y repetirlo muchas veces, es agradable al que ama.

Porque estando Tú presente, todo es agradable; mas estando Tú ausente, todo es fastidioso.

Tú tranquilizas el corazon, y das una paz grande y una alegría singular.

Tú haces que se juzgue bien de todas las cosas, y que en todas se te alabe; y nada sin Tí puede gustar mucho tiempo; pues para que una cosa sea agradable y gustosa, es necesario que tu gracia la acompañe, y que tu sabiduría la sazone.

2. A quien Tú gustas, ¿qué no le gustará? Y á quien Tú no gustas, ¿qué le podrá dar gusto?

Mas los sabios del mundo, y los que gustan de la carne, desfallecen en tu sabiduría; porque en el mundo se halla mucha vanidad, y en la carne la muerte.

Mas los que te siguen despreciando lo mundano y mortificando la carne, son

verdaderamente sabios; porque pasan de la vanidad á la verdad, y de la carne al espíritu.

A estos tales Dios gusta, y todo lo bueno que se encuentra en las criaturas, todo lo refieren á gloria de su Criador.

Por cierto es diferente, y muy diferente, el sabor del Criador y el de la criatura, el de la eternidad y el del tiempo, el de la luz increada y el de la luz iluminada.

3. ¡O luz perpetua que escedes á toda luz creada! ¡Envia desde lo alto uno de tus rayos que penetre hasta lo mas íntimo de mi corazon!

Purifica, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu con sus potencias, para que se una contigo en sus trasportes de júbilo.

¡Oh! ¡cuando vendrá esta dichosa y deseada hora, en que me sacies con tu presencia, y me seas todo en todas las cosas!

Mientras esto no se me concediere, no tendré gozo cumplido.

Todavía ¡oh dolor! vive en mí el hombre viejo; no está del todo crucificado, ni está del todo muerto.

Todavía la carne codicia fuertemente

contra el espíritu, mueve guerras interiores, y no permite que el reino del alma esté en paz.

4. Mas *Tú* que *dominas sobre el poder del mar; y amansas el movimiento de sus ondas* (*Ps.* LXXXVIII. 10.), *levántate, ayúdame.* (*Ps.* XLIII. 26.)

Disipa las gentes, que quieren guerras (*Ps.* LXVII. 31.); quebrántalas con tu virtud.

Manifiesta, te ruego, tus maravillas, y sea glorificada tu diestra; porque no hay otra esperanza ni refugio para mí sino en Tí, Señor Dios mio.

CAPÍTULO XXXV.

Que en esta vida no hay seguridad de estar libre de tentacion.

1. *Jesucristo.* Hijo, nunca estás seguro en esta vida; porque mientras vivieres, siempre tienes necesidad de armas espirituales.

Rodeado estás de enemigos, y eres combatido á derecha é izquierda.

Si pues no te vales por todas partes del escudo de la paciencia, no estarás mucho tiempo sin herida.

Además, si no pones fijamente en Mí tu corazon, con pura voluntad de sufrirlo todo por Mí, no podrás sostener esta recia batalla, ni alcanzar la palma de los bienaventurados.

Conviene, pues, que rompas varonilmente con todo, y que uses de mano fuerte contra todo lo despreciable de este mundo.

Porque *al vencedor* se da *el maná* (*Apoc.* II. 17.), y al perezoso le aguarda mucha miseria.

2. Si buscas el descanso en esta vida, ¿como llegarás despues al descanso eterno?

No procures mucho descanso, sino grande paciencia.

Busca la verdadera paz, no en la tierra, sino en el cielo; no en los hombres, ni en las demás criaturas, sino en Dios solo.

Todo lo has de sufrir con gusto por amor de Dios; trabajos, dolores, tentaciones, persecuciones, angustias, necesidades, dolencias, injurias, calumnias, reprensiones, humillaciones, insultos, correcciones y desprecios.

Estas cosas aprovechan para la virtud:

éstas prueban al soldado nuevo de Cristo: éstas fabrican la corona celestial.

Yo daré galardon eterno por un breve trabajo, y gloria infinita por una confusion pasajera.

3. ¿Piensas tú tener siempre consolaciones espirituales á medida de tu deseo?

Mis Santos no siempre las tuvieron; sino muchas pesadumbres, diversas tentaciones y grandes desolaciones.

Pero todo lo sufrieron con paciencia, y confiaron mas en Dios que en sí mismos; porque sabian que *no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera* (*Rom.* VIII. 18.) que ha de ser su recompensa.

¿Quieres tú tener luego lo que muchos, despues de muchas lágrimas y grandes trabajos, apenas alcanzaron?

Espera al Señor, pórtate varonilmente (*Ps.* XXVI. 14.) y esfuérzate; no desconfies, no huyas; mas ofrece con constancia tu cuerpo y tu alma por la gloria de Dios.

Yo te lo pagaré muy cumplidamente, yo estaré contigo en toda tribulacion.

CAPÍTULO XXXVI.

Contra los vanos juicios de los hombres.

1. *Jesucristo.* Hijo, abandona firmemente tu corazon al Señor, y no temas el juicio humano, cuando la conciencia te dice que eres piadoso é inocente.

Es cosa buena y dichosa, padecer de esta suerte; ni esto será pesado para el corazon humilde, que confia mas en Dios que en sí mismo.

Muchos hay que hablan mucho, y por eso se les debe dar poco crédito.

A mas de que no es posible satisfacer á todos.

Aunque Pablo procuró agradar á todos en el Señor, y se hizo todo para todos (1. *Cor*. IX. 22.), no obstante, *poco le importó ser juzgado de humano dia* (*). *(Ibid.* IV. 3.*)*

2. Hizo cuanto pudo y estuvo de su parte por la edificacion y salud de los demás; pero no pudo impedir que los otros le juzgasen y despreciasen algunas veces.

Por eso lo encomendó todo á Dios, que lo

(*) El *dia humano* ó *del hombre*, es el que precede en esta vida mortal. *Scio.*

sabe todo; y con la paciencia y la humildad se defendió de las bocas de los que hablan cosas inicuas, y de los que piensan cosas vanas y falsas, y las arrojan como se les antoja.

Sin embargo respondió algunas veces, para que de su silencio no se escandalizasen los flacos.

3. *¿Quién eres tú para temer de un hombre mortal? (Is.* LI. 12.*)* Hoy es, y mañana no parece.

Teme á Dios, y no te espantarán las amenazas de los hombres.

¿Qué puede contra tí el hombre con palabras ó injurias? Mas se daña á sí que á tí; y sea quien fuere, no se podrá librar del juicio de Dios.

Tú pon á Dios delante de tus ojos, y déjate de quejas y contiendas.

Y si te parece que al presente estás abatido, y sufres confusion sin merecerlo, no te indignes por eso, ni con la impaciencia disminuyas tu corona.

Mas mírame á Mí en el cielo, que puedo librar de toda confusion é injuria, y *retribuir á cada uno segun sus obras.* (*Rom.* II. 6.)

CAPITULO XXXVII.

De la total renunciacion de sí mismo, para alcanzar la libertad del corazon.

1. *Jesucristo.* Hijo, déjate á tí, y me hallarás. Prívate de toda eleccion, y de toda propiedad, y siempre ganarás.

Porque te será dada mayor gracia al punto que renunciares á tí, sin tornarte á tomar.

2. *El siervo.* Señor, ¿cuántas veces y en qué cosas renunciaré á mí mismo?

3. *Jesucristo.* Siempre, y á toda hora; así en lo pequeño como en lo grande. Nada esceptuo, sino que en todo quiero hallarte desnudo.

De otro modo, ¿cómo podrás tú ser mio y Yo tuyo, si no estuvieres interior y esteriormente despojado de toda voluntad propia?

Cuanto mas pronto hagas esto, tanto mejor te irá; y cuanto mas cumplida y sinceramente lo hicieres, tanto mas me agradarás, y mucho mas ganarás.

Algunos se renuncian, pero con alguna escepcion, porque no confian del todo en

Dios; por eso trabajan mucho en mirar por sí.

Otros al principio lo ofrecen todo; pero despues impelidos por la tentacion, vuelven á las cosas propias; por eso no aprovechan en la virtud.

Estos no llegarán á la verdadera libertad del corazon puro, ni á la gracia de mi dulce familiaridad, si ante todo no hacen una entera renuncia y un continuo sacrificio de sí mismos, sin lo cual no hay ni habrá union fruitiva.

5. Te he dicho muchísimas veces, y ahora te lo vuelvo á decir: Déjate, renúnciate, y gozarás de una gran paz interior.

Dalo todo por el todo: nada busques, nada vuelvas á pedir: permanece en Mí pura y confiadamente, y me poseerás.

Estarás libre en el corazon, y no te cubrirán las tinieblas.

Esfuérzate para esto, ruega por esto, y esto desea, que puedas despojarte de toda propiedad, y desnudo seguir á Jesus, morir en tí mismo, y vivir para Mí eternamente.

Entonces desaparecerán todas las vanas ilusiones, las penosas inquietudes y los cuidados supérfluos.

Entonces tambien desaparecerá el escesivo temor, y morirá el amor desordenado.

CAPITULO XXXVIII.

Del buen régimen en las cosas esteriores, y del recurso á Dios en los peligros.

1. *Jesucristo.* Hijo, esto debes procurar con gran solicitud, que en todo lugar, y accion ú ocupacion esterior, estés interiormente libre, y seas señor de tí mismo, y que todas las cosas estén debajo de tí, y no tú debajo de ellas.

Para que seas señor y dueño de tus acciones, no siervo ni esclavo comprado.

Sino mas bien como libre y verdadero hebreo, que pases á gozar de la suerte y libertad de los hijos de Dios:

Los cuales se levantan sobre las cosas presentes, y contemplan las eternas; y que miran con el ojo izquierdo las cosas transitorias, y con el derecho las celestiales.

A quienes no atraen las cosas temporales, para estar asidos á ellas; antes ellos las atraen, para servirse bien de ellas, segun están ordenadas de Dios, y estable-

cidas por el Supremo Artífice, que nada ha hecho desordenado en sus criaturas.

2. Si en cualquier suceso estuvieres firme, y no juzgares por apariencia esterior, ni mirares con ojo carnal lo que vieres ú oyeres, sino que en cualquier cosa entras luego como Moisés en el tabernáculo, para consultar al Señor; oirás algunas veces la divina respuesta, y volverás instruido de muchas cosas presentes y venideras.

Pues siempre recurrió Moisés al tabernáculo, para resolver sus dudas y dificultades; y se acogió á la oracion para librarse de los peligros y maldades de los hombres.

Así debes tú tambien refugiarte á lo secreto de tu corazon, implorando con mayor eficacia el auxilio divino.

Por eso se lee que Josué y los hijos de Israel fueron engañados por los Gabaonitas, porque *no consultaron primero el oráculo del Señor (Jos.* IX. 14.*)*, sino que, demasiado crédulos á blandas palabras, se dejaron sorprender por una falsa piedad.

CAPÍTULO XXXIX.

No sea el hombre importuno en los negocios.

1. *Jesucristo.* Hijo, encomiéndame siempre tus negocios; Yo los dispondré bien á su tiempo.

Espera mi ordenacion, y esperimentarás provecho.

2. *El siervo.* Señor, de muy buena voluntad te encomiendo todas las cosas, porque poco puede aprovechar mi inteligencia.

¡Ojalá que no me apegase mucho á los sucesos futuros, sino que me ofreciese sin tardanza á tu voluntad!

3. *Jesucristo.* Hijo, muchas veces el hombre piensa con vehemencia en alguna cosa que desea; pero cuando la ha alcanzado, muda luego de parecer; porque las aficiones acerca de un mismo objeto, no son durables, antes bien impelen de uno á otro.

Por lo cual no es poco dejarse á sí mismo, aun en lo poco.

4. El verdadero aprovechamiento del hombre es la abnegacion de sí mismo; y

el hombre abnegado, está muy libre y seguro.

Mas el antiguo enemigo, que se opone á todos los buenos, no cesa de tentar; antes bien de dia y de noche pone graves asechanzas por si puede precipitar á algun incauto en los lazos del engaño.

Velad y orad, dice el Señor, *para que no entreis en tentacion. (Matth.* XXVI. 41.*)*

CAPITULO XL.

El hombre no tiene de sí nada bueno, ni puede gloriarse de cosa alguna.

1. *El siervo.* Señor, *¿qué es el hombre, que te acuerdas de él, ó el hijo del hombre, que lo visitas?* (*Ps.* VIII. 5.)

¿Qué ha merecido el hombre para que le dieses tu gracia?

Señor, ¿de qué puedo quejarme, si Tú me desamparas? ¿ó qué puedo oponer con justicia, si no hicieres lo que pido?

Por cierto puedo con verdad pensar y decir esto: Señor, nada soy, nada puedo, nada bueno de mí tengo; sino que en todo desfallezco, y voy siempre á la nada.

Y si no fuere ayudado de Tí, é interior-

me, tranquilo, y recatado en tod
sentidos.

El amor es sumiso y obediente
prelados, vil y despreciable para s
voto y agradecido para con Dios, en
confia y espera siempre, aun cua
esperimenta sus consuelos; porque
no vive en amor sin dolor.

7. El que no está preparado pa
frirlo todo, y para conformarse con
luntad del amado, no es digno de
se amador.

Al que ama conviene que abrace
na voluntad por el amado todo lo
amargo, y que no se aparte de él p
quier accidente contrario.

CAPITULO VI.

De la prueba del verdadero am

1. *Jesucristo*. Hijo, no eres a
te y prudente amador.

El siervo. ¿Por qué, Señor?

Jesucristo. Porque á la menor d
dad dejas lo comenzado, y busca
masiada ansia la consolacion.

El constante amador se mant

me sucede algun bien.
Tí soy vanidad y na-
nte y flaco.
puedo gloriarme? ¿ó
timado?
? Esto es lo mas vano.
na gloria es una mala
ad grandísima, porque
dera gloria, y despoja
l.
el hombre se complace
agrada á Tí; y cuando
nzas humanas, es pri-
ras virtudes.
dera gloria y la santa
n gloriarse en Tí y no
egrarse en tu nombre y
tud, y en no deleitarse
sino por Tí.
mbre, y no el mio: en-
, y no la mia: bendito
re, mas á mí no me sea
alabanza de los hom-

ia; Tú la alegría de mi
e gloriaré y me regoci-
de mí no me gloriaré,
zas. (II. *Cor.* XII. 5.)

mente instruido, todo me hago tibio y disipado.

2. *Mas tú, Señor, siempre eres el mismo, y permaneces para siempre (Ps.* CI. 13 *y* 28.*)*; siempre eres bueno, justo y santo; haces todas las cosas con bondad, justicia y santidad, y las ordenas con sabiduría.

Mas yo, que soy mas inclinado á caer que á aprovechar, no persevero siempre en un estado; porque se *mudan siete tiempos (Dan.* IV. 13.*)* sobre mí.

Pero luego me va mejor, cuando Tú lo ordenas, y me tiendes una mano protectora; porque Tú solo, sin el auxilio humano, me puedes socorrer, y fortalecerme de modo, que mi semblante ya no se altere por cosa alguna; sino que mi corazon se convierta á Tí, y descanse en Tí solo.

3. Por lo cual, si yo supiese bien desechar toda consolacion humana, ya para alcanzar la devocion, ya por la necesidad que me mueve á buscarte, porque no hay hombre que me consuele; entonces pudiera con razon esperar en tu gracia, y regocijarme con el don de la nueva consolacion.

4. Gracias te doy á Tí, de quien viene

todo, siempre que me sucede algun bien.

Mas yo delante de Tí soy vanidad y nada, hombre inconstante y flaco.

¿Luego, de qué puedo gloriarme? ¿ó por qué deseo ser estimado?

¿Acaso de la nada? Esto es lo mas vano.

En realidad la vana gloria es una mala peste, y una vanidad grandísima, porque aparta de la verdadera gloria, y despoja de la gracia celestial.

Porque mientras el hombre se complace á sí mismo, te desagrada á Tí; y cuando ambiciona las alabanzas humanas, es privado de las verdaderas virtudes.

5. Mas la verdadera gloria y la santa alegría consisten en gloriarse en Tí y no en sí mismo; en alegrarse en tu nombre y no en la propia virtud, y en no deleitarse en criatura alguna sino por Tí.

Sea alabado tu nombre, y no el mio: ensalzada sea tu obra, y no la mia: bendito sea tu santo nombre, mas á mí no me sea atribuida ninguna alabanza de los hombres.

Tú eres mi gloria; Tú la alegría de mi corazon: en Tí me gloriaré y me regocijaré siempre; *mas de mí no me gloriaré, sino en mis flaquezas. (*II. *Cor.* XII. 5.*)*

Busquen los judíos *la gloria que reciben los unos de los otros (Joan. v. 44.)*; yo buscaré la que viene de solo Dios.

Porque toda gloria humana, toda honra temporal, toda grandeza mundana, comparada con tu eterna gloria, es vanidad y locura.

¡O verdad mia y misericordia mia, Dios mio, Trinidad bienaventurada! solo á Tí sea dada alabanza, honra, virtud y gloria por todos los siglos de los siglos.

CAPITULO XLI.

Del desprecio de toda honra temporal.

1. *Jesucristo*. Hijo, no te pese si vieres honrar y ensalzar á otros; y que tú eres despreciado y humillado.

Levanta tu corazon á Mí en el cielo, y no te contristará el desprecio de los hombres en la tierra.

2. *El siervo*. Señor, ciegos somos, y pronto nos engaña la vanidad.

Si bien me miro, nunca se me ha hecho injuria por criatura alguna; no tengo, pues, motivo justo para quejarme de Tí.

Mas porque he pecado contra Tí muchas

veces y gravemente, con razon se arma contra mí toda criatura.

Justamente, pues, á mí se debe la confusion y el desprecio; á Tí empero se te debe la alabanza, la honra y la gloria.

Y si no me dispusiere de modo que quiera de buena gana ser despreciado y abandonado de toda criatura, y tenido enteramente en nada; no podré estar con paz y constancia en mi interior, ni ser iluminado en el espíritu, ni unido á Tí perfectamente.

CAPITULO XLII.

No se ha de poner la paz en los hombres.

1. *Jesucristo*. Hijo, si pones tu paz en alguno, por tu parecer, y por conversar con él, estarás sin quietud y sin sosiego.

Mas si vas á buscar la verdad que siempre vive y permanece, no te entristecerás por el amigo que se retira ó se muere.

En Mí ha de estar el amor del amigo; y por Mí se ha de amar á cualquiera que te haya parecido bueno y muy amable.

Sin Mí la amistad no vale nada, ni será duradera; ni es verdadero y puro el amor que Yo no enlazo.

Tan muerto debes estar á las aficiones de los que amas, que, en cuanto está de tu parte, debes carecer de todo trato humano.

Tanto mas se acerca el hombre á Dios, cuanto mas se aleja de todo consuelo terreno.

Y tanto mas alto sube á Dios, cuanto mas profundamente baja en sí, y mas á sí mismo se envilece.

2. Pero el que se atribuye á sí algo bueno, impide que la gracia de Dios venga á él; porque la gracia del Espíritu Santo busca siempre el corazon humilde.

Si te supieses anonadar perfectamente, y limpiar de todo amor criado, yo entonces entraria en tí con gracia abundante.

Cuando tú miras á las criaturas, se aparta de tí la vista del Criador.

Aprende á vencerte en todo por el Criador; y entonces podrás llegar al conocimiento divino.

Cualquiera cosa por pequeña que sea, si se ama y se mira desordenadamente, nos retarda gozar del Sumo Bien, y nos daña.

CAPITULO XLIII.

Contra la ciencia vana del siglo.

1. *Jesucristo.* Hijo, no te muevan las palabras hermosas y sutiles de los hombres; *porque el reino de Dios no está en palabras, sino en virtud. (1. Cor. IV. 20.)*

Atiende á mis palabras que encienden los corazones é iluminan los entendimientos; escitan la compuncion é infunden muchas consolaciones.

Nunca leas para parecer mas docto ó mas sabio.

Estudia en mortificar los vicios, porque esto te aprovechará mas que el conocimiento de muchas cuestiones difíciles.

2. Cuando hubieres leido y entendido muchas cosas, conviene que vuelvas siempre á un mismo principio.

Yo soy *el que enseño ciencia al hombre (Ps.* XCIII. 10.*)*, y doy á los *pequeñuelos* mas claros conocimientos que el hombre no puede enseñar.

Aquel á quien Yo hablo, pronto será sabio, y aprovechará mucho en el espíritu.

¡Ay de aquellos que preguntan á los

hombres muchas cosas por curiosidad, y cuidan muy poco del camino de servirme á Mí!

Tiempo vendrá en que aparecerá el Maestro de los maestros, Cristo, Señor de los Angeles, para oir las lecciones de todos, esto es, para examinar las conciencias de cada uno.

Y entonces *escudriñará á Jerusalen con la vela en la mano (Soph.* I. 12.*)*, y quedarán manifiestas *las cosas escondidas de las tinieblas (*I. *Cor.* IV. 5.*)*, y callarán los argumentos de las lenguas.

3. Yo soy el que en un instante levanto al entendimiento humilde, para que entienda mas razones de la verdad eterna, que cualquiera que hubiese estudiado diez años en las escuelas.

Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusion de opiniones, sin fausto de honra, y sin combate de argumentos.

Yo soy el que enseño á despreciar lo terreno, á aborrecer lo presente, á buscar y entender lo eterno, á huir los honores, á sufrir los escándalos, á poner en Mí toda esperanza, á no desear nada fuera de Mí, y á amarme ardientemente sobre todas las cosas.

4. Y así uno, amándome entrañablemente, aprendió cosas divinas y hablaba maravillas.

Mas aprovechó abandonándolo todo, que estudiando sutilezas.

Mas á unos hablo cosas comunes, á otros cosas especiales: á unos me manifiesto dulcemente por medio de señales y figuras; y á otros revelo misterios con mucha luz.

Una sola es la palabra de los libros; mas no instruye igualmente á todos: porque Yo soy en lo interior Maestro de verdad, escudriñador del corazon, conocedor de los pensamientos, movedor de las obras, y el que reparto á cada uno segun juzgo ser digno.

CAPITULO XLIV.

No debe el hombre buscar las cosas esteriores.

1. *Jesucristo.* Hijo, conviene que seas ignorante en muchas cosas, y que te consideres como muerto sobre la tierra, y á quien todo el mundo esté crucificado.

Conviene tambien que te hagas sordo

á muchas cosas, y que pienses mas en lo que toca á tu paz.

Mas útil es apartar los ojos de las cosas desagradables, y dejar á cada uno en su modo de pensar, que entender en porfías.

Si estuvieres bien con Dios, y mirares su juicio, te darás mas fácilmente por vencido.

2. *El siervo.* ¡O Señor, á qué hemos llegado! he aquí que un daño temporal es llorado, y se trabaja y se corre por una pequeña ganancia; mientras que un daño espiritual es olvidado, y apenas tarde se reflexiona sobre él.

Se atiende á lo que poco ó nada aprovecha, y se pasa con descuido lo que es absolutamente necesario; porque el hombre se deja arrastrar todo á lo esterno; y si presto no vuelve en sí, yace gustoso en las cosas esteriores.

CAPITULO XLV.

No se ha de creer á todos, y cuán fácilmente se resbala en las palabras.

1. *El siervo. Dame socorro en la tri-*

bulacion : porque vana es la salud del hombre. (*Ps.* LIX. 13.)

¿Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la habia? ¿Y cuántas veces la hallé donde menos lo presumia?

Es vana, pues, la esperanza en los hombres; mas la salud de los justos está en Tí, ó Dios.

Bendito seas, Señor Dios mio, en todas las cosas que nos suceden.

Flacos somos é inconstantes; presto somos engañados, y nos mudamos.

2. ¿Qué hombre hay que se pueda guardar en todo con tanta cautela y circunspeccion, que alguna vez no caiga en algun engaño ó perplejidad?

Mas el que confia en Tí, Señor, y te busca con corazon sencillo, no resbala tan fácilmente.

Y si cayere en alguna tribulacion, de cualquier modo que estuviere enredado, presto será librado por Tí, ó consolado; porque no abandonarás Tú al que espera en Tí hasta el fin.

Raro es el amigo fiel que persevera en todos los trabajos de su amigo.

Tú, Señor, Tú solo eres fidelísimo en todo, y fuera de Tí no hay otro semejante.

3. ¡Oh! cuán bien lo comprendió aquella alma santa que dijo: **Mi alma está firme y fundada en Cristo.**

Si yo estuviese así, no me turbaria tan fácilmente el temor humano, ni me moverian las palabras injuriosas.

¿Quién puede prevenirlo todo? ¿Quién basta para precaverse de los males venideros?

¿Si aun las cosas previstas dañan muchas veces, qué harán las imprevistas, sino herir gravemente?

¿Pues por qué, infeliz de mí, no me previne mejor? ¿Y por qué creí tan de ligero á los demás?

Pero hombres somos, y nada mas que hombres frágiles, aunque de muchos seamos estimados y llamados Angeles. ¿A quién creeré, Señor? ¿á quién sino á Tí?

Verdad eres, que no engañas, ni puedes ser engañado.

Y al contrario: *Todo hombre es mentiroso* (*Ps.* cxv. 11.), flaco, inconstante y muy resbaladizo en las palabras; de modo, que apenas se debe creer luego lo que parece cierto á primera vista.

4. ¡Con cuánta prudencia nos advertiste que nos guardásemos de los hombres!

y que *los enemigos del hombre son sus domésticos* (*Mich.* VII. 6.); y que no se ha de creer si alguno dijere: *Mirad, el Cristo está aquí ó allí*. (*Matth.* XXIV. 23.)

El mismo daño me ha enseñado, y ojalá sea esto para mi mayor cautela, y no para hacerme mas necio.

Seas cauto, díceme uno, seas cauto; y guarda en secreto lo que te digo. Y mientras yo callo, y creo que está secreto, no puede callar el que me pidió que yo callase, sino que al instante se descubre á sí y á mí, y se marcha.

Guárdame, Señor, de esos hombres habladores é indiscretos, para que no caiga en sus manos, y nunca haga yo cosas semejantes.

Pon en mi boca palabras verdaderas y sólidas, y aleja de mí la lengua maliciosa.

De lo que no quiero sufrir, me debo guardar mucho.

5. ¡Oh! cuán bueno y pacífico es callar de otros, y no creerlo todo indiferentemente, ni despues divulgarlo de ligero: descubrirse á pocos, buscarte siempre á tí, Señor, que miras al corazon, no dejarse traer de todo viento de palabras, sino

desear que todas las cosas interiores y esteriores se cumplan segun el beneplácito de tu voluntad!

Cuan seguro es para conservar la gracia celestial, huir de la humana apariencia, y no codiciar aquellas cosas que por fuera parece que causan admiracion; sino seguir con toda diligencia las cosas que conducen á la enmienda de la vida y al fervor.

6. ¡A cuantos ha dañado la virtud descubierta y alabada antes de tiempo!

¡Cuán provechosa ha sido siempre la gracia guardada en silencio en esta frágil vida, que toda es tentacion y lucha!

CAPITULO XLVI.

De la confianza que se debe tener en Dios cuando nos dicen palabras injuriosas.

1. *Jesucristo*. Hijo, está firme y espera en Mí. ¿Pues qué son las palabras sino palabras? Vuelan por el aire, pero no dañan á la piedra.

Si eres culpable, piensa que debes querer enmendarte; si no conoces en tí culpa, piensa que debes querer sufrir esto por Dios.

No es mucho que alguna vez sufras palabras, tú que no puedes aun sufrir fuertes azotes.

¿Y por qué cosas tan pequeñas te llegan al corazon, sino porque aun eres carnal y haces de los hombres mas caso del que conviene?

Porque temes ser despreciado, no quieres ser reprendido de tus faltas, y buscas las sombras de las escusas.

2. Pero examínate mejor, y conocerás que aun vive en tí el mundo y el deseo vano de agradar á los hombres.

Pues cuando huyes de ser humillado y confundido por tus defectos, se manifiesta ciertamente que no eres verdadero humilde, ni estás del todo muerto al mundo, ni el mundo está crucificado á tí.

Mas oye mi palabra, y no harás caso de diez mil palabras de los hombres.

Atiende: si se dijese contra tí todo cuanto pudiera inventar la mas refinada malicia, ¿qué daño te causaria si lo dejases pasar del todo, ni lo estimases en una paja? ¿Por ventura te podria arrancar un solo cabello?

3. Mas el que no está dentro de su corazon, ni tiene á Dios delante de sus

ojos, fácilmente se conmueve por una palabra de menosprecio.

Pero el que confia en Mí, y no desea aferrarse en su propio juicio, vivirá sin temer á los hombres.

Porque Yo soy el Juez, y conozco todos los secretos; Yo sé como las cosas han sido hechas; Yo conozco al que hace la injuria, y al que la sufre.

De Mí salió esta palabra; sucedió esto permitiéndolo Yo, *para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones*. (*Luc*. II. 35.)

Yo juzgaré al culpado y al inocente; mas quise primero probar al uno y al otro con juicio secreto.

4. El testimonio de los hombres muchas veces engaña; mi juicio es verdadero, subsistirá, y no será revocado.

Muchas veces está escondido, y á pocos se descubre enteramente; pero nunca yerra, ni puede errar, aunque no parezca recto á los ojos de los necios.

A Mí, pues, se ha de recurrir en todo juicio, y no apoyarse en el propio conocimiento.

Pues *no se contristará el justo por cosa que le acontezca*. (*Prov*. XII. 21.) Aun

cuando algo fuere dicho injustamente contra él, no se inquietará por ello.

Ni se alegrará vanamente si otros le defendieren con razon.

Porque sabe que yo soy el que *escudriño los corazones y los riñones* (*Ps*. VII. 10.), y que no juzgo segun el esterior y las apariencias humanas.

Pues muchas veces se halla culpable en mis ojos lo que segun el juicio humano parece digno de alabanza.

5. *El siervo*. Señor Dios, justo Juez, fuerte y paciente, que conoces la flaqueza y maldad de los hombres, sé Tú mi fortaleza y toda mi confianza, porque no me basta mi conciencia.

Tú sabes lo que yo no sé, y por esto debí humillarme en toda reprension, y sufrirla con mansedumbre.

Perdóname tambien benignamente por todas las veces que no lo hice así, y dame otra vez gracia de mayor sufrimiento.

Porque mejor me es tu abundante misericordia para alcanzar el perdon, que mi presunta justicia para justificar lo secreto de mi conciencia.

Y aunque ella de nada me arguye, no por eso puedo justificarme; porque qui-

tada tu misericordia *ningun viviente será justificado en tu presencia.* (*Ps.* CXLII. 2.)

CAPÍTULO XLVII.

Por la vida eterna se deben sufrir todos los trabajos.

1. *Jesucristo.* Hijo, no te quebranten los trabajos que has tomado por Mí, ni te abatan del todo las tribulaciones; mas mi promesa te fortifique y te consuele en todo lo que sucediere.

Yo basto para recompensarte sobre toda manera y medida.

No trabajarás aquí mucho tiempo, ni serás agravado siempre de dolores.

Espera un poco, y verás cuán presto se pasan los males.

Llegará una hora en que cesará todo trabajo y confusion.

Poco es y breve todo lo que pasa con el tiempo.

2. Mira lo que haces, trabaja fielmente en mi viña: Yo seré tu galardon.

Escribe, lee, canta, suspira, calla, ora, sufre varonilmente lo adverso: la vida eterna digna es de todas estas y aun mayores peleas.

Vendrá la paz en *un dia conocido del Señor, que no será ni dia ni noche* (*Zachar.* XIV. 7.); que no será como el dia y la noche de esta vida temporal, sino luz perpetua, claridad infinita, firme paz y seguro descanso.

No dirás entonces: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* (*Rom.* VII. 24.) Ni esclamarás: *¡Ay de mí! que mi morada en tierra ajena se ha prolongado!* (*Ps.* CXIX. 5.) porque la muerte será destruida, y la salud será sin defecto; no habrá ya ninguna congoja, sino bienaventurada alegría, compañía dulce y hermosa.

3. ¡Oh! si vieses las coronas eternas de los Santos en el cielo, y de cuanta gloria gozan ahora los que en otro tiempo eran despreciados en este mundo, y tenidos casi por indignos de vivir! Ciertamente te humillarias luego hasta la tierra, y desearias mas estar sujeto á todos, que mandar á uno.

Ni apetecerias los dias alegres de esta vida; sino antes te gozarias de ser atribulado por Dios, y tendrias por grandísima ganancia ser considerado por nada entre los hombres.

4. ¡Oh! si estas cosas te gustasen, y penetrasen profundamente en tu corazon, ¿como te atreverias á quejarte ni una sola vez?

¿No se han de sufrir por la vida eterna todas las cosas trabajosas?

No es cosa de poca estima perder ó ganar el reino de Dios.

Levanta pues al cielo tu rostro. Mira que Yo, y conmigo todos mis Santos que tuvieron grandes combates en este siglo, ahora se gozan, ahora son consolados, ahora están seguros, ahora descansan en paz, y permanecerán conmigo sin fin en el reino de mi Padre.

CAPITULO XLVIII.

Del dia de la eternidad, y de las angustias de esta vida.

1. *El siervo.* ¡O bienaventurada morada de la ciudad soberana! O dia clarísimo de la eternidad, que no le oscurece la noche; sino que siempre lo ilumina la suma Verdad: dia siempre alegre, siempre seguro, y nunca espuesto á mudanzas!

¡O si ya amaneciese este dia, y se acabasen todas estas cosas temporales!

Resplandece por cierto para los Santos, con perpetua claridad: mas para los que peregrinan en la tierra, solo de léjos y como por espejo.

2. Los ciudadanos del cielo saben cuan alegre sea aquel dia; los desterrados hijos de Eva gimen de ver cuan amargo y enojoso sea éste de acá.

Los dias de esta peregrinacion son cortos y malos (*Genes*. XLVII. 9.), llenos de dolores y angustias, donde se mancha el hombre con muchos pecados, se enreda en muchas pasiones, es oprimido de muchos temores, agravado con muchos cuidados, distraido con muchas curiosidades, envuelto en muchas vanidades, confundido en muchos errores, quebrantado con muchos trabajos, acosado de tentaciones, enflaquecido con los deleites, atormentado de pobreza.

3. ¡Oh! ¿cuando llegará el fin de estos males? ¿Cuando estaré libre de la miserable servidumbre de los vicios? ¿Cuando me acordaré, Señor, de tí solo? ¿Cuándo me alegraré cumplidamente en Tí?

¿Cuándo estaré sin ningun impedimen-

to en la verdadera libertad, sin ninguna pesadumbre de alma y cuerpo?

¿Cuándo tendré paz firme, paz imperturbable y segura, paz de dentro y fuera, paz estable de todas partes?

¡O buen Jesus! ¿cuándo estaré para verte? ¿Cuándo contemplaré la gloria de tu reino? ¿Cuándo serás para mí todo en todas las cosas?

¡Oh! ¿cuándo estaré contigo en tu reino, que desde la eternidad has preparado para tus escogidos?

Dejado he sido pobre, y desterrado en tierra enemiga, donde hay continuas guerras y grandísimos infortunios.

4. Consuela mi destierro, mitiga mi dolor; porque á Tí suspira todo mi deseo. Pues que para mí es una carga todo cuanto este mundo ofrece para consuelo.

Deseo gozar íntimamente de Tí; mas no puedo conseguirlo.

Deseo estar unido á las cosas celestiales; pero me abaten las temporales y las pasiones no mortificadas.

Con el espíritu quiero levantarme sobre todas las cosas; mas la carne me obliga á sujetarme á todas ellas contra mi voluntad.

Así yo, hombre infeliz, peleo conmigo, y á mí mismo me hago enojoso, mientras el espíritu busca estar arriba, y la carne estar abajo.

5. ¡Cuanto padezco interiormente cuando considero las cosas celestiales, y luego durante la oracion se me ofrece un tropel de pensamientos mundanos!

Dios mio, no te alejes de mí: no te retires airado de tu siervo. (*Ps.* LXX. 12. *Ibid.* XXVI. 9.) Vibra tus relámpagos y disipa las tinieblas: envia tus saetas, y contúrbense todas las imaginaciones del enemigo.

Recoge mis sentidos en Tí: haz que me olvide de todas las cosas mundanas: concédeme que deseche y desprecie prontamente aun las sombras de los vicios.

Socórreme, Verdad eterna, para que no me mueva vanidad alguna.

Ven, suavidad celestial, y huya de tu presencia toda impureza.

Perdóname tambien y usa conmigo misericordia todas cuantas veces pienso en la oracion alguna cosa fuera de Tí.

Pues confieso sinceramente que acostumbro estar muy distraido.

Porque muchas veces no estoy allí don-

de corporalmente estoy en pié ó sentado, sino mas bien allí donde me llevan los pensamientos.

Donde está mi pensamiento, allí estoy yo; allí está mi pensamiento á menudo, en donde está lo que amo.

Lo que naturalmente me deleita ó por la costumbre me agrada, eso es lo que me ocurre luego.

6. Por esto Tú, que eres verdad, dijiste claramente: *En donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon.* (*Matth.* VI. 21.)

Si amo al cielo, pienso con gusto en las cosas celestiales.

Si amo al mundo, me alegro de las prosperidades del mundo, y me entristezco de sus adversidades.

Si amo á la carne, pienso muchas veces en las cosas carnales.

Si amo al espíritu, me deleito en pensar cosas espirituales.

Pues con gusto hablo y oigo hablar de las cosas que amo, y traigo conmigo á mi morada las imágenes de estas cosas.

Pero bienaventurado aquel hombre, que por tí, Señor, desecha de sí todas las criaturas; que hace fuerza á su natural, y crucifica los apetitos de la carne con el

fervor del espíritu, para que serenada su conciencia, te ofrezca una oracion pura, y desechadas fuera y dentro todas las cosas terrenas, sea digno de estar entre los coros angélicos.

CAPITULO XLIX.

Del deseo de la vida eterna, y de los grandes bienes prometidos á los que pelean.

1. *Jesucristo.* Hijo, cuando sientes que de arriba se te infunde algun deseo de la eterna bienaventuranza, y deseas salir de la cárcel del cuerpo, para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanza, dilata tu corazon, y recibe con el mayor anhelo esta santa inspiracion.

Da muchísimas gracias á la suprema Bondad, que se digna hacerlo así contigo, que te visita con clemencia, te escita con ardor, te levanta con poderosa mano para que por tu propio peso no caigas á lo terreno.

Pues esto no lo recibes por tu pensamiento ó esfuerzo, sino por la sola dignacion de la suprema gracia y del agrado divino, para que adelantes en virtudes y

en mayor humildad, y te prepares para combates venideros, y trabajes para allegarte á Mí con todo el afecto del corazon, y servirme con ferviente voluntad.

2. Hijo, muchas veces arde el fuego, mas no sube la llama sin humo.

Así se encienden tambien los deseos de algunos á las cosas celestiales, y con todo no están libres de la tentacion del amor carnal.

Por eso no hacen por la honra de Dios con toda pureza de intencion lo que le piden con tanto deseo.

Tal es tambien frecuentemente tu deseo, el cual mostraste con tanta importunidad.

Pues no es puro ni perfecto lo que está inficionado de la propia comodidad.

3. Pide, no lo que es para tí deleitable y provechoso, sino lo que es para Mí aceptable y honorífico; porque si juzgas con rectitud, debes anteponer mi ordenacion á tu deseo, y á toda cosa deseada, y seguir mi voluntad.

Yo conozco tu deseo, y he oido tus frecuentes gemidos.

Tú ya quisieras estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios: ya te deleita la morada eterna y la patria celestial

llena de gozo; pero aun no ha llegado esta hora; y aun es otro tiempo; conviene á saber, tiempo de guerra, tiempo de trabajo y de prueba.

Deseas ser lleno del sumo Bien; mas no lo puedes alcanzar ahora.

Yo soy, espérame, dice el Señor, *hasta que venga el reino de Dios*. (*Luc*. XXII. 18.)

4. Has de ser probado aun en la tierra, y ejercitado en muchas cosas. A veces se te dará algun consuelo; mas no te será concedida abundante hartura.

Esfuérzate, pues, y sé robusto (*Jos*. I. 7.), así en hacer como en padecer cosas contrarias á la naturaleza.

Conviene que *te vistas del hombre nuevo* y que seas *mudado en otro hombre*. (*Eph*. IV. 24. 1. *Reg*. X. 6. 9.)

Conviene que hagas muchas veces lo que no quieres, y que dejes lo que quieres.

Lo que agrada á los otros irá adelante: lo que á tí te agrada no pasará mas allá.

Lo que otros dicen, será oido; lo que tú dices será tenido en nada.

Pedirán los otros, y recibirán; pedirás tú, y no alcanzarás.

5. Otros serán grandes en la boca de los hombres; mas de tí se callará.

A otros se encargará este ó aquel negocio; mas á tí para nada se te considerará útil.

Por esto se entristecerá algunas veces la naturaleza, y sufrirá grande combate; pero de ello alcanzarás un grande bien, si lo sufrieres callando.

En estas y en muchas otras cosas semejantes, suele ser probado el fiel siervo del Señor, para ver como sabe abnegarse y mortificarse en todo.

Apenas hay cosa alguna en que tanto necesites morir á tí mismo, como en ver y sufrir lo que es contrario á tu voluntad, principalmente cuando te mandan hacer cosas desconvenientes, y que á tí te parecen menos útiles.

Y porque tú, estando sujeto á otro, no te atreves á resistir á la potestad del Superior, por eso te parece cosa dura andar á la voluntad ajena, y dejar tu propio parecer.

6. Mas considera, hijo, el fruto de estos trabajos, el fin cercano, y el muy grande galardon; y así no te causarán molestia, antes bien servirán de poderosísimo consuelo á tu paciencia.

Porque tambien por esta poca voluntad

propia, que ahora dejas de grado, poseerás para siempre tu voluntad en el cielo.

Pues allí hallarás todo lo que quisieres, y todo lo que pudieres desear.

Allí tendrás en tu poder todo el bien, sin temor de perderlo.

Allí tu voluntad, unida con la mia para siempre, no deseará cosa alguna estraña ó particular.

Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de tí, ninguno te impedirá y nada se te opondrá; mas todas las cosas deseadas tendrás presentes juntamente, y saciarán todo tu afecto, y lo llenarán cumplidamente.

Allí daré Yo gloria por la afrenta que sufriste; manto de alabanza por la tristeza; y por el lugar mas bajo el trono del reino eterno.

Allí aparecerá el fruto de la obediencia; se alegrará el trabajo de la penitencia, y la humilde sujecion será coronada gloriosamente.

7. Ahora, pues, inclínate humildemente bajo las manos de todos, y no mires quien lo dijo, ó quien lo mandó.

Mas procura en gran manera, que, ora sea prelado, ora menor, ora igual el que

te pidiere ó insinuáre algo, lo tengas todo por bueno, y cuides de cumplirlo con sincera voluntad.

Busque uno esto, busque otro aquello; gloríese aquél en aquello, y éste en esto, y sea alabado mil millares de veces; mas tú, no te goces ni en esto ni en aquello; sino gózate en el desprecio de tí mismo, y en la voluntad y honra de Mí solo.

Una cosa debes desear, que, tanto en vida, como en muerte, sea Dios siempre glorificado en tí.

CAPITULO L.

De que modo el hombre desconsolado debe ofrecerse en las manos de Dios.

1. *El siervo.* Señor Dios, Padre Santo, seas bendito ahora y para siempre, porque como Tú lo quieres, así se ha hecho, y lo que Tú haces, es bueno.

Alégrese en Tí tu siervo, y no en sí ni en otro alguno; porque Tú solo, Señor, eres la alegría verdadera; Tú mi esperanza y mi corona; Tú mi gozo y mi honra.

¿Qué tiene tu siervo sino lo que ha recibido de Tí, aun sin merecerlo?

Tuyo es todo lo que me has dado y hecho conmigo.

Pobre soy yo, y en trabajos desde mi juventud (*Ps.* LXXXVII. 16.): y mi alma se contrista algunas veces hasta llorar, y otras se turba en sí misma por las pasiones que se levantan.

2. Deseo el gozo de la paz; pido la paz de tus hijos, que son apacentados por Ti en la luz de la consolacion.

Si me das paz, si derramas en mí tu santo gozo, rebosará de júbilo el alma de tu siervo y devota cantará tus alabanzas.

Mas si te apartares, como sueles hacerlo muchísimas veces, no podrá *correr el camino de tus mandamientos* (*Ps.* CXVIII. 32.), antes bien hincará las rodillas para herir su pecho, porque no le va como ayer y antes de ayer, *cuando resplandecia tu antorcha sobre su cabeza* (*Job* XXIX. 3.) y bajo la sombra de tus alas era defendida de las tentaciones que venian.

3. Padre justo, y siempre digno de ser alabado, llegó la hora en que tu siervo sea probado.

Padre digno de ser amado, justo es que tu siervo padezca algo por Ti en esta hora.

Padre digno de ser siempre honrado,

venida es la hora que desde la eternidad sabias que habia de venir, en la cual tu siervo esté abatido en lo esterior por poco tiempo; mas viva siempre interiormente delante de Tí.

Sea vilipendiado y humillado un poco, y abatido delante de los hombres; sea quebrantado con pasiones y enfermedades; para que resucite contigo á la aurora de la nueva luz, y sea glorificado en las cosas celestiales.

Padre Santo, así lo ordenaste Tú, y así lo quisiste; y lo que Tú mandaste se ha hecho.

4. Esta es pues la gracia que haces á tu amigo, que padezca y sea atribulado en el mundo por tu amor, cuantas veces, y por cualquiera que permitieres que se hiciere.

Sin tu consejo y providencia, y sin causa, nada se hace en la tierra.

Señor, *bueno es para mí el haberme Tú humillado; para que aprenda tus justificaciones* (*Ps*. CXVIII. 71), y destierre todas las vanidades y presunciones del corazon.

Util es para mí que la vergüenza haya cubierto mi rostro, á fin de que para con-

solarme busque mas á Tí que á los hombres.

Tambien aprendí en esto á temblar de tu inescrutable juicio, que afliges al justo con el malo; mas no sin equidad y justicia.

5. Gracias te doy, que no dejaste sin castigo mis males; sino que me afligiste con amargos azotes, hiriéndome con dolores y enviándome angustias interiores y esteriores.

No hay quien me consuele debajo del cielo, sino tú, Señor Dios mio, médico celestial de las almas, que hieres y sanas, *llevas á los infiernos y sacas de ellos.* (*Job* XIII. 2.)

Sea tu correccion sobre mí, y tu mismo castigo me enseñará.

6. He aquí, Padre amado, en tus manos estoy yo: me inclino bajo la vara de tu correccion: hiere mis espaldas y mi cuello, para que enderece mis torcidas inclinaciones á tu voluntad.

Hazme piadoso y humilde discípulo, como bien sueles hacerlo, á fin de que ande siempre segun todo tu querer.

Me encomiendo á Tí, y todas mis cosas para que me corrijas: mejor es aquí ser corregido, que en la otra vida.

Tú sabes todas las cosas en comun y en particular, y nada se te esconde en la humana conciencia.

Antes que se haga, sabes lo venidero, y no tienes necesidad que alguno te enseñe ó avise de las cosas que se hacen en la tierra.

Tú sabes lo que conviene para mi adelantamiento, y cuanto aprovecha la tribulacion para limpiar el orin de los vicios.

Haz conmigo tu voluntad segun tu cumplido deseo, y no deseches mi vida pecaminosa, á ninguno mejor ni mas claramente conocida que á Tí solo.

7. Concédeme, Señor, que sepa lo que debo saber; que ame lo que se debe amar; que alabe lo que te agrada sumamente; que estime lo que te parece precioso, y que aborrezca lo feo á tus ojos.

No permitas que yo juzgue segun la vista de los ojos esteriores, ni que decida segun el oido de los hombres ignorantes; sino que sepa discernir con juicio verdadero entre lo visible y lo espiritual, y que sobre todo busque siempre el beneplácito de tu voluntad.

8. Se engañan muchas veces los sentidos de los hombres en juzgar: engáñanse

tambien los amadores del siglo amando tan solamente las cosas visibles.

¿Acaso es mejor el hombre porque otro hombre le repute mas grande?

El falso engaña al falso, el vano al vano, el ciego al ciego, el débil al débil, cuando le ensalza; y verdaderamente mas le confunde, cuando vanamente le alaba.

Porque cuanto es cada uno en tus ojos, tanto es y no mas, dice el humilde san Francisco.

CAPITULO LI.

Debemos ocuparnos en obras humildes, cuando no tenemos fuerzas para las mas altas.

1. *Jesucristo.* Hijo, no puedes estar siempre en fervoroso deseo de las virtudes, ni perseverar en el mas alto grado de la contemplacion; sino que á veces es necesario por causa de la corrupcion original, que desciendas á cosas inferiores, y lleves la carga de esta vida corruptible, aunque te pese y enoje.

Mientras lleves el cuerpo mortal, sentirás enojo y pesadumbre de corazon.

Por eso conviene gemir muchas veces,

estando en la carne, por el peso de la carne; porque no puedes ocuparte continuamente en los ejercicios espirituales y en la divina contemplacion.

2. Entonces te conviene recurrir á los actos humildes y esteriores, y consolarte con hacer buenas obras; esperar con firme confianza mi venida y la visitacion celestial; sufrir con paciencia tu destierro y la sequedad del espíritu, hasta que de nuevo seas visitado por Mí, y librado de toda congoja.

Porque Yo te haré olvidar los trabajos, y que goces de quietud interior.

Yo estenderé delante de tí los prados de las Escrituras, para que ensanchado tu corazon, empieces á correr el camino de mis mandamientos, y digas: *No son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros.* (*Rom.* VIII. 18.)

CAPITULO LII.

El hombre no se considere digno de consuelo, sino de castigos.

1. *El siervo.* Señor, yo no soy digno

de tu consolacion, ni de visitacion alguna espiritual; y por eso obras justamente conmigo, cuando me dejas pobre y desconsolado.

Porque aunque yo pudiese derramar tantas lágrimas como el mar, no seria aun digno de tu consolacion.

Por eso no soy digno de otra cosa que de ser azotado y castigado; porque te ofendí gravemente y muchas veces, y pequé mucho y de diversas maneras.

Así pues, bien considerado, ni de la mas pequeña consolacion soy digno.

Mas tú, Dios clemente y misericordioso, que no quieres que perezcan tus obras, *á fin de mostrar las riquezas de* tu bondad *sobre los vasos de misericordia* (*Rom*. IX. 23.), aun sin mérito alguno propio te dignas consolar á tu siervo de un modo sobrehumano.

Porque tus consuelos no son como las conversaciones humanas.

2. ¿Qué he hecho yo, Señor, para que Tú me concedieses alguna consolacion celestial?

Yo no me acuerdo haber hecho bien alguno; sino que he sido siempre inclinado á vicios, y perezoso para la enmienda.

Esto es verdad, y no puedo negarlo. Si otra cosa dijese yo, Tú estarias contra mí, y no habria quien me defendiese.

¿Qué he merecido por mis pecados, sino el infierno y el fuego eterno?

Confieso en verdad que soy digno de todo escarnio y menosprecio, y que no me corresponde ser contado entre tus devotos.

Y aunque yo oiga esto con disgusto, no obstante, reprenderé mis pecados contra mí por la verdad, para que mas fácilmente merezca alcanzar tu misericordia.

3. ¿Qué diré yo, pecador y lleno de toda confusion?

No tengo boca para hablar, sino esta sola palabra: Pequé, Señor, pequé; ten misericordia de mí, perdóname.

Déjame pues, que llore un poquito mi dolor, antes que vaya á la tierra tenebrosa, y cubierta de oscuridad de muerte. (*Job* x. 20. 21.)

¿Y qué es lo que exiges de un tan culpable y miserable pecador, sino que se arrepienta, y se humille por sus pecados?

En la verdadera contricion, y humildad de corazon nace la esperanza del perdon; se reconcilia la conciencia turbada; se repara la gracia perdida; se defiende

el hombre de la ira venidera, y se juntan en ósculo santo Dios y el alma contrita.

4. Señor, la humilde contricion de los pecados es para Tí un sacrificio aceptable, que huele mucho mas suavemente en tu presencia que el incienso.

Este es tambien el ungüento agradable que Tú quisiste se derramase sobre tus sagrados pies; porque *Tú nunca despreciaste al corazon contrito y humillado.* (*Ps.* L. 19.)

Allí está el lugar de refugio cuando viene la ira del enemigo: allí se enmienda y se limpia todo lo que en otro lugar se deterioró y manchó.

CAPITULO LIII.

La gracia de Dios no se mezcla con los que gustan de las cosas terrenas.

1. *Jesucristo.* Hijo, preciosa es mi gracia; no admite mezcla de cosas estrañas, ni de consolaciones terrenas.

Conviene, pues, apartar todos los impedimentos de la gracia, si deseas que ésta te se infunda. Busca lugar secreto para tí; desea morar á solas contigo; no busques la

conversacion de nadie; antes bien, ruega devotamente á Dios para que tengas compungido el espíritu y pura la conciencia.

Estima todo el mundo en nada: prefiere ocuparte en Dios, á todas las cosas esteriores.

Porque no podrás ocuparte en Mí, y juntamente deleitarte en las cosas transitorias.

Conviene alejarte de conocidos y amigos, y tener el espíritu privado de todo consuelo temporal.

Así el apóstol S. Pedro ruega que los fieles cristianos se contengan en este mundo *como á estranjeros y peregrinos.* (1. *Pet.* II. 11.)

2. ¡Oh! cuanta confianza tendrá en la hora de la muerte aquel á quien no le detiene cosa alguna de este mundo!

Mas el alma enferma no entiende aun que cosa sea tener el corazon apartado de todas las cosas; ni el hombre animal conoce la libertad del hombre interior.

Con todo, si quiere ser verdaderamente espiritual, conviene que renuncie tanto á los estraños como á los parientes, y que de ninguno se guarde mas que de sí mismo.

Si te vencieres perfectamente á tí mismo, sujetarás mas fácilmente lás demás cosas.

La perfecta victoria consiste en triunfar de sí mismo.

Pues el que se tiene sujeto á sí mismo, de modo, que la sensualidad obedezca á la razon, y la razon me obedezca á Mí en todo, este es verdaderamente vencedor de sí mismo y señor del mundo.

3. Si deseas subir á esta cumbre de perfeccion, conviene comenzar varonilmente, y poner la segur á la raiz, para que arranques y destruyas la oculta y desordenada inclinacion á tí mismo, y á todo bien propio y material.

De este vicio de amarse el hombre muy desordenadamente á sí mismo, depende casi todo lo que de raiz se ha de vencer; vencido y sujetado este mal, habrá luego gran paz y tranquilidad.

Màs porque pocos trabajan en morir perfectamente á sí mismos; ni aspiran á salir enteramente de sí mismos, por eso quedan envueltos en sus afectos, y no se pueden elevar sobre sí mismos en espíritu.

Pero el que desea andar libremente

conmigo, es necesario que mortifique todas sus malas y desordenadas inclinaciones, y que no se apegue á criatura alguna con amor particular de concupiscencia.

CAPITULO LIV.

De los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia.

1. *Jesucristo*. Hijo, observa con cuidado los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque muy contraria y sutilmente se mueven; y apenas se perciben sino por el hombre espiritual é iluminado interiormente.

En verdad todos desean el bien, y en sus dichos y hechos buscan alguna bondad; por eso muchos se engañan con color del bien.

2. La naturaleza es astuta, y atrae á muchos, los enlaza y engaña; y siempre se pone á sí por fin.

Mas la gracia anda con sencillez, se desvia de toda apariencia de mal, no pretende engañar, y lo hace todo puramente por Dios, en el cual descansa como en su fin.

3. La naturaleza no quiere morir de

buena gana, ni quiere ser apremiada, ni vencida, ni sujetada, ni sometida voluntariamente.

Mas la gracia trabaja en la mortificacion propia, resiste á la sensualidad, quiere ser sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de la propia libertad, apetece estar bajo la observancia, no desea dominar á nadie; sino vivir, servir y estar siempre debajo de la mano de Dios: y por Dios se halla pronta á inclinarse humildemente á toda criatura humana.

4. La naturaleza trabaja por su interés, y atiende á la ganancia que puede provenirle de otro.

Mas la gracia no considera lo que le es útil y provechoso á sí, sino lo que aprovecha á muchos.

5. La naturaleza recibe con gusto la honra y la reverencia.

Mas la gracia atribuye fielmente á Dios toda honra y gloria.

6. La naturaleza teme la confusion y el desprecio.

Mas la gracia se alegra de sufrir afrentas por el nombre de Jesus.

7. La naturaleza ama el ocio y el sosiego corporal.

Mas la gracia no puede estar ociosa; antes abraza de buena voluntad el trabajo.

8. La naturaleza busca tener cosas curiosas y hermosas, y aborrece las viles y groseras.

Mas la gracia se deleita en las cosas sencillas y humildes; no desprecia las ásperas, ni rehusa el vestir ropas viejas.

9. La naturaleza mira lo temporal, se alegra de las ganancias terrenas, se entristece del daño, y se irrita de una palabre injuriosa.

Mas la gracia atiende á lo eterno, y no está apegada á las cosas temporales; ni se turba cuando las pierde, ni se aceda con las palabras ásperas; porque puso su tesoro y su gozo en el cielo, donde nada perece.

10. La naturaleza es codiciosa: de mejor gana recibe, que da; y ama las cosas propias y particulares.

Mas la gracia es piadosa y comun para todos, evita la singularidad; se contenta con lo poco, y juzga que *cosa mas bienaventurada es dar, que recibir.* (*Actor.* XX. 35.)

11. La naturaleza nos inclina á las

criaturas, á la propia carne, á las vanidades y á las distracciones.

Mas la gracia nos lleva á Dios y á las virtudes; renuncia á las criaturas; huye del mundo; aborrece los deseos de la carne; refrena los pasos vagos, y se avergüenza de parecer en público.

12. La naturaleza toma con gusto cualquier consuelo esterior, con el cual deleite sus sentidos.

Mas la gracia busca ser consolada solo en Dios, y deleitarse en el sumo Bien sobre todo lo visible.

13. La naturaleza todo lo hace por su ganancia y comodidad propia; nada puede hacer de balde, sino que espera alcanzar alguna cosa igual ó mejor, ó alabanza ó favor por el bien que ha hecho: y desea que sean muy estimadas sus obras y sus dádivas.

Mas la gracia no busca cosa alguna temporal, ni pide por recompensa otro premio, que Dios solo, ni de las cosas temporales necesarias desea mas que las que pueden servirle para alcanzar las eternas.

14. La naturaleza se alegra por la multitud de amigos y allegados, gloriase

de la nobleza del lugar y del linaje, lisonjea á los poderosos, halaga á los ricos y aplaude á sus semejantes.

Mas la gracia ama aun á los enemigos, ni se engríe por la multitud de amigos, ni estima el lugar ni el linaje, si no hubiere allí mayor virtud; favorece mas al pobre que al rico, compadece mas al inocente que al poderoso; alégrase con el veraz, no con el mentiroso.

Exhorta siempre á los buenos á que aspiren á los mejores dones, y á que por las virtudes imiten al Hijo de Dios.

15. La naturaleza luego se queja de la necesidad y del trabajo.

La gracia sufre con constancia la pobreza.

16. La naturaleza todo lo refiere á sí; por sí pelea y porfía.

Mas la gracia todas las cosas refiere á Dios, de donde originalmente dimanan; ningun bien se atribuye á sí misma, ni presume vanamente: no porfía, ni prefiere su parecer al de los demás; sino que en todo sentido y entendimiento se sujeta á la eterna sabiduría y al divino exámen.

17. La naturaleza desea saber secretos y oir novedades; quiere manifestarse

esteriormente y esperimentar muchas cosas con los sentidos; desea ser conocida y hacer cosas de donde le venga alabanza y admiracion.

Mas la gracia no cuida de entender cosas nuevas ni curiosas; porque todo esto nace de la antigua corrupcion, pues no hay nada nuevo ni durable sobre la tierra.

Enseña á recoger los sentidos, á evitar la vana complacencia y ostentacion, á ocultar humildemente lo que sea digno de alabanza y admiracion, y á buscar de todas las cosas y de toda ciencia fruto provechoso y la alabanza y honra de Dios.

No quiere que ella ni sus cosas sean pregonadas; mas desea que Dios, que lo da todo por puro amor, sea bendecido en sus dones.

18. Esta gracia es una luz sobrenatural, y cierto don especial de Dios, y propiamente señal de los escogidos, y prenda de salvacion eterna; que levanta al hombre de lo terreno á amar lo celestial, y de carnal lo convierte en espiritual.

Así, cuanto mas mortificada y vencida es la naturaleza, tanto mayor gracia se le infunde; y cada dia es reformado el hombre interior segun la imágen de Dios con nuevas visitaciones.

CAPÍTULO LV.

De la corrupcion de la naturaleza, y de la eficacia de la divina gracia.

1. *El siervo.* Señor Dios mio, que me criaste á tu imágen y semejanza, concédeme esta gracia, la cual mostraste ser tan grande y necesaria para la salvacion; para que yo pueda vencer mi naturaleza corrompida, que me arrastra á los pecados y á la perdicion.

Pues siento en mi carne la ley del pecado, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo á obedecer en muchas cosas á la sensualidad: ni puedo resistir á sus pasiones, si no me asiste tu santísima gracia, eficazmente infundida en mi corazon.

2. Necesaria es tu gracia, y una gracia grande, para vencer la naturaleza *propensa siempre al mal desde su juventud.* (*Gen.* VIII. 21.)

Porque caida por el primer hombre Adan, y corrompida por el pecado, la pena de esta mancha desciende en todos los hombres; de suerte, que la misma natu-

raleza, que fué criada por Tí buena y recta, ya se cuenta por vicio y enfermedad de una naturaleza corrompida; porque el mismo movimiento suyo que le quedó, la arrastra al mal y á las cosas terrenas.

Pues la poca fuerza que le ha quedado, es como una centellita escondida en la ceniza.

Esta es la misma razon natural rodeada de grande oscuridad, que tiene todavía el conocimiento del bien y del mal, y distingue lo verdadero de lo falso; aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que aprueba, ni goza de la perfecta luz de verdad, ni tiene puros sus afectos.

3. De aquí es, Dios mio, que *yo me deleito en tu ley, segun el hombre interior* (*Rom.* VII. 22.), sabiendo yo que tu mandamiento es bueno, justo y santo; y convencido tambien que todo mal y todo pecado se debe huir.

Mas *con la carne sirvo á la ley del pecado* (*Ibid.* 25.), cuando obedezco mas á la sensualidad que á la razon.

De aquí es que *el querer lo bueno está en mí; mas no alcanzo como cumplirlo.* (*Ibid.* 18.)

De aquí procede que propongo muchas

veces hacer muchas obras buenas; mas como falta la gracia para ayudar á mi flaqueza, con poca contradiccion retrocedo y desfallezco.

De aquí resulta que conozco el camino de la perfeccion, y veo con bastante claridad como debo obrar; mas agravado del peso de mi propia corrupcion, no me levanto á cosas mas perfectas.

4. ¡O Señor! ¡cuán necesaria me es tu gracia, para comenzar el bien, para aprovechar en él, y para perfeccionarlo!

Porque sin ella nada puedo hacer: mas todo lo puedo en Tí, confortado con la gracia.

¡O gracia verdaderamente celestial, sin la cual son ningunos los méritos propios, ni se han de estimar en algo los dones de la naturaleza!

Ni las artes, ni las riquezas, ni la hermosura, ni la fortaleza, ni el ingenio ó la elocuencia, valen delante de Tí, Señor, sin la gracia.

Porque los dones de la naturaleza son comunes á los buenos y á los malos; mas el don propio de los escogidos es la gracia ó la caridad, con la cual señalados, se hacen dignos de la vida eterna.

Tan eminente es esta gracia, que ni el don de la profecía, ni la operacion de milagros, ni la mas sublime contemplacion es estimado en algo sin ella.

Mas: ni aun la fe, ni la esperanza, ni las otras virtudes, son aceptas á Tí, sin caridad y gracia.

5. ¡O beatísima gracia, que haces al pobre de espíritu rico en virtudes, y al rico en lo temporal vuelves humilde de corazon!

Ven, desciende á mí, y lléname de tu consolacion desde la mañana, para que no desfallezca mi alma de cansancio y sequedad de corazon.

Ruégote, Señor, que halle gracia en tus ojos; pues me basta tu gracia, aunque me falte lo demás que desea la naturaleza.

Si fuere tentado y atormentado de muchas tribulaciones, no temeré los males mientras estuviere conmigo tu gracia.

Ella es mi fortaleza, ella me da consejo y favor.

Es mas poderosa que todos los enemigos, y mas sabia que todos los sabios.

6. Es maestra de verdad; enseña la disciplina; ilumina el corazon; consuela en los trabajos; destierra la tristeza; qui-

ta el temor; alimenta la devocion; produce lágrimas.

¿Qué soy yo sin ella, sino un leño seco, y un tronco del todo inútil?

Prevéngame, pues, tu gracia, Señor, y sígame siempre, y hágame estar continuamente aplicado á las buenas obras, por Jesucristo, tu Hijo. Amen.

CAPITULO LVI.

Debemos negarnos á nosotros mismos, é imitar á Cristo por la Cruz.

1. *Jesucristo*. Hijo, cuanto puedas salir de tí, tanto podrás pasarte á Mí.

Así como el no desear nada en lo esterior produce la paz interior; así la interior abnegacion de sí mismo produce la union con Dios.

Quiero que aprendas la perfecta abnegacion de tí mismo en mi voluntad, sin contradiccion ni queja.

Sígueme: *yo soy el camino y la verdad y la vida*. (*Joan*. XIV. 6.)

Sin camino no se anda, sin verdad no se conoce, sin vida no se vive.

Yo soy el camino que debes seguir, la

verdad que debes creer, la vida que debes esperar.

Yo soy el camino inviolable, la verdad infalible, la vida interminable.

Yo soy el camino rectísimo, la verdad suprema, la vida verdadera, la vida bienaventurada, la vida increada.

Si permanecieres en mi camino, conocerás la verdad; y la verdad te librará, y alcanzarás la vida eterna.

2. *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.* (*Matth.* XIX. 17.)

Si quieres conocer la verdad, créeme.

Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes. (*Ibid.* 21.)

Si quieres ser mi discípulo, niégate á tí mismo. (*Luc.* IX. 23.)

Si quieres poseer la vida bienaventurada, desprecia la presente.

Si quieres ser ensalzado en el cielo, humíllate en el mundo.

Si quieres reinar conmigo, lleva la Cruz conmigo.

Porque solo los siervos de la Cruz hallan el camino de la bienaventuranza y de la luz verdadera.

3. *El siervo.* Señor Jesus, pues que tu camino es estrecho y despreciado en el

mundo, concédeme que te imite en el desprecio del mundo.

Porque *el siervo no es mayor que su Señor* (*Joan.* XIII. 16.), *ni el discípulo mas que su Maestro.* (*Matth.* X. 24.)

Ejercítese tu siervo en tu vida, que en ella está mi salud y la verdadera santidad.

Cuanto leo ú oigo fuera de ella, no me recrea ni me deleita cumplidamente.

4. *Jesucristo.* Hijo, pues sabes y has leido todo esto, bienaventurado serás si lo hicieres.

Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquel es el que me ama, y yo le amaré, y me le manifestaré á Mí mismo, y le haré sentar conmigo (*Joan.* XIV. 21. *Apoc.* III. 21.) en el reino de mi Padre.

5. *El siervo.* Señor Jesus, como Tú lo dijiste y prometiste, así se haga, y pueda yo merecerlo.

Recibí, y recibí de tu mano la Cruz, la llevaré y la llevaré hasta la muerte, así como Tú me la pusiste.

Verdaderamente la vida del buen monge es Cruz, pero Cruz que conduce al Paraiso.

Se ha comenzado: no se puede vol ver atrás, ni conviene dejar el camino emprendido.

6. Ea, hermanos, vayamos juntos; Jesus será con nosotros.

Por Jesus hemos tomado esta Cruz; por Jesus perseveremos en la Cruz.

Jesus que es nuestro Capitan y nuestra Guia, será nuestro Ayudador.

Mira, nuestro Rey va delante de nosotros, que peleará por nosotros.

Sigámosle varonilmente: ninguno tema los peligros; estemos aparejados á morir valerosamente en la pelea, *y no pongamos un borron á nuestra gloria* (1. *Mach*. IX. 10.), huyendo de la Cruz.

CAPITULO LVII.

No debe el hombre abatirse demasiado cuando cae en algunas faltas.

1. *Jesucristo*. Hijo, mas me agrada la paciencia y humildad en las adversidades, que el mucho consuelo y devocion en las prosperidades.

¿Por qué te entristece una pequeña cosa hecha ó dicha contra *ti*? Aunque fuese cosa mayor, no deberias perturbarte.

Mas ahora déjala pasar; no es lo pri-

mero, ni nuevo, ni será lo último si vivieres mucho tiempo.

Muy valiente eres cuando ninguna cosa contraria te viene.

Asimismo aconsejas bien, y sabes alentar á otros con palabras; mas cuando viene á tu puerta alguna repentina tribulacion, te falta consejo y valor.

Atiende á tu gran fragilidad, que esperimentas á cada paso en pequeños acaecimientos; con todo, cuando acaecen estas cosas y otras semejantes, se hacen por tu salud.

2. Proponte apartarlas como mejor supieres del corazon: y si te alcanzáre la tribulacion, no te abata ni te embaráce mucho tiempo.

Sufre á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría.

Y si oyes algo contra tu gusto, y te sientes enojado, refrénate, y no dejes salir de tu boca alguna palabra desordenada, de la cual se escandalicen los débiles.

Pronto se mitigará la turbacion que en tí se levantó; y el dolor interior se endulzará, volviendo la gracia.

Aun vivo Yo, dice el Señor, dispuesto para ayudarte, y consolarte mas de lo

acostumbrado, si confías en Mí, y me invocas con devocion.

3. Ten buen ánimo, y apercíbete para trances mayores, para mayores sufrimientos.

Aunque te veas muchas veces atribulado ó tentado gravemente, no está todo perdido.

Hombre eres, y no Dios; carne eres, y no ángel.

¿Cómo pudieras tú permanecer siempre en el mismo estado de virtud, cuando esto faltó al Angel en el Cielo y al primer hombre en el Paraiso?

Yo soy el que levanto con salud á los tristes (*Job* v. 11.), y traigo á mi divinidad á los que conocen su flaqueza.

4. *El siervo*. Señor, bendita sea tu palabra, *mas dulce que la miel y que el panal á mi boca*. (*Ps*. XVIII. 11. *Ib*. CXVIII. 103.)

¿Qué haria yo en tantas tribulaciones y angustias, si Tú no me confortases con tus santas palabras?

Con tal que al fin llegue yo al puerto de salvacion, ¿qué se me da de cuanto hubiere padecido?

Dame buen fin: dame un feliz tránsito de este mundo.

Acuérdate de mí, Dios mio, y dirígeme por el camino recto á tu reino. Amen.

CAPITULO LVIII.

No se han de escudriñar las cosas altas, y los ocultos juicios de Dios.

1. *Jesucristo*. Hijo, guárdate de disputar de materias altas y de los ocultos juicios de Dios. ¿Por qué éste es así abandonado, y aquél tiene tanta gracia? ¿Por qué éste es tan afligido, y aquél es tan altamente ensalzado?

Estas cosas esceden á toda humana capacidad; y no basta razon, ni disputa alguna, para investigar el juicio divino.

Por eso cuando el enemigo te sugiriere esto, ó algunos hombres curiosos lo preguntaren, responde aquello del Profeta: *Justo eres, Señor: y recto tu juicio*. (*Ps*. CXVIII. 137.)

Y aquello otro: *Los juicios del Señor verdaderos, justos en sí mismos*. (*Ps*. XVIII. 10.)

Mis juicios han de ser temidos, no examinados; porque son incomprensibles para el entendimiento humano.

2. Tampoco quieras inquirir ni disputar de los méritos de los Santos, cual sea mas santo ó mayor en el reino de los Cielos.

Muchas veces estas cosas ocasionan disputas y contiendas inútiles; alimentan tambien la soberbia y la vanagloria, de donde nacen envidias y disensiones, cuando quiere uno imprudentemente dar la preferencia á aquel Santo, y otro á otro.

Mas el querer saber y averiguar tales cosas, ningun fruto produce, antes desagrada mucho á los Santos; porque Yo no soy Dios de discordias, sino de paz, cuya paz consiste mas en la verdadera humildad, que en la propia exaltacion.

3. Algunos, con celo de devocion, se aficionan á unos Santos mas que á otros; pero mas por afecto humano que divino.

Yo soy el que crié á todos los Santos: Yo les concedí toda la gracia; Yo les dí la gloria.

Yo sé los méritos de cada uno: *Yo les previne con bendiciones de mi dulzura.* (*Ps.* XX. 4.)

En mi presciencia Yo conocí á mis amados antes de los siglos: Yo los escogí del mundo, y no me escogieron ellos á Mí.

Yo los llamé por gracia: los traje por

misericordia: Yo los llevé por diversas tentaciones.

Yo les infundí grandísimas consolaciones: Yo les dí perseverancia, Yo coroné su paciencia.

4. Yo conozco al primero y al último; Yo los abrazo á todos con inestimable amor.

Yo he de ser alabado en todos mis Santos; Yo he de ser bendecido sobre todas las cosas, y he de ser honrado en cada uno de aquellos á quienes engrandecí gloriosamente y predestiné, sin que precediese algun merecimiento suyo.

Por eso quien despreciáre á uno de mis pequeñuelos, no honra al grande; *porque Yo hice al pequeño y al grande.* (*Sap.* VI. 8.)

Y el que deprime á alguno de los Santos, á Mí me deprime y á todos los demás en el reino de los Cielos.

Todos son una misma cosa por el vínculo de la caridad; todos piensan lo mismo; todos quieren lo mismo, y todos se aman en uno.

5. Y, lo que es mas, aun me aman mas á Mí que á sí mismos, y á sus merecimientos.

Porque levantados sobre sí, y libres del amor propio, se pasan del todo á mi amor,

en el cual descansan por fin fruitivamente.

No hay cosa que los pueda apartar ni desviar; porque están llenos de la verdad eterna, y arden en el fuego inestinguible de la caridad.

Callen, pues, los hombres carnales y animales, y no disputen del estado de los Santos, pues no saben amar sino los deleites privados.

Quitan y ponen segun su inclinacion, no como agrada á la eterna verdad.

6. Muchos obran así por ignorancia, sobre todo los que poco iluminados, rara vez saben amar á alguno con amor espiritual perfecto.

Y aun los lleva mucho el afecto natural y la amistad humana á que se inclinen hácia unos ó hácia otros; y así como juzgan de las cosas terrenas, así juzgan tambien de las celestiales

Pero hay grandísima distancia entre lo que piensan los hombres imperfectos, y lo que comprenden los varones iluminados por la revelacion divina.

7. Guárdate pues, ó hijo, de tratar curiosamente de estas cosas que esceden á tu ciencia; sino trabaja mas en esto, y mira

que puedas ser el menor en el reino de Dios.

Y si alguno supiese cuál es mas santo que otro, ó cuál es tenido por mas grande en el reino de los Cielos, ¿qué le aprovecharia saberlo, si no se humillase delante de Mí por este conocimiento, y se levantase á alabar mas mi nombre?

Hace una cosa mucho mas agradable á Dios el que piensa en la gravedad de sus pecados y en la poquedad de sus virtudes, y cuan léjos está aun de la perfeccion de los Santos, que el que disputa sobre cuál sea mayor ó menor.

Mejor es rogar á los Santos con devotas oraciones y lágrimas, é implorar con espíritu humilde su gloriosa intercesion, que escudriñar vanamente sus secretos.

8. Ellos están bien y muy contentos, si los hombres saben contentarse, y refrenar sus vanos discursos.

No se glorian de sus propios merecimientos, pues que nada bueno se atribuyen á sí mismos, sino todo á Mí; porque Yo se lo dí todo por mi infinita caridad.

Llenos están de tanto amor á la divinidad y de tan abundante gozo, que no les falta gloria alguna, ni puede faltarles ninguna felicidad.

Todos los Santos, cuanto mas altos están en la gloria, tanto mas humildes son en sí mismos; y están mas cercanos á Mí, y son de Mí mas amados.

Y por esto está escrito: Que *echaban sus coronas delante* de Dios, y *cayeron sobre sus rostros, y adoraron al que vive en los siglos de los siglos.* (*Apoc.* IV. 10. *Ibid.* V. 14.)

9. Muchos preguntan *quién es mayor en el reino de Dios* (*Matth.* XVIII. 1.), que no saben si han de contarse ó serán dignos de ser contados con los menores.

Gran cosa es ser siquiera el menor en el Cielo, donde todos son grandes; porque todos se llamarán y serán hijos de Dios.

El menor valdrá por mil, y el pecador de cien años morirá. (*Is.* LX. 22. *Ibid.* LXV. 20.)

Así, cuando los discípulos preguntaban quién fuese el mayor en el reino de los Cielos, oyeron esta respuesta: *Si no os volviereis, é hiciereis como niños, no entrareis en el reino de los Cielos. Cualquiera pues que se humilláre como este niño, este es el mayor en el reino de los Cielos.* (*Matth.* XVIII. 3 *et* 4.)

10. ¡Ay de aquellos que se desdeñan de humillarse voluntariamente con los ni-

ños! porque la humilde puerta del reino celestial no les dejará entrar.

¡*Ay* tambien *de los ricos que tienen aquí sus consuelos!* porque cuando los pobres entrarán en el reino de Dios, ellos quedarán fuera llorando.

Alegraos, los humildes; y regocijaos, los pobres, *porque vuestro es el reino de Dios* (*Luc.* VI. 20.) si andais en verdad.

CAPITULO LIX.

Toda la esperanza y confianza se debe poner en solo Dios.

1. *El siervo.* Señor, ¿cuál es la confianza que tengo yo en esta vida? O ¿cuál mi consuelo mayor, de cuantos hay debajo del Cielo?

¿Quién sino Tú, Señor Dios mio, cuyas misericordias no tienen número?

¿En dónde me fué bien sin Tí? O ¿cuándo me pudo ir mal, estando Tú presente?

Mas quiero ser pobre por Tí, que rico sin Tí.

Mas prefiero peregrinar contigo en la tierra, que poseer sin Tí el Cielo.

Donde Tú estás, allí es el Cielo; y donde Tú no estás, allí es la muerte y el infierno.

A Tí deseo; y por esto es necesario que gima y clame y ruegue en pos de Tí.

En fin, yo no puedo confiar cumplidamente en alguno, que me socorra mas oportunamente en las necesidades, sino en Tí solo, Dios mio.

Tú eres mi esperanza y mi confianza, Tú mi consolador, y muy fiel en todo.

2. *Todos buscan sus propias cosas* (*Philip.* II. 21.); mas Tú solo quieres mi salud y mi aprovechamiento, y todo me lo conviertes en bien.

Aunque me espongas á varias tentaciones y adversidades, todo esto lo ordenas para mi utilidad; Tú que sueles probar de mil modos á tus escogidos.

En cuya prueba no debes ser menos amado y alabado que si me colmases de consolaciones celestiales.

3. En Tí pues, Señor Dios, pongo yo toda mi esperanza, y refugio; en Tí pongo toda mi tribulacion y angustia; porque cuanto miro fuera de Tí, todo lo encuentro flaco é inconstante.

Porque no me aprovecharán los muchos

amigos, ni me podrán ayudar los defensores poderosos, ni darme respuesta provechosa los consejeros prudentes; ni consolarme los libros de los doctos, ni librarme cosa alguna preciosa, ni defenderme lugar alguno retirado y seguro, si Tú mismo no me asistes, ayudas, confortas, consuelas, instruyes y guardas.

4. Porque todo lo que parece algo para obtener la paz y la felicidad, nada es, estando Tú ausente, ni da en verdad felicidad alguna.

Tú pues eres fin de todos los bienes, y alteza de la vida, y profundidad de los discursos; y esperar en Tí sobre todo, es el mas poderoso consuelo de tus siervos.

A Tí levanto mis ojos; en Tí confio, Dios mio, Padre de misericordias.

Bendice y santifica mi alma con la bendicion celestial, para que sea morada santa tuya y silla de tu gloria eterna, y no haya en el templo de tu dignidad cosa que ofenda los ojos de tu Majestad.

Segun la grandeza de tu bondad y *la muchedumbre de tus piedades mírame á mí* (*Ps.* LXVIII. 17.), y oye la oracion de tu pobre siervo, desterrado léjos en la region de la sombra de la muerte.

Protege y conserva el alma de tu pequeño siervo entre tantos peligros de esta vida corruptible, y acompañándola tu gracia, dirígela por el camino de la paz á la patria de perpetua claridad. Amen.



La Comunion.

LIBRO IV.

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

Exhortacion devota á la sagrada Comunion.

VOZ DE CRISTO.

Venid á Mí todos los que estais trabajados, y cargados, y Yo os aliviaré (*Matth.* XI. 28.), dice el Señor.

El pan que Yo daré, es mi carne por la vida del mundo. (*Joann.* VI. 52.)

Tomad, y comed: este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de Mí. (1. *Cor.* XI. 24.)

El que come mi carne, y bebe mi sangre, en Mí mora, y Yo en él. (*Joann.* VI. 57.)

Las palabras que Yo os he dicho, espíritu y vida son. (*Ibid.* 64.)

CAPITULO I.

Con cuanta reverencia se ha de recibir á Jesucristo.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. Estas son tus palabras, ó Cristo, verdad eterna, aunque no fueron pronunciadas en un tiempo mismo, ni escritas en un mismo lugar.

Y pues son palabras tuyas y verdaderas, he de recibirlas todas con agrado y fidelidad.

Tuyas son, y Tú las dijiste, y mias son tambien, porque las dijiste por mi salvacion.

Recíbolas con gusto de tu boca, para que sean grabadas mas profundamente en mi corazon.

Despiértanme palabras de tanta piedad, llenas de dulzura y de amor; mas mis propios pecados me espantan, y mi conciencia impura me retrae de recibir tan altos misterios.

La dulzura de tus palabras me convida; mas la multitud de mis vicios me agobia.

2. Mándasme que me llegue á Tí con confianza, si quiero tener parte contigo, y que reciba el manjar de la inmortalidad, si deseo alcanzar la vida y la gloria eterna.

Venid á Mí, dices, *todos los que estais trabajados, y cargados, y Yo os aliviaré.* (*Matth.* XI. 28.)

¡O palabra dulce y amigable en el oido del pecador, con la cual Tú, Señor Dios mio, convidas al menesteroso y al pobre á la Comunion de tu santísimo Cuerpo!

Mas ¿quién soy yo, Señor, que me atreva á llegarme á Tí?

He aquí que *no te pueden abarcar los cielos de los cielos* (3. *Reg.* VIII. 27.), y dices: *Venid á Mí todos.*

3. ¿Qué significa esta piadosísima dignacion, y este tan amigable convite?

¿Como osaré llegar yo, que en mí no conozco cosa buena de que pueda presumir?

¿Como te introduciré en mi casa, yo que tantas veces ofendí tu benignísimo rostro?

Te respetan los Angeles y Arcángeles; te temen los Santos y Justos; y Tú dices: *Venid á Mí todos.*

Si Tú, Señor, no dijeses esto, ¿quién lo creeria?

Y si Tú no lo mandases, ¿quién se atreveria á acercarse á Tí?

4. He aquí que Noé, varon justo, trabajó cien años en fabricar una arca para salvarse con pocos: ¿y cómo podré yo prepararme en una hora para recibir con reverencia al que fabricó el mundo?

Moisés, tu siervo, grande y especial amigo tuyo, hizo una arca de madera incorruptible, y la guarneció de oro purísimo, para poner en ella las tablas de la ley: y yo, criatura corrompida, me atreveré á recibirte tan fácilmente á Tí, autor de la ley, y dador de la vida?

Salomon, el mas sabio de los reyes de Israel, en siete años edificó en honor de tu nombre, un magnífico templo, y celebró por ocho dias la fiesta de su dedicacion: ofreció mil hostias pacíficas, y á son de trompetas, y con júbilo, colocó solemnemente el arca de la alianza en el lugar que le estaba preparado.

Y yo, miserable y el mas pobre de los hombres, ¿cómo te introduciré en mi casa, cuando apenas sé emplear devotamente una hora? ¡Y ojalá que alguna vez em-

prease dignamente una escasa media hora!

5. ¡O Dios mio! ¡cuanto trabajaron aquéllos por agradarte!

¡Ay de mí! ¡Cuán poco es lo que yo hago! ¡Cuán breve tiempo empleo en prepararme para comulgar!

Pocas veces estoy del todo recogido, y poquísimas veces libre de toda distraccion.

Y ciertamente, que en la saludable presencia de tu divinidad no debiera ocurrirme pensamiento alguno poco decente, ni ocuparme criatura alguna; porque no voy á recibir á un Angel, sino al Señor de los Angeles.

6. Con todo, hay grandísima distancia entre la Arca de la alianza con sus reliquias, y tu purísimo Cuerpo con sus inefables virtudes; entre aquellos sacrificios de la ley antigua, que figuraban los venidèros, y el sacrificio verdadero de tu Cuerpo; que es el cumplimiento de todos los sacrificios antiguos.

7. ¿Por qué, pues, no me enciendo mas en tu venerable presencia?

¿Por qué no me preparo con mayor cuidado para recibirte en el Sàcramento, cuando aquellos antiguos Santos Patriar-

cas y Profetas, los Reyes tambien y Príncipes con todo el pueblo, mostraron tanta devocion al culto divino?

8. El devotísimo rey *David danzó con todas sus fuerzas* (2. *Reg*. VI. 14.) delante del Arca de Dios, acordándose de los beneficios concedidos en otro tiempo á los Padres: hizo *diversas suertes de instrumentos;* compuso salmos, y ordenó que se cantasen con alegría, y aun él mismo los cantó muchas veces con la arpa, inspirado de la gracia del Espíritu Santo: enseñó al pueblo de Israel á alabar á Dios de todo corazon, y á bendecirle y ensalzarle cada dia con voz acorde.

Si tanta era entonces la devocion, y tanta fué la memoria de la honra divina delante del Arca del Testamento; ¿cuánta reverencia y devocion debo tener yo, y todo el pueblo cristiano, en presencia del Sacramento, al recibir el escelentísimo Cuerpo de Cristo?

9. Muchos corren á diversos lugares para visitar las reliquias de los Santos, y se admiran al oir sus hechos: contemplan los grandes edificios de los templos, y besan los sagrados huesos, envueltos en sedas y oro.

Y he aquí que Tú estás aquí presente delante de mí en el altar, Dios mio, Santo de los Santos, Criador de los hombres, y Señor de los Angeles.

Muchas veces la curiosidad de los hombres y la novedad de las cosas no vistas, es ocasion de ir á ver objetos semejantes, y se trae de allí poco fruto de enmienda, mayormente cuando se anda con liviandad de una parte á otra sin contricion verdadera.

Mas aquí, en el Sacramento del Altar, estás todo presente, Dios mio y hombre verdadero Cristo Jesus, en el cual Sacramento se recibe copioso fruto de eterna salud todas las veces que fueres recibido digna y devotamente.

Y á esto no nos trae alguna liviandad, ni curiosidad ó sensualidad; sino la fe firme, la devota esperanza y la sincera caridad.

10. ¡O Dios invisible, Criador del mundo! ¡cuan maravillosamente obras con nosotros! ¡Cuan suave y graciosamente lo ordenas con tus escogidos, á los cuales te ofreces Tú mismo en este Sacramento, para que te reciban!

Esto en verdad escede todo entendimiento, esto atrae especialmente los cora-

zones de los devotos, y enciende el afecto.

Porque aun los verdaderos fieles tuyos, que ordenan toda su vida para enmendarse, reciben frecuentemente de este dignísimo Sacramento grande gracia de devocion y amor de la virtud.

11. ¡O admirable y escondida gracia de este Sacramento, la cual conocen solamente los fieles de Cristo; pero los infieles y los esclavos del pecado no la pueden esperimentar!

En este Sacramento se da gracia espiritual, y se repara en el alma la virtud perdida, y renace la hermosura afeada por el pecado.

Tanta es algunas veces esta gracia, que de la abundancia de devocion que da, no solo el alma, mas aun el cuerpo flaco siente haber recibido mayores fuerzas.

12. Pero es muy mucho de lamentarse y de llorar nuestra tibieza y negligencia, porque no vamos con mayor afecto á recibir á Cristo, en el cual consiste toda la esperanza y el mérito de los que se han de salvar.

Pues él *es nuestra santificacion y redencion* (1. *Cor.* I. 30.); él es consuelo de los viadores que caminan y gozo eterno de los Santos.

Y así es mucho de llorar el descuido con que muchos miran este saludable Misterio, que alegra al Cielo, y conserva á todo el mundo.

¡O ceguedad y dureza del corazon humano, que no atienda mas á tan inefable don; y que aun pase á la indiferencia por el uso que de él se hace todos los dias!

13. Porque si este santísimo Sacramento se celebrase únicamente en un solo lugar, y se consagrase en el mundo únicamente por un solo sacerdote, ¿con cuanto deseo piensas tú se aficionarian los hombres á aquel lugar y á tal sacerdote de Dios, por verle celebrar los divinos misterios?

Mas ahora hay muchos sacerdotes, y Cristo se ofrece en muchos lugares; para que se muestre tanto mayor la gracia y el amor de Dios al hombre, cuanto la sagrada Comunion es distribuida mas liberalmente por el mundo.

Gracias á Tí, buen Jesus, Pastor eterno, que te dignaste recrearnos á nosotros, pobres y desterrados, con tu precioso Cuerpo y Sangre; y tambien convidarnos con palabras de tu propia boca á recibir estos misterios, diciendo: *Venid á Mí to-*

dos los que estais trabajados, y cargados, y yo os aliviaré. (Matth. XI. 28.)

CAPITULO II.

En el Sacramento se manifiesta la gran bondad y caridad de Dios para con el hombre.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. Señor, confiado en tu bondad y en tu gran misericordia, me acerco yo enfermo al Salvador; hambriento y sediento, á la fuente de la vida; pobre, al Rey del Cielo; siervo, al Señor; criatura, al Criador; desconsolado, á mi piadoso Consolador.

¿Y de donde esto á mí, que Tú vengas á mí? ¿Quién soy yo para que Tú me des á tí mismo?

¿Como se atreve el pecador á parecer delante de Tí? ¿Y como Tú te dignas venir al pecador?

Tú conoces á tu siervo, y sabes que no tiene en sí mismo ningun bien, para que le hagas este beneficio.

Confieso pues mi vileza; reconozco tu bondad; alabo tu piedad, y te doy gracias por tu estremada caridad.

Pues por Tí mismo haces esto, no por

mis merecimientos; porque tu bondad me sea mas manifiesta; me sea comunicada mayor caridad, y quede mas recomendada en mí la humildad.

Pues ya que esto te agrada, y mandaste que así se hiciere; tambien me agrada á mí tu dignacion, y ojalá que no lo impida mi iniquidad.

2. ¡O dulcísimo y benignísimo Jesus! ¡cuanta reverencia y accion de gracias con perpetua alabanza te son debidas por la Comunion de tu Sagrado Cuerpo, cuya dignidad ningun hombre es capaz de esplicar!

Mas ¿qué pensaré en esta Comunion, al acercarme á mi Señor, á quien no puedo honrar debidamente, y con todo deseo recibirle con devocion?

¿Qué pensaré mejor y mas saludable sino humillarme del todo delante de Tí, y ensalzar tu infinita bondad sobre mí?

Alábote, Dios mio, y te ensalzo para siempre eternamente. Me desprecio, y me sujeto á Tí en el abismo de mi vileza.

3. He aquí que Tú eres el Santo de los Santos, y yo soy el mas vil de los pecadores.

He aquí que Tú te inclinas á mi, que

no soy digno de volver los ojos á Tí.

He aquí que Tú vienes á mí, Tú quieres estar conmigo, Tú me convidas á tu mesa.

Tú me quieres dar el manjar celestial, y el pan de los Angeles para comerlo, que no es otra cosa por cierto que Tú mismo, *el pan de la vida que descendiste del Cielo, y das vida al mundo.* (*Joann.* VI. 48. 50. 33.)

4. ¡He aquí de donde procede el amor, cual dignacion se manifiesta! ¡Cuán grandes acciones de gracias y alabanzas se te deben por tales beneficios!

¡O cuán saludable y provechoso fué tu fin, cuando instituiste este Sacramento! ¡Cuán suave y agradable convite cuando á Tí mismo te diste en manjar!

¡Oh! ¡cuán admirable es tu obra, Señor! ¡cuán poderosa tu virtud! ¡cuán inefable tu verdad!

Porque Tú dijiste, y fueron hechas todas las cosas (*Ps.* CXLVIII. 5.): y se hizo esto que Tú mandaste.

5. Cosa admirable y digna de creer, y superior al humano entendimiento, que Tú, Señor Dios mio, verdadero Dios y hombre, eres contenido todo entero bajo

la especie de un poco de pan y vino, y sin detrimento eres comido por el que te recibe.

Tú, Señor del universo, que no necesitas de cosa alguna (2. *Mach*. XIV. 35.), quisiste morar entre nosotros por tu Sacramento; conserva mi corazon y mi cuerpo sin mancha, para que con alegre y pura conciencia pueda celebrar muchas veces tus misterios, y recibirlos para mi salud perpetua, los cuales ordenaste é instituiste principalmente para honra tuya y memoria continua.

6. Alégrate, alma mia, y da gracias á Dios por tan notable don y tan singular consuelo, que te fué dejado en este valle de lágrimas.

Porque cuantas veces renuevas la memoria de este misterio, y recibes el Cuerpo de Cristo, tantas recuerdas la obra de tu Redencion, y te haces participante de todos los merecimientos de Cristo.

Porque la caridad de Cristo nunca se disminuye, y la grandeza de su misericordia nunca se agota.

Por eso te debes disponer siempre á esto con nueva renovacion de espíritu, y meditar muy atentamente el grande misterio de salud.

Así te debe parecer tan grande, tan nuevo y agradable, cuando celebras ú oyes misa, como si en el mismo dia Cristo, descendiendo primeramente al vientre de la Vírgen, se hubiese hecho hombre, ó pendiente de la Cruz, padeciese y muriese por la salud de los hombres.

CAPITULO III.

Es cosa provechosa comulgar muchas veces.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. He aquí, que yo vengo á Tí, Señor, para que me vaya bien con este don tuyo, y me regocije en tu santo convite, *que preparaste para el pobre en tu dulzura, ó Dios.* (*Ps.* LXVII. 11.)

He aquí que en Tí está todo lo que puedo y debo desear: Tú eres mi salud y mi redencion, mi esperanza y mi fortaleza, mi honra y mi gloria.

Alegra pues hoy *el alma de tu siervo, porque á Tí*, Señor Jesus, *levanté mi alma.* (*Ibid.* LXXXV. 4.)

Ahora deseo recibirte con devocion y reverencia; deseo hospedarte en mi casa,

de manera que merezca yo, como Zaqueo, ser bendecido de Tí y contado entre los hijos de Abrahan.

Mi alma desea tu Cuerpo: mi corazon desea ser unido contigo.

2. Date á mí, y basta; porque sin Tí ninguna consolacion satisface.

Sin Tí no puedo ser, y sin tu visitacion no puedo vivir.

Y por eso conviene que yo me llegue á Tí con frecuencia, y que te reciba para remedio de mi salud; para que no desmaye en el camino, si fuere privado del manjar celestial.

Así pues Tú, misericordiosísimo Jesus, predicando á los pueblos, y curando diferentes enfermedades, dijiste en cierta ocasion: *No quiero despedirlas en ayunas, porque no desfallezcan en el camino.* (*Matth.* xv. 32.)

Hazlo ahora conmigo de este modo, Tú que te dejaste en el Sacramento para consuelo de los fieles.

Pues Tú eres suave hartura del alma; y el que te comiere dignamente, será participante y heredero de la gloria eterna.

Necesario me es á mí en verdad, que tantas veces caigo y peco, y tan pronto

me entibio y desmayo, que por frecuentes oraciones y confesiones, y por la sagrada participacion de tu Cuerpo me renueve, me limpie y encienda; no sea que absteniéndome por mucho tiempo de comulgar, decaiga de mi santo propósito.

3. *Porque los sentidos del hombre son propensos al mal desde su juventud* (*Gen.* VIII. 21.), y si no le socorre la medicina divina, luego cae el hombre en cosas peores.

Así que la santa Comunion retrae del mal, y conforta en el bien.

Y si comulgando o celebrando, soy ahora muchas veces tan negligente y tibio; ¿qué seria si no tomase tal medicina y si no buscase tan poderoso remedio?

Y aunque no esté preparado todos los dias, ni bien dispuesto para celebrar; con todo procuraré recibir los divinos misterios en tiempo conveniente, y hacerme participante de tanta gracia.

Porque este es el único, el principal consuelo del alma fiel, mientras vive ausente de Tí en el cuerpo mortal, que acordándose frecuentemente de su Dios, reciba á su amado con espíritu devoto.

4. ¡O maravillosa dignacion de tu

piedad para con nosotros, que Tú, Señor Dios, Criador y vivificador de todos los espíritus, te dignes venir á una pobrecilla alma, y con toda tu Divinidad y Humanidad satisfacer su hambre!

¡O dichoso espíritu y bienaventurada alma, que merece recibir con devocion á Tí, Señor Dios suyo, y llenarse de gozo espiritual en tu recibimiento!

¡Oh! ¡cuán gran Señor recibe! ¡cuán amado huésped aposenta! ¡cuán agradable compañero acoge! ¡cuán fiel amigo acepta! ¡cuán hermoso y noble esposo abraza, mas digno de ser amado, que todo lo que se puede amar ni desear!

Callen en tu presencia, dulcísimo Amado mio, el cielo y la tierra y todo su ornamento; porque todo lo que tienen de laudable y de hermoso es por la dignacion de tu largueza, ni llegará á la hermosura de tu nombre, *cuya sabiduría no tiene número*. (*Ps.* CXLVI. 5.)

CAPITULO IV.

Se conceden muchos bienes á los que comulgan devotamente.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. Señor Dios mio, *preven á tu siervo con bendiciones de tu dulzura* (*Ps*. xx. 4.), para que merezca llegar digna y devotamente á tu magnífico Sacramento.

Despierta mi corazon en Tí, y despójame de mi grave entorpecimiento. *Visítame con tu salud* (*Ps*. cv. 4.), para que guste en espíritu tu suavidad, la cual está escondida colmadísimamente en este Sacramento como en fuente.

Ilumina tambien mis ojos, para contemplar tan alto misterio, y dame fuerza para creerlo con firmísima fe.

Porque obra tuya es, y no poder humano; sagrada institucion tuya, y no invencion de hombres.

Pues ninguno es capaz por sí mismo para conocer y entender cosas tan altas, que esceden aun á la sutileza de los Angeles.

Y yo, pecador indigno, tierra y ceni-

za, ¿qué podré escudriñar y entender de tan alto y sagrado secreto?

2. Señor, en simplicidad de mi corazon, en buena y firme fe, y por mandato tuyo, me acerco á Tí con esperanza y reverencia; y con toda verdad creo que Tú estás presente aquí en el Sacramento, Dios y hombre.

Pues quieres que yo te reciba, y que me una á Tí en caridad.

Por eso suplico á tu clemencia é imploro me sea dada una gracia especial, para que todo me derrita en Tí, y reboce de amor; y no cuide mas de otra alguna consolacion.

Porque este altísimo y dignísimo Sacramento es salud del alma y del cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual, con el cual se curan mis vicios, se refrenan mis pasiones, se vencen ó se disminuyen las tentaciones, se infunde mayor gracia, se aumenta la virtud comenzada, se confirma la fe, se fortalece la esperanza, la caridad se enciende y se dilata.

3. Porque muchos bienes has dado, y aun das muchas veces en este Sacramento á tus amados, que comulgan devotamente, Dios mio, amparador de mi alma, repa-

rador de la debilidad humana, y dador de toda consolacion interior.

Pues Tú les infundes mucho consuelo contra diversas tribulaciones; y de lo profundo de su propio abatimiento los levantas á la esperanza de tu proteccion; y con una nueva gracia los recreas y alumbras interiormente; de manera que los que antes de la Comunion se habian sentido congojados y sin devocion, confortados despues con el manjar y la bebida celestial, se hallan muy mejorados.

Y esto haces de gracia con tus escogidos, para que conozcan verdaderamente y manifiestamente esperimenten cuánta flaqueza de por sí tienen, y cuán grande bondad y gracia de Tí alcanzan.

Porque de sí mismos son frios, duros é indevotos; mas de Tí merecen ser fervorosos, diligentes y devotos.

¿Pues quién, acercándose humildemente á la fuente de la suavidad, no trae de allí algo de suavidad?

¿O quién, estando cerca de un gran fuego, no recibe de él algun calor?

Y Tú eres fuente siempre llena y sobreabundante; fuego que de continuo arde, y que nunca se apaga.

4. Por esto, si no me es lícito sacar de la plenitud de esta fuente, ni beber hasta hartarme, pondré siquiera mis labios á la boca del caño celestial, para que á lo menos reciba de allí alguna gota para mitigar mi sed, y no me abrase enteramente.

Y si no puedo ser todo celestial, y tan abrasado como los Querubines y Serafines, procuraré á lo menos darme á la devocion, y preparar mi corazon para adquirir siquiera una pequeña llama del divino incendio con la humilde comunion de este Sacramento que da vida.

Mas todo lo que á mí me falta, súplelo Tú benigna y graciosamente por mí, buen Jesus, Salvador santísimo; que te dignaste llamar á todos á Tí, diciendo: *Venid á Mí todos los que estais trabajados, y cargados, y yo os aliviaré.* (*Matth.* XI. 28.)

Yo en verdad trabajo con sudor de mi rostro, soy atormentado con dolor del corazon, estoy cargado de pecados, molestado de tentaciones, envuelto y oprimido de muchas pasiones malas; y no hay quien me ayude, no hay quien me libre y me salve, sino Tú, Señor Dios, Salvador mio, á quien me encomiendo yo con todas mis

cosas, para que me guardes y lleves á la vida eterna.

Recíbeme para honra y gloria de tu nombre, Tú que me preparaste tu Cuerpo y Sangre en manjar y bebida.

Concédeme, Señor Dios, Salvador mio, que con la frecuencia de tu misterio crezca el afecto de mi devocion.

CAPITULO V.

De la dignidad del Sacramento, y del estado Sacerdotal.

VOZ DEL AMADO.

1. Aunque tuvieses la pureza de los Angeles y la santidad de S. Juan Bautista, no serias digno de recibir ni de tratar este Sacramento.

Porque no cabe en merecimiento humano que el hombre consagre y trate el Sacramento de Cristo, y coma el pan de los Angeles.

Grande es este misterio, y grande la dignidad de los Sacerdotes, á los cuales es dado lo que no se concedió á los Angeles.

Pues todos los Sacerdotes debidamente

ordenados en la Iglesia, tienen potestad de celebrar, y de consagrar el Cuerpo de Cristo.

En verdad el Sacerdote es ministro de Dios, que usa de la palabra de Dios, por órden é institucion de Dios: pero Dios es allí el principal autor é invisible hacedor, al cual está sujeto todo lo que él quiere, y le obedece todo lo que él manda.

2. Por eso mas debes creer á Dios todopoderoso en este escelentísimo Sacramento, que á tu propio sentido, ó á alguna señal visible.

Y por eso debe el hombre acercarse á este misterio con temor y reverencia.

Atiende y mira que ministerio se te ha confiado por la imposicion de las manos del Obispo.

Mira que has sido hecho Sacerdote, y has sido consagrado para celebrar: mira ahora que fiel y devotamente ofrezcas á Dios el sacrificio en su tiempo, y te muestres á tí mismo irreprensible.

No has aliviado tu carga, antes bien has sido atado con mas estrecho vínculo de disciplina, y estás obligado á mayor perfeccion de santidad.

El Sacerdote debe estar adornado de to-

das las virtudes, y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida.

Su conversacion no ha de ser con los vulgares y comunes ejercicios de los hombres, sino con los Angeles en el Cielo, ó con los varones perfectos en la tierra.

3. El Sacerdote, revestido con los ornamentos sagrados, hace las veces de Cristo, para rogar devota y humildemente á Dios por sí y por todo el pueblo.

Tiene delante de sí y en las espaldas la señal de la Cruz del Señor, para que continuamente tenga en la memoria la Pasion de la Cruz.

Delante de sí en la casulla lleva la Cruz, para que mire con cuidado las pisadas de Cristo, y procure seguirlas con fervor.

En las espaldas está tambien señalado con la Cruz, para que sufra con paciencia por Dios cualesquiera injurias que otros le hicieren.

Lleva la Cruz delante, para que llore sus propios pecados: la lleva en las espaldas para que tambien llore por compasion los ajenos; y sepa que ha sido constituido medianero entre Dios y el pecador.

Y no cese de orar ni de ofrecer el Santo Sacrificio, hasta que merezca alcanzar la gracia y la misericordia.

Cuando el Sacerdote celebra, honra á Dios, alegra á los Angeles, edifica á la Iglesia, ayuda á los vivos, da descanso á los difuntos, y se hace participante de todos los bienes.

CAPÍTULO VI.

Pregunta sobre el ejercicio para antes de la Comunion.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. Señor, cuando considero tu dignidad y mi vileza, tiemblo en gran manera, y me confundo en mí mismo.

Porque si no me llego á Tí, huyo de la vida: y si me llego indignamente, te ofendo.

¿Qué haré, pues, Dios mio, Ayudador mio, y Consejero mio en las necesidades?

2. Enséñame Tú el camino recto, proponme algun breve ejercicio conveniente para la sagrada Comunion.

Porque es útil saber, de que modo debo prepararte mi corazon con devocion y reverencia, para recibir saludablemente tu

Sacramento, ó para celebrar tan grande y divino sacrificio.

CAPITULO VII.

Del exámen de la conciencia propia, y del propósito de la enmienda.

VOZ DEL AMADO.

1. Sobre todas las cosas es necesario que el Sacerdote de Dios se acerque á celebrar, tratar y recibir este Sacramento, con suma humildad de corazon y con devota reverencia, con llena fe y con piadosa intencion de la honra de Dios.

Examina diligentemente tu conciencia, y en lo que puedas, límpiala y aclárala con verdadera contricion y humilde confesion; de manera que no tengas ó no creas tener cosa grave que te remuerda y te impida llegar libremente al Sacramento.

Ten aborrecimiento de todos tus pecados en general, y duélete y gime mas particularmente por los que cada dia cometes; y si el tiempo lo permite, confiesa á Dios en lo secreto de tu corazon, todas las miserias de tus pasiones.

2. Gime y duélete que aun seas tan carnal y mundano:

Tan poco mortificado en las pasiones; tan lleno de movimientos de concupiscencia:

Tan poco recatado en los sentidos esteriores; tan envuelto muchas veces en vanas imaginaciones:

Tan inclinado á las cosas esteriores; tan negligente á las interiores:

Tan ligero á la risa y á la disipacion; tan duro para las lágrimas y la compuncion:

Tan dispuesto á la relajacion y á los regalos de la carne; tan perezoso al rigor y al fervor:

Tan curioso para oir nuevas, y para ver cosas hermosas; tan remiso á abrazar las humildes y despreciadas:

Tan codicioso de tener mucho; tan escaso en dar; tan avariento en retener:

Tan indiscreto en hablar; tan poco detenido en callar:

Tan descompuesto en las costumbres; tan importuno en las obras:

Tan desordenado en el comer; tan sordo á la palabra de Dios:

Tan pronto para la ociosidad; tan tardo para el trabajo:

Tan despierto para cuentos; tan soñoliento para las vigilias sagradas; tan apresurado para acabarlas; tan vago en la atencion.

Tan negligente en rezar el oficio; tan tibio en celebrar; tan seco en comulgar:

Tan pronto distraido; tan pocas veces recogido del todo.

Tan prontamente conmovido á la ira; tan fácil para disgustar á los demás.

Tan dispuesto á juzgar; tan rígido para reprender:

Tan alegre en la prosperidad; tan abatido en la adversidad:

Tan fecundo en buenos propósitos; tan estéril en buenas obras.

3. Confesados y llorados estos y otros defectos tuyos con dolor y gran disgusto de tu propia flaqueza, haz firme propósito de enmendar siempre tu vida y de ir en mejor.

Despues, con total renunciacion y entera voluntad, ofrécete á tí mismo en perpetuo holocausto en el ara de tu corazon, para honra de mi nombre, encomendándome á Mí fielmente tu cuerpo y tu alma; á fin de que de esta manera merezcas dignamente llegar á ofrecer á Dios el sacrificio,

y recibir saludablemente el Sacramento de mi Cuerpo.

4. Pues no hay ofrenda mas digna, ni mayor satisfaccion para quitar los pecados, que en la Misa y en la Comunion ofrecerse á sí mismo pura y enteramente á Dios, con la ofrenda del Cuerpo de Cristo.

Si el hombre hiciere lo que está en su mano, y se arrepintiere verdaderamente cuantas veces viniere á Mí por perdon y gracia; *Vivo Yo*, dice el Señor: *que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva;* porque *de todas sus maldades no me acordaré Yo* (*Ezech.* XXXIII. 11. *ibid.* XVIII. 22.), sino que todas le serán perdonadas.

CAPITULO VIII.

Del ofrecimiento de Cristo en la Cruz y de la propia renunciacion.

VOZ DEL AMADO.

1. Así como Yo me ofrecí á Mí mismo voluntariamente por tus pecados á Dios Padre, estendidas las manos en la Cruz y desnudo el cuerpo, de modo que nada que-

daba en Mí, que todo no pasase en sacrificio para aplacar á Dios; así debes tambien tú, cuanto mas entrañablemente puedas, ofrecerte á tí mismo de toda voluntad á Mí cada dia en la Misa, en sacrificio puro y santo, con todas tus fuerzas y todos tus afectos.

¿Qué mas quiero de tí, sino que procures renunciarte del todo á Mí? Cualquier cosa que me das, si no eres tú, nada me importa; no gusto de ella; porque no busco tu don, sino á tí.

2. Así como aunque lo tuvieses todo, no te bastaria si no me tuvieses á Mí; tampoco podrá agradarme cuanto me dieres si me lo ofrecieres sin tí.

Ofrécete á Mí, y date todo por Dios, y será acepta la ofrenda.

Mira que Yo me ofrecí todo al Padre por tí; te dí tambien todo mi Cuerpo y Sangre en comida y en bebida, para ser Yo todo tuyo, y para que tú quedases todo mio.

Mas si tú estuvieres en tí mismo, y no te ofrecieres gustoso á mi voluntad, no es cumplida la ofrenda, ni será entre nosotros entera la union.

Por eso á todas tus obras ha de prece-

der el ofrecimiento voluntario de tí mismo en las manos de Dios, si quieres alcanzar libertad y gracia.

. Pues por eso tan pocos se hacen varones iluminados y libres en lo interior, porque no saben negarse del todo á sí mismos.

Es firme sentencia mia: *Cualquiera de vosotros, que no renuncie á todo, no puede ser mi discípulo.* (*Luc.* XIV. 33.)

Así pues, si tú deseas ser discípulo mio, ofrécete á Mí con todos tus afectos.

CAPITULO IX.

Debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas, y rogar por todos.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. Señor, tuyo es todo cuanto hay en el Cielo y en la tierra.

Deseo ofrecerme á Tí de voluntad, y quedar tuyo para siempre.

Señor, con sencillez de mi corazon, me ofrezco hoy á Tí por siervo perpetuo, en obsequio y en sacrificio de eterna alabanza.

Recíbeme con este santo sacrificio de tu

precioso Cuerpo, que te ofrezco hoy en presencia de los Angeles que asisten invisiblemente, para que sea en salud por mí y por todo tu pueblo.

2. Señor, yo te ofrezco en tu altar de propiciacion todos mis pecados y delitos que he cometido en tu presencia y en la de tus santos Angeles, desde el dia que por primera vez pude pecar, hasta la hora presente, para que Tú los abrases y consumas todos juntamente con el fuego de tu caridad, y borres todas las manchas de mis pecados, y limpies mi conciencia de todo delito, y me restituyas tu gracia que perdí pecando, perdonándomelos todos plenamente, y admitiéndome por tu misericordia en el ósculo de la paz.

3. ¿Qué puedo yo hacer por mis pecados, sino confesarlos humildemente y llorarlos, é implorar incesantemente tu misericordia?

Ruégote, Dios mio, que me oigas propicio aquí donde estoy delante de Tí.

Aborrezco en gran manera todos mis pecados; no quiero cometerlos nunca mas; mas pésame de ellos, y me pesará mientras viva, dispuesto á hacer penitencia y á satisfacer por ellos segun mis fuerzas.

Perdóname, ó Dios, perdóname mis pecados por tu santo nombre. Salva mi alma, que redimiste con tu preciosa Sangre.

He aquí que me abandono á tu misericordia; me entrego todo en tus manos.

Haz conmigo segun tu bondad; no segun mi malicia é iniquidad.

4. Tambien te ofrezco todas mis buenas obras, aunque muy pocas é imperfectas, para que Tú las enmiendes y santifiques; para que te sean agradables y las hagas aceptas á Tí, y siempre las mejores; y para que á mí, hombrecillo perezoso é inútil, me lleves á un dichoso y laudable fin.

5. Asimismo te ofrezco todos los piadosos deseos de los devotos, las necesidades de mis padres, amigos, hermanos, hermanas, y de todos mis amados, y de aquellos que me han hecho bien á mí ó á otros por tu amor, y que desearon y pidieron que yo orase ó dijese misa por ellos, y por todos los suyos, sea que vivan aun en carne, ó que ya hayan muerto al siglo; para que todos esperimenten el ausilio de tu gracia, el socorro de tu consolacion, la proteccion en los peligros, el alivio de

los trabajos, y para que libres de todos los males, te den alegres cordialísimas gracias.

6. Tambien te ofrezco oraciones y sacrificios de propiciacion, especialmente por aquellos que en algo me han ofendido, afligido ó vituperado, ó me han hecho algun daño ó agravio: y por todos los que yo alguna vez afligí, turbé, enojé y escandalicé, por palabra, por obra, ó advertidamente ó por ignorancia; para que Tú tambien nos perdones á todos nuestros pecados y nuestras mutuas ofensas.

Aparta, Señor, de nuestros corazones toda sospecha, ira, indignacion y contienda, y todo lo que puede dañar á la caridad y disminuir el amor del prójimo.

Ten piedad, Señor, ten piedad de los que imploran tu misericordia; da gracia á los necesitados, y haznos tales que seamos dignos de gozar tu gracia, y aprovechemos para la vida eterna. Amen.

CAPITULO X.

No se debe dejar fácilmente la sagrada Comunion.

VOZ DEL AMADO.

1. Muy á menudo debes acudir á la fuente de la gracia y de la divina misericordia, á la fuente de la bondad y de toda pureza, para que puedas estar sano de tus pasiones y vicios, y merezcas quedar mas fuerte y mas vigilante contra todas las tentaciones y engaños del demonio.

El enemigo, sabiendo el grandísimo fruto y remedio que se halla en la sagrada Comunion, trabaja por todos los medios y ocasiones, cuanto puede, en retraer y estorbar á los fieles y devotos.

2. Por eso cuando algunos van á prepararse para la sagrada Comunion, padecen peores tentaciones de Satanás.

El mismo espíritu maligno, como se escribe en el libro de Job, viene entre los hijos de Dios, para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó para volverlos escesivamente tímidos y perplejos; porque así

disminuye su afecto, ó tentándolos les quita la fe, por si tal vez, ó dejan del todo la Comunion, ó se llegan á ella con tibieza.

Pero no debe hacerse caso de sus astucias y tentaciones, por mas torpes y horrorosas que sean, sino quebrarlas todas en su cabeza.

Se debe despreciar al desdichado y burlarse de él, y se ha de frecuentar la sagrada Comunion por todos sus acometimientos y turbaciones que levantare.

3. Muchas veces tambien estorba la demasiada solicitud de tener devocion, y cierta inquietud por hacer una buena confesion.

Obra segun el consejo de los sabios y deja la ansiedad y el escrúpulo, porque impiden la gracia de Dios y destruyen la devocion del alma.

No dejes la sagrada Comunion por alguna pequeña turbacion ó pesadumbre; sino vete luego á confesar, y perdona de buena voluntad todas las ofensas que otros te hayan hecho.

Mas si tú has ofendido á alguno, pídele perdon con humildad, y Dios te perdonará de buena gana.

4. ¿Qué aprovecha dilatar mucho la

confesion, ó diferir la sagrada Comunion?

Limpíate cuanto antes; escupe luego el veneno; toma presto el remedio, y te hallarás mejor que si por mucho tiempo lo dilatares.

Si hoy lo dejas por algun motivo, tal vez mañana sobrevendrá otro mayor; y así podrias ser impedido por mucho tiempo de comulgar, y hacerte mas inhábil.

Lo mas presto que pudieres, sacude esa pesadumbre y pereza; porque de nada sirve estar largo tiempo con cuidado, mucho tiempo conturbado y apartarse de las cosas divinas por obstáculos cotidianos.

Antes daña mucho dilatar largo tiempo la Comunion; porque la dilacion suele ocasionar grave entorpecimiento.

¡Oh dolor! algunos tibios y disipados dilatan con gusto la confesion, y por eso desean dilatar la sagrada Comunion, por no verse obligados á guardarse con mas recato.

5. ¡Ay! ¡cuán poca caridad y débil devocion tienen los que tan fácilmente dejan la sagrada Comunion!

¡Cuán feliz es y cuán agradable á Dios, el que vive de tal modo, y guarda con tal pureza su conciencia, que estuviese en

disposicion de comulgar todos los dias, y muy deseoso de hacerlo, si se le permitiese, y lo pudiese hacer sin nota!

Si alguno se abstiene á veces por humildad, ó por otra causa legítima que lo impide, de alabar es por su reverencia.

Mas si poco á poco le entráre la tibieza, debe dispertarse á sí mismo, y hacer lo que esté de su parte, y el Señor ayudará su deseo por la buena voluntad, la cual él atiende especialmente.

6. Pero cuando estuviere legítimamente impedido, tenga siempre buena voluntad y piadosa intencion de comulgar; y así no carecerá del fruto del Sacramento.

Porque cualquier devoto puede cada dia y cada hora comulgar espiritualmente con provecho y sin prohibicion.

Mas en ciertos dias, y en el tiempo ordenado, debe recibir sacramentalmente el cuerpo de su Redentor con afectuosa reverencia, y buscar mas bien la honra y gloria de Dios que su propia consolacion.

Porque tantas veces comulga místicamente, y es invisiblemente confortado, cuantas se acuerda devoto del misterio de la Encarnacion y Pasion de Cristo, y se enciende en su amor.

7. El que no se prepara sino cuando se acerca una fiesta, ó cuando le obliga la costumbre, muchas veces se hallará mal preparado.

Bienaventurado el que se ofrece á Dios en holocausto, cuantas veces celebra ó comulga.

No seas muy prolijo ni acelerado en celebrar; mas observa el modo prudente de aquellos con quienes vives.

No debes dar á los otros molestia ni enfado, sino seguir el camino comun, conforme á la institucion de los mayores; y atender mas á la utilidad de los otros, que á tu propia devocion ó afecto.

CAPITULO XI.

El Cuerpo de Cristo y la sagrada Escritura son muy necesarios al alma fiel.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. ¡O dulcísimo Señor Jesus! ¡cuánta es la dulzura del alma devota, que come contigo en tu convite; en el cual no se le da á comer otro manjar, sino Tú, su único amado, deseable sobre todos los deseos de su corazon!

Y en verdad, seria dulce para mi derramar en tu presencia afectuosas lágrimas, y regar con ellas tus pies como la piadosa Magdalena.

Mas ¿en dónde está esta devocion? ¿En dónde el copioso derramamiento de santas lágrimas?

Por cierto en tu presencia, y en la de tus santos Angeles, todo mi corazon debiera encenderse, y llorar de gozo.

Pues en el Sacramento te tengo presente verdaderamente, aunque encubierto debajo de otra especie.

2. Porque mis ojos no podrian sufrir el mirarte en tu propia y divina claridad; y ni el mundo entero subsistiria ante el resplandor de la gloria de tu majestad.

Tú, pues, atiendes á mi flaqueza, ocultándote debajo del Sacramento.

Yo verdaderamente tengo y adoro á quien adoran los Angeles en el Cielo; pero yo entre tanto le tengo y le adoro aun en fe, y ellos en vision y sin velo.

Yo he de contentarme con la luz de la fe verdadera, y andar en ella, hasta que amanezca el dia de la claridad eterna, y se disipen las sombras de las figuras.

Mas cuando viniere lo que es perfecto

(1. *Cor*. XIII. 10.), cesará el uso de los Sacramentos; porque los bienaventurados en la gloria celestial no necesitan medicina sacramental.

Pues se alegran sin fin en la presencia de Dios, contemplando cara á cara su gloria, y transformados de claridad en claridad en el abismo de la Divinidad, gustan del Verbo de Dios encarnado, como fué en el principio, y permanece eternamente.

3. Acordándome de estas maravillas, cualquier consuelo, aunque sea espiritual, se me convierte en grave tedio; porque mientras no veo claramente á mi Señor en su gloria, tengo en nada cuanto veo y oigo en el mundo.

Tú, Dios mio, me eres testigo, que ninguna cosa me puede consolar, ni criatura alguna sosegarme, sino Tú, Dios mio, á quien deseo contemplar eternamente.

Mas esto no puede ser mientras permanezca yo en esta carne mortal.

Por eso me conviene tener mucha paciencia, y sujetarme á Tí en todos mis deseos.

Porque tambien tus Santos, Señor, que ahora se regocijan contigo en el reino

de los Cielos, esperaban con gran fe y paciencia, mientras vivian en este mundo, la venida de tu gloria.

Lo que ellos creyeron, yo lo creo; lo que ellos esperaron, yo lo espero; adonde ellos llegaron por tu gracia, confio yo llegar.

Entre tanto andaré en fe, confortado con los ejemplos de los Santos.

Tambien tengo los santos libros para consuelo y espejo de la vida, y sobre todo esto, el santísimo Cuerpo tuyo por especial remedio y refugio.

4. Porque conozco que en esta vida tengo grandísima necesidad de dos cosas, sin las cuales me seria insoportable esta miserable vida.

Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso que necesito dos cosas; que son, alimento y luz.

Pues me diste á mí, enfermo, tu sagrado Cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y pusiste *una antorcha para mis pies, que es tu palabra*. (*Ps*. CXVIII. 105.)

Sin estas dos cosas yo no podria vivir bien; porque la palabra de Dios es luz del alma, y tu Sacramento pan de vida.

Estas pueden tambien llamarse dos

mesas puestas á uno y otro lado en el *gazofilacio* [1] de la Santa Iglesia.

La una mesa es la del sagrado altar, donde está el pan santo, á saber, el precioso Cuerpo de Cristo.

La otra mesa es la de la divina ley, que contiene la doctrina santa, que enseña la fe recta, y que conduce firmemente hasta las cosas que están del velo adentro, donde está el Santo de los Santos.

Gracias te doy, Señor Jesus, luz de la luz eterna, por la mesa de la santa doctrina, que nos administraste por tus siervos los Profetas y los Apóstoles y otros Doctores.

5. Gracias te doy, Criador y Redentor de los hombres, que para manifestar á todo el mundo tu caridad, preparaste una gran cena, en la cual diste á comer, no el cordero figurativo, sino tu santísimo Cuerpo y Sangre; alegrando á todos los fieles con el sagrado convite, y embriagándolos con el cáliz de salud, donde están todas las delicias del paraiso, y comen con nosotros los santos Ange-

1 A la letra: *Guarda del tesoro, sacristía;* y algunos quieren, que fuese lugar destinado para recoger las limosnas.

les, aunque con mas dichosa suavidad.

6. ¡Oh cuán grande y honorífico es el ministerio de los Sacerdotes, á los cuales es dado consagrar al Señor de la majestad con palabras sagradas, bendecirlo con los labios, tenerlo en las manos, recibirlo con su propia boca, y administrarlo á los demás!

¡Oh cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán inmaculado el corazon del Sacerdote, donde tantas veces entra el Autor de la pureza!

De la boca del Sacerdote, no debe salir palabra que no sea santa, que no sea honesta y útil; pues tan continuamente recibe el sacramento de Cristo.

7. Sus ojos han de ser sencillos y castos, pues están acostumbrados á mirar el Cuerpo de Cristo: las manos puras y levantadas al Cielo, pues suelen tocar al Criador del Cielo y de la tierra.

A los Sacerdotes especialmente se dice en la ley: *Sed Santos, porque yo Santo soy, el Señor Dios vuestro.* (*Lev.* XIX. 2.)

8. Ayúdenos tu gracia, ó Dios omnipotente, para que los que hemos recibido el ministerio sacerdotal, podamos digna

y devotamente servirte con toda pureza y buena conciencia.

Y si no podemos obrar con tanta inocencia de vida como debemos, concédenos siquiera que lloremos dignamente los males que hemos hecho, y que en adelante sirvamos con mas fervor, con espíritu de humildad y propósito de buena voluntad.

CAPITULO XII.

Debe poner gran cuidado en prepararse el que ha de recibir á Cristo.

VOZ DEL AMADO.

1. Yo soy el amador de la pureza y el dador de toda santidad.

Yo busco el corazon puro, y allí es el lugar de mi descanso.

Prepárame un cenáculo grande aderezado, y haré contigo la Pascua con mis discípulos.

Si quieres que venga á tí, y que permanezca contigo, *limpia la vieja levadura* (1. *Cor*. v. 7.) y purifica la morada de tu corazon.

Sepárate enteramente del mundo y de todo el tumulto de los vicios; siéntate como pájaro solitario en tejado, *y repasa tus pecados* (*Is.* XXXVIII. 15.) con amargura de tu alma.

Pues todo amante prepara á su amado el lugar mejor y mas adornado; porque en esto se conoce el amor del que recibe al amado.

2. Con todo debes saber que no puedes alcanzar esta preparacion con el mérito de tus obras, aunque te preparases un año entero y no pensases en otra cosa; mas por sola mi piedad y gracia te es permitido llegar á mi mesa; como si un mendigo fuese llamado á la mesa de un rico, y no tuviese aquél otra cosa para pagar los beneficios de éste, sino humildad y agradecimiento.

Haz cuanto está de tu parte, y hazlo con diligencia, no por costumbre ni por necesidad; sino recibe con temor y reverencia y amor el Cuerpo de tu amado Señor y Dios, que se digna venir á tí.

Yo soy el que llamé, Yo el que mandé que se hiciese: Yo supliré lo que te falta: ven y recíbeme.

3. Cuando Yo te doy la gracia de la

devocion, da gracias á tu Dios; no porque eres digno, sino porque tuve misericordia de tí.

Si no tienes devocion, mas al contrario te sientes muy seco, persevera en la oracion, gime y llama; y no ceses hasta que merezcas recibir una migaja ó una gota de saludable gracia.

Tú necesitas de Mí, Yo no necesito de tí. Ni vienes tú á santificarme á Mí, sino que Yo vengo á santificarte y mejorarte á tí.

Tú vienes para que seas por Mí santificado, y unido conmigo, para que recibas nueva gracia y de nuevo te enfervorices para la enmienda.

No desprecies esta gracia; mas prepara con toda diligencia tu corazon, y recibe dentro de tí á tu amado.

4. Pero conviene tambien que no solo te prepares á la devocion, antes de la Comunion, sino que despues de recibido el Sacramento, te conserves con solicitud en ella.

No se exige despues menos recogimiento, que antes la devota preparacion.

Porque el buen recogimiento despues, es mucho mejor preparacion para alcanzar otra vez mayor gracia.

Pues viene á hacerse el hombre muy indispuesto, si al instante se derramáre con esceso en los gustos esteriores.

Guárdate de hablar mucho, recógete en un lugar secreto, y goza de tu Dios; pues tienes al que todo el mundo no te puede quitar.

Yo soy á quien te debes dar todo, de manera que ya no vivas mas en tí, sino en Mí, sin el menor cuidado.

CAPITULO XIII.

El alma devota debe desear de todo corazon la union de Cristo en el Sacramento.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. ¿Quién me dará, Señor, que te halle solo, y te abra todo mi corazon, y goce de Tí como mi alma desea, y que ya nadie me desprecie, ni criatura alguna me mueva ó me mire; sino que Tú solo me hables, y yo á Tí, como suele hablar el amado al amado, y conversar el amigo con el amigo?

Esto ruego, esto deseo: que sea yo unido todo contigo, y aparte mi corazon

de todas las cosas criadas, y que por la sagrada Comunion y frecuente celebracion, aprenda á gustar mas las cosas celestiales y eternas.

¡Ah Señor Dios! ¿cuándo estaré todo unido contigo y absorto en Tí, y enteramente olvidado de mí?

Tú estés en mí y yo en Tí; y concédeme que así permanezcamos juntos en uno.

2. Verdaderamente Tú eres *mi amado, escogido entre millares* (*Cant.* v. 10.), con el cual se complace mi alma en morar todos los dias de su vida.

Verdaderamente Tú eres mi pacífico; en el cual está la suma paz, y el verdadero descanso; y fuera del cual todo es trabajo, dolor y miseria infinita.

Verdaderamente Tú eres un Dios escondido, y tu consejo no es con los malos, sino que tu *conversacion es con los* humildes y *sencillos.* (*Is.* XLV. 15. *Proverb.* III. 32.)

¡O Señor, cuán suave es tu espíritu, pues para dar á tus hijos una muestra de tu dulzura, te dignas sustentarlos enviando DESDE EL CIELO UN DELICIOSISIMO PAN! (Oficio del SS. Sacramento.)

Ciertamente, no *hay otra nacion tan*

grande, que tenga tan cercanos á sí los dioses, como Tú, Dios nuestro (*Deut.* IV. 7.), lo estás á todos tus fieles, á los cuales te das para que te coman y gocen de Tí, para su continuo consuelo, y para que levanten su corazon al Cielo.

3. ¿Pues qué otra gente hay tan noble como el pueblo cristiano?

O ¿qué criatura hay debajo del Cielo tan amada, como el alma devota, á la cual Dios entra para apacentarla con su gloriosa carne?

¡O inefable gracia! ¡ó admirable dignacion! ¡ó amor inmenso, reservado singularmente para el hombre!

Mas ¿qué daré yo al Señor por esta gracia, y por caridad tan grande?

No hay cosa que pueda yo dar con mas agrado, que entregar á mi Dios mi corazon todo entero, y unirlo con él íntimamente.

Entonces se alegrarán todas mis entrañas, cuando mi alma fuere unida perfectamente á Dios.

Entonces me dirá el Señor: Si tú quieres estar conmigo, Yo quiero estar contigo. Y yo le responderé: Dígnate, Señor, quedarte conmigo; yo quiero de buena gana estar contigo.

Este es todo mi deseo, que mi corazon esté unido contigo.

CAPITULO XIV.

Del ardiente deseo que algunos devotos tienen del Cuerpo de Cristo.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen!* (*Ps.* XXX. 20.)

Cuando me acuerdo, Señor, de algunos devotos que se acercan á tu Sacramento con grandísima devocion y afecto, entonces muchas veces me confundo en mí mismo y me avergüenzo, porque me acerco á tu altar y á la mesa de la sagrada Comunion con tanta tibieza y frialdad; porque me quedo tan seco y sin afecto de corazon; porque no estoy del todo inflamado delante de Tí, Dios mio, ni tan vivamente atraido y poseido de amor como lo estuvieron otros muchos devotos, los cuales por el escesivo deseo de la Comunion, y por el amor sensible de su corazon, no pudieron contener las lágrimas.

Mas con la boca del corazon y del cuerpo suspiraban con todas sus entrañas á Tí, Dios mio, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su hambre de otro modo, sino recibiendo tu cuerpo con toda alegría y deseo espiritual.

2. ¡O verdadera y ardiente fe la de estos devotos, la cual es prueba manifiesta de tu sagrada presencia!

Porque estos verdaderamente conocen á su Señor al partir el pan; pues su corazon arde en ellos tan vivamente, porque Jesus anda con ellos.

Léjos está de mí muchas veces semejante afecto y devocion, tan grande amor y fervor.

Séme propicio, buen Jesus, dulce y benigno; y concede á este tu pobre mendigo siquiera alguna vez sentir en la sagrada Comunion un poco de afecto entrañable de tu amor; para que mi fe se fortalezca mas, crezca mi esperanza en tu bondad, y la caridad, una vez perfectamente encendida con la esperiencia del maná celestial, nunca se apague.

3. Pero poderosa es tu misericordia para concederme gracia tan deseada, y para visitarme clementísimamente en es-

píritu de abrasado amor, cuando llegue el dia de tu beneplácito.

Y aunque yo no estoy con tan encendido deseo como tus especiales devotos, con todo, mediante tu gracia, deseo aquel grande y encendido deseo, rogando y deseando hacerme partícipe de todos aquellos tan fervorosos amadores tuyos, y ser contado en su santa compañía.

CAPITULO XV.

La gracia de la devocion se alcanza con la humildad y con la abnegacion de sí mismo.

VOZ DEL AMADO.

1. Conviene que busques con instancia la gracia de la devocion, que la pidas con deseo, que la esperes con paciencia y confianza, que la recibas con agrado, que la conserves con humildad, que obres diligentemente con ella, y que encomiendes á Dios el tiempo y el modo de la soberana visitacion, hasta que venga.

Sobre todo debes humillarte, cuando poca ó ninguna devocion sientes interiormen-

te; mas no debes abatirte demasiado, ni entristecerte desordenadamente.

Dios da muchas veces en un breve momento lo que negó por largo tiempo: algunas veces da al fin de la oracion lo que al principio difirió conceder.

2. Si siempre se diese luego la gracia, y si para obtenerla bastase desearla, no la podria sufrir bien el hombre flaco.

Por eso con buena esperanza y humilde devocion se ha de esperar la gracia de la devocion.

Y cuando no te es concedida, ó te fuere quitada ocultamente, echa la culpa á tí y á tus pecados.

Algunas veces pequeña cosa es lo que impide y esconde la gracia, (si pequeño se debe decir y no muy grande lo que tanto bien estorba.)

Y si apartares y vencieres perfectamente esto mismo pequeño ó grande, alcanzarás lo que pediste.

3. Porque luego que te entregares á Dios de todo corazon, y no buscares cosa alguna por tu propio gusto ó voluntad, sino que del todo te pusieres en él, te hallarás unido y sosegado; pues no habrá cosa que tan bien te sepa y agrade, co-

mo el beneplácito de la divina voluntad.

Pues cualquiera que levantáre su intencion á Dios con sencillo corazon, y se despojáre de todo amor ó desamor desordenado á todas las cosas criadas, estará muy dispuesto para recibir la gracia, y será digno del don de la devocion.

Porque el Señor echa su bendicion donde halla los vasos vacíos.

Y cuanto mas perfectamente alguno renunciáre á las cosas de la tierra, y estuviere muerto á sí mismo por el propio desprecio, tanto mas pronto viene la gracia, mas copiosamente entra, y mas alto levanta el corazon ya libre.

4. Entonces verá, y abundará, y se maravillará, y se ensanchará su corazon en sí mismo; porque la mano del Señor está con él, y él se puso del todo en sus manos para siempre.

He aquí que así será bendito el hombre (*Ps.* CXXVII. 4.) que busca á Dios con todo corazon, y *no toma en vano su alma.* (*Ps.* XXIII. 4.)

Este, cuando recibe la Sagrada Eucaristía, merece la singular gracia de la divina union; porque no mira á su propia devocion y consuelo, sino á la gloria y

honra de Dios sobre toda devocion y consuelo.

CAPÍTULO XVI.

Debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades y pedir su gracia.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. O dulcísimo y amantísimo Señor, á quien deseo ahora recibir devotamente; Tú sabes mi flaqueza y la necesidad que padezco; en cuantos males y vicios me veo sumergido; y cuantas veces soy agravado, tentado, turbado y manchado.

A Tí vengo por el remedio; á Tí pido consolacion y alivio.

Hablo á quien sabe todas las cosas, á quien son manifiestos todos mis secretos, y que es el único que me puede consolar y ayudar perfectamente.

Tú sabes los bienes de que mas necesito, y cuán pobre soy en virtudes.

2. Vesme aquí delante de Tí, pobre y desnudo, pidiendo gracia é implorando misericordia.

Harta, Señor, á este tu hambriento men-

digo; enciende mi frialdad con el fuego de tu amor; alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia.

Conviérteme todo lo terreno en amargura, todo lo pesado y contrario en paciencia, todo lo bajo y criado en menosprecio y olvido.

Levanta mi corazon á Tí en el Cielo, y no me dejes vaguear por la tierra.

Tú solo desde ahora me seas dulce para siempre; porque Tú solo eres mi manjar y bebida, mi amor y mi gozo, mi dulzura y todo mi bien.

3. ¡Ojalá que me enciendas del todo con tu presencia, y me abrases y transformes en Tí; para que sea hecho un solo espíritu contigo, por la gracia de la union interior, y por el derretimiento de un ardiente amor!

No permitas que me separe de Tí ayuno y seco, mas obra conmigo misericordiosamente, como has obrado muchas veces y de un modo maravilloso con tus santos.

¡Qué maravilla fuera si todo yo estuviese hecho fuego por Tí, y desfalleciese en mí mismo; siendo Tú fuego que siempre arde y jamás se apaga; amor que pu-

rifica los corazones é ilumina los entendimientos!

CAPITULO XVII.

Del amor ardiente y del vehemente deseo de recibir á Cristo.

VOZ DEL DISCÍPULO.

1. Deseo yo, Señor, recibirte con suma devocion, y ardiente amor, con todo afecto y fervor del corazon, como te desearon recibir en la Comunion muchos Santos y personas devotas, que te agradaron muy mucho con la santidad de su vida, y tuvieron devocion ardentísima.

¡O Dios mio, amor eterno, todo mi bien, felicidad interminable! deseo recibirte con tan vivísimo deseo, y tan dignísima reverencia, cual tuvo y pudo sentir cualquiera de tus Santos.

2. Y aunque yo sea indigno de tener todos aquellos sentimientos de devocion, no obstante, te ofrezco todo el afecto de mi corazon, como si yo solo tuviese todos aquellos muy agradables é inflamados deseos.

Y cuanto el alma piadosa puede concebir y desear, todo te lo doy y ofrezco con suma reverencia y con entrañable fervor. Nada deseo guardar para mí, sino sacrificarme á mí y todas mis cosas á Tí de muy buena gana y con toda voluntad.

Señor Dios mio, Criador y Redentor mio, con tal afecto, reverencia, alabanza y honra; con tal agradecimiento, dignidad y amor; con tal fe, esperanza y pureza deseo recibirte hoy, como te recibió y deseó tu santísima Madre, la gloriosa Vírgen María, cuando respondió humilde y devotamente al Angel que le anunció el misterio de la Encarnacion: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.* (*Luc.* I. 38.)

3. Y como tu bienaventurado Precursor, escelentísimo entre todos los Santos, S. Juan Bautista, dió saltos en tu presencia rebosando en gozo del Espíritu Santo, cuando aun estaba en las entrañas de su madre; y despues viendo á Jesus que andaba entre los hombres, humillándose mucho, decía con devoto afecto: *Mas el amigo del Esposo, que está con él, y le oye, se llena de gozo con la voz del Esposo* (*Joann.* III. 29.); así yo tambien

deseo estar inflamado de grandes y santos deseos, y presentarme á Tí de todo corazon.

Por eso te ofrezco y te doy los alegres gozos de todos los corazones devotos, sus ardientes afectos, los enajenamientos de su espíritu, sus sobrenaturales iluminaciones, y sus visiones celestiales, con todas las virtudes y alabanzas celebradas y que se pueden celebrar por toda criatura, en el Cielo y en la tierra: todo te lo ofrezco por mí y por todos los que se han encomendado á mis oraciones, para que seas por todos dignamente alabado y glorificado para siempre.

4. Recibe, Señor Dios mio, mis votos, y deseos de darte infinita alabanza é inmensa bendicion, como te justísimamente debido, segun la multitud de tu inefable grandeza.

Esto te ofrezco, y te deseo ofrecer todos los dias y todos los instantes; y convido y ruego con oraciones y afectos á todos los espíritus celestiales y á todos tus fieles, que te den gracias y te alaben juntamente conmigo.

5. Alábente todos los pueblos, tribus y lenguas, y engrandezcan tu santo y dul-

císimo nombre con suma alegría y ardiente devocion.

Y todos los que celebran con reverencia y devocion tu altísimo Sacramento, y lo reciben con entera fe, merezcan hallar en Tí gracia y misericordia; y rueguen humildemente por mí, pecador.

Y cuando hubieren gozado de la deseada devocion y fruitiva union, y se retiraren de la sagrada mesa celestial muy consolados y maravillosamente recreados, se dignen acordarse de este pobre.

CAPITULO XVIII.

No sea el hombre curioso escudriñador del Sacramento, sino humilde imitador de Cristo, sujetando su sentido á la sagrada fe.

VOZ DEL AMADO.

1. Debes guardarte de escudriñar curiosa é inútilmente este profundísimo Sacramento, si no quieres verte anegado en un abismo de dudas.

El que es escudriñador de la majestad, lo hundirá la gloria. (*Prov.* XXV. 27.)

Mas puede obrar Dios, que el hombre entender.

Permitida es la piadosa y humilde investigacion de la verdad, que está siempre dispuesta para ser enseñada, y que desea andar por las sanas máximas de los Padres.

2. Bienaventurada la sencillez que deja los difíciles caminos de las cuestiones, y va por las sendas llanas y firmes de los mandamientos de Dios.

Muchos perdieron la devocion, queriendo escudriñar las cosas mas altas.

Fe se te pide, y buena vida; no elevacion de entendimiento, ni profundidad de los misterios de Dios.

¿Si no entiendes, ni alcanzas las cosas que están debajo de tí, cómo entenderás las que están sobre tí?

Sujétate á Dios, y humilla tu sentido á la fe, y se te dará la luz de la ciencia, segun te fuere útil y necesario.

3. Algunos son gravemente tentados en la fe y en el Sacramento; pero esto no se ha de imputar á ellos, sino mas bien al enemigo.

No cuides, ni disputes con tus pensamientos, ni respondas á las dudas que te sugiera el diablo; mas cree en las palabras de Dios, cree á sus Santos y Pro-

fetas, y huirá de tí el maligno enemigo.

A veces es muy provechoso que el siervo de Dios sufra estas cosas.

Pues que no tienta el demonio á los infieles y pecadores, porque ya los tiene seguros; sino que tienta y atormenta de varios modos á los fieles devotos.

4. Anda pues con fe sencilla y cierta, y acércate al Sacramento con humilde reverencia; y todo lo que no puedes entender, encomiéndalo confiadamente á Dios todopoderoso.

Dios no te engaña: es engañado el que se cree á sí mismo demasiadamente.

Dios anda con los sencillos, se descubre á los humildes, *da entendimiento á los pequeñuelos* (*Ps*. CXVIII. 130.), abre el sentido á los espíritus puros, y esconde la gracia á los curiosos y soberbios.

La razon humana es débil, y puede engañarse; mas la verdadera fe no puede ser engañada.

5. Toda razon y discurso natural debe seguir á la fe, y no ir delante de ella, ni debilitarla.

Porque la fe y el amor aquí muestran su escelencia, y obran ocultamente en este santísimo y escelentísimo Sacramento.

Dios eterno é inmenso, y de poder infinito, hace cosas grandes é inescrutables en el Cielo y en la tierra, y no hay que examinar sus obras maravillosas.

Si las obras de Dios fuesen tales, que la razon humana pudiese fácilmente comprenderlas, no serian maravillosas, ni deberian llamarse inefables.

FIN DE LA IMITACION DE CRISTO.

ORACION DEVOTÍSIMA

PARA ANTES Ó DESPUES DE LA MISA, ÚTIL ASÍ Á LOS LEGOS COMO Á LOS SACERDOTES, SACADA DE LAS OBRAS DE TOMÁS DE KEMPIS.

§. I.

Mira, ó clementísimo Padre, *desde tu Santuario y desde la escelsa morada de los Cielos* (*Deut*. XXVI. 15.) este sacrificio aceptable á tus ojos.

Mira la sacrosanta hostia de tu Hijo unigénito, la cual ofrece á tu rostro por nosotros.

Porque él es el sumo Sacerdote y el verdadero Pontífice, el cual dió, no una hostia ajena, sino su propia carne para ser inmolada en el Ara de la cruz por la vida del mundo.

Por esta saludable víctima, sé hoy propicio á este pecador.

Ten misericordia de mí, hombre flaco, muy deleznable y vicioso, que no soy digno de mirar el cielo, ni de pisar la tier-

ra, porque te ofendí muchísimas veces, Criador mio, obrando, hablando y pensando á menudo contra tus preceptos, sin reverencia y sin cordura.

Por todo lo cual he incurrido justamente en tu gravísima indignacion, y me he atraido la enemistad de todas las criaturas.

Porque siendo Tú ofendido y despreciado, ciertamente ya toda criatura con justo juicio se opone al pecador.

Mas Tú, Omnipotente, y Dios de toda consolacion, ten misericordia de este tu siervo, que se arrepiente y se duele de lo íntimo de su corazon.

Porque fuí hecho de la nada, y fuí concebido en el pecado, caí como hombre frágil.

Perdóname, Señor, perdóname.

Perdona al hijo pródigo que vuelve á Tí de las mondaduras de los puercos, y está delante del trono de tu gloria, y pide la mano de tu misericordia desde la mañana hasta la tarde, hasta que caiga el rocío de la gracia y la lluvia de la consolacion sobre la tierra de mi corazon, que está ya seco y consumido por la muchedumbre de los pecados.

Por causa de Tí mismo, *Dios mio, inclina tu oreja á mí, y escucha mis palabras. Haz que sean maravillosas tus misericordias, Tú que salvas á los que esperan en Tí.* (*Ps.* XVI. 6 *et* 7.)

Sé que no lo harás por mis obras, si tal vez se ven algunas, sino por tu bondad, Señor, que es celebrada por su inmensidad.

Oyeme, pues, mas y mas por el mérito singular de tu amantísimo y dulcísimo Hijo Jesucristo, que fué crucificado y murió por los pecadores, para borrar con su pasion los pecados de todos.

§. II.

Acuérdate, ó Padre santísimo, de su inestimable caridad; como se entregó á la muerte para dar la vida á su pueblo, y no se perdonó á sí mismo en cosa alguna para que Tú perdonases á los pecadores y condenados eternamente.

Acuérdate de su pasion amarguísima, de las cosas graves é indignas que sufrió, y de qué modo desde la mañana hasta su muerte en la cruz trabajó elamando con la efusion de su sangre para reconciliar con-

tigo á los pecadores, á fin de convertir en amigos á los enemigos, y en hijos de adopcion á los que habian huido

O Padre Supremo, y digno de ser venerado y adorado; te ofrezco hoy todas las señales de la pasion de tu único Hijo, con nuestras suplicas y las oraciones de todos los bienaventurados mártires, que mas particularmente imitaron la misma pasion.

Mira, y conoce de quién son las señales amables, dignas de ser adoradas para siempre. He aquí la cruz, los clavos, la lanza, la hiel, la caña, la esponja, las salivas, los azotes, la corona de espinas, el sudor, la sangre, la bofetada, la vara, la soga, la columna, el vestido blanco, la púrpura y la túnica sin costura.

Estos son los preciosos ornamentos, y los reales estandartes con los cuales tu Unigénito, revestido de nuestra substancia carnal, se preparó para destruir las potestades del aire [1].

Estas son las armas de guerra con que

[1] Los demonios son llamados las potestades del aire; porque Dios permitió á muchos de estos malignos espíritus que habitasen en él para tentar á los hombres. (*Eph.* II. 2. NOT. P. SCIO.)

fué vencida la muerte y redimida la humana naturaleza.

Pues por estas benditas y gloriosas insignias de la Pasion, perdóname todos mis pecados.

Sea para mí esta venerable armadura, poderosa prevencion contra todos los vicios, y firmes pruebas de singular poder.

Sea este tan doloroso y lamentable espectáculo un continuo espejo para mí y dulcísimo consuelo para mi alma.

§. III.

Recibe, ó Padre santísimo, la muy agradable Hostia del Cuerpo ofrecido de tu Hijo, la cual Tú mismo te preparaste, y quisiste que fuese eternamente satisfactoria, digna y suficiente para borrar todos los pecados, así los de obra como los de simple voluntad.

Recíbeme tambien á mí hoy, en esta santa oblacion, á la cual ninguna otra escede en santidad y elevacion, que cada dia se te ofrece respetuosamente por las manos de tus Sacerdotes, por los vivos y difuntos, y por todas nuestras necesidades.

Aproveche esta santa oblacion á mí y á todos los que se han encomendado á mis oraciones, cuya necesidad y fe conoces Tú, estén ó no presentes á esta solemne celebracion.

Lleguen á Tí sus ruegos y su devocion, contribuya á su salud la inefable virtud y la eficacia del Sacramento, que fué instituido por disposicion de Dios, y no debe escudriñarse humanamente; sino que ha de ser reverenciado con piedad, adorado con fidelidad, creido con firmeza y continuado hasta la consumacion de los siglos.

O preciosísimo y suavísimo Sacrificio, que á Tí, eterno Padre, ofreció por nosotros tu coeterno Hijo, que se hizo él mismo Hostia verdadera, viva, saludable, única y perfecta; que era el solo Pontífice inmaculado, santo y exento de toda culpa, y no necesitaba de rogar primeramente por sí mismo y ofrecer la víctima segun la ley; sino que muriendo una sola vez, intercedió por los deudores de la muerte, los cuales no tenian ni hallaban entre todas las criaturas quién pagase por su culpa.

Ya pues no desconfio, ni desconfiaré mas de alcanzar el perdon y la curacion

de los pecados, aun cuando otras veces volviere yo á pecar.

Porque hallé la fuente adonde me llegaré para ser lavado; el médico á quien acudiré para ser curado.

Sé donde está mi esperanza y toda mi consolacion; porque en los padecimientos y en las llagas de mi Señor Jesucristo existe y abunda el complemento de la salud y todo el motivo de mi esperanza.

Bendito seas por todo, Dios mio, Tú que me dispensaste tan grandes é inmensos beneficios de la divina largueza; porque con ellos me ánimas á darte continuas gracias á Tí y á tu amado Hijo.

§. IV.

Mas ¿qué haré, ó Padre mio fidelísimo, pues que no hallo en mí cosa alguna digna ni proporcionada al don de tu gracia?

Sin embargo, ó buen Padre, cuyos son todos los dones de los bienes, sé que Tú de nada necesitas, y con todo te agradan nuestras pequeñeces si vieres que se te ofrecen devota y espontáneamente.

Daré, pues, alguna cosa, y lo poco que dejado á mí puede perecer, lo sacrificaré á tu amor.

Porque ofrecido á Tí, queda mejor para mí; y con todo, no faltará la futura recompensa al que ofrece con santa liberalidad.

Si alguno se atreviese á entregarse á Tí sin vacilar, ciertamente te entregarias Tú á él, y se haria lo que se dijo por boca de nuestro Maestro: *Dad, y se os dará.* (*Luc.* VI. 38.)

Ahora pues, si te dignas recibirme, he aquí que me ofrezco voluntariamente á mí mismo y dejo con confianza á tu disposicion mi alma y mi cuerpo.

Renuncio tambien desde ahora y para siempre con prontísimo corazon la propia voluntad (pues nada mejor se te puede ofrecer), al modo que tu amado Hijo Jesucristo Señor nuestro te entregó su voluntad para alcanzar nuestra salud por medio de su abnegacion, dando á los fieles que le seguian un ejemplo con las breves y sentenciosas palabras que pronunció: ***Padre mio, no como yo quiero, sino como tú: hágase tu voluntad.*** (*Matth.* XXVI. 39 *y* 42.)

§. V.

Instruido pues en gran manera por este

ejemplo, mediante tu inspiracion y tu auxilio, renuncio de nuevo á mí y á todas las cosas mundanas.

Desprecio los deseos de la carne, desecho todas las acciones y los infames consejos del espíritu maligno, me consagro á tu servicio: deseo con ansia unirme á Tí estrechamente todos los dias de mi vida, y desde ahora me propongo hacerlo devotamente.

Y aun para cumplir mas perfectamente tu voluntad, heme aquí dispuesto á quebrantar la mia, con la verdadera obediencia que estoy obligado á prestarte en la persona de mi Prelado; porque obedeciendo á su voz, te obedezco realmente á Tí.

Por tanto, me pongo bajo sus manos para que me gobierne, como un niño renacido en Cristo, el cual se inclinó humildemente á las manos del Bautista.

Obedeceré tambien gustoso, con toda humildad y caridad piadosa, los consejos y amonestaciones de mis hermanos, los cuales antepongo justamente á mi imperfeccion, considerándolos mas santos y mucho mas sabios que yo.

Mas sabiendo yo, que Tú conoces esta misma imperfeccion mia, me acuso de mis

defectos, y con grande contricion te pido el remedio de mas sana enmienda; para que tu mano bienhechora, que cura toda enfermedad, y da fuerza á todo hombre flaco, no deje abandonada mi pobreza. Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro. Amen.

LAUS DEO.

EJERCICIO DEL CRISTIANO.

ORACIONES Y ACTOS QUE SE DIRÁN POR LA MAÑANA Y POR LA NOCHE.

AL DISPERTARSE Y LEVANTARSE.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amen.

Venid, Espíritu Santo, llenad mi corazon, é inflamad en él el fuego sagrado de vuestro amor.

Dios mio, yo os adoro, reconozco vuestra suprema grandeza, y que no soy nada delante de Vos. Concededme la gracia de morir antes que ofenderos.

Salvador mio, dirigidme, y dadme un corazon dócil á vuestra ley.

Dios mio, yo os amo sobre todas las cosas, y doy gracias á vuestra bondad infinita, que me ha criado y rescatado del infierno,

ORACION DOMINICAL.

PADRE NUESTRO que estás en los cielos, etc.

SALUTACION ANGÉLICA.

DIOS TE SALVE, María; llena eres de gracia, etc.

SÍMBOLOS DE LOS APÓSTOLES.

CREO EN DIOS Padre Todopoderoso, etc.

SANTO ANGEL DE MI GUARDA á quien el Señor me tiene encomendado, dígnate protegerme y guiarme en este dia. Amen.

VÍRGEN SANTÍSIMA, Angeles todos y Santos de la Corte Celestial, interceded por mí. Amen.

EL ANGELUS [1].

℣. Angélus Domini nuntiavit Mariæ.

[1] Hay una indulgencia plenaria, para cada un mes, concedida á los que diariamente rezaren el Angelus al toque de Oraciones, ó á una hora señalada por la mañana, al medio dia, y al anochecer, confesándose y comulgando en un dia señalado de cada mes. Hay ademas otras muchas indulgencias parciales aplicadas á la misma devocion.

℟. Et concepit de Spiritu Sancto. *Ave Maria.*

℣. Ecce ancilla Domini. ℟. Fiat mihi secundum verbum tuum. *Ave Maria.*

℣. Et verbum caro factum est. ℟. Et habitavit in nobis. *Ave Maria.*

℣. Ora pro nobis sancta Dei Genitrix. ℟. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

Oremus.

Gratiam tuam quæsumus, Domine, mentibus nostris infunde, ut qui Angelo nuntiante Christi Filii tui Incarnationem cognovimus, per Passionem ejus et Crucem ad Resurrectionis gloriam perducamur. Per eumdem Christum Dominum nostrum. ℟. Amen

En el tiempo Pascual se puede decir en su lugar:

Regina cœli, lætare, alleluia. *Ave Maria.*

Quia quem meruisti portare, alleluia. *Ave Maria.*

Resurrexit sicut dixit, alleluia. *Ave Maria.*

Ora pro nobis Deum, alleluia.

℣. Gaude et lætare, Virgo Maria, alleluia.

℟. Quia surrexit Dominus vere, alleluia.

Oremus.

Deus, qui per Resurrectionem Filii tui Domini nostri Jesu Christi mundum lætificare dignatus es, præsta quæsumus, ut per ejus Genitricem Virginem Mariam perpetuæ capiamus gaudia vitæ. Per eumdem Christum Dominum nostrum. Amen.

LA MISMA SALUTACION EN CASTELLANO.

Alégrate, Reina del Cielo, aleluya. *Dios te salve, María.*

Porque el que *en tu seno* llevar mereciste, aleluya. *Dios te salve, María.*

Resucitó, como dijo, aleluya. *Dios te salve, María.*

Ruega á Dios por nosotros, aleluya.

℣. Gózate, y alégrate, Vírgen María, aleluya. ℟. Porque verdaderamente ha resucitado el Señor, aleluya.

Oremos.

Oh Dios, que por la Resurreccion de vuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo, os dignasteis comunicar la alegría á *todo* el mundo: os suplicamos nos concedais el que por su Madre, la Vírgen María, participemos de los gozos de la vida eterna. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. ℟. Amen.

LA SALVE REGINA [1].

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, etc.

1 Por decreto URBIS ET ORBIS de la Sagrada Congregacion de Indulgencias de 5 de abril de 1786, N. S. Padre Pio VI ha concedido perpetuamente una indulgencia de cien dias para cada dia, y otra de siete años y siete cuarentenas de perdon para cada domingo, á todos los fieles que rezaren devotamente, por la mañana, la SALVE REGINA, con los versículos siguientes, y por la noche el SUB TUUM PRÆSIDIUM con los mismos versículos. Concedió ademas dos Indulgencias plenarias por cada mes, á los que rezando devotamente estas dos preces se confesaren y comulgaren en dos domingos á su eleccion, rogando á la intencion de Su Santidad. Dicho Santísimo Padre ha permitido el ganar la misma indulgencia con las mismas condiciones todas las fiestas de la bienaventurada Vírgen María, y el dia de Todos Santos.

Por último se concede por Su Santidad Indulgen-

ACTOS DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD [1].

ACTO DE FE.

Dios mio, creo con toda mi alma y con todo mi corazon todo cuanto cree y confiesa la santa Iglesia católica, apostólica romana, porque Vos mismo, que sois Verdad infalible, se lo habeis revelado, y en esta Fe quiero vivir y morir.

ACTO DE ESPERANZA.

Espero, Señor, con una entera confianza, que Vos me dareis, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, vuestra

cia plenaria en el artículo de la muerte á los que habiendo rezado esta oracion durante su vida se hubieren confesado, y comulgado, ó al menos estuvieren verdaderamente arrepentidos de sus pecados.

1 Benedicto XIV, por un decreto de la sagrada Congregacion de Indulgencias de 28 de enero de 1756, concede Indulgencia plenaria en cada un mes á los que diciendo diariamente los Actos de Fe, Esperanza y Caridad se confesaren y comulgaren en un dia señalado á su eleccion, rogando por las necesidades de la Iglesia.

El mismo Santísimo Padre concede una Indulgencia de siete años y siete cuarentenas de perdon cada vez que se rezaren dichos actos; y una *Indulgencia plenaria* en el artículo de la muerte.

gracia en este mundo; y si observo vuestra santa Ley, la gloria en el otro, porque así lo habeis prometido.

ACTO DE CARIDAD.

Yo os amo, mi Dios, con todo mi corazon, y con todas mis fuerzas, porque Vos sois infinitamente bueno y digno de ser amado. Amo tambien, Señor, á mi prójimo como á mí mismo por vuestro amor.

ROGUEMOS POR LAS BENDITAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO.

Jesus, Señor nuestro, Criador y Redentor de todos los fieles, dignaos conceder á las almas de vuestros siervos, que descansan en la Paz de la Iglesia Purgante, el perdon de todos sus pecados, para que alcancen la indulgencia por la cual han suspirado siempre, y que os pedimos nosotros con humildísimas instancias, á Vos, que vivís y reinais con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amen.

SÚPLICA DE SAN BERNARDO Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA.

Acordaos, ó piadosísima Vírgen María, que no se ha oido decir jamás, que ninguno de cuantos se han acogido bajo vuestro amparo, han implorado vuestro socorro, y dirigídoos sus súplicas, haya sido abandonado. Animado yo con tal esperanza corro hácia vos, Vírgen Madre de las Vírgenes: vengo á vos, y me postro á vuestros pies sollozando, y pidiendo. No desatendais mis ruegos, ó Madre del Verbo; oidme, sí, y escuchadme propicia. Amen.

Además de estas oraciones puede el cristiano, si sus ocupaciones se lo permiten, leer uno, dos ó mas capítulos de la Imitacion de Cristo, *estando arrodillado delante de una imágen de un Crucifijo y de la Vírgen Santísima.*

POR LA NOCHE.

Sub tuum præsidium confugimus, sancta Dei Genitrix, nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus, sed à periculis

cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta.

℣. Dignare me laudare te, Virgo sacrata. ℟. Da mihi virtutem contra hostes tuos.

En castellano.

Nos acogemos bajo vuestra proteccion, santa Madre de Dios, *para que* no desecheis nuestras súplicas, ni os olvideis de nuestras necesidades; sino libradnos siempre de todo peligro, gloriosa y bendita Vírgen.

℣. Dignaos, Virgen sagrada, *permitirme* que publique dignamente vuestras alabanzas. ℟. Alcanzadme fuerzas para combatir contra vuestros enemigos.

℣. Bendito sea el *Señor* Dios en sus Santos. ℟. Amen.

Despues de rezada la oracion que precede y los actos que se han puesto para la mañana, se hará un breve exámen de conciencia, y se dirá el siguiente

ACTO DE CONTRICION.

O Dios, tened piedad de mí, pecador. *Tibi soli peccavi.* Pequé, Señor, y pe-

qué contra Vos! ¿Quién sino Vos me dará el que llore noche y dia mis pecados? ¿Quién sino Vos me dará un verdadero dolor de todos ellos? Mis huesos se han llenado de ilusiones: *Quoniam lumbi mei impleti sunt illusionibus;* y ya no me queda uno sano: *et non est sanitas in carne mea*. Soy un objeto de oprobio á vuestros ojos, Señor; yo lo conozco, y quisiera conocerlo mas y mas. Me pesa, Señor, de haberos ofendido, porque sois sumamente bueno, y digno de ser amado sobre todas las cosas. Renuevo firmemente el propósito, ayudado de vuestra gracia, de no pecar mas, y de huir todas las ocasiones y peligros de pecar.

CONCLUSION DE LA ORACION PARA LA NOCHE.

Dios nuestro Señor, haz que siempre estemos vigilantes y sin intermision, porque el demonio anda incesantemente al rededor de nosotros como leon rugiente, buscando alguna presa que devorar. Danos pues, Señor, fortaleza para resistirle, y mantenernos siempre firmes en tu fe, ó Dios, que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amen.

Te suplicamos, Señor, visites esta morada y apartes de ella todas las asechanzas del demonio nuestro enemigo; que habiten en ella tus santos Angeles para conservarnos en paz, y que su bendicion permanezca siempre sobre nosotros. Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.

Dios Todopoderoso y misericordioso, Padre, Hijo y Espiritu Santo, nos dé una noche tranquila, y un dichoso fin, y nos bendiga y proteja siempre. Amen.

ENTRE DIA.

AL SALIR DE CASA.

Dirigid, Señor, mis pasos, para que todos se dirijan á vuestro santo servicio, y haced que cumpla con los deberes de mi estado exactamente. Yo os suplico que pues estos deberes me obligan á salir de mi retiro, mi corazon sea impenetrable á todas las seducciones de cualquiera clase, y vuelva á mi casa limpio de culpa. Amen.

AL ENCONTRAR AL SANTÍSIMO VIÁTICO EN LA CALLE.

Dignaos, Dios y Señor mio, Salvador de las almas, darle la salud si le conviene al enfermo que os dignais honrar con vuestra divina presencia, visitándole como un Padre amoroso: fortaleced su fe; alentad su esperanza en Vos; dadle paciencia y conformidad en sus trabajos, á fin de que si os dignais sacarle de este valle de lágrimas, sea acreedor y goce vuestra eterna gloria. Amen.

AL ENCONTRAR LA ESTREMA-UNCION.

Este es, Señor, el último Sacramento que por vuestra misericordia espero me dejeis recibir: otorgadme, Señor, esta gracia, como igualmente al pobre enfermo que actualmente se le suministra, á fin de que con este alivio podamos salir de las penas de este mundo á gozar la eterna bienaventuranza. Amen.

MÉTODO

PARA OIR CON APROVECHAMIENTO

EL SANTO

SACRIFICIO DE LA MISA.

En el nombre del Padre ✠, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo. Amen.

Al principiar la Misa.

Señor mio Jesucristo, hijo verdadero del Eterno Padre, concededme, os ruego, las disposiciones necesarias para que yo pueda ofreceros dignamente este augusto Sacrificio. Os lo ofrezco, Dios mio, en union de la Iglesia, para daros gracias por todos vuestros beneficios, para la satisfaccion de todos mis pecados, y para obtener de vuestra divina misericordia la vida eterna. Amen.

Para el Confiteór Deo.

Bien sé que para conocer mis pecados ¡ó Dios mio! no teneis necesidad de que yo los confiese; pero aunque leais en mi corazon todas mis iniquidades, yo os las confieso delante de vuestra magnificencia y benignidad. Sí, dulcísimo Jesus, confieso que os he ofendido con mis pensamientos, con mis palabras y con mis obras. Reconozco mi culpa, mi culpa, mi grave culpa, y os pido humildemente perdon de ella. Y vos, ó Vírgen María, Angeles del Cielo, Santos y Santas del Paraíso, dignaos interceder y rogar por mí pecador, para que merezca libertarme de la condenacion eterna. Amen.

Cuando el Sacerdote sube al altar.

Señor mio Jesucristo, ya que por vuestra infinita misericordia os dignais permitir que el Sacerdote se acerque á vuestro Santuario para reconciliarnos con Vos, apiadaos de mí y no permitais que yo sea escluido de vuestra amistad.

Para el Introito.

Señor Dios mio, único, sumo y verdadero bien; herid, os ruego, mi alma con vuestro santísimo amor, y concededme una mínima parte del ardor que inspirasteis á los santos Patriarcas de ver á vuestro unigénito Hijo, y que de tal modo me guarde, gobierne y finalice mi vida, que el sueño de mi muerte sea en paz y tenga descanso en Vos.

Para los Kyries.

Con todo mi corazon y mis labios confieso, alabo y bendigo á Vos Dios Padre ingénito, á Vos Hijo unigénito, y á Vos Espíritu Santo consolador, Santa y una individua Trinidad: sea á Vos la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

Para el Gloria in excelsis.

La gloria que se os debe, Dios y Señor mio, no se os puede dar dignamente sino en el cielo: mas con todo, hago lo que puedo en la tierra, y os doy rendidas

gracias á Vos y á vuestra misericordia, con los labios, con el corazon, y con cuantas potencias y eficacia puedo; os alabo, os bendigo, os adoro, os glorifico, os doy gracias y os reconozco por el Santo de los Santos, y soberano Señor de la tierra y de los cielos, donde Vos eterna y sempiternamente vivís y reinais por todos los siglos. Amen.

Para las Oraciones.

O Dios mio, á quien busco, y á quien amo, recibid benignamente las súplicas que os dirigimos: otorgadnos las gracias que vuestra esposa la Iglesia os pide en favor nuestro: haced que permanezcamos siempre unidos á Vos con un amor santo. Es verdad, Señor, y confieso que no somos dignos de que nos escucheis, pero tambien conozco que indignos como somos de serviros, cesa nuestra indignidad por los méritos de Jesucristo vuestro Hijo, que vive y reina con Vos por los siglos de los siglos. Amen.

Para la Epistola y Gradual.

O Dios mio, luz de los corazones, vida

de las almas, virtud y fortaleza del entendimiento, venid, os suplico, á mi corazon y otorgadme fuerza para cumplir lo que me ordenais. Vos, Señor, que inspirasteis á los Profetas y á los Apóstoles lo que declararon en sus epístolas, concededme, os ruego, el que os desee y os ame cuanto quiero y cuanto debo, á fin de que como ellos, alcance vivir con Vos, caminar con Vos, llegar á unirme con Vos, y en Vos descansar. Amen.

Para el Evangelio.

Hermosísimo Señor y Redentor mio Jesucristo, yo me levanto para testificar que estoy pronto á defender á costa de todo cuanto poseo, y de mi vida misma, la verdad eterna de vuestro santo Evangelio. Entre tanto, dulce Jesus, aumentad las fuerzas de mi alma, y enseñadme allá en lo íntimo de mi corazon el modo de guardar fielmente vuestra santa ley con tanta firmeza como me inspirais para creerla; y como discípulo vuestro os bendiga y os alabe por todos los siglos. Amen.

Para el Credo.

Creo en un solo Dios Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, hijo único de Dios, que nació del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas. Quien por nosotros los hombres, y por nuestra salvacion bajó de los cielos, ENCARNÓ POR EL ESPÍRITU SANTO EN LAS PURAS ENTRAÑAS DE LA VÍRGEN MARÍA, Y SE HIZO HOMBRE. Que fué crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato, padeció, y fué sepultado. Y resucitó al tercero dia, segun las Escrituras. Y subió al cielo; está sentado á la diestra del Padre. Y vendrá segunda vez lleno de gloria á juzgar á los vivos y á los muertos, cuyo reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo es conjuntamente adorado, y glorificado; que habló por los Profetas. Creo la Iglesia, que es

una, santa, católica y apostólica. Confieso un solo bautismo para el perdon de los pecados; y espero la resurreccion de los muertos, y la vida del siglo futuro. Así sea.

Para el Ofertorio.

Dios eterno y Criador de todas las cosas, aunque criatura indigna, me atrevo á ofreceros por las manos del Sacerdote, esta Hostia sin mancha y este precioso cáliz, que deben ser convertidos en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo vuestro Hijo, en ofrenda de nuestros pecados. Recibid, Señor, este sacrificio, y haced que veneremos siempre con el debido honor este gran misterio de vuestra piedad. Gloria sea á vuestra divina Majestad por los siglos de los siglos. Amen.

Para la ablucion de los dedos.

Recibid, Señor y Dios mio, este santo Sacrificio, y lavad las manchas de mis pecados con el agua y sangre del costado de vuestro Hijo unigénito, para que purificado el corazon pueda esperar ser llevado á Vos, que vivís y reinais por todos los siglos. Amen.

Para el Prefacio y Sanctus.

O Sabiduría infinita, ó Verbo eterno, por quien todas las cosas fueron hechas, abrid mi boca, y dadme voces de alabanza para que yo publique todos vuestros beneficios. Levantad, Señor, levantad mi corazon hasta Vos, y permitid que uniendo mi débil voz al concierto divino de los espíritus bienaventurados y de todas las jerarquías celestiales, cante y alabe incesantemente vuestra gloria, honra, y grandeza, diciendo:

Santo, *Santo*, *Santo* es el Señor Dios de los ejércitos: tu gloria llena los cielos y la tierra. Hosanna en las alturas: bendito el que viene en nombre del Señor.

Para el Cánon.

Dulcísimo Señor mio Jesucristo, soberano Pastor de nuestras almas, que las amasteis hasta morir para redimirlas; conservad, santificad y estended vuestra santa Iglesia por toda la tierra. Ruégoos, Señor, por todos los fieles que creen en Vos, y que trabajan por vuestro amor

santo, á fin de que reunidos todos en un mismo espíritu y en un mismo corazon, consigamos la perseverancia en buenas obras y vernos al fin colocados por una eternidad en el Paraíso. Amen.

Para la Consagracion.

Soberano Señor y Rey eterno, humildemente os suplico que tengais misericordia de mis parientes, de mis amigos, y de mis bienhechores espirituales y temporales. Igualmente os recomiendo, Señor, á todas las personas que me han agraviado: olvidad sus pecados y los mios; y por los méritos de vuestra Pasion, ayudadnos á todos segun Vos conoceis que lo necesitamos. Vos que vivís por toda la eternidad. Amen.

Al elevar la Hostia.

Adorámoste, sagrado Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que en el ara de la Cruz fuiste digna Hostia para la Redencion del mundo.

Al elevar el cáliz.

Adorámoste, preciosísima Sangre de nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que derramada en el ara de la Cruz lavaste nuestros pecados.

Para despues de haber alzado.

Alma de Cristo, santifícame.—Cuerpo de Cristo, sálvame.—Sangre de Cristo, embriágame.—Agua del costado de Cristo, lávame.—Sudor de Cristo, vivifícame. —Pasion de Cristo, confórtame.—¡ Ó mi buen Jesus! óyeme. —No permitas, Señor, que me aparte de tí.— Dentro de tus llagas escóndeme.—Del enemigo malo defiéndeme.—En la hora de mi muerte llámame.—Y mándame ir á tí, —Y ponme junto á tí, —Para que con tus Angeles y Santos te alabe por todos los siglos de los siglos. Amen.

Para el segundo Memento.

Misericordiosísimo Señor, por aquella sacratísima efusion de la preciosa sangre

de vuestro unigénito Hijo con que fuimos redimidos, acordaos de las benditas almas que gimen en el purgatorio: ellas ya os pertenecen, Señor; oidlas, pues, Dios mio, y oid especialmente á aquellos por quienes estoy mas obligado á pedir.

Para alzar la Hostia con el Cáliz.

Dios clementísimo y benignísimo amador de los hombres, gracias os doy por la indecible caridad con que nos amasteis y salvasteis por medio de vuestro único y amado Hijo; y por el amor de este mismo Hijo vuestro, que está sentado á vuestra diestra, os suplico que me restituyais á la vida de la gracia. Amen.

Para el Padre nuestro.

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre. Venga á nos el tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy. Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamós á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentacion. Mas líbranos de mal. Amen.

Para despues del Padre nuestro.

Dios y Señor nuestro, de quien todos los bienes proceden, dadnos por Vos y por vuestro santo nombre de la abundancia de vuestros bienes, para que os sirvamos con vuestras mismas dádivas y vuestros dones, y así verdaderamente os agrademos, y cada dia os tributemos debidas alabanzas por tantos y tan grandes beneficios de vuestra misericordia, como á Dios que sois y Señor nuestro por todos los siglos. Amen.

Para la fraccion de la Hostia.

Dios y Señor, que nos criasteis con la eficacia de vuestro querer, y que habiéndonos perdido, nos recuperasteis por vuestra misericordia infinita: haced, que estemos siempre firmes en la fe y eficaces en el bien obrar, á fin de conseguir la vida eterna, mediante vuestra divina gracia. Amen.

Para el Pax Domini.

O divino Jesus, redencion nuestra,

amor y deseo nuestro, que abristeis la puerta de la vida eterna por vuestra gloriosa Resurreccion, la cual anunciasteis á vuestros Apóstoles dándoles la paz: Haced, Señor, os ruego, que mi alma resucite con Vos á la vida de la gracia y nunca mas os ofenda. Amen.

Para el Agnus Dei.

Cordero divino, que quitais los pecados del mundo, habed misericordia de nosotros. O Rey de los Santos, Redentor mio, perfeccionad mis pasos en el camino de vuestros mandamientos, para que pueda al fin unirme con Vos por todos los siglos. Amen.

Para el Domine non sum dignus.

Bien conozco, Señor mio Jesucristo, que no soy digno de recibiros; pero ya que os dignasteis morir por nuestra justificacion, yo os suplico por el misterio de vuestra gloriosa Resurreccion que me resuciteis del sepulcro de todos mis vicios y pecados, á fin de que merezca luego ser colocado en vuestro santo y celestial Paraiso. Amen.

Para la Comunion.

Venid Santificador de los pecadores, médico de nuestras dolencias, venid fortaleza de los frágiles, amparo de los caidos: venid santísimo entre todos los espíritus, venid y tened misericordia de mí. Amen.

Para la Poscomunion.

Señor, que renovais sobre el altar el sacrificio que una vez ofrecisteis en la Cruz, haced que cada vez que celebramos estos grandes misterios, recibamos un nuevo efecto de vuestra Redencion. Amen.

Para las últimas Oraciones.

Oid, Dios mio, oid, amada luz de mis ojos, oid mis peticiones, y concededme que os suplique que me oigais. Piadoso y benigno, no os mostreis conmigo inexorable, ni dejeis de oirme por causa de mis pecados; aceptad, Señor, las súplicas de este vuestro siervo, y dadme lo que deseo, por la intercesion y méritos de la gloriosa

Vírgen María, Señora nuestra, y los de todos los Santos. Amen.

Para antes de la Bendicion.

¡Oh Trinidad santísima! una esencia y majestad, Dios mio, Dios todopoderoso, séaos agradable el homenaje de nuestra servidumbre, y haced que este sacrificio os sea acepto. Gracias os damos, Trinidad adorable, con los labios, con el corazon y con todas nuestras potencias, y no nos despidais sin darnos vuestra santa bendicion. Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.

Para el último Evangelio.

¡Oh Dios salvador y víctima! que os elevais desde el altar de la tierra hasta el cielo para presentar allí nuestra ofrenda y vuestra sangre; atraed, os ruego, hácia Vos los corazones de los que hemos sido participantes de este sacrificio, para que estemos en Vos, no vivamos sino de Vos, y no obremos sino para Vos, que vivís y reinais por todos los siglos de los siglos. Amen.

ORACION

PARA DAR GRACIAS Á DIOS DESPUES DE LA MISA.

Dios y Señor mio Todopoderoso, que sois trino y uno, que sois eterno é inmenso, y erais antes de todas las cosas, y seréis y estaréis siempre en todas ellas, Dios alabado y bendito por todos los siglos: alabanzas, bendiciones y gracias os tributa tambien mi pobre alma en este dia, por todos los beneficios recibidos de vuestra divina mano; especialmente por haberla criado y despues redimido á costa de vuestra preciosísima sangre derramada en la Cruz. Dignaos, Señor, de regir y gobernar siempre todos mis sentidos y todas mis acciones segun vuestra voluntad, para que por Vos solo viva: que vivís por toda la eternidad. Amen.

EJERCICIO

PARA CONFESAR Y COMULGAR DIGNAMENTE.

No hay cosa mas importante en la Religion Católica Apostólica y Romana, que nos gloriamos de profesar, que recibir con las disposiciones necesarias los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Con llegarnos una sola vez á estos sacramentos con el debido fervor, de nada mas necesitábamos para ser santos. Sin embargo, despues de muchas Confesiones y Comuniones, nos hallamos de ordinario los mismos que antes. ¿De qué procede esto? De nuestra negligencia en disponernos bien, y de que no acudimos á estos sacramentos con todas las condiciones que se requieren. Hoy, pues, en que nuestra santa Madre la Iglesia nos convida especialmente á regenerarnos de nuestra vida sensual, en memoria del amor que nos mostró N. S. Jesucristo instituyendo el

SS. Sacramento de la Eucaristía, para quedarse con nosotros; no nos mostremos indiferentes á tanto bien, á tanta bondad, y á tanto amor. Acerquémonos con no menos temor que confianza al tribunal sagrado de la penitencia, escuchando á Dios en las palabras de su ministro, y recibamos luego con el mas vivo reconocimiento y profundo respeto el sagrado Cuerpo de Jesucristo, esperando por los méritos de su dolorosa Pasion y muerte, gozar un dia de la Patria Celestial.

ORACION

PARA PEDIR Á DIOS GRACIA PARA LLEGAR Á CONFESARNOS CON LAS DISPOSICIONES NECESARIAS.

Santísimo Dios, que estais siempre dispuesto para recibir favorablemente al pecador y perdonarle; fijad vuestra vista en una alma que vuelve á vos de buena voluntad, y que desea lavar sus manchas en las aguas saludables de la Penitencia. Hacedme ¡ó Dios mio! la gracia de que me acerque á ellas con las disposiciones necesarias; alumbrad mi alma, á fin de

que yo conozca todos mis pecados: encended mi corazon para que yo los deteste, y dirigid mis labios para que yo los confiese, mediante lo cual obtenga el perdon de ellos.

Invoquemos el socorro del Espíritu Santo para conocer nuestras culpas.

Espíritu santo, fuente de toda luz, dignaos enviar uno de vuestros rayos á mi corazon, y venid á ayudarme á conocer mis pecados. Mostrádmelos, Señor, tan distintamente como los conoceré cuando al salir de esta vida me será necesario comparecer á ser juzgado.

Hacedme conocer ¡ó Dios santo! tanto lo malo que he cometido, como lo bueno que he omitido. Hacedme ver el número y la grandeza de mis infidelidades en vuestro servicio. Haced que yo sepa cuantas veces y hasta que punto he ofendido á mi prójimo, el mal que á mí mismo me he hecho, y las faltas que he cometido contra las obligaciones de mi estado.

Luego se hace el exámen de conciencia, acerca del cual, y modo de hacerlo, puede verse el Devocionario anual.

ORACION

PARA ANTES DE LA CONFESION.

Dulcísimo Jesus, Dios y hombre verdadero, yo el mayor de los pecadores nacidos, de todo mi corazon arrepiéntome de haber ofendido tal bondad como la vuestra, y me presento á este juicio sacramental con el firme propósito de nunca jamás volveros á ofender, y de entregarme antes á la muerte que á la culpa. Suplícoos, Dios y Redentor mio, que por medio del sacramento de la Penitencia, laveis y purifiqueis las manchas de mi alma con vuestra sangre preciosísima, que para redimirnos derramasteis en el ara de la Cruz. Aquella sangre vertida por mi salud en estos santos dias de vuestra Pasion y muerte, clama desde la tierra cual la del inocente Abel, no ya para pedir justicia, sino para obtenerme misericordia. No permitais, Señor, que se malogren en mí sus infinitos méritos por faltarme las debidas disposiciones al acercarme al tribunal de la Penitencia. Dadme gracia, Señor, para que sienta y diga mis culpas con todo

aquel dolor y circunstancias que os han de ser agradables. Engendrad en mi alma propósitos santos de serviros y de no ofenderos. Criad en mí un santo temor y amor vuestro: dadme gracia para la satisfaccion: comunicad luz á mi Confesor, para que me enseñe, y á mí docilidad y humildad para que aprenda. Concededme que renueve en este sacramento la vida, y que en toda ella vaya haciendo santas disposiciones á la muerte, en la cual vos, Jesus mio, os ruego me ampareis con vuestra santa bendicion. Amen.

ORACIONES

PARA DESPUES DE LA CONFESION.

Amantísimo Jesus, Dios y Redentor mio, yo os suplico por vuestra bondad infinita, que me perdoneis los defectos con que hubiere recibido este santo sacramento de la Penitencia. Pídoos, Señor, por los infinitos méritos de vuestra sacratísima Pasion y muerte, cuya memoria celebramos en estos santos dias, que acepteis mi tardío arrepentimiento, así como aceptasteis en el Calvario el del

Buen ladron, compañero de vuestras angustias. No os acordeis de mis infidelidades: escuchad solo vuestra misericordia. Miradme con ojos amorosos, como mirasteis á Pedro vuestro discípulo, despues de su cobarde negacion. Ya que le imité en negaros, haced que le imite tambien en su amargo llanto y constante arrepentimiento. Dadme gracia, Señor, para la enmienda: dadme en los buenos propósitos perseverancia, en los deseos pureza, en las obras inocencia, en las virtudes fervor: dadme gracia y espíritu para que en todo haga vuestra santa voluntad. Amen.

ORACION.

Amado Jesus mio, seais eternamente bendito, pues que con la misericordia de haberme perdonado, me habeis restituido á la herencia del Paraíso. Os doy por ello las mas rendidas y afectuosas gracias, bondad infinita. Reconozco, Dios mio, que soy capaz de venderos mas feamente que antes, y peor que el alevoso Judas: por lo que no puedo fiarme de mí. Grande es la llaga, diré con uno de vuestros siervos, grande es la llaga de vues-

tro sacratísimo costado: pero si no me teneis de vuestra misericordiosa mano, mirad que os la agrandaré mucho mas. Pídoos, pues, fiando en los méritos de las cinco santísimas llagas que por mi amor permitisteis que taladrasen vuestro santísimo cuerpo, que os digneis asistirme con vuestra divina gracia: tenedme de vuestra santísima mano: ayudadme en las tentaciones, y quitadme primero la vida antes de permitir que os ofenda jamás. Amen.

ORACIONES

PARA ANTES DE LA COMUNION.

Dios del cielo y de la tierra, Salvador de los hombres, ¡que Vos vengais á mí y que tenga yo la felicidad de recibiros! ¿Quien pudiera creer un prodigio semejante, si vos mismo no lo hubierais dicho? Sí, Señor, yo creo que Vos mismo sois, quien habiendo nacido en un pesebre, quisisteis morir por mí en la cruz: y que tan glorioso como estais en el cielo, estais oculto bajo los accidentes del pan y del vino. No satisfecho vuestro inagotable ca-

riño con dar la vida por nosotros, quisisteis legarnos el mismo cuerpo y sangre que por nuestro bien sacrificasteis en el ara de la cruz, instituyendo en la noche de hoy el augusto sacramento de la Eucaristía, en el cual reside real y efectivamente, encubierto bajo las especies sacramentales, vuestro santísimo cuerpo.

Yo lo creo, mi Dios, y estoy tan seguro, como si lo viese con mis propios ojos. Créolo, porque Vos lo habeis dicho, y yo adoro vuestra santa palabra. Yo lo creo, y á pesar de lo que mis sentidos y mi razon puedan decirme, renuncio á mis sentidos y á mi razon para cautivarme bajo la obediencia de la fe.

Yo lo creo, y si fuere necesario sufrir mil muertes por la confesion de esta verdad, ayudado de vuestra gracia, ¡ó mi Dios! las sufriria antes que desmentir sobre este punto mi creencia y mi religion.

ACTO DE HUMILDAD.

¿Quién soy yo, ó Dios de gloria y de majestad? ¿Quién soy yo, para que os digneis poner en mí los ojos? ¿De donde me viene este esceso de felicidad, que mi

Señor y mi Dios quiera venir á mí? ¿A mí, pecador, gusano de la tierra, mas despreciable que la misma nada, acercarse un Dios tan santo? ¿Comer yo el pan de los ángeles? ¿Alimentarme con una carne divina? ¡Ah, Señor! yo no lo merezco: yo no seré nunca digno de tanto honor!

Rey del cielo, Autor y Conservador del mundo, Monarca universal, nada soy delante de Vos, y quisiera humillarme profundamente por vuestra gloria, como Vos os humillais en este Sacramento por mi amor. Yo confieso con toda la humildad posible, así vuestra soberana grandeza, como mi estremada bajeza. La consideracion de la una y de la otra me arroja en un abismo de confusion que no puedo esplicar ¡ó mi Dios! Solamente diré con sincera humildad que soy indigno de la merced que os dignais hacerme hoy.

ACTO DE CONTRICION.

Vos venís á mí ¡ó Dios de bondad y misericordia! ¡Ah! mis pecados deberian mas bien alejaros de mí! Pero yo los aborrezco en vuestra presencia ¡ó Dios mio! Sentido por el disgusto que os han causa-

do, tocado de vuestra infinita bondad, y resuelto sinceramente á no cometerlos mas, los detesto con todo mi corazon, y os pido humildemente perdon. Perdonádmelos, Padre mio, mi amable Redentor, pues me amais hasta permitir que me acerque hoy á vos.

Yo estoy ya lavado, como creo, por el sacramento de la Penitencia: lavadme aun mas, Señor: purificadme de las menores manchas: criad en mí un nuevo corazon, y renovad hasta el fondo de mis entrañas el espíritu de inocencia, de modo que me halle en estado de recibiros dignamente.

ACTO DE ESPERANZA.

¡Vos venís á mí, ó divino Salvador de los hombres! ¿Qué cosa no debo yo esperar de vos? ¿Qué no deberé esperar de quien se da enteramente á mí?

Yo me presento pues á vos ¡ó mi Dios! con toda la confianza que inspira vuestro poder infinito y vuestra infinita bondad. Vos conoceis todas mis necesidades: vos podeis aliviarlas: vos lo quereis: vos me convidais con vuestra gracia, y me prometeis socorrerme. Pues ¡mi Dios! veisme

aquí: yo vengo sobre vuestra palabra: yo me presento á vos con todas mis debilidades, mi ceguedad y mis miserias, y espero que me fortificaréis, me alumbraréis y me mudaréis enteramente.

Yo lo espero sin temor de ser engañado en mi esperanza. Pues ¿no sois vos ¡ó mi Dios! el dueño de mi corazon? ¿Y cuando estará mi corazon mas absolutamente á vuestra disposicion, que cuando entraréis en él?

Cuando el Sacerdote se vuelve hácia el Comulgante con el copon y la sagrada Hostia, y elevando esta dice: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi*; esto es: *Mirad el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo*, dirá el que comulga:

¡Oh sagrada Hostia, Pan vivo y alimento de los Angeles! yo te adoro de todo mi corazon. Yo te adoro, Dios y Salvador mio: creo y espero que tu presencia en mi pecho, que te dignas tomar por morada, sanará mi alma.

Luego dirá con fervor.

Señor mio Jesucristo, yo no soy digno de que Vos entreis en mi pobre morada:

mas por vuestra santísima palabra, mis pecados sean perdonados, y mi alma sana y salva. *(Se dice tres veces con el sacerdote.)*

Al recibir el Santísimo, sin pronunciar, dirá con el corazon ó con la mente:

El Cuerpo de mi Señor Jesucristo guarde mi alma, y la lleve á la vida eterna. Amen.

DESPUES DE LA COMUNION.

ACTO DE ADORACION.

Adorable Majestad de mi Dios, delante de quien todo lo que hay de mas grande en el cielo y la tierra se reconoce indigno de parecer; ¿qué puedo yo hacer aquí en vuestra presencia, sino callar, y honraros en el mas profundo aniquilamiento de mi alma?

Yo os adoro ¡ó Dios santo! Yo doy mis justos tributos de adoracion y respeto á esta grandeza suprema, delante de la cual toda jerarquía ó dignidad se humilla: en comparacion de la cual, toda potencia es debilidad, toda prosperidad miseria, y las

mas brillantes luces espesas tinieblas.

A Vos solo, gran Dios, Rey de los siglos, Dios inmortal, á Vos solo pertenece todo honor y toda gloria. Gloria, honor, salud y bendicion á aquél que viene en nombre del Señor. Bendito sea el Hijo eterno del Altísimo, que se digna unirse tan íntimamente conmigo, y tomar posesion de mi corazon.

ACTO DE AMOR DE DIOS.

¿Con que tengo, dulce Jesus, la felicidad de poseeros? ¡Qué no pueda yo corresponder á ella! ¡Qué no sea yo todo corazon para amaros, y amaros tanto como mereceis, y no amar á otra cosa sino á vos! Madre de Jesus, jerarquías celestiales, siervos de mi Dios que le adorais en el cielo, criaturas racionales de la tierra, prestadme vuestro amor para amar á mi Jesus. Sí, Dios mio, yo os amo con todo mi corazon, y os daré de aquí adelante una prueba, siguiendo vuestros preceptos.

ACTO DE AGRADECIMIENTO.

¿Como podré agradeceros, Señor, ade-

más de los beneficios de la creacion, de la redencion y de la conservacion, este especialísimo que ahora me concedeis, queriendo uniros con la mas vil criatura? Os doy, Señor, gracias por tanta merced; y si he sido un infiel, un vil, un prevaricador, no seré, Jesus mio, un ingrato. Me acordaré siempre que hoy os habeis dado á mí, y procuraré que cada momento de mi vida sea un tributo de mi gratitud.

ACTO DE PETICION.

Ahora, Señor, que estais dentro de mí, me postro á vuestros pies confiado en que nada me negaréis. En primer lugar os pido vuestra gracia, que es el mayor bien, y el don de perseverancia para no perderla jamás, dándome despues todo lo demás que Vos sabeis necesito. Os pido por la paz de vuestra Iglesia, estirpacion de las herejías, conversion de los infieles y pecadores, alivio de las almas que satisfacen á vuestra justicia en el Purgatorio, y en particular la de N., ó las de N. N. y N. (Aquí se nombra la persona ó personas por quien se ofrece especialmente la Comunion, sino es cumplimiento de Iglesia; pues en este

caso no se debe ofrecer por nadie, sino por el mismo comulgante, que cumple con el precepto anual que la misma Iglesia le impone); prosperidad de mis bienhechores, y de cuantos se me han mostrado enemigos ó me han hecho algun mal. ¡O el mas paciente de los amigos, y el mas amoroso de los padres! Nada me separará ya en adelante de Vos, y os doy, postrado á vuestros pies, palabra de seguir fervorosamente vuestros ejemplos. He comido vuestra carne: he bebido vuestra sangre; permaneced pues Vos en mí y yo en Vos en esta vida y despues por eternidades en la gloria. Amen.

Nuestro santísimo Padre Pio VII, en 10 de abril de 1821, concedió indulgencia plenaria, y sacar una alma del Purgatorio (segun estaba ya anteriormente decretado por Clemente VIII y Benedicto XIV) á todos los fieles que confesados y comulgados dijeren delante de un santo Crucifijo la siguiente oracion, sin que á ella sea necesario añadir otra súplica.

ORACION.

Miradme, ¡ó mi amado y buen Jesus! postrado en vuestra santísima presencia;

os ruego con el mayor fervor, imprimais en mi corazon los sentimientos de fe, esperanza y caridad, dolor de mis pecados, y propósito de jamás ofenderos, mientras que con todo el amor, y con toda la compasion de que soy capaz, voy contemplando vuestras cinco llagas, comenzando por aquello que dijo de vos, ó mi Dios, el santo profeta David: *Han taladrado mis manos y mis pies; y se pueden contar todos mis huesos.*

En seguida, en accion de gracias, se dirá el TE-DEUM.

ÍNDICE.

—

LIBRO SEGUNDO.

Avisos para la comunicacion y trato interior.

LIBRO TERCERO.

De la consolacion interior.

LIBRO CUARTO

Del Sacramento de la Eucaristia.

FIN DEL ÍNDICE.

LECTURAS

DEL

LIBRO DE LA IMITACION,

ordenadas segun las diferentes necesidades de los fieles.

Para los Sacerdotes.

LIBRO I. CAPÍTULOS XVIII, XIX, XX, XXV.
— II. — XI, XII.
— III. — III, X, XXXI, LVI.
— IV. — V. VII. X. XI. XII. XVIII.

Para la preparacion para la misa y la Accion de gracias, *véase* pág. 417 y siguientes: *Para antes y despues de la Comunion*, y los capítulos indicados *para las personas piadosas.*

Para los Seminaristas.

LIBRO I. CAPÍTULOS XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXV.
— III. — II, III, X, XXXI, LVI.
— IV. — V, VII, X, XI, XII, XVIII.

Para los que se dedican á los estudios, especialmente á los de Filosofía y Teología.

LIBRO I. CAPÍTULOS I, II, III, V.
— III. — II, XLIII, XLIV, XLVIII, LVIII.
— IV. — XVIII.

Para los que se afligen porque adelantan poco en el estudio.

LIBRO III. CAPÍTULOS XXIX, XXXIX, XLI, XLVII.

Para los Religiosos y Religiosas.

Los capítulos arriba indicados para los seminaristas y los que siguen para las personas piadosas..

Para las personas piadosas.

LIBRO	I.	CAPÍTULOS	XV, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXV.
—	II.	—	I, IV, VII, VIII, IX, XI, XII.
—	III.	—	V, VI, VII, XI, XXVII, XXXI, XXXII, XXXIII, LIII, LIV, LV, LVI.

Para los que están afligidos y humillados.

LIBRO	I.	CAPÍTULOS	XII.
—	II.	—	XI, XII.
—	III.	—	XII, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXIX, XXX, XXXV, XLI, XLVII, XLVIII, XLIX, L, LII, LV, LVI.

Para los que son demasiado sensibles á sus penas.

LIBRO	I.	CAPÍTULO	XII.
—	III.	—	XII.

Para los que se hallan tentados.

LIBRO	I.	CAPÍTULOS	XIII.
—	II.	—	IX.

LIBRO III. CAPITULOS VI, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXIII, XXX, XXXV, XXXVII, XLVII, XLVIII, XLIX, L, LII, LV.

Para las penas interiores.

LIBRO II. CAPÍTULOS III, IX, XI, XII.
— III. — VII, XII, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXX, XXXV, XLVII, XLVIII, XLIX, L, LI, LII, LV, LVI.

Para los que están inquietos por su suerte futura, por su salud, por su fortuna ó por el éxito de un negocio.

LIBRO III. CAPÍTULO XXXIX.

Para los que viven en el siglo, ó están distraidos por sus ocupaciones.

LIBRO III. CAPÍTULOS XXXVIII, LIII.

Para los que son perseguidos por la calumnia ó la maledicencia.

LIBRO II. CAPÍTULO II.
— III. — VI, XI, XXVIII, XXXVI, XLVI.

Para los que comienzan su conversion.

LIBRO I. CAPÍTULOS XVIII, XXV.
— II. — I.
— III. — VI, VII, XXIII, XXV, XXVI, XXVII, XXXIII, XXXVII, LII, LIV, LV.

Para las personas débiles, pusilánimes y negligentes.

LIBRO	I.	CAPÍTULOS	XVIII, XXI, XXII, XXV.
—	II.	—	X, XI. XII.
—	III.	—	III, VI, XXVII, XXX, XXXV, XXXVII, LIV, LXV, LXVII.

Para ejercicios espirituales.

LIBRO	III.	CAPÍTULOS	LIII. } Preparacion.
—	I.	—	XX, XXI. } Preparacion.
—	I.	—	XXII. Miserias de la vida.
—	I.	—	XXIII. La muerte.
—	I.	—	XXIV. } El juicio y el infierno.
—	III	—	XIV. } El juicio y el infierno.
—	III	—	XLVIII. El Cielo.
—	III	—	LIX. Conclusion.

Para alcanzar la paz interior.

LIBRO	I.	CAPÍTULOS	VI, XI.
—	II.	—	III, VI.
—	III.	—	VII, XXIII, XXV, XXXVIII.

Para las personas disipadas.

LIBRO	I.	CAPÍTULOS	XVIII, XXI, XXII, XXIII, XXIV.
—	II.	—	X, XII.
—	III.	—	XIV, XXVII, XXXIII, XLV, LIII, LV.

Para los pecadores insensibles.

LIBRO	I.	CAPÍTULOS	XXIII, XXIV.
—	III.	—	XIV, XV.

Para los que viven en la ociosidad.

LIBRO III. CAPÍTULOS XXIV, XXVII.

Para los que dan oidos á la murmuracion.

LIBRO I. CAPITULO IV.

Para los que son inclinados al orgullo.

LIBRO I. CAPITULOS VII, XIV.
— II. — XI.
— III. — VII, VIII, IX, XI, XIII, XIV, XL, LII.

Para las personas obstinadas.

LIBRO I. CAPITULOS IX.
— III. — XIII, XXXII, XLIV.

Para las personas impacientes.

LIBRO III. CAPITULOS XV, XVI, XVII, XVIII, XIX.
(§ 5. Oracion para pedir la paciencia.)

Para los desobedientes.

LIBRO I. CAPITULO IX.
— III. — XIII. XXXII.

Para los habladores.

LIBRO I. CAPITULO X.
— III. — XXIV, XLIV, XLV.

Para los que reprenden las faltas ajenas olvidándose de las propias.

LIBRO I. CAPITULOS XI, XIV, XVI.
— II. — V.

Para los que tienen una devocion falsa ó mal entendida.

LIBRO III. CAPITULOS IV, VI, VII.

Para inspirar la rectitud de intencion.

LIBRO III. CAPITULO IX.

Para las personas demasiado susceptibles.

LIBRO III. CAPITULO XLIV.

Para los que se dejan llevar del atractivo de la amistad humana.

LIBRO	I.	CAPITULOS	VIII, X.
—	II.	—	VII, VIII.
—	III.	—	XXXII, XLII, XLV.

Para los que se escandalizan de la sencillez, ú oscuridad de las Sagradas Escrituras.

LIBRO I. CAPITULO V.

Para los que son propensos á la envidia.

LIBRO III. CAPITULOS XXII, XLI.

ORACIONES

SACADAS

DEL LIBRO DE LA IMITACION.

Oracion preparatoria para la lectura espiritual.

LIBRO III. CAPITULO II.

Para alcanzar la gracia de la devocion.

IDEM. CAPÍTULO III. § 6 y 7.

Para implorar el auxilio de las consolaciones divinas.

IDEM. CAPÍTULOS IV, V. § 1 y 2.
(La misma para antes ó despues de la Comunion.)

Para aumentar en nosotros el amor de Dios.

IDEM. CAPÍTULO V, § 6.

Sentimientos de humillacion en presencia de Dios.

IDEM. CAPITULO VIII.
(Para antes de la Comunion.)

Para las que viven en el retiro y la piedad.

IDEM. CAPITULO X.

Sentimientos de profunda humildad.

Libro III. Capitulo xiv.
(Para antes ó despues de la Comunion.)

Para pedir la conformidad con la voluntad de Dios.

Idem. Capítulo xv.
(Desde el segundo apartado del § 2, hasta el fin, y parte del § 1.)

Sentimientos de resignacion.

Idem. Capitulo xvi, al fin; Capítulo xvii, §§ 2 y 4; Capitulo xxviii, § 2.

Para pedir la paciencia.

Idem. Capitulo xix, § 5.

Oracion para los que están afligidos ó tentados.

Idem. Capítulos xx, xxi, §§ 1, 2, 3, 4 y 5.
(La misma para los que se sienten poseidos de amor divino, y para antes y despues de la Comunion.)

Accion de gracias.

Idem. Capitulo xxi, § 7.
(Para despues de la Comunion.)

Oracion para los que creen haber recibido de Dios menos que otros, en bienes del alma ó del cuerpo.

Idem. Capítulo xxii.

Para pedir la pureza de espíritu y el desapego de las criaturas.

LIBRO III. CAPÍTULO XXIII, § 5 hasta el fin.

Para los que comienzan á convertirse.

IDEM. CAPÍTULO XXVI.
(La misma para los que desean aprovechar en la virtud.)

Para pedir los dones de fortaleza y de sabiduría.

IDEM. CAPÍTULO XXVII, §§ 4 y 5.

Para los que se hallan en una grande afliccion.

IDEM. CAPITULO XXIX.

Para despues de la Comunion.

IDEM. CAPITULO XXXIV.
(La misma para moverse á amar á Dios.)

Sentimientos de abandono á la divina Providencia.

IDEM. CAPÍTULO XXXIX, § 2.

Sentimientos de humildad.

IDEM. CAPITULO XL.
(Para antes ó despues de la Comunion.)

Oracion para despues de haber recibido alguna gracia de Dios.

LIBRO III. CAPITULO XL.
(Para antes ó despues de la Comunion.)

Sentimientos de resignacion.

IDEM. CAPITULO XLI, § 2.

Sentimientos de piedad.

IDEM. CAPITULO XLIV, § 2.

Oracion para los que se ven perseguidos por la calumnia.

IDEM. CAPITULO XLVI, § 5.

Oracion acerca de la felicidad de los bienaventurados que deberá leerse particularmente en los dias de Pascua, de la Ascension y de Todos los Santos.

IDEM. CAPITULO XLVIII.
(Para antes ó despues de la Comunion.)

Sentimientos de humildad y de contricion.

IDEM. CAPITULO LII.
(Para antes de la Comunion.)

Oracion para pedir los auxilios de la gracia.

IDEM. CAPITULO LV.

Oracion para los Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, para pedir la perseverancia en su vocacion.

LIBRO III. CAPITULO LVI, §§ 3, 5 y 6.

Sentimientos de confianza en Dios.

IDEM. CAPITULO LVII, § 4.

Oracion para cualquiera persona piadosa y cristiana.

IDEM. CAPITULO LIX.

(Para despues de la Comunion.)

(Puede servir tambien para terminar los ejercicios espirituales.)

Oracion para visitar al Smo. Sacramento.

LIBRO IV. CAPÍTULOS I, II, III, IV, IX, XI, hasta el § 6; XIII, XIV, XVI, XVII.

Consideracion acerca de la dignidad de los Sacerdotes y la santidad de su ministerio.

IDEM. CAPITULO V.

Para los Sacerdotes y Seminaristas.

IDEM. CAPITULO XI, §§ 6, 7 y 8.

LECTURAS

PARA LA SANTA COMUNION.

(Conviene prepararse para recibir la santa Comunion por medio de un retiro espiritual de tres dias, siguiendo en esto el ejemplo de muchos Santos.)

PRIMER DIA.

PARA LA MAÑANA. LIBRO III. CAPÍTULO LIII. PARA EL MEDIODIA. LIBRO I. CAPÍTULO XX. PARA LA NOCHE. LIBRO I. CAPITULO XXI.	Preparacion.

SEGUNDO DIA.

PARA LA MAÑANA.

LIBRO I.	CAPITULO XXII. Miserias de la vida. — XXIII. La muerte.

PARA EL MEDIODIA.

LIBRO I. CAPITULO XXIV. — III. — XIV.	El juicio y el infierno.

PARA LA NOCHE.

Libro III. { Capítulo xlviii. El Cielo.
— lix. *Conclusion*.

TERCER DIA.

PARA LA MAÑANA.

Preparacion y ejercicio de humildad.

Libro IV. { Capítulo vi. Oracion para alcanzar la gracia de recibir dignamente los Sacramentos.
— vii. Exámen de conciencia, contricion, firme propósito, confesion y satisfaccion.

(En seguida léase de rodillas el Capitulo viii de Libro III.)

PARA EL MEDIODIA.

Libro IV. { Capitulo xviii. Fe ciega en el misterio de la Eucaristía.
— x. Utilidad de frecuentar la Comunion.

(No debe leerse la segunda parte del § 7.—Léase de rodillas el Capitulo lii del Libro III.)

PARA LA NOCHE.

Libro IV. { Capitulo xii. Preparacion para la santa Comunion.
— xv. Devocion fundada en la humildad y la abnegacion de si mismo.
— ix. Ofrecimiento de sí mismo á Dios en la Comunion.

(Léase de ro..llas el Capitulo xl del Libro III.)

PARA EL DIA DE LA COMUNION.

Para la mañana.

LIBRO IV. CAPÍTULOS I, II, III, IV.

Para antes de la misa y durante el divino sacrificio.

IDEM. CAPITULOS IX, X, XVII.

(Despues del *Pater noster*, ciérrese el libro, díganse de memoria los actos para antes de la Comunion, ó el acto de contricion, los de las tres virtudes teologales y las tres oraciones que siguen al *Agnus Dei*: luego estése en adoracion.)

(Despues de la Comunion, estése en adoracion hasta el fin de la misa: díganse de memoria los actos para despues de la Comunion.)

Para despues de la misa.

LIBRO IV. CAPITULOS XI, XIII, XIV.

(No deben leerse los §§ 6, 7 y 8 del CAPITULO XI.—Recénse en la iglesia ó al entrar en la casa, los cánticos *Benedictus*, *Magnificat*, *Nunc dimittis*, y el *Te Deum*.)

Para lo restante del dia.

LIBRO III. CAPITULOS XXI, XXXIV, XLVIII.

(En seguida, léase otra vez el capitulo IX, del LIBRO IV, y elíjase para lectura cualquiera de las oraciones indicadas en la pág. 417 y siguientes.)

PRACTICA DE PERSEVERANCIA

PARA

DESPUES DE LA COMUNION.

PRIMER DIA.

Accion de gracias: práctica de amor á nuestro Señor Jesucristo.

LIBRO III. CAPITULOS V, VII, VIII, X.

SEGUNDO DIA.

Conviene escuchar la voz de Jesucristo que habla al alma que le ha recibido.

LIBRO II. CAPITULO I.
— III. — I, II, III.

TERCER DIA.

Es necesario desprenderse de las criaturas.

LIBRO III. CAPITULOS XXVI, XXXI, XLII, XLV.

CUARTO DIA.

Es preciso desprenderse de sí mismo y abandonarse á Dios.

LIBRO III. CAPITULOS XV, XVII, XXVII, XXXVII.

QUINTO DIA.

Es necesario sufrir con paciencia los trabajos, á imitacion de Jesucristo.

LIBRO II. CAPITULO XII.
— III. — XVI, XVIII, XIX.

SEXTO DIA.

Perseverancia en el fervor y en los buenos propósitos que se formaron al tiempo de comulgar.

LIBRO I. CAPITULOS XIX, XXV.
— III. — XXIII, LV.

(Si no pueden leerse los cuatro capítulos, conviene que se lean con preferencia el primero y el último de cada dia. Asimismo pudieran leerse dos por la mañana y dos por la noche.)


BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001960618

